

TÚ

y tu maldita forma

de ver la vida

DE COLOR DE

ROSA

• Yanira García •

TÚ Y TU MALDITA FORMA DE VER LA VIDA DE COLOR DE ROSA
YANIRA GARCÍA FERNÁNDEZ

Edición en formato digital: marzo de 2019.

Título original: Tú y tu maldita forma de ver la vida de color de rosa.

Copyright @ Yanira García, 2019

Diseño de portada: Alexia Jorques

Correctora: Lucía Brisbane.

Maquetación: Raquel Antúnez.

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

Para el #TEAMGUILLE, porque sois lo más y me encantáis.

«Atrévete a caminar, aunque sea descalzo,
a sonreír, aunque no tengas motivos,
a ayudar a otros sin recibir aplausos...».

Anónimo

Índice

[Prólogo](#)

[Cómo un hada entra en tu casa](#)

[A la rica cerveza](#)

[Una cerveza, un descubrimiento y qué peligrosos son los baños](#)

[Mi nueva compañera de piso](#)

[Mi vida es un puto caos con patas](#)

[Cómo hacer a una mudanza y no morir en el intento](#)

[Las niñas buenas no besan](#)

[Estamos hechos de luz](#)

[No eres mi tipo](#)

[Tomates asesinos](#)

[Estrategias](#)

[Falda y tacones](#)

[¿El heno se come?](#)

[Aprendiendo una nueva profesión](#)

[Follar o no follar, esa es la cuestión](#)

[Impersonal](#)

[El que ríe el último, ríe mejor](#)

[¿Qué tramamos? Nada bueno, eso seguro...](#)

[Y tal, y tal, y tal](#)

[Reflexiones de una tarde de noviembre](#)

[Transparencias, y no de las que crees](#)

[¿Iré a la cárcel por asesinato?](#)

[Putas vida, tete](#)

[Me palpita la entrepierna y puede que algo más...](#)

[La última cena](#)

[Un psicoanálisis en una avenida cualquiera de Nueva York](#)

[No son celos, son las copas](#)

[Magia, pura magia](#)

[Somos de color, de color de rosa](#)

[*Coitus interruptus*](#)

[A tope de flower power](#)

[Navidad, Navidad, dulce Navidad](#)
[Nuestra mejor obra de arte](#)
[La estupidez humana y las cosas que nos perdemos](#)
[Colgando en tus labios](#)
[Martita, ita, ita, ita](#)
[La charla](#)
[Rompiendo las tres reglas de oro](#)
[Tu maldita forma de ver la vida de color de rosa](#)
[Una reunión en casa, un discurso y una orgía verbal](#)
[Mejor de lo que era](#)
[¿CARA O CRUZ?](#)
[¡Feliz Navidad!](#)
[El viaje de nuestras vidas](#)
[Sex on the beach](#)
[La mímica es la culpable de todo](#)
[Lo siento](#)
[De pedacitos de ti](#)
[La otra cara de la vida](#)
[Invencibles](#)
[Una luz al final del túnel](#)
[Ayer, hoy y siempre](#)
[La luz al final del túnel](#)
[Resilencia](#)
[Epílogo](#)
[Soy un hada del bosque](#)
[Nota de la autora](#)
[Agradecimientos](#)

Prólogo

—¿Has compartido piso alguna vez?

Es la cuarta vez esta semana que pronuncio esta frase. Desde que Helena se fue a vivir con el tipo ese y me dejó solo y abandonado en este piso, no me ha quedado más remedio que buscar a alguien que ocupe su habitación, porque las facturas no se pagan solas. Lo normal.

No me malinterpretéis, quizá podría plantearme vivir solo una temporada, pero me he acostumbrado a llegar a casa y encontrar a alguien. Alguien con quien compartir una cena, una peli, porque dudo que sea sencillo que mi próximo compañero de piso sea capaz de darme lo que Helena me daba. Espero que esta vez haya más suerte... más suerte y más sexo.

Llevo haciendo entrevistas varias semanas y, a pesar de que hay candidatos que, *a priori*, parecen tener todo eso que me debiera convencer para decir «¡sí!» siempre encuentro algún pero... No sonrío, sonrío demasiado, es un tío, friki, tiene caspa, huele a choto, quiso follarme nada más entrar... ¡Lo típico! ¡Ah! ¿Que queréis que os explique esto último?

Esto sucedió al comienzo de mi búsqueda, hace poco más de dos semanas. Acababa de empezar con las entrevistas y hacía escasos días que había puesto el anuncio en las webs. Me hizo especial ilusión, porque fue la primera llamada que recibí e, ingenuo de mí, pensé: «Guille, esto ya está hecho» y nada más lejos de la realidad...

Sonia, creo que se llamaba, o quizás Susana, Silvia... No recuerdo bien. Divina, elegante, sexy a rabiar, divorciada y una auténtica devorahombres. No se anduvo con rodeos y, tras varias preguntas de cortesía, con las que yo ya tuve más que claro que no la quería de compañera de piso, me hizo la propuesta. Yo, que soy muy canalla y fanfarrón, contra todo pronóstico, la decliné educadamente, porque no quería a alguien más ligón que yo en este piso. Y menos una mujer, que pueden ser demasiado peligrosas si se lo proponen y yo muy débil por naturaleza.

Y aquí sigo. Esto está peligrosamente cerca de parecer un *casting* para algún *reality show*.

—Por supuesto, ¿qué clase de mujer crees que soy? ¿Es porque tengo más de treinta años y sigo soltera? ¿Es por eso?

Cruz y raya.

Cruz y raya.

Ese era mi único pensamiento en ese instante. Mi imaginación vuela y veo la foto de la chica que tengo sentada frente a mí y aquí al tío más sexy del mundo con un bolígrafo rojo haciéndole una tremenda cruz: descartada. En otra vida fui profesor, uno de esos suficientemente cabrón como para sentir placer al suspender a sus alumnos. A los que se lo merecen, no me tengáis por tan mala persona nada más comenzar mi historia.

—Ni mucho menos, Carla.

—Paula, me llamo Paula.

—Perdona, Paula.

Ni caso. No le estaba haciendo ni caso.

Tras un rato aguantando un rollo sobre cómo la dejó su último novio y animarla con un par de impersonales palmadas en la espalda, se marchó.

«Ya te llamaré», le dije. Ni mucho menos pensaba cumplirlo.

Tengo otra entrevista dentro de veinte minutos, tiempo más que suficiente para llamar a mi excompañera de piso y ponerla al día del muy arduo trabajo como entrevistador e intentar hacerla sentir un poco culpable de mi maldita locura.

—¿Por qué te has ido? ¿Por qué me has abandonado? ¿Acaso es porque eras consciente de que la polla de Simon no tenía nada que hacer en una competición con la mía?

La risa sincera de mi amiga es, como poco, contagiosa.

—No me hagas decirte con qué polla me quedaría, porque creo que está más que clara la elección.

—¡Maldita!

—Veo que has estado haciendo entrevistas.

—¿Cómo lo sabes? ¿Me estás espiando? ¿Dejaste cámaras en el apartamento para ver cómo me tocaba? Para ti siempre tendré mi casa abierta...

—¡No te pases, Guille!

Simon es el novio de mi amiga, lo odio... En realidad no, tuvimos nuestros más y nuestros menos, sobre todo cuando Helena se fue a Buitrago de Lozoya en busca de paz y tranquilidad, para poner orden en lo que le sucedía. Simon se presentó aquí, parecía un perro enjaulado y tuve que contarle dónde estaba mi amiga, mi mejor amiga. Sentí verdadera lástima al verlo de esa guisa y, por un momento, empaticé con él y hasta sentí ganas de darle otra palmadita menos impersonal que la que le acababa de dar a Carla. A pesar de todo, no le guardo rencor, no más del necesario por haberme robado a la mejor

compañera de piso que se puede tener.

—¡Déjame! Por tu culpa estoy así —lloriqueo.

—Encontrarás a alguien —me consuela mi amiga.

Le narro con detalles la clase de elementos que han pasado por casa, haciendo hincapié en la divorciada y la loca, que así es como acababa de bautizar a la última chica que acababa de atender, Carla...

—¡Psicólogo! ¿Me entiendes? Soy arquitecto y he tenido que hacer de psicólogo. He tenido que insultar a un tipo al que compadezco por los meses que estuvo aguantando a esa chica... ¡Dios! Estoy pensando que debería volver a casa con mi madre. —Esto todo es un decir, porque ni se me ocurriría, intentaría de nuevo casarme con la hija de cualquier amiga suya y a mí esos rollos no me van. No me gustan las estiradas ni las estrechas. De ahí, mis mágicas tres reglas de oro.

—Deja de lloriquear como una nenaza, Guille, que alguien aparecerá. Y si no, estoy seguro de que con tu sueldo de arquitecto, podrás vivir solo a la perfección.

—Esto es el West Side, parece mentira que no sepas que es caro, ¿o es que tú buscaste a un compañero de piso porque querías que te hicieran la colada?

—No —niega Helena—, quería que estuviese bueno y me alegrara la vista —se mofa—. Auuuuu —grita.

—¿Qué pasa?

—Simon, me ha pellizcado.

—Él sabe que si chasqueo los dedos te tengo de vuelta.

—Menos lobos —dice el susodicho...

—Te dejo, viene mi siguiente candidata.

—Suerte —me desea Helena.

—Me hará falta más que eso —respondo, cansado.

Cómo un hada entra en tu casa

Abro la puerta, por... ¿quinta?, ¿sexta?, ¿enésima? vez esta semana y lo que encuentro tras ella es algo que me deja... sin palabras.

—Adelante —le pido, haciendo alarde de mi exquisita cortesía. Porque yo, cuando quiero, puedo, en todos los sentidos...

La chica rubia, menuda, joven e inocente, entra en mi casa y me espera con las manos hechas un nudo.

—¿Nerviosa? —le pregunto sonriendo.

—Un poco —me responde cabizbaja.

—Tranquila, aún no me he comido a nadie... Y si lo he hecho, la he dejado con vida y ganas de más.

¡Contente, Guille! Ella no es Helena.

La chica sin nombre sonrío y clava sus ojos en mí, como si fuese la primera vez que nos vemos, que realmente somos conscientes de la presencia del otro. No un simple «adelante» o «estás en tú casa», no, es un «ostras, lo que tengo delante de mí».

—Soy rematadamente guapo —le explico ante su escrutinio.

—Y extremadamente creído —me responde sin un ápice de vergüenza.

Vaya, vaya, si resulta que las apariencias engañan y Dulcinea no es tan delicada como su apariencia muestra...

—¿Cómo te llamas?

Paso por delante de ella y me dirijo al salón, en busca de un sitio dónde sentarnos y poder hacer las típicas preguntas de rigor que me dirán si es una loca de remate o es alguien con quien puedo compartir piso.

—Ada —responde mirándome fijamente y escudriñándome de nuevo con sus increíbles ojos. ¿Increíbles? ¿En serio he pensado esto?

Permanecemos en silencio unos minutos, evaluando al contrincante o al compañero que tenemos enfrente. En este caso, la forma de jugar determinará el resultado de la partida.

—Soy Guille.

—Ada del Río —especifica.

—Guillermo del Moral. —Mi turno. ¿Del Río? ¿En serio?

—¿Dónde naciste? —me pregunta curiosa.

—Ada, despacio, cariño, primero invítame a cenar. No puedes conocer

todo de mí antes de la primera cita.

Ella ríe y me resulta extremadamente sexi. Mal. La cosa empieza mal, porque por mi cabeza empiezan a suceder una serie de situaciones y en todas ellas se encuentra la rubia desnuda. Encima, debajo, de lado, de pie, en la ducha, encimera, cocina... Mi cabeza es un hervidero de ideas guarras, sucias y perversas.

Mi polla reacciona ante todo lo que se acontece en mi imaginación en escasos segundos y palpita dentro de mi ropa interior, pidiendo auxilio y un poco de paz. Necesito masturbarme o, quizás, un poco de atención femenina de una de esas mujeres de las que no voy a recordar su nombre.

Soy bastante malo para eso, no suelo recordar los nombres de las mujeres que pasan por mi cama, tampoco los de las chicas a las que he entrevistado. Lo sé, en ocasiones soy un capullo arrogante, por eso muchas veces, utilizo esa artimaña tan rematadamente mala: apelativos cariñosos y genéricos. Nena, guapa, cariño, morena, rubia, pelirroja... Alguna característica que la diferencie de mi siguiente víctima y con la que no haya posibilidad alguna de error.

—Y tú, ¿dónde naciste?

—En el País de Nunca Jamás.

Para mi sorpresa, su descaro me hace reír, a carcajadas y de forma sincera.

—¿No se supone que es Campanilla la que vive ahí, rodeada de niños, un pirata, un chico que no quiere crecer y un cocodrilo insoportable?

—Mi vida perfectamente podría parecerse a eso que describes — responde segura de sí, tan segura que no retira siquiera la mirada.

Me permito observarla con mayor detenimiento. Ya no es solo una simple chica rubia, menuda, inocente y con aspecto débil, que ha llegado hasta la puerta de mi piso, no, ni mucho menos. Tiene unas facciones preciosas y delicadas y una mirada brillante que me escruta.

—¿Te gusta lo que ves? —Me permito formular la pregunta con total descaro, porque así es como ella me mira.

—No voy a negar que eres bastante mono.

—Mono... Entiendo. Es la primera vez que alguien me dice que soy mono. —Esto empieza a ponerse bastante divertido.

—¿Qué se supone que te suelen decir?

—No quieras saber, mi chica inocente.

—Vaya, es la primera vez que alguien me dice que soy inocente.

—No hay más que verte. —Me permito recorrerla con la mirada y las curvas que posee distan mucho de las que mi mente asocia a una chica inocente.

Ella alza los hombros en señal de indiferencia, pero yo sé que nunca este tipo de comentarios le son indiferentes a una mujer, tampoco a un hombre. Me encantaría saber qué piensa sobre mí, pero no es el momento de preguntas de esta índole.

—No me conoces. —Me reta con la mirada y deja de brillar, un halo de furia aparece tras esa mirada, hasta ahora transparente.

—Tienes razón. Creo que es mejor que nos pongamos serios, no quiero que te enamores de mí el primer día. —Le guiño un ojo y ella comienza a reír. ¡A reír! ¿Lo podéis entender?

—¿De qué te ríes? —pregunto ofuscado.

—De lo creído que te lo tienes —me dice en español.

—¿Eres española? —respondo en el mismo idioma. ¿Es una broma? ¿Una maldita señal?

—Veo que tú también.

—¿Qué hace una chica española en Nueva York?

—Acabé hace poco la carrera de Bellas Artes. Solicité una beca en el MoMa y me han ofrecido un puesto en prácticas. Hace escasos días que he llegado y necesito un lugar donde vivir.

—¿Bellas Artes? —Es todo lo que atino a decir.

—¿Me vas a decir tú también que eso no es una profesión?

Vaya, vaya, vaya.

—No me atrevería yo a ello. ¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—Veintisiete... Te queda mucho que aprender.

—¿Cuántos años tienes tú? —me pregunta mordiéndose el labio.

—Los suficientes como para enseñarte todo lo que no sabes de la vida.

A la rica cerveza

La pequeña rubia inocente, finalmente salió de casa con una sonrisa en la cara. Y yo tuve que tirar de todo mi esfuerzo y valor, para no invitarla a quedarse y estrenar la mesa de la cocina. No, Guille, no es tu tipo.

—¿Te has comprado una mesa nueva? —inquire Helena mientras mastica un tomate cherry.

Hemos quedado para almorzar. La idea era salir a cenar, pero me ha puesto una excusa mala sobre que tiene que ir con Simon a no sé qué rollo con su padre. En fin, que la veo pasando por el altar antes de lo que canta un gallo. Pobre ilusa, que no supo seguir mis tres reglas de oro. Estas son las terribles consecuencias de no hacerle caso a Guille cuando se convierte en la voz de la sabiduría.

—Tengo ciertas expectativas con mi nueva compañera de piso —le explico de forma seria—. La frustración que me causó la anterior es algo que debo subsanar, porque esas cosas se enquistan y ya sabes lo que pasa, es malo para la salud y yo me quiero mucho.

—Comienzas a desvariar —me dice Helena sonriendo.

—Eso es otro daño colateral de mi antigua compañera. Hasta le he cogido cariño al Wo Hop^[1] y me he convertido en su mejor cliente —la pico.

—Uy, uy, uy, lo que ha dicho. —Se recuesta en su silla y se limpia los restos del aliño de la ensalada que estaba ingiriendo hasta hace escasos segundos—. Ahora no quiero esto. —Empuja su plato hacia mí y me lo ofrece con mala cara—. ¿Me traes a comer hierba porque se supone que es sano y mencionas mi restaurante favorito? Y tú nunca comes sano, solo esa mierda de cereales asquerosos a los que hasta yo he terminado por coger el gustillo. Te odio. Espero que se te seque el semen.

Me rio. A carcajadas. Si es que Helena es mucha Helena.

—¿En serio has dicho semen? —¡Válgame Dios!

—Eso es lo de menos. Yo sé hacer uso de mi exquisita educación.

—Y yo de mi exquisita galantería, por eso no me he follado a la rubia y la he dejado ir.

Empujo de nuevo el plato de ensalada para que termine de almorzar. Observo que nos quedan apenas treinta minutos para tener que despedirnos, tengo una reunión en un estudio de arquitectos en pleno centro y no puedo llegar tarde.

Helena arruga el gesto por lo que le estoy ofreciendo, pero cede y prosigue con su almuerzo.

—Es lo que más cerca nos queda —me disculpo—. Es mi forma de celebrar que he conseguido una nueva compañera y que dejaré de ser un ermitaño.

—Los ermitaños son los que no salen de su casa.

—Pues dejaré de ser un alma solitaria que vive en pena.

—Ya, empiezas a ser demasiado melodramático —bromea—. ¿Qué vas a hacer? Es malo buscar a una compañera de piso a la que te quieres follar.

—Conviví con una más de año y medio. Si pude superar eso, podré superarlo todo. Es más, me resulta extremadamente tentador intentar llevármela a la cama, quiero saber si tiene la misma resistencia que tú.

—Te lo tienes demasiado creído, señor arquitecto.

—Justamente eso es lo que me dijo la chica —sonríó al recordar sus palabras. ¿Sonríó? ¿En serio? Puaggg.

—¿Cómo se llama la susodicha?

—Ada.

—¿Como la chica de los cuentos?

—Exacto —finalizo al recordarlo.

Decidimos dejar de lado a mi nueva compañera de piso, aunque casi que hubiese preferido hablar de ella. Os pongo en situación: he tenido que aguantar media hora de flores, bombones, pasteles de todo tipo y piropos varios sobre un hombre, uno que no soy yo. Tampoco hubo halagos hacia mi polla, nada de «la tienes descomunal», «ojalá me cupiese en la boca»... Lo lógico si hablamos de mí. En fin... También hablamos de las chicas, eso fueron los treinta segundos restantes —aquí vendría bien un emoticono de esos de una carita mirando hacia arriba con gesto serio y desaborido—. Helena me ha comentado que Sarah está mucho mejor tras todo lo sucedido con Chris, ha empezado a retomar su vida y se ha mudado, ese es el resumen del último medio minuto antes de largarse y dejarme solo de nuevo.

Me despido de Helena en la puerta del local y me dirijo hacia la salida.

Divago por el camino sobre Sarah y su nueva situación. Ni por un solo momento me planteé vivir con ella, porque nos llevamos bien, pero Sarah y su carácter es completamente opuesto al mío e incompatible si nos ponemos exquisitos. Soy de esa clase de tíos a los que les gusta sentarse frente al televisor, ver series o películas y devorar un tazón de leche con cereales. Fijaos con qué poco me conformo para ser feliz.

Tampoco me planteo llamar a ninguno de mis colegas, porque cada uno tiene su vida y su rutina. Unos viven solos y otros con sus parejas, pero cada cual toma su rumbo.

—Ey... ¿Qué pasa?

—Oye, tío, ¡cuánto tiempo! —me responden.

He decidido llamar a Jaydee, es uno de esos colegas con los que comparto miles y miles de noches de locura y con el que me entiendo a la perfección. Alex es otro con el que suelo compartir confidencias. La noche en la que salí con las chicas y Helena me encomendó la famosa misión de llevar a mis amigos para amenizar la noche y la fiesta, Jaydee no pudo acudir. En cierto modo, me quedé tranquilo, porque en ese momento tenía innegables dudas sobre mis sentimientos hacia mi compañera de piso. Y esto se merece una explicación.

No soy de esos que cree en el amor —y a las pruebas me remito al ver mi estado civil y mi reticencia a que se produzca algún cambio en él—, pero Jaydee es un rompecorazones, más incluso que yo. Salimos. Cazamos. Comemos. Desaparecemos.

Es como el *modus operandi* de un asesino, pero aplicado a nosotros. Compartimos las tres reglas de oro y estamos orgullosos de ello. También compartimos profesión y eso hace que nos compenentremos mucho más porque podemos hablar y entendernos.

—¿Con «cuánto tiempo» te refieres a unas escasas horas? Veo que no puedes vivir sin mí. —Mi amigo ríe al otro lado y suelta un par de improperios, nada grave.

—Ya sabes que yo no puedo vivir sin ti.

—Dejémonos de boberías, que estamos peligrosamente cerca de parecer nenazas. Llevas unos días perdido, ¿mucho curro? —le pregunto. Hemos hablado e intercambiado escuetos mensajes, pero no hemos podido vernos y eso es bastante raro en nosotros.

—Trabajo y más trabajo. Además, hace unas semanas conocí a una chica y nos hemos estado viendo.

—¿Una chica? ¿Cómo que una chica? ¿Y las tres reglas de oro? —En serio, se me acaba de caer un mito.

—No sé, Guille, cosas que pasan.

—¿Folla muy bien? —pregunto, yendo al raíz del problema y la clave de la posible pérdida de mi amigo.

—Demasiado bien —confiesa.

No le veo al otro lado del aparato, pero me lo imagino con una de esas sonrisas de felicidad al encontrar una tía que se lo monta bien en la cama y que tiene algo más que eso para que Jaydee quiera repetir.

—Empiezo a sentirme solo —declaro—. Deberías compensarme quedando esta noche conmigo; cerveza, conversación, ver tías con poca ropa y poca vergüenza contonearse delante de nosotros sin pudor. Ya sabes... eso que tanto nos gusta. Aunque ahora que te estás volviendo un tío formal y con intención de sentar la cabeza, no sé si tus gustos habrán cambiado. ¿Has empezado a escuchar música clásica?

—¡Estás muy jodido de la cabeza, Guille! Pero, aunque empieces a darme miedo, nunca puedo rechazar uno de tus planes.

—Pídele permiso a esa chica nueva, no vaya a ser que se enfade y no te dirija la palabra en un par de días. Recuerda, Jaydee, las tías son como el mismísimo demonio, quieren acabar con nosotros y con nuestra cordura.

—No te preocupes, Guille, que tengo un as guardado bajo la manga.

Mi amigo cuelga riendo por su propia broma y yo hago lo mismo, porque sé que su as bajo la manga es exactamente el mismo que el mío y se encuentra en el hemisferio sur de nuestro cuerpo.

Llego a casa tras estar en ese estudio de arquitectos más tiempo del esperado. Parece que mi proyecto ha encandilado a los presentes. Finalmente las cosas han salido según lo planeado y debo comenzar a programar determinadas cosas sobre la ejecución de una obra que quieren realizar en Battery Park.

No me puedo quejar, si en algo le doy la razón a Helena es en que podría perfectamente vivir solo y permitirme cargar con los gastos que supone un piso en el West Side, pero he tomado ciertas costumbres y me gustaría seguir con ellas.

Ada...

Creo que es una candidata perfecta para compartir piso. No parece ser una psicópata que pretenda asesinarme en mitad de la noche o envenenar mis cereales y dármelos tras haberme convencido haciendo uso de sus encantos para que ponga todo a su nombre. Pero, a ver, no sé por quién me tomo, ni que fuese un hijo secreto de Hugh Hefner y ahora quisiese reclamar la mansión Playboy como mía y todo lo que en ella pueda haber. Mujeres, grrrrrrr.

Cuando era un adolescente, quise ser como ese hombre. Rodeado de mujeres con poca ropa y mucha piel y disfrutar de todas ellas. Tendría una distinta según el día, incluso de la hora. Mi plan era sencillo: acabar con la

polla destrozada de tanto usarla, sería la mejor muerte que puede un humano desear.

Llego a casa y lo primero que hago es tumbarme en el sofá con la firme intención de ver alguna cosa en la tele, a veces mierdas que no tienen sentido, pero que me entretienen. Llevo un par de semanas disfrutando de los placeres de tener mi espacio y ser lo suficientemente egoísta como para no compartirlo con nadie y, en parte, me satisface, pero, por otro lado, necesito volver a lo que tenía.

Soy consciente de que Helena es Helena y no puedo tener las mismas pretensiones con cualquier persona que ocupe su habitación, y es por ello, por lo que me he tomado mi tiempo para meditar sobre qué o quién quiero que ocupe ese espacio en casa.

No me conformo con alguien que pague las facturas o que me de los buenos días por la mañana, quiero alguien con quien sepa que puedo conectar y que sea capaz de compartir conmigo una película, una noche cualquiera y, lo más importante, que no tenga ninguna objeción acerca de mi adicción a los cereales o caminar en ropa interior por la casa. Lo del desnudo ya lo dejo para más adelante, para el verano, por ejemplo. Estamos en noviembre y la cosa no está como para andar con la rata al aire...

No lo estipulé como requisito, pero lo averiguará cuando conviva conmigo.

He decidido que Ada es la candidata seleccionada para este menester. Compartir piso, lo del sexo ya se irá viendo —guiño, guiño—. Creo que lo resolví en el mismo momento en el que cruzó la puerta y me observó con esos ojos ávidos, porque así sentí que me observaba, con curiosidad y ganas, y yo respondí de la misma forma. Es algo bastante raro esto...

Me supe contener lo justo y necesario para no enredar los dedos entre su pelo y follármela en esa mesa nueva que pide a gritos ser estrenada. Básicamente, porque tenía claro que era la persona indicada con la que compartir piso y porque hay una parte de mí que me dice que ella no entra dentro de lo que busco en una mujer, en una de las mujeres que elijo para una sola noche. Cierto es que tampoco me gustaría comportarme así con ella —y esto también se escapa de mi capacidad de entendimiento—, pero me da la sensación de que es de esa clase de chicas que no solo busca disfrutar del buen sexo. Llamadme loco, pero en estos años he aprendido a descifrar muchas cosas y esta es una de ellas. Vale, estoy fardando de mis habilidades —y eso que no me habéis visto follar, porque os querriais casar conmigo y ya

sabéis que yo odio el amor y toda esa mierda absurda y sería un imposible entre nosotros, chicas, lo siento—, pero, muchas veces, con solo verlas soy capaz de saber lo que esperan y lo que no.

Sigo sin saber el grado de psicopatía que puede tener, pero ella tampoco sabe lo sexualmente activo que soy y la cantidad de veces que hablaré sobre mi polla en su presencia. Una de dos: o será la compañera de piso adecuada, o tendré que poner un nuevo anuncio dentro de varias semanas.

No sé bien cómo ha sucedido, pero estaba pensando en Ada y en esa llamada que debo hacerle y he caído en manos de un sueño profundo. Observo las luces de la calle a través de la ventana y me doy cuenta de que ha caído la noche. Me incorporo y veo el tazón de leche con cereales que pensaba devorar ya frío sobre la mesa de centro.

—No podré dar buena rienda de tu contenido y disfrutar de tu sabor, he quedado —le explico a esa porcelana inerte como si me fuese a responder o a entender.

Soy un completo pringado. He llegado al punto en el que hablo con los enseres de mi apartamento y eso es lo más bajo que se puede caer. Lástima que no me gusten los animales, una buena opción sería la de un gato o un perro, ellos no responden ni dan buenos consejos, pero llegas a casa y el sentimiento de paz finaliza al primer acercamiento del animal.

Me dirijo a mi baño y decido darme una ducha rápida y cepillarme los dientes. Voy a salir con la intención de descargar el peso de la semana, ya me entendéis.

Cierro los ojos y me paso las manos por el pelo mojado. Me gusta la sensación, me gusta masturbarme bajo la ducha y me gusta follar en ella también.

—¡Joder! —mascullo.

El brillo de sus ojos se cuele en mi pensamiento. Necesito follar. Urgente.

Salgo como mi madre me trajo al mundo y me seco en la habitación. Cojo el teléfono y envío un mensaje a Jaydee.

Guille

«Nos vemos en Rudy's dentro de cuarenta minutos».

Es uno de los locales a los que más nos gusta ir. No es nada elitista y es bastante económico, la cerveza es barata y hay chicas —dato a tener en cuenta, sí señor—. Esos son todos los requisitos que necesitamos saber para que se convierta en un lugar al que queramos ir de forma asidua.

Cojo mi chupa de cuero y me encamino hasta el lugar. Mientras deambulo por las calles de la Gran Manzana, entro en las distintas webs donde puse el anuncio buscando compañero de piso y elimino los avisos. Tengo más que claro que debo llamarla y comentarle la decisión que he tomado, pero soy de esos a los que les gusta hacerse de rogar y me encanta esa sensación de tener el control. Vale, también soy un completo capullo al hacerlo de esta forma, porque esa chica puede estar hospedándose en un hotel de mala muerte, pudiendo estar preparando la mudanza para instalarse en mi apartamento.

Analizando fríamente la situación, debía haberle enseñado la distribución del piso pero no lo hice. Ni siquiera se me pasó por la cabeza, me resultó mucho más divertido eso de meterme con ella, sonsacarle algo de información y responder con frases elaboradas y perspicaces.

Tras varias paradas de metro, llego al Rudy's poco antes de la hora acordada. Empujo la puerta del local y el calor impacta contra mi cara.

Veo a Jaydee sentado en una de los taburetes de la barra, con una jarra fría de cerveza entre sus manos.

—¿Buscas sexo? —le pregunto con un tono dulce para sobresaltarlo. Él gira la cabeza y sonrío al ver que soy yo haciendo el gilipollas—. ¿Seguro que estamos en otoño? —inquiero al situarme a su lado, colocando mi mano en el taburete que voy a ocupar y observando el contenido de su recipiente.

Jaydee asiente. Se incorpora y nos damos un abrazo lo más varonil que se puede dar: separamos los miembros para que no entren en contacto e intercambiamos varias palmadas en la espalda.

—Ahí fuera parece que va a llover, lo sé y es noviembre, pero la cerveza caliente es asquerosa —replica. Me limito a asentir dando veracidad a sus palabras.

Finales de noviembre, para ser más exactos. Ha comenzado la época que menos en gusta del año, porque odio las navidades, las compras, los regalos, las cenas de compromiso, las llamadas impersonales y las tarjetas que se envían para felicitar una época que otros adoran y yo no.

Por norma general, suelo coger vacaciones en este período, pero este año se han sumado varias situaciones que no me han permitido organizarme. Entre ellas, la cantidad de trabajo acumulado que tengo.

—Otra igual —le pido a uno de los camareros que se encuentra quitando los restos de agua de las jarras que acaban de salir del lavaplatos.

¿Recordáis esas películas en las que siempre se ve a un camarero con un paño blanco secando una jarra cualquiera tras la barra? Pues este es uno de

los locales que conserva ese tipo de escenas. No es un mito, es una realidad.

—Cuéntame, ¿cómo es eso de que te estás viendo con una chica? —
¿Para qué andarme con rodeos?

Mi amigo me mira, socarrón. Era consciente de que este tercer grado se iba a producir, es inevitable.

—¿Has venido preparado para meterte conmigo?

Aprovecho que lo estoy escrutando con mi mirada de «te lo has buscado solo» para observar a una chica pelirroja al final de la barra. Ella clava la vista en mí y me sonrío. Me ha visto.

—Posible víctima —le cuento a Jaydee devolviendo la sonrisa a la chica.

Él mira hacia el otro lado y asiente cuando de nuevo me presta atención.

—Buen espécimen —admite.

—¿Y la tuya? ¿Qué hay de ella?

—Nos lo pasamos bien juntos. La conocí hace algo más de un mes. Hemos quedado en varias ocasiones, pero guardando las distancias, ya sabes que no me gusta nada ese rollo de tener a una tía pegada todo el día al cuerpo.

—Salvo para follar. —Le doy un largo sorbo a mi cerveza y sonrío al ver la cara de mi amigo tras mi comentario.

—Efectivamente. Me hago viejo —me confiesa—. Y tú también —rectifica para molestarme.

—No es la edad, es cómo nos sentimos. —Una nueva sonrisa canalla dirigida a la chica del fondo hace que ella se ruborice y que la polla me palpite—. Y dime, ¿cómo se llama la afortunada?

—Mia. Se llama Mia.

Una cerveza, un descubrimiento y qué peligrosos son los baños

—¿Mia?

—Es la bomba —me dice Jaydee sin percibir el asombro que tiñe mi voz.

—¿Mia? —repito sin salir de mi asombro—. ¿Qué Mia?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Curiosidad —murmuro dándole otro trago a la cerveza intentando disimular mi actual estado de estupefacción.

—Mia Clark. ¿Acaso la conoces?

¡Mierda! ¿Qué posibilidad existe de que haya más de una Mia con el mismo nombre y apellido en Nueva York? Puede haberlas, obviamente, pero... Es Mia. ¡Mia! Qué calladito se lo tenía la muy bellaca...

—No, no sé quién es —miento—. Cuéntame más.

Esto puede ser muy divertido. Excesivamente divertido ¿y qué es lo que más me gusta en el mundo aparte de follar? Pues, indiscutiblemente, pasármelo bien y más si es a costa de otro. Soy malo, lo tengo asumido hace mucho.

Mi amigo, ese que se había declarado fan número uno de mis tres reglas y mi amiga, esa que decía que yo había aparecido en su vida para darle sentido con mi bendita sabiduría sobre cómo enfrentarse a los hombres: usarlos y tirarlos, no facilitar teléfonos o darlos falsos y cambiar cada día de mujer —en mi caso, en el suyo de hombre—, han decidido caer en la tentación más absoluta que se puede caer y se han arriesgado a tener una cita.

—Sé que es una tía divertida, simpática, trabaja en una revista y poco más.

—¿Tantas citas para eso? —¿En una revista? ¿En serio? Vaya con Mia...

—¿Y tú que le has dicho?

—No me he atrevido a contarle mucho de mí —me confiesa Jaydee, mirándome directamente a los ojos—, tenía miedo de que fuese una psicópata que se enamorase y montase guardia en la puerta de mi casa. Ya sabes que huyo de ese tipo de cosas. Ahora estoy algo confuso, porque le he dicho que trabajo como representante legal de una empresa de márketing y que vivo en otra zona.

Me descojono. Literalmente me descojono de risa en su cara. Me

levanto y me quito la chaqueta de cuero, porque al llegar y pedir, luego meternos en esta conversación y descubrir que Mia ha dicho que no es ella, que además Jaydee ha hecho lo mismo, y que encima, soy un nexo en común entre ambos, me ha hecho más que gracia. Y pienso pasármelo muy bien con toda esta historia, porque no voy a confesar nada de nada. A ninguno...

—Bueno, ya lo irás viendo. Piensa que no hay nada seguro. —Y no lo hay porque Mia se las trae y Jaydee está completamente cagado con las tías y las locuras que se les pasan por la cabeza. De eso doy fe yo también.

Observo de nuevo a la pelirroja, que se encuentra enfrascada en una conversación con una chica que la acompaña.

—¿Ves eso de ahí? —Jaydee asiente tras mirar en la dirección que le indico—. Si no estuvieses metido en ningún jaleo con ninguna chica, podríamos perdernos entre las bragas de ese par de señoritas que están sentadas al fondo y que nos observan como si fuésemos su postre.

—Paso —concluye mi amigo.

—Si me permites, dejaré que aprendas del maestro —le desafío.

Me incorporo y me encamino hasta el servicio. Conozco el local y sé que se encuentra al final de este pasillo. Lo típico, al fondo a la derecha. A mí todo me gusta al fondo, o hasta el fondo, según se precie.

Camino, seguro de mí mismo, sin apartar la vista de la pelirroja y ella me responde con la misma fijeza en su mirada. Soy el que tiene el control, siempre soy el que tiene el maldito control de la situación y ellas lo saben, o lo intuyen.

Le guiño un ojo al pasar por su lado y sonrío con picardía ante mi gesto, batiendo sus largas pestañas como respuesta a mi descaro.

Entro en el servicio masculino y me enjuago las manos mientras espero a que la chica actúe. Si es lo que yo espero que sea, vendrá a mi encuentro.

Me permito la licencia de apoyarme en la pared de azulejos de este baño y cruzarme de piernas y brazos hasta saber si la pelirroja sucumbe a mi provocación.

No siempre me funciona, porque hay tías y tías. Las hay que se enamoran, que quieren jugar, repetir, que necesitan una cita, que las mimen y susurren cosas al oído de esas que toda mujer quiere escuchar y que las hacen sentir especiales.

En realidad, pecho de no ser de esa clase de hombres que las contenta con lo que buscan para conseguir un revolcón. Suelo ser más directo en mi cometido y bestialmente bueno en mis acometidas. Doy placer, recibo placer y

finaliza el contrato temporal que hemos pactado.

La pelirroja se queda plantada en la puerta y me observa con una sonrisa ladina. Coloca la mano en el cerco de la puerta y apoya su peso sobre la cadera.

—Sexi... —murmuro.

Ella sonríe complacida.

— Me esperabas? —pregunta mientras recorre con la lengua sus finos labios de color de rojo. Sus labios...

— Piensas provocarme toda la noche? —la reto, arrogante.

— Piensas quedarte ahí plantado?

Sonrío abiertamente y ahora soy yo quien se permite el lujo de recorrer sus curvas con deseo. Me incorporo con parsimonia y accedo al cubículo que est  justo a mi izquierda.

El repiqueteo de sus tacones me indica que viene en mi dirección.

—Las damas primero —le pido, caballeroso. Este será el único momento en el que lo sea.

—Gracias —me dice con una mirada llena de promesas y comi ndome con ella.

— Qu  esperas de mí? —cuestiono, tanteando el terreno, es importante saber a qué clase de mujer me enfrento. Aunque, si mi instinto no me falla, es de las que me gustan, de las que lo tienen claro antes de comenzar.

— Qu  esperas t  de mí?

—Sexo. —En realidad, me gustaría ser más preciso y aclararle que lo que realmente deseo es que me coma la polla, pero voy a darle el margen de duda y tener la mente abierta a lo que surja. Los hechos hablarán por sí solos.

—Lo mismo —me dice, dándome la razón.

Me acerco hasta ella, hambriento y repaso con mi dedo índice el contorno de su pecho. Se vestido me permite observar la protuberancia que se esconde bajo la fina tela y paseo los dedos por esa maravillosa turgencia. Tiene buenas tetas, un punto a su favor.

Continúo bajando hasta llegar al final de su falda y me arrodillo ante ella. Meto las manos bajo la tela y sujeto su ropa interior por la costura. Hago que esa diminuta tela descienda por sus piernas con delicadeza, sin dejar de comérmela con la mirada. Est  excitada. Lo noto. Lo huelo. Lo percibo en su agitada respiración.

Me levanto y le paso las braguitas por la nariz.

— Lo notas? —le digo haciendo alusión a esa excitación de la que

hablo. Ella se limita a asentir, dándome la razón—. Tu turno.

Se ubica de rodillas ante mí y posa su mano encima de mi bragueta. Mi polla da un respingo ante ese ínfimo contacto.

—¡Joder! —atino a mascullar antes de cerrar los ojos y dejarme llevar por las sensaciones del momento.

La pelirroja sonrío, complacida ante mi exclamación y se entretiene en repasar el contorno de mi bulto con sus perfectas uñas rojas.

—Quiero ver cómo esos labios rojos engullen mi polla —le digo casi con exigencia.

Su mirada es indescifrable para mí. Solo soy capaz de interpretar los instintos primarios que nos asolan en estas situaciones, solo eso. Sin más intenciones ni pretensiones. Algo que habitualmente hago. Sexo y solo sexo, sin más, sin indagar ni investigar.

Comienza a descender por mi bragueta y desabrocha el botón de mi vaquero. Noto la tela bajar y cierro los ojos cuando hace lo mismo con mis calzoncillos.

Ahoga una exclamación ante lo que se encuentra.

—Tienes una buena polla —me dice, satisfecha con la inspección.

—La tengo —respondo, presuntuoso—. Ahora, cómetela.

Me permito pasear el dedo, ese que antes recorría sus tetas, por esos labios rojos que piden a gritos atención. Ella abre la boca y lo chupa sin delicadeza alguna. Preveo una buena mamada.

La sujeta con la mano y sonrío al ver que no es capaz de rodearla. Podría decir que es porque tiene unos dedos pequeños y finos, pero lo cierto es que prefiero pensar que se debe al tamaño de mi miembro.

—Estoy limpio. Cómetela —le pido de nuevo, con más exigencia.

Llevo mi polla hasta sus labios y presiono para que abra la boca. Una pequeña gota de líquido brota de mi capullo, culpa de la excitación del momento, de su mirada hambrienta y de mis ganas de follármela contra esa pared. Pero primero...

Obedece a mi petición sin palabras, porque se la traga sin pudor alguno y me observa desde abajo. No hay nada que me ponga más cachondo que ese momento en el que una mujer me observa con fijeza mientras intenta tragarse mi polla al completo.

Sus ojos comienzan a centellear.

—Buena chica —le digo mientras empujo la pelvis para que trague más.

Sé que es imposible que pueda engullirla al completo, pero me gusta sentirla todo lo dentro que le permite su garganta. Su profunda garganta.

Comienzo a moverme, mientras ella mueve la mano sin cesar. Sublime. Es soberbia esa sensación de que te la chupen con ansias y te toquen al mismo tiempo.

Baja la boca hasta mis pelotas mientras me pajea.

—Necesito follarte —le exijo cuando percibo que se me va de las manos la situación.

La traga de nuevo y me la chupa con más fuerza, como si quisiera decirme con ese gesto que está de acuerdo con lo que le propongo.

Saco, a regañadientes, la polla de su boca y busco en el bolsillo del pantalón mi cartera. Cojo un preservativo —el de urgencia— y rompo el envoltorio con la boca para posteriormente ofrecérselo. Ella acepta de buena gana y me lo coloca en la punta. Sonríe justo antes de acercar la boca en torno a mí y comenzar a colocármelo con ella.

Justo lo que decía: una buena boca, unos buenos labios, una buena mamada.

Tiro de su mano, rendido al placer y a la desesperación y la incorporo. La giro y dejo su espalda frente a mí.

—Pellízcate los pezones con la mano derecha. Sujétate a la pared con la izquierda —le ordeno.

Gime mientras hace lo que dictamino.

Le alzo una pierna y dejo que la repose sobre el váter y llevo los dedos hasta su clítoris. Hinchado. Caliente. Mojado...

—Estás más que lista. Me gusta que estés receptiva.

Ella gime más fuerte. Con mayor intensidad.

Coloco la polla en la entrada de su coño y jugueteo con los dedos en torno a su clítoris.

La oigo suspirar de placer con más fuerza y su culo comienza a moverse para que me la folle fuerte y con ganas.

Le levanto la falda con suma delicadeza, alargando el momento de tensión sexual, para, al fin, tener una buena visión de su culo, un culo que me pone aún más.

—Me lo follaría —le digo mientras lo acaricio con ansias—. Me follaría tu precioso culo, pelirroja.

La embisto sin piedad tras mi último comentario, sin pensar en si puede abarcarme por completo o si puede dolerle. Entro en ella con ansiedad, con

ganas. Ella me acoge entre gemidos y la recompenso recorriendo su botón con avidez y potencia.

—¡Joder! —la escucho exclamar a lo lejos. Me encuentro perdido en la búsqueda de eso para lo que la traje aquí.

—Muévete —le pido—. Muévete y disfruta de mi polla.

Comienzo a intensificar mis arremetidas y a follármela con más ímpetu y ella sale a mi encuentro, furiosa. Las embestidas son cada vez más toscas, más rudas y cierro los ojos para dejarme llevar por el placer del momento. Me la follo fuerte, oigo cómo choca mi pelvis con su culo, cada vez más atropellado, más al límite.

—Me voy a correr —gime.

Percibo los espasmos de su coño, que me engulle con más fuerza y le sujeto las caderas con ambas manos para introducirme en ella con más brío.

Alzo la cabeza y fijo la vista en el techo del baño y me dejo ir tras un último empujón. Disminuyo los movimientos hasta que comienza a normalizarse mi respiración.

Salgo de ella, retiro el preservativo mientras se viste y yo hago lo propio.

Tras colocarse las bragas, alza la vista y me sonrío, ladina.

—Ha sido increíble.

—Buena chica —repito de nuevo mis palabras de antes.

Abro la puerta del servicio y dejo que salga primero. Me acerco al lavabo para asearme un poco y ella camina hacia la salida.

—¿Volveremos a vernos? —me pregunta.

La miro a través del espejo y le sonrío complaciente.

—Ya te llamaré.

Ella asiente. Lástima que no se haya dado cuenta de que no le he pedido su teléfono...

Mi nueva compañera de piso

No logré sorprender a mi amigo, porque la táctica utilizada es la que habitualmente seguíamos —y lo digo en pasado porque veo que las tornas han cambiado para él—, y me conoce lo suficientemente bien como para saber que salí victorioso de mi encuentro en ese servicio público.

—¿Mia? —Hablando de amigo, de cambio de tornas y de pasado...

—¿Qué pasa, Guille?

—¿Cómo estás? ¿Qué haces esta noche?

—No tengo ningún plan —me confirma por teléfono.

—¿No vas a quedar con tu nuevo novio? —pregunto con la intención de chingarla. Tras el regreso de Helena, supe que Mia había conocido a alguien, pero en ese momento, pocos detalles quise saber. No por nada en concreto, sino porque realmente le di la importancia justa al asunto, y veo que fue un craso error.

—No es mi novio, es un chico al que me follo... Sexo. Solo sexo, ¿recuerdas lo que es eso?

—Nítidamente —le contesto, recordando cómo hasta hace nada la pelirroja me la comía con énfasis—. Oye, vente a casa. He conseguido compañera de piso y puede que se nos acabe el chollo de nuestras noches de tele.

—¿Vas a dejarme por otra? —me pregunta socarrona.

—¿Vas a hacerlo tú ahora que tienes novio? —Para chula tú, chulo yo.

—No es mi novio —repite indignada—. Si sigues por ese camino, no voy a hacerte compañía.

—No seas mala.

—No seas gilipollas —me rebate—. Pide perdón y en un rato estaré ahí —claudica.

—Perdón, mala amiga. —A ver, que darle el gusto está bien, pero chingarla mola mucho más.

—Nos vemos luego, petardo.

Mia cuelga tras despedirse de esa forma tan característica que tiene ella y yo caigo en la cuenta de que le he dicho que he conseguido una compañera de piso, pero la verdad es que no lo tengo nada claro, porque no lo he confirmado y la susodicha no me ha dicho que sí.

Sujeto el móvil entre las manos y comienzo a girarlo entre mis dedos.

Me incorporo y me dirijo a mi habitación, necesito buscar el documento donde guardé la información de Ada del Río. Ya su apellido me lo pone fácil para meterme con ella... Lo voy a interpretar como una señal...

No sé si ella estará loca, pero a mí me sirve de motivación el pensar en cómo pienso pincharla desde que traspase la puerta de esta casa.

Sujeto el papel y me siento como Simon el día que le hizo la entrevista a Helena, salvando las diferencias, obviamente.

Voy en dirección a la cocina y saco mi bol favorito. Abro la puerta de la despensa, que esconde las cajas con mis cereales predilectos y escojo un paquete.

Mientras dejo que la leche se caliente en el microondas, marco su número de teléfono.

—¿Sí? —Su dulce voz me responde curiosa al otro lado.

—¿Ada del Bosque?

—No. Del Río.

Sonrío ante su forma de corregirme, sin perder la dulzura implícita en sus palabras.

—Perdona —me disculpo sin dejar de sonreír—. Soy Guille.

—¿Qué Guille?

—Tu nuevo compañero de piso.

—Ah, el creído.

Río ante su comentario. Es simpática. Guapa y simpática.

—De todas las cosas que suelen decir de mí, esa es la única que jamás había escuchado.

—Eso es porque tus conquistas no han sido lo suficientemente sinceras contigo.

—Mis conquistas suelen decirme otro tipo de cosas, pero no sé si una niña como tú está preparada para escucharlas.

—Prueba. Una vez acabes, sabrás si soy de las que se asustan con facilidad —me reta.

—Puede que debas descubrirlas por ti misma. —Se hace un silencio entre nosotros. Ella respira agitada y me imagino sus pechos turgentes moviéndose a causa de la respiración acelerada. Mi polla reacciona dentro de los pantalones ante tal pensamiento—. Tranquila. —No sé si intento infundirle calma a ella o a mí mismo y a estos pensamientos pecaminosos que rondan en mi cabeza—. No te asustes, no soy un lobo... feroz —respondo con socarronería.

—Estoy muy tranquila —responde digna y altanera—. Entonces... ¿para qué me has llamado?

—Tengo una gran noticia que darte.

—Ilumíname —me suelta irónica.

—He decidido concederte el beneplácito de ser mi nueva compañera de piso.

—Beneplácito... Ya... —responde, restándole importancia al hecho en sí.

—No te preocupes, Ada del Bosque, sé que intentas hacerte la fuerte y la dura, pero mueres de ganas por compartir el piso con un hombre como yo, admítelo.

—Comienzo a tener ciertas dudas, la verdad —confiesa con sarcasmo.

—Tengo mucho que enseñarte, pequeña.

—Puede que tengas mucho que aprender —me rebate.

—Haremos un trato —le explico—, yo te enseño y tu aprendes.

—No, no, haremos otro trato. Yo te muestro mi forma de ver la vida y tú aprendes a ser menos creído.

—Tienes un largo trabajo por delante.

—Me van los retos —me responde.

—Y a mí, Ada del Bosque, y a mí...

Quedamos en que recogería sus pertenencias y se mudaría en cuanto pudiese. No hice demasiadas preguntas al respecto y fui poco caballeroso, pues no me ofrecí a ayudarla con nada.

—Espero que sea buena compañera de piso —suelta Mia mientras engulle patatas fritas a mi lado como si no hubiese comido en semanas o tuviese un alienígena ahí dentro metido.

He perdido a piedra, papel o tijera y me ha tocado poner una de esas pelis malas que no me gustan. La ventaja es que, cuando estoy con Mia, solemos hablar mucho y ver poco la tele, cosa que me molesta si la peli la he elegido yo, pero en este caso, pasaré por alto el detalle.

—No le he hecho muchas preguntas, pero he coqueteado con ella —confieso alzando las cejas en repetidas ocasiones.

Mia se revuelve en el asiento, pone el pause y traga el contenido de su boca. Parece uno de esos animales que guardan comidas en los mofletes, esto tiene que saberlo Jaydee.

—¿No piensas guardar la polla con ninguna de tus compañeras de piso? —me reprende Mia—. Pensaba que al irse Helena ibas a cambiar, no sé,

reformarte, ir a un médico, castrarte...

—¿Castrarme? ¿Estás loca? Mi polla es la parte del cuerpo a la que más aprecio le tengo.

—Deberían ser tus manos y tu cerebro, que es lo que te da de comer. Gracias a eso puedes comprar la mierda esa que engulles a todas horas.

—No ofendas a mis cereales, son mi mayor vicio. Eso y el sexo.

—Sádico —me insulta.

—Lo dice la que se está follando al mismo chico desde hace unas semanas y ha estado callada guardando el secreto como si le fuese la vida en ello. —No sé exactamente cuánto tiempo hace que Mia ve a Jaydee, él no le ha contado la verdad y ella tampoco, por lo que no debe ser mucho, un par de semanas quizás—. ¿Cuánto tiempo os lleváis viendo? Pensaba que una de las ventajas de ser amigos es que me ibas a contar este tipo de cosas. Helena lo hacía. —Espero que el chantaje emocional funcione.

—Guille, no es nada serio. No hay boda, ni pedida de mano, nada de eso que te estás imaginando. Nos llevamos bien, nos compenetrarnos en la cama y poco más. —Encoge los hombros en señal de indiferencia y coge otro puñado de patatas sin apartar su vista de mí.

—Bueno, pero no te perdonaré si no me mantienes al día de lo que sucede. —Haré lo mismo con Jaydee y actuaré como un bellaco sabiendo lo que piensan los dos sin contar nada al otro. Esto es urdir un plan escabroso y lo demás bobería.

—Perfecto —afirma—. Ahora bien, ¿qué piensas hacer con tu nueva compañera de piso? Cierto es que pensaba que Helena era el amor de tu vida, no contábamos con que apareciese en escena Simon y que se enamorase de él. Con el rollo que os traíais entre manos, era imposible pensar en otra cosa.

—Somos amigos, siempre lo fuimos y nos llevábamos bien. Lo bueno era que nos comprendíamos y Helena supo refrenar el deseo que sentía por mí. Ella no lo quiere confesar, pero sé que se masturbaba en repetidas ocasiones pensando en mí, en mí embistiéndola fuerte y profundo...

—Para —me corta Mia—. No es la noche erótica, es la noche de las películas. Y responde a mi pregunta, ¿qué piensas hacer con tu nueva compañera de piso?

—Nada —sonríe con altanería—. Compartir gastos, organizar turnos para la cena, ver películas, follar en la encimera...

—Guille, ¿algún día dejarás de pensar con la polla?

—Jamás —zanjo.

—¿Y cómo se llama la afortunada?

—Ada —resuelvo—, Ada del Río. —Y en ese momento caigo en la cuenta de que es el primer nombre que he sido capaz de recordar en tan poco tiempo.

Mi vida es un puto caos con patas

—Tengo una reunión a primera hora de la mañana —lloriqueo.

He quedado con Jaydee en La Colombe para desayunar. Solemos vernos cada mañana y compartir impresiones sobre nuestro trabajo, en ocasiones, terminamos prestándonos ayuda en algunas cosas. Nuestra mesa suele convertirse en un trozo de madera cubierta de planos y anotaciones raras e indescifrables.

—Estoy harto —me suelta de pronto mi amigo.

—¿Qué sucede? —Llamo a Genesis, nuestra camarera favorita. Ella se acerca con su habitual sonrisa y de un salto se planta donde estamos sentados.

—¿Qué quieren tomar mis chicos?

Me gusta ese tipo de detalles, acudir a una cafetería cada día y encontrar al mismo personal. El trato suele ser cercano y siempre te atienden con cariño por ser cliente habitual.

—Capuchino y expreso. Y dos cruasanes de almendras para acompañar la bebida —pido casi que de carrerilla—. Gracias, Genesis.

—De nada, guapo. ¿Piensas aceptar una cita conmigo algún día? —me pregunta, coqueta.

—Sabes que no —le respondo guiñándole un ojo.

Genesis es guapa, simpática y tiene un carácter muy afable, pero es muy joven. Demasiado para mí. Uno tiene ciertos límites infranqueables y la edad es uno de ellos. Ella se marcha, no muy conforme, pero, a pesar de ello, sé que mañana me atenderá igual de bien y no me encontraré ninguna sustancia rara en la bebida. No hay rencores, o eso espero.

—¿Qué sucede? —Me centro de nuevo en nuestra conversación. Tras el último comentario de mi amigo y el gesto que le acompaña, debo indagar.

—Estoy cansado —me responde, mirando por la ventana.

—¿De qué? ¿De la vida? ¿De tu nueva novia? ¿De follar poco? ¿De que yo sea más guapo que tú? Tienes motivos, lo entiendo...

—De mi trabajo —finaliza, abatido, omitiendo mis anteriores argumentos—. Veo tu forma de trabajar, tu libertad para elegir, esa forma en la que lo llevas y tu capacidad para hacer propuestas y me jode muchísimo no poder hacer lo mismo.

—Ya. Supongo que es lo normal cuando trabajas para una empresa. Tú ves las ventajas, pero también hay muchos inconvenientes. No tienes horarios

definidos, debes trabajar para poder cobrar y preocuparte de ello. En la empresa privada te garantizas el sueldo siempre; en mi caso, si no encuentro clientes estoy jodido.

—Lo sé, pero tiene otros puntos positivos que compensan.

—Es un riesgo que hay que meditar —le explico, intentando que razone.

Jaydee me hace un gesto para que guarde silencio porque llega Genesis con lo que hemos pedido. Deposita las tazas sobre la mesa, capuchino para mí y expreso para él, y deja un plato frente a cada uno con un apetecible cruasán.

—Gracias —le responde Jaydee sin casi mirarla.

Ella le contesta con un breve asentimiento y se marcha con uno de sus típicos saltitos.

—Escucha, Jaydee, si no estás a gusto en tu trabajo, es mejor que busques soluciones. No soy bueno con los consejos y paso de que nos pongamos en actitud conciliadora, somos hombres duros y rudos, como los de Escocia —me burlo para quitarle algo de hierro al asunto—. La cosa es sencilla: cambia lo que no te guste y quédate con lo que sí.

—He estado dándole vueltas al tema y quería proponerte algo.

—No —zanjo, cortándole y sin posibilidad a entrar en detalles.

—No respondas, gilipollas, que aún no te he dicho cuál es mi propuesta.

—Pero mi respuesta va a ser negativa, Jaydee.

Es verdad que no me ha dicho nada, pero, si lo conozco como creo que lo conozco, me va a proponer algo que no me va a gustar y no me va a convencer.

—Trabajemos juntos —me dice obviando mis anteriores negativas. Intento de nuevo hacerle un gesto con la cabeza para resolver esta conversación de una vez, pero me lo impide señalándome con el cruasán de almendras—. No respondas nada hasta que te plantee mis ideas. Conozco gente, tengo contactos y nos puede ir bien.

—Pareces un puto mafioso con eso de que conoces gente.

—También sé ser mafioso, eso es un punto añadido a esta propuesta. —Sonríe mientras da un fuerte mordisco a su dulce.

—No me tengas en cuenta lo que te voy a decir, Jaydee, pero yo prefiero trabajar solo. No me gustan los dúos, las parejas, los dobles, los números pares. Llámalo como cojones quieras, pero me gusta ir a mi rollo y, si algo sale mal, pues resolverlo porque ha sido culpa mía.

—Si lo que insinúas es que soy mal trabajador o que voy a causarte problemas, estás muy equivocado. Pensaba que éramos amigos...

—Lo que me faltaba —bufó exasperado—. Estás malinterpretando las cosas, tío. Es mejor que llames a la chica esa y eches un maldito polvo porque empiezo a dudar la clase de hormonas que tienes en ese cuerpo.

—Capullo —me responde antes de levantarse y dejarme solo en la mesa.

«¡Joder! ¿Y ahora qué cojones hago yo?» Pienso. Apuro lo que queda de capuchino en mi taza y dejo medio cruasán en la mesa. Lo que tenía que ser un desayuno pacífico se ha convertido en todo lo contrario.

Paso el resto de la mañana entre citas, llamadas y reuniones. Necesito que este nuevo proyecto que tengo entre manos salga bien. Es una gran oportunidad laboral para mí, a pesar de que soy perfectamente consciente del trabajo que esto puede acarrear y la cantidad de noches que puedo pasar en vela. Como le dije a Ada ayer por teléfono, me van los retos y este es uno importante, quizá de los más importantes que se me han planteado.

Llego a casa agotado, dejo la montaña de papeles encima de la mesa de la entrada y me dirijo a la cocina a por algo de comer. Necesito hacer ejercicio y no solo me refiero a sexo, necesito salir, correr y desahogarme.

Me encamino a mi habitación y saco mis deportivas, un pantalón fino, una camiseta de licra y una chaqueta con capucha. Me enfundo en mi vestimenta de deporte y cojo una manzana verde de la cesta de la fruta. Mis mayores vicios son las mujeres, los cereales, las manzanas verdes y los cigarrillos que me fumo en la ventana de mi habitación.

Me considero un fumador social, de esos que hacen uso y disfrute de esa mierda de vicio cuando salen a beberse una copa con los colegas y los que se llevan un cigarrillo a la boca tras una buena dosis de sexo. También es mi válvula de escape cuando me llama mi madre o cuando debo ir a verla.

Me ajusto el brazalete deportivo en mi bíceps y meto en él mi teléfono. Cojo las llaves de la puerta y del portal y las ajusto en la cinta elástica. Observo el llavero que Helena me dejó antes de irse, en la cesta cursi que compró y que dejé ahí porque soy demasiado cómodo como para buscar una simple caja de un bazar cualquiera y sustituirla.

Salgo a la calle y me coloco los auriculares para comenzar caminando e ir incrementando el ritmo conforme mis músculos se animen. Suena *Wrapped Up* de Olly Murs y me dejo llevar por la frenética e intensa melodía.

La intención de mi actividad es la despejarme, desconectar y acallar

las voces que me susurran todas las mierdas que tengo pendientes de resolver. El trabajo que me absorbe, Jaydee que no entiende lo que le quise decir esta mañana, mi madre que no cesa en su empeño por comprometerme con alguna de las hijas de sus amigas, esas que tienen un jodido palo metido por el culo y que estoy convencido que solo follan en la postura del misionero, ¿puede haber algo más aburrido?

Comienzo a dar largas zancadas y dejarme llevar por la música que retumba. Incremento el volumen y el trote da paso a algo más intenso. Utilizo la ruta de siempre, esa que comienza en Columbus Circle y finaliza en Times Square. La ventaja de esta ruta es que me pilla cerca de casa, normalmente camino hasta llegar a una de sus cuatro esquinas y desde allí comienza mi descarga de adrenalina. Me gusta ese kilométrico tramo costero, perderme corriendo por la doce y el contraste entre el recorrido que hago por la costa y el final de la ciudad. Es lo bueno de esta urbe.

Nací en Asturias, patria querida, y pasé gran parte de mi vida en esa comunidad. Hice la carrera de Arquitectura en Zaragoza, y no porque la nota de corte fuese baja, que también, sino porque necesitaba salir del núcleo familiar. Ya sabéis. Pensaba que eso iba a ser un motivo de peso para que la relación con mi madre mejorase, pero no, ni mucho menos.

Desde el mismo momento en el que salí de nuestra casa, mi vida cambió radicalmente. Pasé el primer año haciendo el gilipollas: fumar, beber, follar, follar y follar. Tras las notas desastrosas de ese primer curso, comencé a centrarme y a follar solo de jueves a domingo. Salía con los colegas, bebíamos... Lo típico de la juventud. Mis padres venían a verme de forma asidua. Supongo que me echaban de menos.

Tengo muy buena relación con mi padre y conectamos muy bien, mi madre tampoco es mala, pero es una pesadilla con tacones. Imagino que el motivo es que se veía siendo abuela joven, o por lo menos esperaba que su único retoño sentase la cabeza al conocer a alguna chica de familia aristócrata y con ganas de chuparme el culo con su actitud displicente. Ella no entiende que esa es la clase de vida que yo, Guillermo del Moral, no deseo.

No creo que sepa lo que es enamorarme, tampoco creo que entre en mi lista de prioridades averiguarlo. Me gusta mi vida tal cual está organizada. Ha habido chicas con clase y clase de chicas, pero nada especial que te marque y te haga cambiar. No ha habido giros radicales ni cambios de tornas en mi vida por una chica.

Lo primero que siento es la vibración de mi teléfono, tras esto, la

canción que estaba sonando, *Prophets of Rage*, cesa y es sustituida por el sonido de esa melodía que tanto odio.

Hablando del rey de Roma...

—¿Mamá?

—Pitufito. —Siempre Pitufito.

—Mamá, creo que ya es hora de que dejes de llamarme Pitufito y comiences a llamarme por mi nombre. Odio ese apelativo, es cursi y sinsentido, ¿no te has dado cuenta de que ya tengo treinta y tres años?

—Para mí lo eres —me responde borde.

Mi madre me llama así siempre, delante de quien sea.

Bufo ante su respuesta, es cansino.

—Por favor —le pido, una vez más.

—¿Cómo estás? —Esta es una de sus técnicas más conocidas, cambiar de tema siempre se le ha dado bien. Es como una jodida niña pequeña que no consigue su premio y decide buscar otra forma de obtener lo que se propone.

—He salido a correr un rato. Necesitaba despejarme.

—Eso es bueno, trabajar mucho no es sano. Mira a tu padre, la cantidad de dolores que tiene por estar tanto tiempo en esa empresa.

Mi padre trabaja en una empresa de telefonía desde que yo tengo uso de razón. Siempre me decía que para ascender en esta vida hay que trabajar mucho y tener suerte. Bromeábamos, porque yo, ya con pelo en el pecho, le solía responder que la suerte no era un factor importante, pero el estar en el momento preciso y el lugar indicado sí lo era y él siempre lo estaba porque pasaba muchas horas dentro de ese edificio en el que presta sus servicios.

Se vio recompensado su trabajo gracias a su esfuerzo, eso es indiscutible, pero la realidad es que pasamos muchas horas delante de un televisor esperando su llegada para cenar y otras tantas comiendo con su plato sobre la mesa y la silla vacía. Aun así, todos los ratos que tenía libres los pasábamos juntos. Nos encantaba pescar en la Playa de Zeluán e íbamos todo lo que le permitía la agenda. A sus interminables jornadas laborales, había que sumarle las cenas de negocios a las que mi madre me obligaba a acudir, hasta que, gracias al cielo, me fui a estudiar fuera y declinaba la invitación porque lo primero era lo primero —a follar, a follar, que el mundo se va a acabar, digo... a estudiar a estudiar, que el futuro te debes labrar—.

—Me despeja —es todo lo que le digo.

—Martita me ha preguntado por ti.

—No sé quién es Martita. —No es broma, es que soy pésimo para los

nombres, pero eso ya lo habéis averiguado.

—Es la hija de Pascual. —Vale, soy pésimo para los nombres, pero la cosa se pone peor en cuanto se refiere a los de las hijas de los amigos de mi madre.

—No me interesa, mamá. Ya lo sabes.

—Pero, Pitufito...

—Tengo que dejarte —la corto—. No quiero perder el ritmo ahora, ya estoy acabando mi recorrido. Te llamo esta semana y hablamos.

Tampoco quiero comenzar una diatriba con ella de algo que ya resulta cansino.

—Vale —concede—. Cuídate, Pitufito.

—Y tú, mamá.

Cuelgo y vuelvo a darle al *play*. Tras esto, mejor hago otros ocho kilómetros.

Cómo hacer a una mudanza y no morir en el intento

Llego a Times Square y me sumerjo en el barullo de la ciudad y de la tarde neoyorquina. Cada día que pasa, me gusta más vivir aquí.

Elegí esta ciudad porque, para mí, es la cuna de la arquitectura. Edificios y edificios por todos lados, una sociedad frenética, personas, oportunidades sin horarios porque Nueva York nunca duerme. Y aquí me he asentado y no tengo intención de volver a mis orígenes, como mucho, regresar de vacaciones.

Reduzco la velocidad y tanteo el teléfono sin sacar el aparato de mi brazalete.

Comienza a vibrar de nuevo y desconecto la llamada.

—¿Sí?

—Soy Ada.

—Lo sé —respondo soberbio.

—No me impresionas —me responde llena de chulería—. Te llamo porque estoy fuera del edificio y no tengo llaves para entrar.

Aún estoy sonriendo por su anterior respuesta.

—Estoy a poco más de ocho kilómetros de casa, dame un rato y llego.

—Lo tienes bien calculado —me reta.

—Soy de ciencias —me justifico.

—Ya veo. ¿Matemático?

—No, pero me sé las reglas básicas. Menos por menos es más. Uno más uno son dos. La reina se la come al rey.

—Esto último dudo que se aprenda en ninguna carrera. Y permíteme que cuestione las salidas profesionales de la reina.

—Puede que no haya un examen para ello y que la reina esté sin trabajo, pero yo voy más allá y estoy dispuesto a enseñarte el fin de esa moraleja.

—Sé cuál es el fin de esa moraleja —contesta, segura de sí.

—¿Lo sabes porque has sido la reina?

—No te puedo desvelar todo, señor matemático. Te dije que te iba a enseñar, pero las clases particulares aún no han comenzado.

Suelto una gran risotada en respuesta a su comentario. Es divertida y pícaro.

—Ada...

—Dime.

—No soy matemático. Soy arquitecto. —Ahora es ella la que se ríe, ¿de mí? —. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú, señor pintalíneas.

Y la señorita Ada del Bosque me cuelga.

Esto se empieza a poner interesante.

Reanudo la marcha y me encamino de vuelta al apartamento, todo lo rápido que puedo, aún con los cascos puestos, la música a todo meter y unas ganas de llegar que no tienen explicación. Curiosidad, eso es lo que hasta ahora ha logrado despertar Ada en mí. Simple y llana curiosidad.

Soy de ciencias, sí, pero no me paro a pensar exactamente cuánto tiempo tardo en llegar hasta el West Side para encontrarme con ella. Aún con la respiración entrecortada por la maratón que acabo de finalizar y con los músculos tensos por el exceso de deporte que he practicado, su figura comienza a ser algo más que un simple atisbo desde el inicio de esta calle.

Está apoyada en un coche extraño, probablemente de alguna persona que lo haya dejado ahí para sumergirse en su tarde de compras o una visita cualquiera en uno de los edificios de la zona. Tener coche en esta ciudad es una completa locura. Algo por lo que no estoy ni estaré dispuesto a pasar nunca. Tiene uno de esos petates militares. Ese detalle me sorprende, no es la clase de maleta que esperaba. Lleva unos cascos puestos y la veo hacer *scroll* con su teléfono móvil mientras mueve el pie derecho al son de lo que escucha, apuesto que algo cañero, como eso que hasta hace nada me acompañaba a mí.

Es como si nada de lo que sucede le importase, salvo eso en lo que ahora mismo se encuentra sumergida.

Me vislumbro sonriendo ante esos gestos y me acerco con celeridad hasta su posición.

Me sitúo frente a ella, pero parece que mi presencia pasa desapercibida. Le arrebato uno de los auriculares y me lo llevo hasta la oreja para escuchar lo que la tiene tan distraída. Suena *It's my life*, de Bon Jovi.

—¿Qué clase de música es esta para una señorita como tú? —pregunto con intención de provocarla.

—¿Qué clase de actitud es la de un hombre que le arrebató a una chica desconocida el auricular en la mejor parte de la canción? —Comienza a tararear la letra mientras mueve el pie efusivamente, tal y como hacía antes, y el cuello hacia adelante y hacia atrás—. Esta es la primera lección que te voy a enseñar —me reta con la mirada y una sonrisa pícaro en la cara—: nunca

jamás interrumpas a una mujer cuando escucha su canción favorita. Ahora, demuestra ser un caballero y llévame la mochila.

No puedo más que sonreír ante su completo descaro. Sujeto el asa de su petate y me permito observarla con atención ahora que caminamos en dirección a la puerta de mi edificio, ahora nuestro, porque es, oficialmente, mi compañera de piso.

No es una chica especialmente atractiva, o, mejor dicho, no es la clase de chica en la que me fijaría si nos cruzásemos un día cualquiera por la calle. No podría definirla como tal, nada de explosividad, es una chica guapa, sí, rubia también y, a pesar de que puede que pretenda esconderlo tras esa música cañera y unos pantalones rotos, el halo de inocencia que la envuelve es apabullante.

Soy capaz de detectar este tipo de cosas. Sí, supongo que eso lo da la experiencia e interactuar con muchas mujeres, quizá demasiadas para ser políticamente correcto.

—Esto pesa —me quejo sin borrar la sonrisa que me enmarca la cara.

—Mucho deporte no practicas, entonces... ¡Llevo cargando todo el día con eso y no me he quejado!

—¿Todo el día? —Me permito alzar la ceja, dudando de su afirmación.

—Sí —asiente acompañando su afirmación—. No quería pagar de más en el hostel en el que me he estado alojando, así que he decidido recorrer la ciudad con mi mochila.

—¿Estás loca? ¿Eres catalana? —Preguntas serias donde las haya.

—¿Catalana?

—Sí, por eso de ahorrar. Lo lógico sería haberme comentado el asunto cuando hablamos el otro día por teléfono, haberme explicado tus intenciones y hubiésemos quedado antes... No sé, te habría hecho entrega de una copia de las llaves y habría vuelto al trabajo. O, si no querías molestarme porque eres muy consciente de que soy un chico muy ocupado y eres respetuosa con tu nuevo compañero de piso —afirmo con socarronería—, haber pagado el día. Ahí tienes mi explicación.

Le cedo el paso para entrar en el ascensor y pulso el número cinco. Nuestra planta.

—Efectivamente soy catalana, pero, por encima de todo, esa explicación es de lo más arrogante y altanera, no puedo permitirme derrochar el dinero. Es más, no es necesario malgastar el dinero. Piensa en algo: ¿sabes la cantidad de niños que podrían subsistir con lo que yo habría invertido en un

hostal por apenas unas horas? Es más, ¿sabes lo bien que lo he pasado recorriendo las calles como si fuese una turista recién llegada a la ciudad?

—¿Acaso no lo eres?

—¿Turista? —me pregunta.

—Exacto —confirmo su pregunta.

—Ya no, ahora soy una chica en prácticas que piensa embeberse de la ciudad y disfrutarla al máximo —me confiesa con una amplia sonrisa, justo delante de la puerta de nuestro piso.

Y de nuevo ese brillo en su mirada lo ocupa todo, como si tuviese vida propia, como si de verdad se quisiera embeber de lo que la rodea, del aire, de la luz...

—Vale. —Coloco la llave en la cerradura y la giro con precisión para poder abrir y de nuevo cederle el paso—. Ese efecto lo suele producir la ciudad al llegar, pero hay uno más.

—¿Cuál? —me pregunta mientras recorre la entrada de su nuevo hogar con la mirada, sin prestarme casi atención.

—Una vez vives en Nueva York, no querrás regresar a casa.

—Eso no me va a suceder a mí. Me gusta Barcelona, me gusta Cataluña, me gusta España...

—No sigas —la freno en su discurso—, veo que te gusta todo.

—Ajá... Me gusta la vida.

—¿Trabajas en una ONG?

—No —responde.

—¿Eres trabajadora social? —insisto.

—No —niega de nuevo.

—¿Santa Teresa de Calcuta? —prosigo.

—De nuevo, no.

—Pues no lo entiendo —finalizo, rascándome la barbilla con pericia.

—¿Qué no entiendes? —pregunta aturdida.

—Que te guste todo tanto.

—No me gusta todo —finaliza sonriendo.

—¿Y qué es lo que no te gusta?

—Los pintalíneas chulos. —Sonríe con más énfasis.

Comienza a caminar por el espacio sin borrar esa mágica sonrisa de su cara. ¿En serio he utilizado la palabra «mágica»? Es la sonrisa más bonita que he visto jamás. Es dulce y me despierta cierta ternura. La imagino sola en esta ciudad, sin familia, amigos... Solo ella y, a pesar de que eso puede ser lo más

normal del mundo para cualquier persona, no me lo parece para una chica como Ada...

—¿Te gusta lo que ves? —Me he apoyado en la pequeña estantería donde se encuentra ese cesto que Helena se empeñó en comprar para dejar las llaves. Me giro y sujeto entre los dedos las de mi antigua compañera de piso para hacerle la entrega a la nueva. Las vueltas de la vida...

Ada clava su vista en mí y me parece ver su mirada recorriendo mi cuerpo. Y digo que me parece porque puede que no sea así, pero me gusta imaginar que causo sensación allá dónde voy.

—Me gusta lo que veo. Solo tengo que adaptar todo un poco.

—De adaptar nada —la freno al ser consciente de sus palabras y del matiz que implica adaptar. Eso solo puede significar algo: cambiar todo de sitio y perder la orientación en mi propia casa—. En este piso estaba yo antes que tú y no quiero que ninguno de mis ligues se crea que hay una mujer marcando territorio, debe ser un piso impersonal...

—Ya veremos —me corta sin dejarme terminar mi discurso de *macho man*.

Le muestro las llaves, que tintinean al moverlas y ella de nuevo sonrío como si fuese su mejor premio en la vida.

Camina en mi dirección y se planta frente a mí, con los ojos brillantes y ese halo de inocencia que la envuelve.

—¿Qué me das a cambio? —le pregunto juguetón.

—¿Qué quieres? —contraataca.

—Un beso. Quiero un beso...

Las niñas buenas no besan

Mi nueva compañera intenta aguantar con estoicidad una carcajada, pero sin éxito alguno puesto que, finalmente, el sonido de su risa inunda al completo la estancia.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú, señor pintalíneas. —¿Creéis que es feo admitir que esta chica que tengo frente a mí, ha conseguido que mi polla se ponga más tiesa que el palo de un mástil solo con eso que acaba de pronunciar?

—Vaya, vaya... Ada del Bosque.

—Del Río, Ada del Río —me corrige nuevamente.

—Ada del Bosque —obvio su comentario y prosigo con mi travesura —, veo que te gusta jugar, pero creo que eres demasiado joven para estar a mi altura. —Sigo apoyado en la estantería, cruzado de piernas y brazos.

—Soy joven, es cierto, pero tengo experiencia.

—¿De qué clase de experiencia me hablas? —inquiero, socarrón—. Yo también tengo una gran... experiencia.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un chulo?

—No me suena —finalizo con fingida inocencia.

—Yo hablaba de otra clase de experiencias —contrataca.

—¿Así que no tienes «experiencia»? —Le doy bastante énfasis a la palabra y me reprendo mentalmente por no haber sido lo suficientemente astuto para acompañarla de unas comillas aéreas hechas con los dedos.

—Eso no es de tu incumbencia —me responde alzando la barbilla llena de dignidad.

—Te equivocas —la corto—, forma parte de una de las competencias de tu nuevo compañero de piso.

—Ah, ¿sí? No he visto ninguna cláusula en la que se especifique que tengo que hablarte de mi vida sexual.

—No. Realmente no debes hablarme de tu vida sexual, a pesar de que eso me pone extremadamente cachondo —respondo insolente—, con que me dejes probar, me basta.

—Eres... Eres... —bufa perdiendo la paciencia.

—Un dios hecho persona, lo sé. No es necesario que busques más adjetivos para definirme, aunque Adonis, macizo, empotrador y dios del sexo me valen y estoy dispuesto a aceptarlas.

—¿Pintalíneas? ¿Te vale eso? —me desafía.

—No —sonrío encantador—. No me vale, Ada del Bosque. No me hagas repetirte...

—Me exasperas —me dice—, pero sé que en el fondo eres buena persona. Un poco chulo, pero buena persona. ¿Dónde está mi habitación? —me pregunta sin permitirme continuar con mi discurso narcisista.

—Si me das un beso te lo cuento —prosigo.

—¡Ja! La buscaré yo sola.

La veo sujetar su petate y comienza a caminar por la casa. Me he quedado sin beso, porque la primera puerta que encuentra es su habitación. Abre y observa la estancia. No hay ropa, está vacía de cualquier tipo de objeto decorativo y Ada me mira con esos preciosos ojos que irradian brillo y sé que es como si se sintiese victoriosa por haber ganado. Lo que ella no sabe es que a mí me gusta mucho ganar, en todo...

Entra en su nueva habitación y cierra la puerta tras de sí.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco... Hace unos días dejé un «regalito» en la habitación para mi nueva compañera de piso, y confieso que ha sido la mejor idea que he tenido jamás.

—¿Qué es esto?

En realidad, ha tardado menos de lo que pensaba.

—Es un pequeño regalo de bienvenida —le explico haciéndome el inocente.

Ada abre la puerta, recorre la pequeña distancia que nos separa y se coloca justo frente a mí. Intento descifrar su mirada, pero no observo nada en ella que pueda hacerme sentir culpable. Es más, juraría que intenta contener de nuevo su maldita sonrisa.

—¿Llamas regalo de bienvenida a una foto de un miembro masculino? —inquire alzando la voz.

—Es mi miembro masculino. Escucha, Ada del Bosque...

—Del Río, pintalíneas —me corta.

—Escucha —prosigo, obviando su tono de advertencia—, en esta casa tenemos que sentar unas bases.

—¿Unas bases? ¿Qué clase de bases? No me dijiste nada cuando hicimos la entrevista. ¿Acaso eres un acosador? ¿Un osito amoroso? ¿Un perverso?

—Puedo ser las tres cosas, rubia, lo que tú me pidas yo seré —respondo, arrogante.

—No seas estúpido.

—Al contrario —le rebato—, soy muy inteligente.

Camino hasta la pequeña cocina mientras ella sujeta entre los dedos la foto que le he colocado encima la almohada. Me gusta retar a las personas, llevarlas al límite aun a riesgo de que me puedan mandar a la mierda o de que me lleve algún que otro reproche por gilipollas. Cosas que son perfectamente asumibles. Con Helena funcionó, pero Ada no es Helena, no hay más que verla, pero también percibo que le gusta el juego, que me sigue la corriente y eso hace que dé un pequeño paso más. Ya sabéis: «un pequeño paso para el hombre, un gran paso para Guillermo del Moral»

—¿Leche o café? Las niñas buenas no sé qué beben.

—Las niñas buenas saben portarse mal.

—Pero no besan. —La reto con la mirada y observo cómo entrecierra los ojos recordando que le pedí un beso antes y ella me lo negó.

—No besan a capullos integrales —se defiende.

—Besan a sapos que luego se convierten en príncipes.

—¿Lees cuentos infantiles?

—A veces. —Me encojo de hombros mientras caliento dos vasos de leche en el microondas—. Es cultura general —le explico.

—No sabía que los arquitectos necesitasen de eso.

—Yo sí. ¿Cómo te lo explico para que tus dulces oídos no se sientan incómodos? —La veo alzar una ceja, esperando lo peor de mí—. Hay muchas clases de mujeres: las que te quieren comer, las que parecen dulces y son verdaderas fieras en la cama, las que necesitan citas, las que te follan en un baño sin preguntarte tu nombre, las que quieren repetir, las insaciables, las que te dejan la polla...

—Suficiente —me corta—, ha sido un testimonio esclarecedor. ¿Qué te enseñan los cuentos de princesas?

—Me enseñan que el amor es un producto que os meten en la cabeza desde pequeñas y que lo que verdaderamente importa es el sexo. Es pura química, debe ser lo suficientemente válido como para llenar a una persona. Y no pienses mal, cuando hablo de llenar no me refiero a rellenarte con mi pedazo de polla. Para muestra, un botón —le digo en español mientras señalo la imagen que tiene aún sujeta entre sus manos.

Ada le hecha un último vistazo a lo que tiene entre sus manos y sonrío antes de acercarse hasta mi posición. Me lo tiende y lo sujeto con chulería, en plan «sí, nena, esto es todo lo que tengo para ti, ¿lo quieres? Pues agáchate que

es toda tuya».

—He visto pollas mejores que esta.

Saca su taza de leche del microondas y se encamina hacia la habitación. Me quedo perplejo por varias cosas: ha dicho polla y eso me ha sorprendido. No es de esa clase de mujeres que yo diría que usa esas palabras y me ha sorprendido por ello. Es de las que, bajo mi punto de vista, esperan flores, cita, cine, beso en el portal con caricia incluida y un hasta mañana de lo más soso. Yo disto mucho de esa clase de hombres, soy más de los de «me la pones más dura que una barra de acero, te arranco las bragas y te reviento». Lo cual quiere decir que no hay que fiarse de las primeras impresiones, ni hacer juicios de valor, porque nos equivocamos.

Supongo que tendré que seguir descubriendo a mi nueva compañera de piso.

He tramado un plan de lo más interesante y se basa en seguir los mismos pasos que seguí en su día con Helena. A veces creo que soy un completo gilipollas, pero luego lo pienso y me doy cuenta de que soy de lo más inteligente.

Helena ha sido una gran compañera de piso y me he divertido mucho con ella y sus locuras. Finalmente, la cosa terminó yendo tan rematadamente bien que, a pesar de mis intenciones y constantes fracasos por querer follármela contra todas y cada una de las paredes de este piso en pleno Manhattan, acabamos siendo más que compañeros.

Mi plan fue sencillo: explorar sus límites. Y ese mismo consejo se lo di en un baño cuando me di cuenta de que empezaba a estar perdida por ese jodido cabronazo con suerte. Mi egoísmo personal me dice que ella podía haber sido algo más y hubo muchos momentos en los que tuve dudas de todo, de mí mismo, pero ella supo frenarse y no cayó. Obviamente, me porté bien, porque si hubiese querido habría caído. Tras toda esa locura transitoria provocada por una enajenación mental en la que me vi comprometido, volvió el Guille de siempre, el que bromea y tienta, el que tira y afloja pero que no busca nada que no sea un hueco de una noche en un lugar cualquiera, sin nombres ni intereses. Por eso mis tres reglas de oro, esas que tan bien me funcionan desde que las sigo.

Las citas están sobrevaloradas.

Los teléfonos falsos son buena idea.

Para qué repetir si tienes donde elegir.

Es probable que mi señora madre se horrorizase si se entera de esto,

pero tengo la gran suerte de que ella no lee mentes y tampoco hablamos mucho ni profundizamos en mi vida personal.

Me quito las zapatillas de deporte y me tiro en el sofá. Coloco el vaso de leche sobre la mesa de centro y enciendo el televisor. Odio los programas que emiten últimamente, nada interesantes y demasiado cargados de *shows* para enganchar a las personas a la que les gustan los dramas baratos.

Lo mío son las series y las películas. Algún libro sobre arquitectura o novela negra, esos son mis mejores aliados en los ratos en los que no tengo mucho que hacer. Me encamino de nuevo hacia la cocina al darme cuenta de que no he cogido mis maravillosos cereales. Mi vida ha cambiado desde que ellos han aparecido en ella y esto sí que está peligrosamente cerca de parecerse a un anuncio de esos que emiten entre programa y programa. Pero es que están muy ricos y me garantizan una buena cena cuando no tengo ganas de cocinar, o merienda, a veces incluso almuerzo. Vale, podría comerlos a cualquier hora, empezáis a preocuparme, porque os leo el pensamiento desde aquí. También sé que estoy muy bueno, gracias por esos piropos, nenas.

Oigo a Ada trastear en la habitación y me muero por ir hasta allí y ver qué hace, pero no tengo la suficiente confianza como para hacerlo. Podría denunciarme por violar su intimidad, aunque tampoco me supone un gran problema.

Termino de comerme el bol de cereales y me dirijo a mi habitación. Me quedo plantado frente a su puerta y pego la oreja en ella, intentando descubrir el motivo de los anteriores sonidos, porque para colocar ropa dudo que haya que hacer ese escándalo.

La verdad es que me parece una chica de lo más sencilla, ha traído un triste petate con ella. El día que yo me mudé a esta casa y comencé a vivir con Helena traje varias maletas de ruedas, estaba más cerca de parecer una *fashion victim* que un arquitecto que esperaba tener cierto renombre algún día —y en eso sigo, no creáis que he cesado en mi empeño, soy de los que la siguen hasta que la consiguen y de los que prometen hasta que la meten—.

Ahora no escucho nada, pero igualmente, decido seguir mi camino y dirigirme hasta la ducha, empiezo a percibir cierto olor desagradable y un hombre con este cuerpo no puede permitirse oler mal.

Saco ropa interior limpia de mi cajonera, una camiseta blanca y unos pantalones cortos de correr y me adentro en el baño. Abro la ducha mientras me desnudo y una parte de mí se alegra de tener nueva compañera de piso. Me gusta la soledad pero estoy muy acostumbrado a compartir piso y ahora me

sentía raro, como si algo faltase.

A mi mente viene el pequeño encontronazo que he tenido esta mañana con Jaydee. No me gusta estar mosqueado con él, es, junto con Alex, mi mejor amigo y con el que más cervezas comparto dándole vueltas a todo y a nada. Por otra parte, me da bastante grima estar lavándome la polla y pensando en mi mejor amigo, esto podría resultar, como poco, incómodo y generar ciertas controversias si se contase abiertamente. Necesito consejo... No sobre mi polla, obviamente está como debe estar, grande y gorda, mis dudas giran en torno a mi amigo...

Salgo del baño, tras obviar ese momento acaecido dentro de esas cuatro paredes y cojo el teléfono para llamar a Alex. Lo descarto cuando ya tengo su número en pantalla y se me ocurre la maravillosa idea de poner a prueba a mi compañera de piso, por eso de explorar límites y tal...

Me planto frente a la puerta, le doy dos golpes con los nudillos por pura cortesía y abro sin más. Al estilo Helena Miller.

—Pero ¿qué coño?

Estamos hechos de luz

—¿Has montado una jodida discoteca y no me has invitado a una copa?

Aquí, mi nueva compañera de piso ha llenado su habitación de pequeñas luces. El cambio es drástico y la ambientación es dulce, tan dulce como empiezo a pensar que lo es ella. Por el techo hay muchos farolillos con luces similares a las de Navidad colgando, distribuidos de forma uniforme y cubriendo las cuatro paredes de su habitación.

—¿No te gusta el resultado? —me pregunta dubitativa.

—Parece la habitación de una adolescente. La verdad, es que me van más las luces de neón, con una copa de Bourbon en la mano derecha, mi ojo avizor oteando un local a rebosar de mujeres que puedan hacerle un repaso a la zona sur de mi cuerpo y, además, acompañado de una conversación interesante, aunque esto último no es un requisito indispensable. Soy un chico con gustos sencillos y fácil de conquistar.

—Cuanto más te conozco, más quiero a mi gato —bromea.

—Odio los gatos —contraataco—. En cambio a mí me quiero mucho, quizá demasiado —sonrío socarrón.

—Estás peligrosamente cerca de parecerte a un viejo cascarrabias, te tenía por alguien mucho más juvenil y más molón. La vida es para disfrutarla, saborear los pequeños matices, los olores, las luces, los sabores, incluso el tacto de un precioso felino... ¿Sabes que son animales muy fieles?

—Pensaba que estudiabas Bellas Artes, no te tenía por una filósofa. — De nuevo, intento chingarla—. Y no, en realidad, me da igual que sean fieles o no, los odio. No me gustan y no quiero saber cómo son los felinos si les das cariño. Dejan pelo por todos lados y se restriegan por tus pantorrillas con intención de iniciar una relación sexual con esa parte de tu cuerpo.

—¡Vaya! Justo como te gusta a ti, restregarte... —me pincha ella sin perder la maravillosa sonrisa, ¿cómo lo hace?—. Tengo que corregirte, los gatos no buscan sexo con las pantorrillas de nadie, eso lo hacen los perros. Y haces mal, francamente mal, porque la filosofía va en uno, ¿o es que acaso no le das vueltas a las cosas que te suceden? —Y tiene mucha razón, porque por darle vueltas a mi vida y mis mierdas varias, he entrado a esta macro discoteca poco molona pero en la que se respira mucha paz.

—¿Acaso vas a practicar yoga? Debo confesarte que me ponen cachondo las mujeres con mallas y camisetas cruzadas, siempre espero que

alguna enseñe un tímido pezón y poder masturbarme en la intimidad de mi habitación pensando en eso. Y si se restriegan un poco, tampoco pongo objeción alguna —le cuento haciendo alusión a su primer comentario... Quizá me estaba llamando baboso, pero poco me importa.

—Vaya, vaya, pensaba que eras de los que tienen una inmensa cola de mujeres esperando en tu rellano, para que te apiades de alguna y sea la elegida para pasar una noche de placer con el señor Guillermo. No te imaginaba mirando a escondidas un escote.

—Hay algo en lo que te debo dar la razón.

—Sorpréndeme —me pide sin borrar la sonrisa de su cara.

—En la inmensa cola que tengo —le reto, canalla.

—¿Alguna vez te he dicho que eres un chulo?

—No me suena —explico lleno de chulería.

—¿Y que odio a los chulos?

—Me suena —prosigo.

—¿Podrías hacerme el favor de abandonar mi habitación? Necesito seguir decorándola.

—No puedo, necesito aprovechar que tengo una filósofa en casa para pedirle consejo.

—A ver, a ver..., que yo me ubique en esta ecuación. Al señor pintalíneas, «me lo sé todo y soy el chico con el ego más grande que jamás exista», ¿le hace falta que una chica le diga cómo debe actuar o qué debe hacer?

—No, es solo que me aburro y me gusta que me den consejos. Helena lo hacía —le explico con ojitos de cordero degollado.

—Ya entiendo por qué se fue a vivir a otro lugar.

—Se enamoró —le explico—. Me rompió el corazón al dejarme por otro.

—Vaya, esto es interesante —me dice tomando asiento en la cama.

—¿No se supone que pintas? —Acabo de caer en la cuenta de que ella estudia algo relacionado con pintura y no veo nada por aquí que defina eso que supuestamente le apasiona.

—No he podido traer lienzos, pero compraré alguno. Mira —me dice señalando una estantería con varias cajas que Helena dejó antes de marcharse—. Espero que no te moleste, pero las he aprovechado para colocar mis cosas y espero que no te suponga ningún inconveniente que pinte. Me gusta, me da calma, me hace sentir viva...

—Vale —sentencio, sonriendo mientras me encamino hacia la estantería—, hagamos un trato.

—No pienso besarte —responde sagaz.

—No, no es eso, aunque dame tiempo, estoy seguro de que me besarás, porque todas caen rendidas a mis pies. ¿No me has visto bien? —Sonrío mucho más ampliamente que segundos antes, a pesar de que ella obvia mi comentario y no me recorre con la mirada. Pero lo desea, lo sé—. El trato es que me enseñarás a pintar —finalizo, volviendo a ponerme serio.

—¿Pintar? ¿Tú? No tengo ceras de colores, pintalíneas.

—No, quiero pintar con eso, Ada del Bosque —le explico mientras le señalo el montón de pinceles que hay amontonados en una pequeña cajita de color rosa.

Algo a su lado atrae mi vista. Justo en la estantería de arriba hay una pequeña bola de nieve llena de purpurina de colores. Una bola con la base brillante de color cobre. La sujeto entre mis manos y la muevo con ímpetu para que la purpurina dance dentro del agua a su antojo.

—Preciosa, ¿verdad? —me pregunta al colocarse a mi altura.

No respondo. La dejo en el mismo sitio en el que estaba y me acuesto en el lado de la cama que solía ocupar cuando Helena dormía en esta habitación. Aun así, no dejo de mirar cómo se mueven esas pequeñas partículas de colores hasta posarse en el fondo con suma calma.

Ada permanece con la vista fija en la bola, tal y como hago yo, antes de girarse y clavar su mirada en mí. Brilla, brilla casi tanto como ese polvo de colores que centellea sin cesar en un espacio tan reducido.

—Preciosa —concluyo, mirándola con fijeza.

Ella asiente, sin comprender que en realidad lo he dicho por ella. Y yo mismo me sorprendo porque un pensamiento de esa magnitud haya sido pronunciado por mí, el hombre de las tres reglas de oro, el hombre que no se permite sentir nada más allá de lo carnal.

—¿Qué necesitas saber sobre la vida?

Vuelvo en mí cuando percibo que el colchón se hunde a mi lado y la miro de nuevo.

—¿Perdona? —pregunto sin saber si me ha dicho algo.

—Te preguntaba que cuáles son las dudas que tienes sobre la vida y que una filósofa como yo te pueda resolver.

—Ah. —Suspiro varias veces y clavo la vista en el techo de la habitación—. Necesito tu opinión sobre algo.

—Cobro por hora, así que date prisa, porque tu tiempo comienza... ¡ya!

—Esto parece una cita exprés.

—No pienso besarte —bromea de nuevo.

—Lo sé, sé que si me besas no podrás olvidarme, soy de los que marcan un antes y un después en tu vida. Lo tengo asumido, Ada del Bosque.

—¿Vas a llamarme así siempre?

—Es tu nombre. —La reto con la mirada.

—Tienes una sonrisa bonita —me dice con total sinceridad, lo veo en su mirada.

—Gracias por el cumplido, pero no es mi mejor atributo, dices eso porque no me has visto la po...

—Para, pintalíneas, que las damas como yo no decimos esas cosas.

—Pues en la cocina me pareció lo contrario.

—Céntrate y cuéntame eso que te trajo hasta aquí. Lo del amor de tu antigua compañera lo dejamos para otro momento.

—¿Te gustan las historias de amor? —Me coloco de lado y la observo con atención. Tiene pinta de ser una de esas chicas que sueña con el futuro, con los finales de cuento, con los príncipes azules y los castillos medievales, una prole de niños correteando y ser ama de casa.

—El amor es uno de los sentimientos más fuertes y puros que hay —continúa—, pero ese no es el tema en cuestión, si quieres otro día podemos hablar del amor.

—Y de la vida —murmuro.

—Y de lo rápido que se va el tiempo —me rebato suspirando. Percibo cierta tristeza en sus palabras, pero no le doy mayor importancia, puesto que es joven y le quedan muchas cosas que disfrutar—. El tiempo corre y debes recordar que cobro por horas, pintalíneas —me dice mientras observa el techo de la habitación.

Me sorprendo sonriendo ante su descaro y eso me gusta, me hace sentir cómodo. Está siendo bastante sencillo, como lo fue en su día con Helena.

—Suelo ir a desayunar prácticamente todas las mañanas con Jaydee, mi mejor amigo, y esta mañana me ha comenzado a soltar un rollo sobre que está mal en el estudio de arquitectos en el que trabaja...

—¿Es pintalíneas también? —inquire socarrona.

—Sí. Ya ves... Dios los cría y ellos se juntan.

—La vida y el destino —me dice, de nuevo filosófica.

—La cosa es que me ha propuesto ser mi socio.

—¿Y qué hay de malo en todo esto?

—No me gusta mezclar.

—¿Mezclar exactamente qué?

—El trabajo con la amistad —le explico como si fuese lo más lógico de este mundo.

—¿Y por qué exactamente has pensado en eso? —me interroga.

—¿A qué te refieres?

—A que no entiendo por qué dices eso de que no quieres mezclar el trabajo con la amistad. ¿No te llevas bien con él?

—Sí.

—¿Trabaja bien?

—Sí —digo de nuevo.

—¿Es responsable?

—Sí —claudico.

—¿Se implica?

—En todo lo que hace.

—Pues te juro que no te entiendo. Los hombres dicen que las mujeres somos complicadas, pero analiza toda esta conversación que estamos manteniendo y explícame, por favor, el motivo por el que no quieres mezclar.

—Pues porque cuando mezclas sueles tener problemas. ¿Qué sucederá cuando discutamos porque no estamos de acuerdo en algo? ¿O cuando tengamos algún problema económico? ¿O si no tenemos el mismo punto de vista sobre la forma de afrontar una obra?

—¿Qué estamos haciendo ahora nosotros?

—No sé tú, pero yo... Intento conquistarte con este pantalón de deporte para que tu imaginación vuele. —Veo como esta vez sí que lleva su mirada a mi entrepierna y sonrío victorioso.

—Pintalíneas, no me refiero a eso. Céntrate y deja de pensar con el pepino.

—Esto no es un pepino, cariño, esto es un arma de guerra.

—Cuidado, Rambo, peligra tu metralleta.

—¿Te estás burlando de mí, Ada del Bosque? —pregunto, juguetón.

—No entiendo cómo has sacado esas conclusiones y no has pillado mi metáfora sobre lo que estamos haciendo.

—La vida...

—La vida es bella —me responde justo antes de que le haga muchas cosquillas.

No eres mi tipo

Hemos pasado un rato divertido. Al final no terminamos la conversación, porque tras hacerle cosquillas hablamos sobre otras cosas del día a día. Sin profundizar mucho en nuestras vidas, pero, a pesar de todo, siento que he disfrutado de su compañía.

—¿Qué te apetece cenar?

—¿Comida sana? —me responde con una pregunta.

—No me puedo creer que seas de esas que solo comen hierba, como las cabras o las ovejas. Las cabras no, porque en Asturias hay algunas que comen hasta plástico.

—Las pobres han tenido que adaptarse a la crisis y cambiar su alimentación. No quiero pensar en la calidad de su leche. —Ada arruga el gesto tras decirme esto y pone cara de asco. Es tierna, ¿lo he dicho ya?

—Si quieres leche de calidad, tienes que probar la mía.

Clava su mirada en mí con cara de sorpresa y comienza a reír mientras se tapa la cara con ambas manos, avergonzada.

—Eres un cerdo —me insulta aún con la cara cubierta y la voz sale amortiguada por ese gesto, pero, incluso así, se entiende a la perfección.

—Ven aquí, que voy a hacerte más cosquillas, no puedes insultarme y salir indemne.

He vuelto a dejarla sola en su habitación, necesita su espacio y yo el mío, porque todo eso que me ha dicho me ha hecho reflexionar sobre varias cosas. Una de ellas, es que no le quito razón a su fantástico discurso activista sobre eso de que la amistad y los negocios no son tan mala idea. Aun así, no me quiero aventurar a nada de eso. Puede que sea sencillamente el miedo; es algo nuevo y diferente y siempre he tenido el control de todo, de mi negocio, de mi vida...

Llamaría a Mia y le pediría opinión, pero temo que sospeche algo, más teniendo en cuenta que no sé hasta qué punto ella y Jaydee intercambian información, a pesar de la falsedad en sus profesiones y, además, tengo pensado divertirme un tiempo más. Por lo menos, enterarme de todo lo que pueda, ¿quién sabe cuándo puede serme útil esa información sonsacada?

Abro la nevera mientras este batiburrillo de pensamientos se agolpa en mi cabeza. Tengo varias cosas claras y una de ellas es que pienso reírme de mis amigos y ver cómo caen en manos del amor, ese del que han empeñado en

renegar una y otra vez, haciéndose fehacientes seguidores de mis tres reglas de oro. En fin, que descojonarme de ellos casi que me excita tanto como que me la chupe una morena con melena rizada, de rodillas y sin manos. ¡Joder! Empiezo a empalmarme de nuevo.

Tras ver que en mi nevera hay una cantidad indecente de cervezas, leche, cereales, un par de manzanas verdes y una bolsa de zanahorias medio pochadas, creo que es el momento de ir al supermercado.

Me encamino de nuevo hacia la habitación de mi nueva compañera de piso y entro como si fuese la mía propia.

—Ada del Bosque, voy a salir un momento, no nos queda heno para cenar. —Ella me observa mientras sigue colocando cosas. Tiene la cama llena de ropa de colores—. Con todo eso vas a parecer un arcoíris.

—Me gusta la ropa de colores —me responde mientras se encoge de hombros—. ¿Quieres que te acompañe?

—No me vendría mal una ayuda.

—Dame un minuto —me pide.

—Te espero en mi baño —le explico mientras me giro y salgo de su habitación. Percibo sus pasos y sale en mi busca.

—¿En tu baño? ¿No vamos al supermercado?

—Me ofreciste tu ayuda y la he aceptado.

—Pero no para ir al baño —protesta.

—Pero necesito ayuda —prosigo, juguetón.

—¿Ayuda exactamente para qué?

—Para esto. —Le señalo mi entrepierna como si fuese lo más obvio del mundo. Ella me observa escandalizada y me hace gracia su gesto—. No pensarás que me masturbo solo, necesito a alguien que me motive. No eres mi tipo, pero me no me importa.

—Eres un cerdo —me insulta de nuevo—. Y tú tampoco eres mi tipo, chulo, pintalíneas, prepotente, creído... —Todo eso lo suelta de regreso a su habitación sin siquiera dedicarme una mirada, y casi que mejor, porque estoy seguro de que ardería vivo si sus ojos se clavasen en mí ahora mismo. Vale, la he hecho enfadar...

A pesar de todo, salgo sonriendo del apartamento y decido matar el tiempo llamando a Helena.

Varios tonos después, la voz agitada de mi antigua compañera de piso me responde.

—Casi no contestas, ¿acaso se la estabas chupando a tu jefecito? Ya

tienes el trabajo, no es necesario que bajes al pilón cada vez que chasquee los dedos, Helena. Aunque a mí me puedes hacer algún que otro trabajito, ya sabes que para ti siempre estaré preparado y dispuesto.

—¿No piensas cesar en tu empeño por intentar meterte en mis bragas?
—Mi amiga, esa que me ha dejado tirado y a la que aún no tengo claro si perdonarle lo que me ha hecho, me responde chula. Eso es ahora, yo lo sé y ella lo sabe, pero hubo una época en la que se moría por mis huesos y quería acostarse conmigo, solo se resistía porque estaba medio chalada y no pensaba con claridad.

—Ese hombre no te va a dar lo que yo te puedo dar —la reto, jugueteón.

—Paso de tu culo peludo —me responde riendo.

—Eh, eh, eh, que no tengo pelos, te lo aviso. Por si cambias de idea y quieres chuparme la polla.

—Cerdo —finaliza.

—Eso me acaba de decir Ada.

—Vaya, vaya, de esa sí que recuerdas el nombre... —me pincha Helena.

—Es normal, es mi compañera de piso y ahora está enfadada conmigo.

—¿Qué le has hecho?

—¿Por qué piensas que le he hecho algo? Soy un santo.

—Sí, San Guillermo Abad —responde jocosa—. No te pega nada. Eres medio cabronazo, le daré siempre la razón a ella, aunque no la conozca.

—Amigas para eso... —le digo enfurruñado.

—¿Qué le has hecho? —insiste Helena.

—Se ha ofrecido a ayudarme. Estoy yendo al supermercado y me ha dicho que si necesitaba ayuda. Le he dicho que sí.

—No veo nada malo, algo no cuadra... —responde Helena, suspicaz.

—La ayuda se la he pedido para masturbarme... —confieso como el mayor de los culpables del mundo.

—¡Dios! Guille... Es tu nueva compañera de piso, te estás buscando una demanda por acoso.

—Es divertida —le explico, como si eso sirviese de argumento para mi propuesta.

—Eso está bien, pero ella no te conoce, no sabe que estás salido, que necesitas sexo y que te follarías a una farola si pudieses... —me reprocha Helena.

—No te pases, ¿la farola está buena?

—Eres un gilipollas —me insulta riendo—. Céntrate, Guille, que pareces un puto niño. Ella no te conoce, no sabe cómo eres ni cuál es tu juego... ¿Qué esperas?

—Que me ayudase a hacerme una paja, puede que incluso que me la chupase...

—¡Dios! ¿Cómo te he aguantado todos estos jodidos años?

—Porque me quieres y estoy bueno —respondo, arrogante.

—Pero eso no compensa cuando eres gilipollas.

—Tu jefe es gilipollas y mira... ¡Acabaste con él!

—También sabe ser tierno y cariñoso.

—Perdona que lo ponga en duda —cuestiono.

—Espera a que se lo cuente... Verás la fiesta qué divertida se va a poner.

—No le tengo miedo. En un duelo ganaría yo. Aunque me cae bien, intentaré no romperle su bonita cara de niño malo.

—Gilipollas —me ofende de nuevo Helena—. Vamos a hacer una cosa; ve al supermercado, compra lo que haga falta, regresa a casa y pide disculpas como un niño bueno.

—Me ha insultado, es cómo tú —le reprocho lloriqueando. Entro en el supermercado mientras continuo hablando con Helena.

—Pi-de dis-cul-pas —insiste, haciendo énfasis en cada una de las sílabas.

—Estás peligrosamente cerca de parecerte a mi madre. Pero tranquila, las madres buenorras también me ponen cachondo.

—Guille, por Dios, sal y folla, descarga, tócate en el baño. En la intimidad de tu baño, sin pedirle ayuda a tu nueva compañera de piso —insiste.

—Vale —concedo—, todo sea porque me lo pides. ¿Quieres que piense en ti?

—No, gracias —sisea.

—Necesito que hablemos sobre otra cosa, lo he consultado con Ada, pero tiene pensamientos demasiado positivistas para mí y tú sueles ser mucho más cabrona.

—Realista, dirás realista, creo que te has confundido de adjetivo —me rebate, altanera—. Pasaremos este viernes por tu casa y hablamos, ahora tengo que dejarte, hemos quedado para cenar.

—Uuuuhhh, ya con cenitas y fiestas. Espero que no estés planeando una

boda.

—Gilipollas —repite justo antes de colgar.

Recorro los pasillos habituales y selecciono varias cosas que necesito: manzanas verdes, cereales, algún bote de leche, yogures y me planto frente a esa zona que me resulta completamente desconocida, las verduras.

Hay muchos tipos de lechugas y tomates. Esto es peor de lo que pensaba. No suelo comer demasiado en casa, siempre estoy en el estudio y pido algo que me suelen traer y por las mañanas desayuno con Jaydee, o desayunaba, porque a saber cuánto le durará el enfado a mi amigo, y todo por una maldita estupidez de nada. El amor es lo que lo vuelve gilipollas. Pobre Mia, que no sabe dónde se está metiendo. Es la siguiente en sufrir una crisis de esas raras.

Cojo varias cosas porque no la conozco lo suficiente como para saber sus gustos. En realidad, no la conozco nada de nada, solo sé que es joven, inocente, tierna y que tiene una actitud muy positiva frente a determinadas cosas. Ah, y cosquillas también tiene.

No sé si envidiar esa capacidad o simplemente hacerla entrar en razón a base de ponerle las malditas noticias para que vea que lo malo también existe. Por otra parte, creo que me estoy precipitando en mis conjeturas, porque, como bien he dicho, no la conozco lo suficiente.

Cuando comencé a vivir con Helena era exactamente así, salvo porque ella estaba tanto o más loca que yo. Fue sencillo, no hubo incomodidad alguna ni momentos de tensión entre nosotros. Tensión sexual sí, pero, como bien sabéis, terminó siendo no resuelta porque ella no quiso y apareció el tipo ese al que odio. En realidad, no lo odio, pero debo posicionarme y joderles un poco, que no todo puede ser bonito en la vida. Aunque mi nueva compañera de piso piense lo contrario.

Regreso a casa tras pagar una fortuna por cuatro mariconadas. Dejo las cosas en la encimera y voy con el rabo entre las piernas en busca de Ada. Podría enrollármelo alrededor de un muslo, me daría, lo juro, no es chulería...

Toco en la puerta, pero, en esta ocasión y que no siente como precedente, espero a que ella me permita la entrada.

—Pasa —la escucho desde mi posición.

—Tu hombre ha llegado, bájate las bragas. Upsss. —La estoy liando de nuevo—. Perdón. En realidad venía...

—¿Eres siempre así? —me pregunta, sonriendo de nuevo.

—La verdad es que sí. Pero venía a disculparme. En señal de paz te he

traído esto. —Le tiendo una tableta de chocolate que pillé antes de salir de la tienda—. Es mi forma de pedirte perdón por ser tan bocazas. No te conozco y tú no me conoces, así que debería intentar controlar la lengua y mis ganas de follarte, aunque no seas mi tipo. —La veo poner los ojos en blanco justo antes de arrebatarme con ímpetu la chocolatina—. Voy a tener que traerte chocolate todos los días.

—Me encanta el chocolate —me dice, sonriendo de nuevo.

—Estoy pensando que puedo untarme la polla en...

—Para. Pervertido. —Comienza a reír a carcajadas y yo sonrío con ella. Vuelvo a tumbarme en la cama y le quito la chocolatina para quitarle el papel—. He traído una sola, pero tendrás que compartirla con tu nuevo compañero de piso.

—Creo que vas a ser un buen compañero de piso —me confiesa arrebatándome la chocolatina de nuevo—, siempre y cuando no me robes mis regalos.

—No es robar, es compartir.

—Yo no comparto —me dice.

—Seré solo tuyo —bromeo de nuevo—, hay mucho Guille para dar...

—Río una vez más, dejando en el aire ese «dar».

—Dime una cosa, pintalíneas, ¿por qué no soy tu tipo?

Tomates asesinos

—Ay, Ada del Bosque, ¿cómo te explico que no me gustan las niñas buenas e inocentes sin hacerte sentir mal?

Parte la chocolatina a la mitad y, sin hacer caso a lo que me ha dicho antes, me tiende un trozo que acepto encantado. El chocolate, los cereales, las manzanas verdes... son mi vicio. ¡Mentira! Las mujeres... ¡Joder! Empiezo a pensar que soy un puto vicioso de verdad porque me van a faltar dedos para enumerar todo lo que me gusta en exceso.

—Algo me he perdido, porque hasta hace un rato me decías que no me conoces y que yo no te conozco a ti y todo ese rollo —me rebate, poniéndose a mi altura.

—Y así es, pero mírate. —Veo cómo se recorre a sí misma con la mirada para, posteriormente, clavar la vista en mí de nuevo mientras aparece otra vez esa sonrisa que empieza a parecerme tan característica en ella. Si algo he aprendido en estas horas, es que sonreír le gusta mucho, como también la ropa de colores vivos y llamativos, que es positiva y que tiene un puto arcoíris por mirada...

—Soy guapa —se jacta.

Una carcajada sincera brota innata de mi garganta.

—Y no tienes abuela —bromeo más aún.

—La verdad es que sí tengo abuela. En realidad, tengo una familia maravillosa. Un tanto protectora, pero son buenas personas.

—Algo que no deja de sorprenderme es la capacidad que tienes para decir cosas buenas de todo el mundo. Excepto de mí, aunque lo has arreglado diciendo que tengo buen corazón y todo ese rollo *flower power*. Hace escasas horas que vives conmigo y no has parado de hacerlo. —Me incorporo y le hago un gesto a mi compañera para que me siga—. Como eres tan buena y yo hice la compra, tú haces la cena. —Ada se limita a asentir mientras hace caso a mi petición.

Llegamos a la pequeña cocina y la veo trastear en ella, abriendo varias puertas y cajones e intentando ubicar dónde estarán las cosas necesarias para el trabajo que le he encomendado.

—Soy una fiel creyente en que todo el mundo tiene algo bueno. Tu amigo confía en ti y quiere trabajar contigo por ello y deberías pensártelo, porque es algo que puede ser muy positivo y te puede unir mucho más a él.

—O quizás puede separarnos. Somos amigos desde la universidad y sigo creyendo que mezclar negocios con amistad puede ser perjudicial.

—Tú tienes esa forma de verlo, pero la mía es bien distinta y ya te lo he explicado.

—Tampoco me follaría a una compañera de trabajo —prosigo—, por eso lo hago todo solo. Ni siquiera a una compañera de piso —bromeo, intentando sacarle los colores.

—No eres mi tipo —me responde soberbia—, así que ni se te ocurra intentarlo...

De nuevo, rompo a reír por sus palabras.

—Eres dulce pero a su vez pícaro.

—¿Ves? Ya me vas conociendo. Tú eres un capullo integral y solo piensas con la polla, pero tienes buen fondo. Quizás un trauma infantil, un desamor... No sé, ya investigaré sobre ello llegado el momento —me explica llena de convicción.

—No hay nada de eso.

—¿Y qué hace un partido como tú soltero?

—¿Un partido? Vaya, la cosa mejora por momentos, hasta hace un rato me llamabas...

—Pintalíneas —me corta—, y pienso seguir haciéndolo porque es lo que eres y porque tú me llamas Ada del Bosque.

—Es por meterme contigo —le especifico—, pero la realidad es que me pareces muy tierna, ¿te lo he dicho ya?

—Me suena, sí —finaliza mientras pica lechuga para echarla en un bol de cristal que ha encontrado en uno de los altillos.

—Y ahora, explícame eso de que comer heno.

La oigo bufar mientras sigue troceando con meticulosidad la hortaliza.

—No es heno, es comida sana —especifica.

—Es verde.

—Está rico y es beneficioso para nuestro organismo —prosigue en su discurso activista.

—Tú sabes que eso lo cortan de la tierra y que sufre por ello, ¿verdad?

—Es aprovechamiento de recursos —me explica mientras me lanza un tomate cherry.

—¡Oye! —protesto por su acto—. Estás desperdiciando la comida, ¿no te parece mal eso?

—Te lo mereces.

Recojo el tomate asesino y se lo lanzo a la cabeza.

—Auuu —se queja—. Eso ha dolido —me dice devolviéndome el tiro.

—Tienes buena puntería para comer solo heno. —He intentado esquivar su lanzamiento, pero parece que hubiese calculado mis movimientos, porque me ha dado en una mejilla—. Me vengaré con más cosquillas —le advierto—, soy muy bueno en eso.

—Ya. Ahora es cuando dices que follando también eres bueno, ¿cierto?

—El mejor del mundo, ¿quieres probar? Teníamos un trato, tú me enseñabas y yo te enseñaba, ¿no era algo así?

—No. El trato es que íbamos a vivir juntos, yo te enseñaría muchas cosas y tú aprenderías. Y, hasta hace nada, escasos segundos para ser exactos, decías que no te acostabas con compañeras de piso... Tienes déficit de atención o memoria de pez.

—No recuerdo nada, creo que soy de recuerdos selectivos. Podrías enseñarme las tetas, me molan las tetas, cuanto más grandes mejor. Hazlo disimulado, ya sabes, por incentivar mi motivación.

—¿Eres de esos a los que les van los retos?

—Para nada. Me gusta que todo sea fácil —miento como un bellaco.

—Si es fácil no tiene gracia, ¿dónde queda el esfuerzo y el haber obtenido la recompensa tras un duro trabajo?

—En los propósitos año nuevo, a mí no me motiva ese rollo —prosigo con mi embuste.

—Eso es porque no sabes lo que se siente cuando tras trabajar duro obtienes el resultado soñado. Mírame a mí, me ha costado mucho acabar la carrera, pero ahora estoy aquí, en la ciudad que nunca duerme, dispuesta a comerme el mundo y a ganar cualquier batalla que se presente ante mí.

—¿Siempre eres así? —pregunto, asombrado ante sus palabras. Ya no sé si es asombro o admiración, porque esta chica es muy peculiar.

—Me gusta como soy —se defiende—. Y, ¿sabes qué es lo mejor? —me pregunta, colocando el bol delante de mí.

—¿Qué? —pregunto obnubilado.

—Que a ti te pasará lo mismo —responde con ese brillo en los ojos que empieza a resultarme, ciertamente, abrumador.

Terminamos la cena mientras ella no para de decirme lo contenta que está porque mañana sea su primer día de trabajo. Probablemente otra persona en su lugar me diría que está nerviosa, que no sabe a qué se va a enfrentar, que tiene miedo a meter la pata, pero ella no. Ella lo ve todo desde un punto de

vista diferente. Es de las que ve el vaso medio lleno y nunca medio vacío y es admirable.

Nos hemos despedido con un cordial «buenas noches» y cada uno ha entrado a su habitación sin mirar atrás, pero sintiendo cómo la sonrisa te acompaña. Y no solo eso, sino que termina por ensancharse conforme recuerdas el momento compartido en esa mesa, con ese plato de lechuga que hasta te ha gustado ingerir y que no has querido reconocer ante ella. Es agradable volver a tener compañía.

Mi mesa me recibe llena de papeles y planos que debo analizar. Cálculos, optimización de materiales... Todo un desafío para un arquitecto, pero ya es algo más que cotidiano para mí y la realidad es que me gusta. Mi trabajo me motiva, a pesar de que sea en ocasiones estresante.

Veo la luz de las notificaciones de mi teléfono parpadear y lo sujeto entre las manos. Hay un mensaje de Helena en el que me pregunta si ya le he pedido perdón a Ada, y lo dice con retintín, porque su nombre también tardé en aprendérmelo varios días. Y tiene justificación, porque no soy bueno con esos datos y tampoco les presto mucha atención. Lo de Ada es fácil, tres simples letras que, sumadas al juego del bosque, me hacen mucha gracia, y a mí la diversión me gusta tanto como follar.

Tengo un mensaje de Mia también en el que me pregunta qué hago. «Trabajar» es mi respuesta, sencilla y esclarecedora. Y esa es la idea...

Caigo en la cuenta de que no le he comentado a Ada que puede llamarme en cualquier momento si lo necesita o si se pierde y necesita ayuda en algún momento. Y luego pienso que es una burda excusa para pasar un rato más con ella y conocerla mejor, pero evito pensar en ello más de lo debido. Toco con suavidad su puerta y entro, dije antes que lo de esperar no quería que sentase como precedente. Observo la habitación vacía y escucho el agua corriendo en el baño. Si hubiese sido Helena, habría entrado sin importarme violar su intimidad, pero con ella no tengo esa confianza... Aún.

La pequeña bola de purpurina que reposa en la estantería me llama de nuevo la atención y la sujeto entre los dedos. La agito, viendo como esos pequeños brillantes flotan una vez más en el agua y sonrío. Decido escribirle una breve nota, deposito el pequeño papel doblado en la estantería, colocando encima la bola para que haga de pisapapeles y me encamino de nuevo a mi habitación.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos por inercia. Sexo. Sexo. Sexo. Mi mente reproduce esa palabra en bucle y permito que mi imaginación vuele

un segundo.

Piel blanca. Suave. Pecas. Pechos turgentes. Pezones erectos. Complemente carente de vello. Excitante. Su desnudez, tal y como la reproduzco en mi cabeza, me deja la boca seca.

Mi polla pulsa por buscar una salida de esta tela que ahora mismo la mantiene retenida. Me incorporo sin abrir los ojos, aún con su imagen causando estragos en mi cabeza, mientras me bajo los pantalones y los calzoncillos y dejo que ambas prendas se me arremolinen en los tobillos. Ni siquiera me molesto en liberar las piernas, me limito a seguir mis instintos. Me tumbo de nuevo y noto cómo comienza a ponerse muy dura. Extremadamente dura.

La oprimo entre las manos y percibo la humedad que brota de ella. Comienza a empaparse la punta y a necesitar unas atenciones que debo prestarle, porque empieza a doler y mucho. Muevo la mano con suavidad por todo el tronco y un pequeño gemido hace que arquee la espalda y suspire.

Desnuda. Excitada. El olor de su cuerpo me pone. Me pone mucho. Imagino que responde a mis atenciones y que se arrodilla frente a mí. Coloca las manos tras la espalda y me observa desde abajo. El pecho se le mueve, acelerado, y los ojos le brillan más que nunca. Quiere comerme la polla y yo quiero que se la trague entera, hasta que le sorprenda una arcada, hasta que no pueda más.

Me gusta imaginarme sus labios alrededor de mi cipote y cómo lo engulle por completo, con total descaro. Enredo los dedos en su fino pelo y la animo a que trague todo lo que le permita la garganta. Empujo las caderas para follarme su dulce boquita.

—Mueve la lengua, cariño —le pido, extasiado.

Intenta sujetarme la polla con las manos y yo no se lo permito. Me gusta así, sumisa ante mí, ante mis arremetidas. Me gusta follarme su boca.

Incremento las embestidas y la observo mover los labios alrededor de ella y su lengua sobre el glande, sus movimientos acompasados, su mirada puesta en mis reacciones, sus ganas de tragarme y de saborearme.

—Así, cariño, así. Trágetela entera. Es toda tuya. Dime que te gusta.

Ella se limita a asentir, pero eso no es suficiente. Saco la polla de su boca y le pido de nuevo que me responda.

—Dime que te gusta —le exijo, introduciéndole de nuevo la polla en la boca con fuerza.

—Me *gufta* —me responde sin sacarla.

Morbo. Excitación. Ganas de más. De reventarla.

Acelero las putas embestidas con la intención de alcanzar un orgasmo y explotar.

Se acerca, lo siento y me muevo más fuerte, más intenso, más profundo, con más ansias. El cuerpo comienza a contraérsese y varios chorros de corrida me manchan la camiseta y la mano, pero yo solo pienso que es su boca la que acoge mi corrida y que la traga, hasta la última gota.

—¡Dios!

Balanceo la mano, aún con suavidad, disfrutando de los últimos coletazos de placer y me quedo tumbado en la cama. Manchado y con la polla aún tiesa como si no me hubiese corrido hace segundos.

—¡Mierda!

Ella. Maldita sea. Acabo de correrme pensando en ella.

Pensando en Ada...

Estrategias

Escucho el zumbido del despertador que tengo programado en el teléfono martillear al lado de mi cabeza. El volumen no debe ser excesivamente alto, pero en mi mente resuena como la puñetera orquesta que ocupa la plaza del pueblo en las fiestas del barrio, pero la banda solo está compuesta por tambores y platillos. Probablemente me dormí sin apagar el móvil y es igual de probable que tampoco lo dejase en la mesa de noche, la única mesa que no está llena de papales en mi habitación. Efectos de una paja descomunal...

Lo silencio y observo que son poco más de las seis de la mañana

Sé que Ada me dijo la noche anterior que hoy empezaba sobre las nueve en ese nuevo trabajo que tan contenta y radiante la mantuvo mientras cenábamos, y que aprovecharía para descansar antes de sumergirse en el bullicio de su nueva vida laboral.

Yo tengo varias visitas en diferentes estudios arquitectónicos para saber qué tipo de materiales son los que mejor encajan en el nuevo proyecto que tengo entre manos.

Es importante y necesito que todo salga bien. Puede que esto también me esté estresando, pero, y siento repetirme, me van los retos. ¿Quién dijo miedo habiendo hospitales y enfermeras buenorras...?

Me incorporo y le envío un mensaje a Jaydee. No sé si irá a desayunar conmigo hoy, aunque esa ha sido nuestra rutina siempre, hoy no las tengo todas conmigo. Odio que haya tensión entre nosotros y maldigo lo poco que se me dan este tipo de cosas.

Seguidamente, le mando un mensaje a Alex y le pido que se reúna conmigo en la cafetería. Sé que Alex no dirá que no, aunque tenga mil cosas que hacer.

En cierto modo, estoy muy contento con cómo le van las cosas con Loren. No me cuenta mucho, porque suele ser reservado en cuanto a su vida personal, pero soy plenamente consciente de que, desde el momento en que la vio, hace unos meses, en aquel local al que lo llevé de rebote, sus ojos no se apartaron de ella más de lo estrictamente necesario, y me alegro por ellos.

Helena me amenazó con cortarme las pelotas si Alex le hacía daño a Loren, pero nunca temí por mi virilidad —tampoco por mi libro de familia—, porque sé que Alex es de esos que se compromete sin pensarlo, con todas las de la ley. Trabajo, familia, amor, amistad... Es un gran hombre y sé que Loren

puede ser justo lo que él necesita.

Suelto de nuevo el teléfono sobre la cama y me meso el pelo mientras pienso en lo sucedido anoche. Tras correrme como un puto niño de mierda pensando en esa chica inocente, que no es mi tipo, me limpié un poco, escondiendo los restos de mi delirio temporal, y me metí en la cama. Es como si hubiese perdido las jodidas fuerzas tras descargar, y, ¡joder!, cómo descargué. No pareció que hace nada una pelirroja me la haya chupado en un baño.

Decido darme una ducha, como si con el agua fuese posible borrar los recuerdos de lo acaecido, eso, que si lo pienso detenidamente, vuelve a provocarme una erección. Y nada que ver con una matutina producto de las hormonas y de la naturaleza, no, una de esas con las que puedes martillar una puñetera pared si te lo propones. Es como si tuviese el mismísimo martillo de Thor entre las piernas. Terminó de vestirme y salgo de mi habitación tras perfumarme. Cruzo el pasillo y me detengo frente a su puerta. No oigo ningún sonido dentro, por lo que, muy a mi pesar, prosigo mi camino y me dirijo a la cocina.

No sé si le gusta el café, porque no respondió a mi provocación de anoche y, tras servirle un vaso de leche, continuamos con otras conversaciones más interesantes y menos insulsas. Ahora bien, soy fiel creyente de que a cualquier bicho viviente con cierto raciocinio debe de gustarle, así que, como buen compañero que soy, preparo esa bebida caliente y la dejo allí, lista para que al levantarse se acuerde de que ayer me comporté como un capullo pero que hoy esta es mi forma de desearle que tenga un buen día.

Me encamino hacia La Colombe y al llegar, ya Genesis está allí, sirviendo cafés y bollería recién hecha.

—Buenos días —murmuro tras cerrar la puerta que aísla la cafetería del frío de la mañana que ya comienza a calar.

Me responde desde su posición y me hace un gesto con la cabeza que corrobora que me ha visto y que en breve estará conmigo.

Me quito la chaqueta, la coloco minuciosamente sobre el respaldo de la silla y ocupo mi sitio de siempre. Saco de nuevo mi *smartphone* y navego por las redes sociales para matar el tiempo de espera. Mi madre me ha mandado un mensaje para comentarme que, finalmente, ese viaje que tenían previsto hacer se realizará, por lo que en varias semanas estará por aquí. Mi estado de ánimo cambia radicalmente al leer su mensaje, pero debo preocuparme por lo que verdaderamente importa, y no es ese asunto precisamente.

Puede que ya os haya contado varias cosas de mi vida y del porqué me vine a Nueva York tras acabar los estudios. Mi madre es uno de esos motivos y quizá también tenga bastante peso en la balanza que utilicé ese día en el que me planteé el cambio.

Nos llevamos bien, no me malinterpretéis, pero es una pesadilla con tacones. Se ha empeñado en que tengo más de treinta años —treinta y tres, para ser mucho más exactos, y cerca de los treinta y cuatro— y que tengo edad de sentar cabeza. Ella no cesa en su empeño y siempre discutimos sobre lo mismo. Yo intento convencerla de lo contrario y de que no tengo tiempo para plantearme ese tipo de cosas ahora mismo, pero es persistente. Puede que eso sí que lo compartamos, pero yo tengo algo más de comprensión que ella.

No entro directamente en el mensaje para que no se dé cuenta de que lo he leído. Sí, podéis decirme que soy un mal hijo y todas esas cosas, pero soy feliz así, yendo a mi rollo, aunque no es cuestión de felicidad sino de tranquilidad. Me gustan mi vida y mi independencia, y me canso de que siempre pretenda buscarme un nuevo compromiso y que clame a todos los santos para que prospere y por fin la haga abuela. Si ella supiera...

—¿Qué vas a tomar? —me pregunta Genesis al situarse a mi altura.

—Lo de siempre, guapa —respondo displicente.

Ella asiente mientras se gira, de nuevo dando un salto y tomando nota de mi pedido en su libreta mientras camina. Tiene habilidad el acto, porque parece conocer a la perfección dónde se encuentra cada mesa y no choca contra ellas, a pesar de que no la pierdo de vista por precaución.

Por un momento, temo verme solo desayunando, hasta que veo a Alex llegar y tomar asiento frente a mí y respiro, aunque el malestar de que Jaydee no haya aparecido sigue punzante dentro de mí.

—¿Qué pasa, tío? —Me tiende la mano para que la choquemos y busca con la mirada a la camarera para pedir—. Tengo algo de prisa, me han cambiado los horarios de tutoría en la universidad y varias alumnas me han escrito a través de la aplicación para decirme que quieren que revisemos la nota del último examen.

—Siempre he fantaseado con eso —le explico como si lo estuviese visualizando—: un grupo de chicas con faldas cortas de tablillas acercándose a mí con los botones desabrochados y sus turgentes pechos pidiendo salir de esa tela que los oprime. En todas mis fantasías acabo follándomelas sin piedad en una mesa de caoba del año de la reconquista, puede que corriéndome en sus tetas. —Alex me mira perturbado y sé que está digiriendo todo lo que le acabo

de decir—. Soy un perverso, lo sé, tranquilo, lo tengo asumido desde hace tiempo.

—Si lo tienes claro, no hace falta que añada nada. —Me encojo de hombros y le resto importancia a lo que acaba de suceder.

Por un momento, su cara, la de ella, vuelve a aparecer frente a mí, no sé si por la mención a follar, a las tetas, la mesa de color caoba o el *pack* completo. Estoy peor de lo que pensaba.

—¿Qué tal con Loren? —La idea es clara, intentar evitar el estado de mamonazo por el que estoy pasando. Es el puto café, o los cereales, o yo que cojones sé...

—Genial —me responde y su gesto cambia por completo cuando la nombro—. Es maravillosa —me dice.

—Das asco, colega.

—Las cosas suceden sin más —me responde—, y en realidad debo agradeceréte a ti.

—Ponle a tu primer vástago mi nombre y estamos en paz.

—No me desagradaba la idea.

—Era broma —le explico—. No pienses que era una de esas citas que tenía preparada ni mucho menos, yo solo cumplía las órdenes de Helena. La idea de ella creo que distaba mucho de lo que finalmente sucedió.

—Pues, si es niña, la llamaremos Helena.

—¿Me estás hablando en serio? No me jodas, que vas a ser padre.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Qué coño se le compra a un bebé? ¿Cereales?

—No, pero tampoco me molestaría. —Respiro, aliviado, aunque no lo creáis, porque me veía en un bautizo, así, sin esperarlo.

—¡Dios! ¿Qué os ha dado a todos por el amor? Estáis como cabras, lo bonito que es la soltería, estar hoy con una, mañana con otra, no repetir. En la variedad está el gusto...

—Amanecer con la misma mujer sí que es bonito.

—Das asco —le reprocho de nuevo—. Eres un blando —prosigo con mi discurso.

—¿Quién más está enamorado? —Me lo pregunta como si todo eso que le acabo de soltar se lo pasase por el forro de los cojones, y me da que eso es lo que ha hecho. En fin...

—Jaydee, creo que está loco por una tía. O por lo menos está repitiendo con ella. —No le cuento lo que sé, porque viendo cómo está la

cosa, no me extrañaría nada que se lo contase a Loren y esta a Mia y ya se lía parda, porque llegaría a oídos de Helena y me cortaría las pelotas por no haber sido la primera en enterarse de lo sucedido....

—¿Jaydee? ¿En serio? Pero si él estaba de acuerdo contigo en esa mierda de las tres reglas de oro...

—Ya ves.

—A ti te pasará igual.

—¿Perdona? —inquiero mientras alzo la vista y lo escudriño con la mirada

—Que caerás en manos del amor y no podrás escapar de él.

—Vaya, veo que te has levantado filósofo hoy o profeta, o quizá te estás planteando eso de montar una consulta de tarot con pócimas mágicas e incienso.

—Piensa lo que te de la puta gana, yo sé que sucederá.

—Pareces una jodida pitonisa. No me interesa ese tema —pronuncio, zanjando el tema y dejando de lado esta conversación que no me aporta nada, ni siquiera me inquieta lo más mínimo—. He hablado con Ada sobre el asunto en cuestión, pero necesito otro punto de vista.

—¿Ada? —me pregunta Alex.

—Mi nueva compañera de piso.

—¡Por fin has conseguido a alguien que te gusta! ¿Es la mujer esa que quería follarte?

—¿Acaso crees que solo pienso con la polla?

—No, no lo creo, lo afirmo. Pensaba que era tu candidata favorita.

—No, no lo era. No quiero una mujer con la que tema ser violado y tener que estar pendiente de cerrar con llave mi habitación por si en medio de la noche me sorprende amarrándome a la cama y dándome con una fusta.

—Eso te pondría cachondo.

—Vale, sí —claudico—, pero no es ella, ni siquiera recuerdo cómo se llamaba.

—Eso ya me cuadra más —me explica Alex—. Y esa Ada ¿es guapa?

—No especialmente —miento—. No es mi tipo. —Porque no es mi tipo, aunque me haya pajeado pensando en ella, no lo es—. Es tierna, te gustaría —finalizo, sonriendo y recordando lo bien que lo pasamos la noche anterior.

—¿Y qué ha pasado?

Le hago un breve resumen sobre la propuesta de Jaydee del día anterior

y veo cómo Alex presta atención a mi narración sobre lo ocurrido.

—Y ella me dice que son todo ventajas —remato mi explicación, haciendo alusión al comentario de Ada.

—¿Te dice eso? —indaga Alex.

—No exactamente así, pero es lo que entiendo de lo que me dice —finalizo, lleno de convicción.

—Yo entiendo lo que opina, pero también entiendo lo que tú me explicas y tu miedo. Es lógico.

—¡Eso es lo que quiero decir! Fíjate si está enfadado que no ha venido a desayunar hoy.

—Creo que está decepcionado —me explica Alex.

—Ya. —Intento comprender lo que me dice—. Pero es lógico que yo piense así.

—Yo probaría, pero quizás aclarando términos antes de nada.

—Es una opción, pero debo pensarlo un poco más hasta estar convencido del todo. En fin, ¿y para cuando la boda?

Terminamos desayunando mientras nos ponemos al día con los avances de su relación. Me gusta verlo así de ilusionado con un futuro junto a su novia. Le propongo vernos pronto todos, cenar, compartir alguna copa, y él me dice que estará encantado y Loren también. Lo que yo digo... Un completo calzonazos.

Tras pagar el desayuno, salgo de la cafetería y me encamino hacia la primera cita que tengo, para mi desgracia, bastante lejos de dónde me encuentro.

El teléfono me vibra en el bolsillo de la americana. Lo saco y sonrío al ver su mensaje: «Sabía que tenías buen corazón. Gracias por dejarme esa nota, un pintalíneas como usted debe estar de lo más ocupado para preocuparse de una simple aspirante a artista. Ah, y gracias por el café, me gustan los pequeños detalles, son los que marcan diferencia. Ada».

Falda y tacones

El resultado de ese mensaje es que he estado todo el día debatiéndome entre responderle o no. Me he sorprendido al encontrarme en reiteradas ocasiones releyendo su WhatsApp y borrando el texto que había escrito. En bucle.

—Mira a quién tenemos aquí, si es el distinguido don Guillermo del Moral.

—El mismo. Lo de distinguido me ha emocionado —le explico llevándome la mano hasta donde se encuentra mi corazón.

He acudido a mi última cita del día en un estudio de arquitectos que se encuentra en pleno apogeo dentro de Brooklyn. He tenido que coger varios metros distintos hasta llegar al lugar en cuestión, pero bien vale la pena, porque necesito orientación sobre la obra que me traigo entre manos.

—Dijiste que me ibas a llamar.

Esta es la secretaria del dueño de dicho estudio, tampoco recuerdo su nombre. Pero sí que soy consciente de cómo me la comía en el baño del personal. Una buena mamada, de eso no cabe duda.

—Soy un hombre ocupado, morena.

Esta es mi forma de salir indemne de un lío de faldas, y por eso evito meter la polla donde tengo la olla. Pero uno no es de piedra y esos labios, que hoy lleva rojos, me atraen como a una polilla la luz. Vale, soy un salido mental y ahora mismo no dejo de pensar en ellos recorriéndome la polla de nuevo, supongo que por eso de recordar viejos tiempos. En el fondo soy un nostálgico, es eso, seguro.

Observo mi reloj y ella sonrío, sabiéndose victoriosa.

—El señor Jason está ocupado. Tiene una reunión urgente y no podrá atenderte hasta dentro de quince minutos.

—No se me ocurre nada que hacer en estos quince minutos. —Lo digo en ese tono que deja entrever que sí que se me ocurre algo, pero que preciso ayuda para ello y mucha colaboración femenina.

La morena me observa y sé que he ganado la batalla.

—Sígueme —me pide, juguetona. Toca varios botones en el teléfono de la centralita alza la vista para sonreírme complaciente.

Me lleva por un estrecho pasillo, decorado con unas cortinas bastante arcaicas, y arrugo la nariz al darme cuenta de que mi nostalgia no es tanta, porque esto sigue sin gustarme, como la vez anterior, cuando íbamos hacia los

baños y había una decoración similar a esta.

—Es la zona de archivos, no suele venir ninguna persona ajena a la empresa. Y da la casualidad —dice mientras abre una pequeña puerta con una llave que traía entre sus manos—, de que la única que tiene una llave soy yo.

Me cede el paso tras abrir y entro sin pararme a pensar en nada de lo que va a suceder entre estas cuatro paredes repletas de estanterías.

El olor a papeles viejos, archivos, cajas y dosieres me sorprende. No es agradable, pero tampoco me va la vida en ello.

Mi polla daría palmadas si pudiese, porque está completamente izada al pensar que tenemos un botín entre nuestras manos y que es bastante explosiva la chica con la que tengo intención de compartir algo más que palabras.

Permanece apoyada en la puerta mientras me observa como si yo fuese el mejor de los quesos, o el más añejo de los vinos, y se muerde el labio con las expectativas puestas en que se va a correr como hace tiempo que no se corre. Porque sí, quiero pensar que ese efecto lo suelo causar allá adónde voy...

Me acerco a ella, juguetón, y la miro de arriba abajo, recorriendo su figura.

—Falda —pronuncio observando su vestimenta— y tacones.

—Para que me folles con facilidad —ronronea.

Este es el tipo de mujer que me gustan: decididas, firmes, excitantes, nada tiernas, de armas tomar y unas auténticas lobas en la cama.

—No te haré esperar demasiado —le explico—. Tenemos diez minutos. Veré que puedo hacer —sonríó canalla.

Me sitúo frente a ella mientras suelto el botón de mi pantalón. Nada de preliminares, nada de pensamientos indecentes, un puto aquí te pillo, aquí te cepillo en toda regla.

Dejo que mi polla salga a su encuentro y ella me mira con ese ardor en la mirada que me pone más caliente aún. Le subo la falda y se la arremolino en la cintura. Una cosita minúscula tapa eso que tanto ansío follarme.

Me pego más a ella y, de un pequeño salto, enreda las piernas en mi cintura. Sabe lo que necesito.

Me giro y camino con cuidado de no perder el equilibrio. Una pequeña mesa justo a nuestra derecha nos espera.

La coloco al borde de la madera y aparto su pequeño tanga. Dos de mis dedos le recorren el pubis carente de vello, justo como a mí me gusta.

—Estás empapada.

Ella vuelve a ronronear y me muerde la oreja.

—Sigue —me pide.

—Con la polla —murmullo.

Extraigo un preservativo del bolsillo delantero de mi portafolios y me lo coloco con precisión bajo su atenta mirada.

Sitúo la polla justo en su abertura y la penetro poco a poco. La morena echa la cabeza hacia atrás y suelta un pequeño suspiro cuando nota que entro hasta el fondo. Justo como necesito.

Comienzo a embestirla con ganas, como si necesitase llegar el primero a la meta o entregar el examen antes que nadie... Vaya mierda de comparación, es la sangre, la tengo toda en la polla.

—Más... —me pide, clavando la vista en mí.

Ejerce presión con sus piernas en torno a mi cintura y yo sigo moviéndome como un poseso, en busca de ese final que tanto me gusta y del que tan jodidamente necesitado estoy.

—Dime que me vas a volver a llamar —me dice en medio de las embestidas.

—Shhhh —la chisto. Lo que me faltaba es que me monte un numerito ahora que me la estoy follando y a puntito.

Comienzo a moverme más fuerte, con la firme intención de callarla base de pollazos para que deje de decirme ese tipo de cosas. Tengo tres putas reglas, y que dé gracias a que he repetido. También es cierto que me ha pillado de paso y con tiempo, y que estaba cachondo, no es más que eso.

Le tiro del pelo hacia atrás cuando veo que pretende abrir la boca de nuevo.

—Calla o tendré que cerrarte la boca —susurro mientras la embisto con fuerza.

Ella responde, sonriendo, le gusta la idea.

—Hazlo —me pide.

Me gusta que las mujeres acaben, que se corran y disfruten, su placer es casi o más importante que el mío. No me quedo satisfecho si no sé que ellas han disfrutado y han alcanzado el clímax, pero esa petición tras mi amenaza sexual me la ha puesto más dura aún.

Me separo de ella y me coloco a escasos centímetros. Señalo con el dedo índice el suelo y la invito con la mirada a que se arrodille y me la coma. Retira el preservativo y lo deja encima de la mesa que hasta hace escasos

segundos aguantaba con estoicidad mis arremetidas.

—Buena chica. —La recompenso con una pequeña caricia justo cuando se la traga completa—. La hostia... —pronuncio perdido en las sensaciones.

Me siento victorioso, victorioso y egoísta, porque tenemos apenas unos minutos y voy a gozar de un increíble orgasmo gracias a esta morena de labios rojos y mirada de devoradora.

Coloco ambas manos en torno a sus mejillas y aprieto mi polla en su cavidad mientras me balanceo con fuerza. Noto sus ojos brillantes a causa de la profundidad de mis acometidas.

—Eres perversa —le digo—, y eso me pone extremadamente cachondo.

Ella parece complacida con mi comentario, porque chupa con más ahínco. Estoy en ese punto de no retorno, en el que sabes que, aunque pare de mamar, tendría que seguir de alguna forma porque no aguantaría el dolor de mis pelotas.

Sigo moviéndome con más fuerza y ella ejerce más presión sobre mi polla.

—Te mancharía toda la carita si no estuviésemos en esta oficina. Chupa, morena, que me voy a correr y quiero que te lo tragues todo.

La veo asentir, perdida en el placer que sabe que me está proporcionando, y yo me balanceo sin piedad alguna, sin tener en cuenta que es su boca y no su coño.

—¡Joder! ¡Joder!

Percibo los espasmos de mi orgasmo y cierro los ojos ante las sensaciones en las que estoy embaucado ahora mismo. Un puto orgasmo la hostia de bueno. ¡Joder con la morena de labios rojos, la boquita que tiene!

Vuelvo la vista hacia ella y veo cómo se coloca la falda de nuevo y se recompone.

Se pasa el pulgar por las comisuras de los labios, intentando percibir si queda algún resto de mi corrida en ellas, y sonrío al saber que no es así.

—Toda —me indica—, me la he tragado toda. —Yo asiento, satisfecho ante su comentario—. Me debes una —me dice sonriendo abiertamente—, ahora deberás llamarme.

Me deja solo en el cuarto de los archivos mientras recojo el preservativo y lo guardo dentro de un Kleenex. No quiero dejar muestra alguna de lo que aquí acaba de suceder. Me encamino al baño y paso por delante de ella, que alza la vista y me guiña un ojo, coqueta.

Si yo fuese un hombre de palabra, cumpliría su petición. Lástima que haya perdido el honor hace ya mucho tiempo.

¿El heno se come?

La reunión con Jason se alargó mucho más de lo que tenía previsto, lo que se tradujo en una pérdida del metro que tenía previsto coger. El plan b consiste en deambular por las calles y parar a tomar un capuchino en una cafetería poco transitada. Me sitúo en una pequeña mesa al lado de la ventana y oteo el vagar de las personas, así como las tiendas cercanas al lugar donde me encuentro, mientras espero mi bebida caliente.

Una tienda llama poderosamente mi atención y sonrío ante el pensamiento que acude a ella.

Le pido a la camarera que me ponga el pedido para llevar mientras dejo un par de dólares en la barra y vuelvo a colocarme la chaqueta y sujetar con fuerza mi portafolios.

Vaso en mano, dirijo mis pasos hasta ese lugar que sé que contiene varias cosas que me recuerdan a ella, a mi nueva compañera de piso.

—Buenas tardes. —Saludo cordial, nada más entrar al local.

Una señora bastante mayor, con la mirada cansada y las manos curtidas por el trabajo, asiente con un gesto de su cabeza.

Doy varias vueltas por la tienda sin saber bien qué necesitaría ella. Me siento bastante raro, como si estuviese totalmente fuera de lugar en este sitio. Inspiro el aroma del establecimiento, algo peculiar, pero que me resulta característico, familiar. Huele como ella, o puede que sea un simple reflejo, uno de esos que provoca tu propia mente al sentirte en un terreno que te recuerda especialmente a alguien. En mi caso, ese alguien tiene nombre, apellidos y mote.

—¿Le puedo ayudar en algo?

Una chica mucho más joven que la que me recibió al entrar se planta frente a mí y me sonrío, educada.

—Buscaba lienzos —es todo lo que se me ocurre decir.

—El pasillo de los lienzos es el siguiente, este es el de los óleos.

—Disculpe.

—No hay problema. —Me sonrío condescendiente, como si supiese que no tengo ni puta idea de nada relacionado con lo que en esta tienda se ofrece, pero, aun así, estuviese dispuesta a ayudarme en lo que haga falta y a explicarme si fuese preciso.

—Quisiera regalar unos lienzos. —En mi mente suena raro, porque lo

es, porque normalmente no me plantearía regalar nada a nadie. En un cumpleaños, quizás por un santo, pero no porque sí. Los detalles nunca han sido lo mío.

—Perfecto. ¿De qué medida?

—No tengo ni la menor idea.

Ella se gira y me sonrío mientras da unos pasos lentos.

—Puede echar un vistazo y ver cuál encajaría con lo que busca.

—En realidad, no sé qué es lo que busco. Son para regalar. —Lo repito, como si no lo hubiese dicho hace treinta segundos.

—Oh, qué gesto más bonito. ¿Es para su novia? ¿Su mujer? —Me sonrío. Embobada, porque ahora mismo para ella soy como Peter Pan, pero sin sombrero ni pluma. Ningún tipo de pluma, seamos específicos.

¿Mi novia? ¿Mi mujer? ¿Es que llevo en la frente tatuado algún tipo de cartel que diga que tengo edad de estar comprometido? ¿O acaso ha hablado con mi madre por Skype?

—Ni una cosa, ni la otra —matizo.

—En ese caso, le recomendaría que llevase una medida estándar. Y, si necesita algún otro lienzo, estaremos dispuestos a ayudarle en próximas visitas.

La dependienta parece estar muy puesta en el tema y verme como una venta segura, porque comienza a ofrecerme varios tipos de pinceles y hasta una especie de estuche para guardarlos una vez se acaba.

—Y no puede faltar una paleta.

—Una paleta... Ya...

Paleta me siento yo, porque termino por salir de esa tienda con muchas más cosas de las que esperaba, hasta un caballete. Y de esta guisa me siento completamente avergonzado al visualizarme en el metro en dirección a casa, por lo que decido pillar un taxi en la parada más cercana.

Pese a ese ridículo que siento que estoy haciendo, hay otro sentimiento igual de poderoso, incluso más, que sale a su encuentro y son las ganas irremediables que tengo de ver el gesto de mi dulce compañera de piso al traerle algo que a ella tanta ilusión le haría.

No entiendo bien esta actitud tan dúctil que he tomado con ella, puesto que prácticamente no la conozco, pero sus ojos, su mirada y su sonrisa me dicen que es buena chica y que yo no he perdido tanto el honor como pensé al subirme la cremallera en ese cuarto de archivos.

Tras varias retenciones que hacen el trayecto más denso y tedioso,

llego a casa ilusionado.

Abro la puerta y lo primero que percibo es el inconfundible olor a comida y especias.

—Ya estoy en casa —grito como si necesitase presentación al llegar.

—Ya era hora —me dice Ada, saliendo a mi encuentro limpiándose las manos con un paño cualquiera.

Al verme se le cae el tejido al suelo y abre la boca, completamente obnubilada.

—Eso... Eso...

Dejo la llave sobre la pequeña cesta y el portafolios en el suelo de la entrada.

—Pasé por una tienda y me acordé de ti al ver esto —le cuento sonriendo—. Toma —le digo mientras le tiendo todo lo que he comprado.

Ada me observa con atención, con una mirada entre sorprendida, agradecida y abrumada y, por fin, suelta todo y se lanza a mis brazos.

—Los pequeños detalles, Guille, los pequeños detalles...

Yo le resto importancia a ese comentario y al gesto en sí, a cómo me siento con ella entre mis brazos ahora mismo, pero, en realidad, no deja de tener razón, porque son esos comentarios los que marcan y los que te cambian, los que te moldean y hacen de ti alguien mejor o peor, según sea el caso.

—La dependienta me hizo muchas preguntas que no supe responder, así que... —Cojo el *ticket* y se lo tiendo—. Por si hay algo que no te vale o que quieres cambiar. La dirección está escrita en esa misma factura.

Ella la observa y me la devuelve.

—No cambiaría nada, porque en esta vida todo se puede aprovechar y hasta lo más deteriorado tiene un fin en este mundo.

De nuevo, esa frase cargada de positividad y de buenas intenciones me saca una sonrisa sincera.

—Huele rico. —Intento romper un poco la tensión emocional del ambiente, porque no me hallo bien en estas situaciones. Yo soy más de otro tipo de momentos, con menos tensión y más salero, o quizá con menos profundidad. La superficialidad está mucho más cerca de mi forma de comportarme o de desenvolverme.

—Primero cenaremos y luego estrenaremos mi regalo.

—Espero que lo disfrutes.

Ada deja caer la mano y toma la mía entre las suyas mientras, me lleva hasta la cocina y un pequeño remolino me sacude ante el gesto que para ella es

tan natural.

—Revuelve un poco más el contenido de la olla en lo que dejo mis nuevos regalitos en la habitación.

La escucho canturrear mientras se encamina hacia la entrada a recoger todo lo que he traído para ella y cierto sentimiento de satisfacción me embriaga al recordar esa mirada y ese gesto de sorpresa al verme con todos los artilugios de pintura.

Hago caso a su petición y remuevo con delicadeza lo que preveo que va a ser nuestra cena.

—¿No habrás cocinado heno?

La oigo reír, a pesar de la distancia, y respondo a su gesto de la misma forma.

—Es comida sana. Hay que cuidar el cuerpo, es el reflejo de lo que somos —me explica.

—Vaya con mi nueva compañera de piso, es toda una defensora del cuerpo y la mente.

—Y de muchas más cosas.

—¿Por ejemplo? —Pregunto mientras soplo con suavidad el contenido. Salivo al pensar en que el olor y el sabor estén a la misma altura.

—Soy una amante de las causas perdidas —me dice, retándome con la mirada, como si esperase que mi escepticismo apareciese y me metiese con ella como si no hubiese un mañana.

—No me sorprendería nada.

—¿Ya está? ¿Es todo lo que me piensas decir?

—Mientras te guste el sexo y me la quieras chupar, como si adoptas un gato.

—No pienso hacer nada de eso. Eres un creído, un chulo que tiene corazón, aunque se empeñe en decir lo contrario.

—No he dicho jamás lo contrario. —Pruebo el contenido de la cuchara y suspiro cuando la mezcla de sabores me sorprende—. El heno esta muy bueno, Ada del Bosque.

—En otra vida fui cocinera —me explica llena de convicción—. ¿En serio puedo adoptar un gato?

—Ni hablar del Paraguay. En esta casa hay unas normas.

—Odio las normas —me interrumpe—. La vida es mejor sin ellas, solo dejándonos llevar por lo que dicte tu corazón en cada momento. Que fluya, que vibre...

Me acerco a ella y le toco la frente, por si está enferma y delirando y debo llevarla a un centro de urgencias... Pero no, no es así.

—Me abruma tanta positividad. Deberías plantearte lo de trabajar en una ONG —la reto.

—La verdad es que me gustaría. He estado pensando en buscar algún comedor social al que poder acudir como voluntaria y ayudar a servir cenas, preparar camas... No sé, toda ayuda siempre debe ser bien recibida.

Me quedo perplejo ante su entusiasmo por eso que acaba de decir. Es joven y dulce, pero tiene grandes intenciones, y todas ellas siempre pasan por ver las cosas desde otra perspectiva. Como esa bola de nieve en la que la purpurina se mece feliz y nunca deja de brillar y, por estúpido que parezca, ella parece que brilla ante mí.

La veo moverse por la cocina, colocando sendos platos y llenándolos de eso tan rico que acaba de preparar.

—Yo suelo cenar leche con cereales, son mi plato favorito.

—Ahora cenarás lo que haya, tenemos que pensar en que somos un equipo y que necesitamos alimentarnos bien.

—Las cenas deben ser ligeras.

—Y esto lo es —zanja. Desisto en mi empeño por cenar lo de siempre, porque en realidad eso huele de maravilla, sabe mucho mejor y me apetece, aunque sea heno de verdad—. Pon la mesa —me ordena sonriendo.

Hasta sonriendo parece menos una orden y más una petición sutil.

Aprendiendo una nueva profesión

Terminamos de cenar sin que haya habido un solo momento de silencio entre nosotros. Cuando no era ella la que parloteaba sin cesar, era yo, poniéndole al día de los avances de mi proyecto, como si entendiese mucho de lo que le explicaba o viceversa.

—Ha sido un día increíble, es como un sueño hecho realidad. —Es puro entusiasmo.

Asiento ante su último comentario y le doy un sorbo más al vaso de agua fresca, sin apartar mi vista de ella.

—Gracias por el heno, estaba verdaderamente delicioso.

—Es seitán, pintalíneas. Te espero en mi habitación —me dice tras dejar el cubierto sobre su plato.

—Espero que desnuda, no me gusta que se hagan de rogar —le comento jactancioso.

—Y a mí me gusta que se lo ganen —me indica, enseñándome la lengua antes de meterse en su cuarto.

Llegamos al acuerdo tácito mientras cenábamos de que quien preparase la comida no recogería la mesa. Supongo que es lo lógico, porque no hay punto de comparación en cuanto a la elaboración y tiempo invertido se refiere.

Soy perfectamente consciente de que no me va a esperar desnuda, ni siquiera creo que vaya a ver algún trozo de carne que no sea lícito, pero esa incertidumbre de que pueda ser lo contrario hace que tenga ganas de tirar todos los cacharros a la basura y correr hasta allí. Y no es mi jodido tipo de mujer, pero algo sucede y no sé qué coño es.

Puede que, sencillamente, sea que no he tenido suficiente sexo o que me estoy convirtiendo en un gilipollas de campeonato y me ha contagiado Helena, por esa mierda de ilusión que le ha dado por gritar a los cuatro vientos y que hace que se llame afortunada.

Tras serenar mi necesidad y colocarlo todo en el minúsculo lavavajillas, recorro los escasos pasos que nos separan y me planto frente a su habitación.

Toco con suavidad y entro, quedándome maravillado ante la estampa que se desarrolla frente a mí.

Tiene esas pequeñas luces de navidad encendidas y hacen que el ambiente sea mucho más cálido. Incluso, si fuese de esas personas que creen

en el romanticismo y los estados derivados de él, diría que es la imagen perfecta para una de esas novelas con final feliz.

Ha colocado cerca de la ventana el caballete y ha dejado en perfecta armonía un lienzo en blanco sobre él. Dispone al lado de muchas pinturas de colores y varias brochas con pelos muy raros y que escapan de mi entendimiento, aunque he sido yo el que ha comprado parte de todo eso.

—Ven —me pide.

Me acerco a ella y me sitúo a su lado.

—Siéntate en el taburete.

—¿Para qué?

—Tengo mucho que enseñarte —me dice sin más—. Y tú mucho que aprender.

Lo dice tan jodidamente convencida de ello que me embruja, que siento que tiene razón y no hay mayor certeza en el mundo que todo eso que verbaliza y promete. Y no solo eso, sino que unas ganas irremediables de hacer lo que me pide me recorren el cuerpo y me hacen estremecer.

Me coloco justo donde me indica y tomo asiento frente a esa cosa blanca en la que en mi vida había sido capaz de pensar, o de tocar.

—¿Qué te apetece pintar? —me pregunta emocionada.

A ti. A ti, me repito por segunda vez.

Oteo la habitación en busca de eso que me llamó la atención desde el minuto uno y ella clava la vista en el mismo lugar en el que están posados mis ojos. Como si nuestros pensamientos estuviesen conectados y no hiciese falta una sola palabra para entendernos.

Se encamina hacia allí con paso decidido y sujeta esa bola de cristal entre las manos mientras la agita para que las motas de purpurina se muevan libres por ese reducido espacio. Y es que, en realidad, parecen ser independientes y felices, a pesar de contar con un ínfimo espacio para danzar.

—Parece sencillo de dibujar, pero no lo es, Guille. Es como la máscara tras la que se esconde mucha gente, que parece fácil de mantener, pero siempre termina saliendo a la luz su verdadera personalidad.

—No me preocupa —inquiero, lleno de pasmosa seguridad—, me gustan los retos aunque te haya dicho que prefiero las cosas fáciles.

Ella se limita a asentir y de nuevo nuestras miradas conectan. Parece que la suya brilla mucho más, que sus ojos tienen un poder de influjo increíble y te alientan a perderte en ellos, buscando algo que escapa de tu propia razón. Como esa purpurina que miras y miras esperando a que se pose tranquila en el

suelo y te ilusiona de nuevo mover para volver a verla brillar. Ella brilla, también lo hace y cómo lo hace, ¡joder!

Soy un hombre pragmático, de esos que se fían de lo que está demostrado y sin dogma alguno. No tengo creencias sobre el más allá, ni las conexiones interestelares, nada de eso que se escape a la razón, pero debo confesar que Ada hace que esos pensamientos se tambaleen.

Jamás había establecido con alguien una conexión como la que ella y yo tenemos. Con Helena resultó sencillo. Compatibilidad, afinidad, entendimiento, semejanza... Miles de adjetivos podrían encajar a la perfección, pero Ada hace honor a su nombre y a veces siento que al mirarnos algo nos envuelve.

—Primera lección —me dice, interrumpiendo mis pensamientos.

—Soy todo oídos.

—Déjate llevar y dibuja lo que ves.

Me tiende un pequeño lápiz, bastante minúsculo para ser más específicos, y lo sujeto entre los dedos. Lo mío son los números, los cálculos, los programas de diseño, hasta incluso la imaginación, y de eso voy a tirar para dibujar lo que tengo colocado a mi derecha.

Pequeños trazos comienzan a tomar forma en ese lienzo en blanco y me sorprendo al ver que soy yo el que les da vida.

—Vaya —me dice Ada, sorprendida—. Parece que alguien es bueno en algo.

—Soy muy bueno en muchas cosas, que no te quepa la menor duda.

Ella sonríe, jactanciosa, y yo le devuelvo el gesto, intentando parecer un canalla que no ha dibujado eso que tengo frente a mí. Aparento ser lo que realmente soy.

—Pintalíneas, lo que sí eres es muy chulo.

Me da un pequeño tirón de oreja y le sujeto la muñeca con decisión. Percibo su vello erizado ante mi contacto y nuestras miradas de nuevo se unen.

Me incorporo y me coloco a su altura. La observo desde arriba y es inevitable que mis ojos se posen sobre sus mullidos labios. Son maravillosamente rojos sin estar cubiertos de nada. Parecen una maldita cereza madura y dan ganas de morderlos.

—Soy muy chulo porque puedo serlo. Tú, en cambio...

Dejo que la frase muera en el aire, porque no sé siquiera cómo definirla.

—¿Qué? —me pregunta—. ¿Qué soy?

—Eres dulce —respondo lleno de convicción. Mis dedos pelean por pasearse por esa piel que me atrae...

—No puedes saberlo.

—Lo sé, nada tengo más claro que eso —afirmo con rotundidad.

Sus ojos se posan sobre mis labios, de la misma forma que los míos recorren los suyos y siento un ardoroso deseo por probarlos, besarlos, morderlos y recorrerlos. Pero, a diferencia de mis habituales besos, en esta ocasión no es por calmar una simple necesidad, sino por descubrir algo nuevo, porque ella es así, hechiza, como las hadas del bosque, como esas fábulas llenas de preciosas historias mágicas.

—Bésame y compruébalo.

Y todo mi cuerpo vibra ante esa petición que me hace, pero no puedo, ella no es como las demás. Hace escasos días que la conozco y soy perfectamente consciente de que Ada es una mujer poco común, no es de esas que se usan y se tiran, de las que te hacen cumplir mis tres reglas de oro sin contemplación alguna y sin remordimientos tras finalizar el acto, y no estoy dispuesta a romperle el corazón si llegase a encapricharse de un hombre como yo.

No me planteo enamorarme. Tampoco no hacerlo, soy de los que creen que lo que tiene que llegar, llegará, pero no con ella, no con una mujer que necesita un amor puro y limpio, como los de esos cuentos que acabo de mencionar, y puede que Guillermo del Moral no esté preparado para eso.

—No soy un hombre para una chica como tú, Ada del Bosque. No soy un príncipe ni un caballero, estoy más cerca de ser el lobo del cuento.

Y, a pesar de que todo mi cuerpo reniega de lo que hago, abandono esa habitación dejando atrás a mi compañera de piso con la mirada turbada y dolida por mi respuesta.

Paso toda la noche dándole vueltas al rechazo que ha sentido y me reprendo por ese sentimiento que perturba mi sueño y que intenta ir a su encuentro y consolarla.

Follar o no follar, esa es la cuestión

Para mi sorpresa, el resto de la semana pasa como si nada de lo que ese martes, en esa habitación, hubiese ocurrido.

Compartimos cenas, todas llenas de verduras y escasas de cereales, y varias series a las que nos hemos vuelto adictos.

A pesar de todos mis intentos por contactar con Jaydee, no ha habido manera. Lo mejor que se me ha ocurrido es quedar para merendar con Mia esta tarde, porque se supone que tiene planes con mi amigo y esto de hacer de espía me pone cachondo. Al borde de la ley, como un auténtico forajido que huye de las garras de la ordenanza suprema.

Quedamos en la séptima con la ochenta y uno en Abraço. Es una técnica muy vieja y con bastantes resultados positivos, demostrados por los siglos de los siglos, esa que dice que comprar a una mujer con dulces suele funcionar. Con sexo también, pero follarme a Mia, ahora que sale con mi amigo, no entra dentro de mis planes.

El resultado de mi confabulación es que ahora mismo me encuentro sentado en esta cafetería sin tener claro qué pedir, porque todo tiene una pinta exquisita.

—¿Qué desea tomar? —El camarero se ha acercado a mí con tanta sutileza que no he percibido su presencia hasta que ha comenzado a hablar. Estoy distraído y mi vida se está complicando más de lo que debería.

—Capuchino —zanjo—. Esperaré a mi acompañante para pedir algo de comer.

Él asiente mientras se encamina a la barra para comunicarle a su compañera mi irrisorio pedido.

No suelo ser un asiduo de este tipo de cafeterías, pero lo he consultado con Mia y ella me ha dicho que es el mejor sitio de todo Manhattan.

Observo el teléfono con atención y siento cómo me hormigean los dedos por escribirle a Ada y saber cómo le va el día.

Mi dibujo sigue en su habitación y no hemos seguido con él. Ni ella ha insistido ni yo he sacado el tema. Supongo que, aunque hayamos decidido correr un tupido velo ante todo eso, compartir otro momento de exquisita intimidad como el que se dio hace apenas unos días puede volver a causar estragos y confundirnos.

He decidido explicarlo de esa forma, porque soy un hombre muy

racional que a veces pierde el control cuando lo toma su polla, porque ella piensa, la muy sinvergüenza, y me lleva por mal camino. Gracias a que es sabia y cumple las tres reglas, de lo contrario, tendríamos que sentarnos y hablar seriamente sobre nuestro futuro.

—¿Qué pasa? —Mía me toca el hombro con el dedo índice y se coloca de pie a mi lado, esperando mi saludo. Me incorporo y le doy un abrazo—. Vaya, ¿estás necesitado de cariño?

—De sexo —la corrijo—. Me palpita la polla cuando tengo cerca unas buenas peras —le digo señalando las suyas—. Lástima que tengan dueño.

—No tienen dueño —me rebate—, solo las disfruta alguien ahora mismo.

—Para mí es más o menos lo mismo —bromeo—. Dime, ¿cómo te va con tu príncipe azul? ¿Se ha convertido en un pitufo?

—No —me dice, alzando la ceja—, dista mucho de lo que puede tener un pitufo.

—Siempre he sabido que te pareces a mí, ¿no seremos hermanos separados al nacer?

—Espero que no.

El camarero regresa al darse cuenta de que no me encuentro solo y nos toma nota. Pedimos varios dulces para compartir y Mía me acompaña con otro capuchino.

—No me has respondido.

—Me he quedado obnubilada con tu mirada. —Sé que lo dice para pincharme y buscarme la lengua, porque Mía es muy así, de esa forma, muy yo, pero con vagina.

—Eso es porque no me has visto la polla.

—Cierto. Y no sabes lo que me ha pesado —responde, taimada.

—Tendremos que proponerle a tu novio un trio, aunque siento decirte que yo seré el que triunfe, como la Coca Cola. El pobre chico no tiene nada que hacer.

—Jaydee... Se llama Jaydee...

—Y dime, ese tal Jaydee ¿ya sabe la verdad sobre ti?

—¿Estás loco? No puedo decirle nada aún, ¿y si no sale bien?

—¿Has pensado cómo se va a tomar que le hayas mentado todo este tiempo? No todo el mundo va a entender que estás asqueada de los tíos y que te escondas tras una máscara protectora.

—¿Cómo sabes tú que me escondo de nada?

—Lo llevas grabado en la frente —señalo inquisidor.

—¿Y qué llevas grabado tú con tu mierda de reglas?

—¡Oye! ¿Qué te pasa? Yo no te he insultado, es más, hasta hace nada eras profeta de mis reglas y feliz con ellas.

—Son una mierda —prosigue, ofuscada.

—¿Qué pasa? —Algo sucede cuando Mia está contestando así.

—He discutido con él. Los hombres sois unos gilipollas. Ahora mismo me alegro de no haberle dicho la verdad.

—¿Y eso por qué?

—¿Qué por qué me alegro o por qué hemos discutido?

—¿Por qué habéis discutido? Parecemos subnormales con esta conversación tan ridícula.

—Subnormal tú, que eres hombre.

Pongo los ojos en blanco ante su respuesta y decido no reprocharle nada, porque el horno no parece estar para bollos. El camarero deposita sobre la mesa un plato con distintos tipos de dulces y la veo salivar. Creo que esto le sube el ánimo a cualquiera, hasta a mí, que empiezo a pensar que Mia no se aleja mucho de la realidad y soy un gilipollas de campeonato, tanto por Ada como por Jaydee y por ocultarle ahora mismo a Mia sobre lo que sé de mi amigo.

—No ha pasado nada, solo que estos días lo noto más circunspecto. Le he preguntado qué sucede y ha esquivado mi pregunta con evasivas. Dice que es trabajo y que son boberías, pero noto su distanciamiento y creo que es por mí.

—¿Y por qué debe ser por ti, si te ha dicho que es por trabajo?

—Pues porque si no fuese por mí me lo contaría, ¿no crees? Los hombres sois un puto dolor de cabeza —finaliza, dándole un mordisco a uno de los dulces.

—Las mujeres sois peor. Si no, que se lo digan a mi compañera de piso. —Mia alza la ceja, interesada ante este último comentario.

Me siento un poco culpable por no decirle a Mia lo que sé sobre Jaydee y a su vez, de ser el causante del malestar que ahora mismo les ataña a ambos.

Hay personas que son capaces de diferenciar los problemas y dejarlos en la puerta de casa. Obviamente, ellos no viven juntos y esto es una metáfora más, pero es complicado que no te afecten los sentimientos y las emociones. Mi madre me produce una jaqueca constante con su discurso sobre el amor,

casarse, los nietos y la infinidad de cualidades que poseen las hijas de sus amigas y su insistencia para que acepte una cita con alguna de ellas.

—¿Qué le pasa a tu compañera de piso?

—Nada. Es demasiado tierna —le explico, dando rienda suelta a mis deseos con este pedazo de pastel que sabe a gloria bendita.

—Eso significa que te la quieres follar, pero no sabes cómo decírselo —me cuestiona Mia mientras sigue comiendo sin parar.

—No me la quiero follar. —Porque no me la quiero follar, ¿o sí? No, no quiero.

—Fíjate, pues eso sí que es raro. Que Guillermo, el que tiene una polla de un tamaño descomunal, no se quiera follar a una tía es lo más inaudito que me ha sucedido en el año. ¿Es fea?

—No —niego con vehemencia—. Lo de descomunal me ha llegado dentro. Es el mejor adjetivo que jamás le han podido dirigir a mi polla.

—De nada. Si no es fea, no lo entiendo. Le falta sexapil.

—No —repito el gesto, esta vez con la cabeza también.

—Pues chico, no lo entiendo.

—Es demasiado tierna y creo que es de esas que se enamoran —finalizo, rotundo.

—Con Helena tampoco pudiste.

—Helena se resistió porque... Pues no entiendo el por qué, supongo que tendría dudas, por si se enamoraba de mí o vete a saber.

—Pues quizá por eso te resistes con ella.

—¿Cuál de ellas?

—¡Dios! Me exasperas. Ahora el besugo eres tú, Guille. Me refiero a que quizá lo que te sucede es que no quieres follarte a tu compañera de piso por si te enamoras de ella.

Una tremenda carcajada irrumpe en el local y no puedo hacer nada por contener la risa que brota sin cesar de mi garganta. Enamorarme dice...

—Guillermo del Moral jamás en la vida se enamorará. Lo mío es el sexo, follar, copular, que me la chupen, comerme algún que otro coño, sin repetir... Ya sabes, mis tres reglas de oro y tal. Eso que hasta hace nada tú también habías decidido seguir y que has dejado de lado por ese tipo al que no conozco de nada.

—Guille... —me interrumpe Mia.

—Dime —contesto, dando un largo sorbo a mi capuchino ya tibio y, en cierto modo, acojonado por si resulta que me ha pillado en la mentira del tipo

ese al que no conozco y sabe que es uno de mis mejores amigos, o era, porque ya en esta ecuación no sé ni qué cojones esperar de nuestra amistad.

—Ya caerás.

Y esas son las dos palabras a las que les tengo un miedo de la hostia y que Helena no se cansa de repetirme...

Impersonal

Salí de esa cafetería con más azúcar en el cuerpo de la debida y, a su vez, cierta congoja por todo el lío en el que me encuentro inmerso ahora mismo.

El teléfono no ha dejado de sonar mientras iba de camino a mi apartamento. Es mi madre, que, con suerte —mucho suerte—, me llamará para decirme cuál es el plan previsto para su próxima visita y no será una llamada de esas en plan «soy una víctima del mundo».

—¡He llegado! —grito tras cruzar el umbral de la puerta principal.

No percibo ningún sonido, por lo que doy por sentado que mi compañera de piso no está en casa.

Me encamino a la cocina y saco un tazón de la despensa. Lo lleno de leche y, mientras se calienta, saco mis amados cereales. El teléfono vuelve a sonar y suspiro, porque es ella de nuevo.

—¿Mamá?

—Por favor... Menos mal, ya estaba empezando a preocuparme. ¿Por qué no contestabas?

—Estaba trabajando.

—Trabajo y más trabajo. Es viernes —me lo dice como si fuese festivo o no hubiese que trabajar porque es el día sagrado de la semana. Como los domingos, que se supone que se acude a misa, yo que sé...

—Es lo que tiene tener que pagar facturas, vivir y ser independiente, ya sabes.

—Entiendo —parece reflexionar sobre lo que le explico y cede ante su pequeña reprimenda por no contestar. Si ella supiese que, en realidad, no estaba trabajando cuando recibí la primera llamada, sino que no me apetecía hablar con ella... ¡Dios! Estoy peligrosamente cerca de ser tachado como un mal hijo—. Yo te llamaba por nuestro próximo viaje.

—Mamá, queda tiempo. Te avisaré unos días antes de las temperaturas y, si es necesario, te haré un exhaustivo análisis meteorológico. Ya prepararás la maleta en base a ello.

—No es eso, que también, pero al final no vamos solos.

—¿Cómo que no venís solos? —En ese momento me comienzo a inquietar, porque me imagino el piso lleno de personas durmiendo amontonados como chinos. Luego caigo en la cuenta de que duermen en un hotel y mi ánimo se apacigua.

—Va Marta conmigo —matiza.

—¿Marta?

—Sí, Marta, ya sabes, la hija de Luis, el amigo de tu padre. La chica morena con la que te bañabas en la piscina de pequeño.

—Ya. —Y digo ya, porque no sé qué cojones decir, pues no sé ni quiero saber quién es Marta—. ¿Y esa chica viene por...?

Mi madre parece dudar al otro lado sobre qué decirme o quizá, sobre la excusa que ponerme. Y eso me pone de peor humor si cabe.

—Resulta que estábamos reunidos en casa una noche y le comentamos nuestra intención ir a hacerte una visita, y Clarita —peor me lo pone si añadimos diminutivos— no ha estado nunca, y le dije que se animase y viniera con nosotros. Así que...

—En mi casa no se puede quedar —zanjo antes de que me lo proponga, porque yo conozco a mi madre y soy perfectamente consciente de cuáles son sus intenciones.

—¿Y eso por qué? —Parece asombrada ante mi respuesta tan cortante y borde.

—No tengo espacio. Tengo nueva compañera de piso y no vivo en un chalet, es un piso pequeño y no hay cabida para nadie más. —A ver, que suena feo y quizá poco hospitalario, pero con esta última frase, quiero darle a entender no solo que mi casa tiene un espacio reducido, sino, además, que no estoy dispuesto a abrirle mi corazón a otra de sus chicas, esas que no se cansa de buscarme y a las que yo no me canso de rechazar.

—Puede dormir en el sillón, o quizás en tu habitación. —¿He dicho ya que conozco a mi madre?

—Mamá, no tengo tiempo de discutir. En mi casa no hay espacio. Tengo que dejarte, tengo que atender un par de llamadas y Helena viene a cenar esta noche con su novio.

—Ella sí que es lista —me dice, sarcástica—, buscó un hombre que la proteja.

—No empieces, ya sabes lo que opino y deberías respetar mi decisión.

—Solo quiero lo mejor para ti. —Viva el victimismo, sí señor.

—Y yo te lo agradezco, pero lo mejor para mí es que me dejes vivir a mi manera y marcar mi camino. Tengo que dejarte. —Cuelgo sin darle opción a réplica. Ya no es cuestión de ser mal hijo o un borde de campeonato, es que estoy asqueado de este asunto y me merma la moral.

Dejo el teléfono sobre la mesa de la cocina y saco el tazón de leche. Se

me ha quitado hasta el apetito.

—¿Qué pasa?

Me giro al escuchar la voz de mi compañera de piso, que me observa sin saber qué sucede.

—No sabía que estuvieses en casa.

—Estaba en la habitación, pintando —me explica—. He escuchado ruido y al asomarme te he oído hablando.

—Era mi madre.

—¡Qué guay! Yo hablé con mi madre hace un rato también, me gusta cuando me llama y no me da la lata.

—Reconócelo, Ada del Bosque, tú serías feliz aunque te diese la lata.

—No, no creas, yo también me canso. Tienes mala cara, ¿te ha hecho enfadar?

—Me satura —confieso.

—Se preocupa por ti —me rebate.

—No lo sabes, no la conoces.

—Es lo que hace una madre, preocuparse por sus hijos.

Se apoya en la mesa, se cruza de brazos y piernas y me escudriña con la mirada mientras vierto los cereales en la leche para que vayan perdiendo dureza y pueda masticarlos. Me gustan blanditos, para cosas duras ya tengo mi polla.

—La mía vive por y para emparejarme con alguien. Te diría los nombres de todas las chicas con las que lo ha intentado, pero tengo mala memoria. Para mí —digo mientras revuelvo los cereales— las mujeres suelen ser: rubia, morena o pelirroja, quizás algún otro adjetivo, pero nada con lo que pueda fallar.

—Mi nombre te lo aprendiste rápido —me dice, provocándome.

—Porque hago excepciones con las compañeras de piso —respondo, intentando salir victorioso—. Además, me lo pusiste fácil, Ada del Bosque no es complicado.

—No, no lo es y, además, Ada es un nombre precioso.

Clavo la vista en ella y la observo mientras me llevo una cucharada a la boca. Me gustaría decirle que sí, que es verdad, que me parece un nombre precioso, pero me pierdo en su mirada de nuevo. Me cautiva...

Se acerca hasta mí y se planta justo delante, me observa sonriente y lleva la mano hasta mi barbilla.

—Tienes leche aquí —retira con suavidad las gotas que han podido

escapar de mi anterior cucharada y percibo cómo pasea sus ojos por mis labios—. Me gusta —dice mientras se lleva el pulgar a la boca.

De nuevo, esa intimidad que el otro día nos sobrecogió en su habitación reaparece con fuerza y electriza el ambiente. Somos ella y yo, sin nada más. Su mirada y la mía. ¿Qué cojones me pasa?

—Normalmente soy yo el que deposita la leche en la barbilla de alguien, recuérdamelo para cuando lo haga en la tuya y dime que te encanta que te manche, puede que me la vuelvas a poner dura si lo haces y te dé más. —Romper el momento, eso sí se me da bien, y es lo mejor.

—Eres un cochino, pintalíneas —me dice sonriendo—, pero ya empiezo a conocerte, y quizá mejor de lo que crees.

—¿Sí? ¿Y por qué dices eso?

—Crees que no sé lo que intentas, pero soy lista.

—Y joven —añado, para continuar bromeando.

—Joven y lista.

—Todo un partido —le comento, socarrón.

—Efectivamente.

—Lástima que no me gusten las mujeres jóvenes. Tendrías todas las papeletas para que te follase.

—Eso sería si yo quiero.

—Querrás —le advierto—. Todas quieren.

—Parece que no te has dado cuenta de algo, Guille —me dice, envalentonada.

—¿De qué? —profiero, a sabiendas de lo que me va a decir, está cargado de más realidad de la que estoy dispuesto a asimilar.

—De que yo no soy una más —zanja.

La veo salir de la habitación con ese halo de ternura que tanto la caracteriza. Deposito el tazón sobre la mesa de la cocina y me encamino a mi habitación. Soy un completo gilipollas, de verdad.

Me planto frente a su puerta, sin ser capaz siquiera de rozar la fría e impersonal madera.

«No, no eres una más, eres mucho más que eso». Susurro para mí. Y continúo mi camino con un hormiguelo muy raro haciéndose dueño de mis dedos, que necesitan algo que no estoy dispuesto a darles. Ella...

El que ríe el último, ríe mejor

El sonido del portero automático me sobresalta. Tras ducharme, volví a pasar por delante de su habitación, pero, una vez más, sin tener valor para entrar en ella. ¿Conocéis esa sensación que en algunas ocasiones os oprime el estómago y no sabéis qué puede ser? Como cuando tenéis un mal presentimiento, o como el que tengo yo cada vez que me suena el teléfono y sé que es mi madre la que llama. Pues así he estado desde que me contestó lo que me contestó en esa pequeña cocina.

He ido a por provisiones al supermercado, algo de picoteo para nuestra charla no viene mal.

—¿Sí? —pregunto a pesar de que sé quién es la culpable del sonido del portero automático.

—Tu diosa —me responde, socarrona.

Le doy al botón para activar la puerta y que accedan al edificio.

Abro la puerta y los espero bajo el quicio de la misma, mientras oigo los murmullos cada vez más cerca, síntoma de que el ascensor está llegando a mi planta.

—Bienvenidos a mi humilde morada —les digo como si hasta hace apenas un mes no viviese Helena conmigo.

—¿Dónde está?

—¿Qué clase de saludo es ese? —le cuestiono con fingido enfado.

—A ti te veo demasiado, quiero saber dónde está ella.

—En su habitación —contesto cediéndoles el paso para que entren.

Simon me guiña un ojo y yo le respondo encogiéndome de hombros en señal de rendición.

—Ella es así —me consuela Simon al darse cuenta de que no ha sido capaz siquiera de darme un beso o un abrazo.

—Algo va mal.

¡Joder! El olfato de mi amiga es, como poco, acojonante.

—¿Por qué lo dices? —pregunto, con miedo a su respuesta.

—Te he preguntado que dónde está y has respondido sin señalarme tu polla. En otra situación, me habrías dicho algo sobre ella, en plan: está aquí, dura y palpitante, esperándote, como siempre. ¡Auuuu! —Simon le pellizca una nalga y yo sonrío ante la complicidad que tienen—. Es la verdad —se defiende—. Tranquilo, me quedo con tu polla, señor microbio. ¿Qué pasa? —

pregunta, centrando de nuevo su atención en mí.

—Está enfadada.

—¿Qué le has hecho esta vez?

—Ser un gilipollas.

—Dime algo que no sepa —bufa mi amiga.

Pasamos a la cocina, para que me ayuden a recoger las cosas que he depositado en los platos, vasos y bebidas.

—Creo que ha sentido que la he tratado como una más. Estábamos bromeando sobre lo normal...

—Pollas —me interrumpes.

—Exacto. Y le he dicho que si no fuese tan joven me la follaría. No me queda claro si la he hecho sentir como una cualquiera o rechazada.

—¿Y tú qué querías que sintiese? —inquire Simon. Maldito bastardo, primero me roba a mi compañera de piso y ahora hace preguntas súper importantes.

—Ninguna de las dos.

—¿Te la follarías? —pregunta Helena, directa a la yugular.

—No —zanjo con decisión—. No es mi tipo, para nada.

—Ya veo, ya... —cuestiona Helena, observándome inquisitiva.

—¿Has pensado con qué clase de mujer compartes casa? —le digo a Simon—. En este piso era mucho más mansa. Para ser un cabronazo, está saliéndose del redil.

—Le dejo varios días libres —me contesta, mirándome sonriente.

—Gilipollas. —Nos señala a ambos—. Los dos —añade, como si no fuese suficiente el movimiento alternativo de su dedo índice.

—En fin. Y la cosa no acaba ahí, porque estoy metido en un problema con Jaydee —prosigo.

—Para ser un tío, te quejas mucho —me pica Simon.

—De mi polla no tengo quejas, ¿tú de la tuya?

—Tampoco —nos corta Helena—. No empecemos a hablar de pollas —nos advierte—, esto no es una pelea de gallos.

—Es culpa de él. —Esta vez el que señala soy yo, y directo al señor microbio.

—Lloriqueas como una nenaza —me dice como si fuese lo más fácil del mundo.

—Es mi amiga, a alguien le tendré que contar los problemas.

—Cállate —le dice a Simon—, deja que hable conmigo, para eso he

venido. —Simon asiente, sonriendo, y me mira con gesto altanero.

—Capullo —le escupo, mosqueado.

—Basta, Guille —me advierte Helena—. Parecéis dos putos niños pequeños.

—No voy a repetirte que ha empezado él. No debería haberte dicho dónde estaba Helena cuando se fue, por cabrón. —Simon permanece en silencio y Helena se cruza de brazos, porque sabe que no puede hacer nada ante dos gallitos—. Ahora no dices nada, pero ahí sí que lloriqueabas. Buaaaaa —lo imito, exagerando la escena—, Helena se ha ido porque tengo la polla que parece un lápiz. —Me descojono al ver su cara de mosqueo.

—No es un lápiz —me responde, enfadado.

—¿Seguro? No veo muy satisfecha a mi amiga.

—Dile algo —le pide Simon.

—No pienso meterme en vuestras mierdas —le advierte.

—¿Acaso no sabes defenderte solo?

—Paso de vosotros.

Simon hace un amago de levantarse, pero se queda en eso, un simple intento, porque en ese momento Ada hace acto de presencia en el salón.

Helena se queda callada, pero sonrío.

Simon la observa y luego me mira a mí y sonrío.

Yo me quedo embrujado, de nuevo, ante el brillo de su mirada.

—Lo siento —se disculpa—, no sabía que tenías visita. Quería coger algo de fruta.

Tiene las manos manchadas de pintura y sé que es resultado de hacer eso que tanto le gusta.

—No pasa nada —contesta Helena al darse cuenta de mi mutismo y, además, sonrío más ampliamente ante ese estúpido gesto.

Enarco una ceja, advirtiéndole que deje de montarse películas en la cabeza, pero ella sigue sonriendo.

—Siéntate con nosotros —le pide—. Soy Helena.

—Ada —responde—. No quiero molestar.

—Tú nunca molestas.

Todos se quedan en silencio y clavan su vista en mí y, a pesar de ello, yo sigo embobado mirándola. Helena ensancha mucho más la sonrisa, Simon parece el Señor Burns moviendo los dedos y cavilando. Ada me observa como si fuese el cuadro más bonito que hubiese visto en su vida, o quizás esa es mi percepción, que se emborriona y ve lo que quiere ver. A pesar de todo, me doy

cuenta de que he sido yo el que ha dicho esta última frase, y no solo eso, sino de que, por primera vez desde que Ada ha cruzado esa maldita puerta, sin apenas mostrar el enfado que debe tener por mi anterior actitud, sonrío, sonrío y mucho.

Podría decir que la cosa se complicó bastante y que hubo momentos en los que quise tirarme por la ventana y acabar con mi sufrimiento, pero no, la realidad dista mucho de ese pensamiento negativo y dramático, porque la tarde-noche fue de lo más agradable, incluso divertida y familiar.

Ada y Helena hicieron migas muy pronto e intercambiaron algunas frases en español, dejando descolocado a Simon. Yo le hacía peinetas, porque sí que entendía lo que decían, pero él no, y eso era tan divertido como meterme con el tamaño de su polla.

—Así que estudias Bellas Artes —plantea Helena.

—Sí. —Ada dejó de pensar en la fruta y se sentó a mi lado, quizá más cerca de lo que debiera ser lícito para dos compañeros de piso que se conocen desde hace nada y que están disgustados porque uno de ellos es un completo capullo bocazas.

Me di cuenta del detalle, porque Helena no dejaba de mirarnos y sonreír y yo no dejaba de mirarla con mala cara para que se diese cuenta de que su cabeza toma un camino equivocado.

—Y dime, Ada —pregunta, observándome directamente a mí, con una sonrisa malvada en la cara—, ¿tienes pareja?

Inoportuna. Esa es la palabra que mejor define a Helena. Simon pone los ojos en blanco y yo me remuevo incómodo ante esa cuestión, pero, por otra parte, quiero saber la respuesta, porque mi capacidad, esa de la que os he hablado, puede que esté siendo víctima de una bajada de azúcar aunque me haya puesto fino a dulces antes, ya que no se me ha ocurrido preguntarle por el tema y me tengo por un tío muy avisado e inteligente.

—No. No tengo —responde como si la cosa no fuese con ella. Natural. Una inoportuna y la otra natural. Estoy rodeado de chifladas.

—¿Y no te gusta Guille? —inquire Simon.

Comienzo a toser descontroladamente mientras Ada me observa y comienza a darme pequeñas palmaditas en la espalda.

—Agua. —Pido con voz de ultratumba, como si fuese mi último deseo antes de palmarla.

Mi compañera de piso se dirige, solícita y presurosa, a la cocina a buscar un vaso y una jarra de agua mientras yo sigo dándome palmadas en el

pecho para intentar no morir ahogado.

Veo como Simon y Helena chocan la mano, como si hubiesen anotado el tanto definitivo en un partido de la NBA, y los miro con mala cara, o con peor cara. Porque siento que me sigue faltando el aire.

—Te dije, Guille, que quien ríe el último ríe mejor, y pienso disfrutar de esto más de lo que piensas.

Mi último gesto es una deliciosa peineta que le dedico a Helena, esa chica a la que consideraba amiga y que ahora se encuentra en la lista de las más odiadas por Guillermo del Moral.

¿Qué tramamos? Nada bueno, eso seguro...

—Céntrate, Helena —le reprocho tras haber recuperado el aliento.

—No me ha respondido —inquieta observando a Ada, esa chica que me ha devuelto la vida gracias a su buena disposición de traerme un vaso de agua.

—No me gustan los chulos arrogantes que solo hablan de sus bajos — responde tras ofrecerme el vaso.

—Fíjate, me resulta sexi esa forma tan dulce de dirigirte a mi polla — la pincho, a sabiendas de que a ella no le molesta nada de nada.

—Ya veo, ya... —pronuncia de nuevo Helena.

Simon vuelve a ser el Señor Burns y yo estoy comenzando a calentarme con el asunto.

—Jaydee está enfadado conmigo. —Inicio mi discurso buscando que el tema de Ada quede zanjado e intentando solventar el quebradero de cabeza que tengo. Voy a tener que darle la razón a Simon y comienzo a parecer una nenaza—. Este tema ya lo he hablado con Alex y no quiero precipitarme, pero me da que entre Alex y Loren la cosa se caldea y pinta que acaba en boda.

—Algo me huelo yo también —apostilla Helena.

—¿No os gustan las bodas?

—Me encantan —dice mi amiga observando a Simon, como quien no quiere la cosa pero sí que la quiere.

—Con ese no te cases, no es un buen partido.

—Anda, que tú sí.

—Yo tengo muchas virtudes —respondo, señalando mi paquetón.

—Sois cansinos —añade Helena—. Ada, aprende rápido, Guille es así siempre, creo que lo que más quiere en esta vida es a eso que le cuelga.

—No te pases... Tengo sentimientos —le reprocho, burlón.

—Va de tío duro, pero es un trozo de pan. Lo estoy enseñando a pintar —le explica Ada.

Helena intensifica la sonrisa y me observa llena de interés. Fija de nuevo su vista en Ada y ya sé que me espera preparar una buena defensa para todo esto.

—Era para matar el aburrimiento... —me defiendo.

—Lo hace bien —prosigue Ada—, creo que podría dedicarse a ello si se esforzara.

—Paso —prosigo, restándole importancia.

—Solo tienes que continuar, esta noche seguimos.

La cosa se complica y se escapa de mi control. Ada parece no darse cuenta de que Helena cada vez tiene una sonrisa más malvada en la cara y de que soy el futuro hazmerreir de Simon Baker. Solo hay que prestar atención a la forma en la que me mira, inquisitivo, como el que está a punto de ser condenado por pecador de la Frontera.

—El tema es Jaydee y la boda de la que no nos han dicho nada, pero que nos olemos. —Intervengo, cambiando de tema una vez más.

Necesito que se centren en lo verdaderamente importante. Aunque, si le preguntamos a Helena, para ella lo importante es el chisme y joderme, pero no joderme como me gustaría, sino a su forma. Es el karma, me he burlado de ella y ahora necesita cualquier excusa para hacérmelo pagar. Puta vida...

—Eres tonto —zanja Ada, dejándonos pasmados a todos.

—Brindo por eso —dice Helena—, ah, no, me he quedado sin vino. Necesito más.

Excusa vieja donde las haya. La realidad es que quiere que me vaya para sonsacarle toda la información posible a Ada.

—No hables con ella, haz como si no estuviesen. Son malos, viles, crueles, chupasangres y muy cotillas, vengativos...

—Vaya, qué bien me vendes —verbaliza mi amiga.

—Tu culpa, ya sabes... —Vuelvo a señalarme la polla y hago ese típico gesto con los dedos en plan: folleto máximo que descartaste por ser cobarde. Todo eso usando dos dedos índices y un pulgar. Lo que es el lenguaje universal y tal...

Tras esta última advertencia, me incorporo, le quito la copa a mi amiga con maldad —gesto que espero que entienda y sepa interpretar, porque ya sabemos que Helena es de todo menos discreta— y me encamino a la cocina para rellenársela.

Intento agilizar el tema para llegar lo antes posible. Lo más sencillo es llevar la botella, abrirle la boca y hacer que beba sin parar, pero eso tendría consecuencias negativas con mi nueva no-amiga. Una de ellas es que su verborrea, ya de por sí apabullante, se convertiría en algo insoportable eso, sumado a que podría terminar sonsacándonos demasiada información.

Entro de nuevo en el salón y coloco la botella sobre la mesa y la copa vacía.

—Veo que la galantería sigue sin ser una de tus mejores cualidades —

me reprocha Helena.

—A la hora del reparto, tenía que elegir entre tener una polla grande o ser caballeroso. Ya sabes lo que elegí... ¡Ah, no! Que decidiste follártelo a él —le suelto con inquina.

Simon no dice nada, se ha mantenido expectante ante mis pullas y eso me resulta extraño, porque él suele ser de todo menos tranquilo y pausado.

—Gilipollas —me suelta Helena, como hace siempre.

—Y digo yo, ya que Guille quiere aprender, podrías enseñarle modales, Ada.

Y ese, señoras y señores, es Simon, al que, ahora que ha abierto la boca, lo prefería callado.

—Se me ocurre algo —interviene Helena con cara de entusiasmo.

—Miedo me das.

—Déjala —la defiende Ada—. ¿Qué? —me pregunta al ver mi ceño fruncido—. Me cae bien, es simpática y divertida.

—Y guapa —añade la susodicha.

—Como si no tuvieses abuela —le reprocho.

—Quedamos mañana para cenar y vamos todos, invitamos a Jaydee, Alex, Loren, Mia y su chico, Sarah... —prosigue, obviando mi comentario jocoso.

—Mierda...

—Tú también estás invitada, Ada. Creo que Guille tiene miedo a que no te lo proponga. Necesita de tu presencia, no hay más que verlo.

La escudriño con la mirada y espero que entienda que se está pasando. Yo sé que Helena quiere que Guille, el Guille que ella conoce, se enamore y todas esas cosas que espera mi madre también, pero ya esto roza el límite de lo ilógico.

—Helena... —la freno.

Observo a Ada, que sigue con una sonrisa en la cara y me observa con ese brillo en los ojos que comienza a perturbarme más de lo normal. Tiene algo, algo que no quiero descubrir, pero que me hace clavar la vista en ella solo por observar una vez más cómo me mira. Es como si leyese en mí, como si tuviese ciertas esperanzas que yo perdí hace tiempo.

—No te preocupes —me consuela Ada—, Helena está bromeando... —la justifica.

—Claro, claro, Guille, estoy bromeando —me dice con cara de malvada. Esa cara que ponen las típicas fieras que salen en las novelas cuando

hacen alguna cosa con inquina, igualita. En mi mente se reproduce en primer plano su cara de malvada de pacotilla.

—No podemos invitar a Mia y a ese chico.

—¿Por qué? Guille, me exasperas, chico, parece que tengamos que ir sacándote las cosas poco a poco, ni siquiera has contado lo de Jaydee y ahora empiezas con otro rollo. ¿También te gusta Mia?

—¿Qué? —¡Dios! El que está perdiendo la paciencia soy yo—. No, claro que no...

—¿Entonces?

—No puedo contároslo.

—Ah, no, guapito de cara —me dice en español—, lo cuentas o te abro en canal.

—¿Estás segura de que quieres a esta chica? Creo que tiene serios problemas mentales —le advierto a Simon.

—La quiero —finaliza.

—Ohhhh, sobrecogedor, qué asco.

—¡Qué bonito! —me rebate Ada mientras me pellizca el interior del muslo.

—¡Au! Eso ha dolido, me va a salir un morado y lo verán las chicas cuando me baje los pantalones para que se atraganten.

—Odio que hables todo el rato de lo mismo —me reprocha Ada.

—Yo soy así.

—Tendré que enseñarte otras cosas.

Helena vuelve a sonreír y sé que en su cabeza la película que se está montando es digna de diez Oscars como poco. Es mi final.

—Me niego, tengo una reputación que mantener —le advierto de nuevo.

—Bobadas —contraataca mi compañera de piso—. Eres mucho más que eso que intentas mostrar.

—No lo sabes.

—Lo sé —me dice sonriendo—. Yo lo sé —reafirma—. Os dejo, tengo unas cosas que terminar en mi habitación. Ha sido un placer, chicos.

Intercambian un par de besos y Ada se marcha por donde mismo vino. Es extraño e incomprensible, pero tengo la sensación, ahora que ella no está, de que algo me falta.

—Me gusta esa chica —me dice Helena al quedarnos solos.

—Ya. Estás peligrosamente cerca de parecerte a mi madre, que, por cierto, viene de visita con Silvia.

—¿Hace escasamente cuatro semanas que me he ido y ya tienes todos estos cambios en tu vida? ¿Qué hago contigo, Guille?

—Quererme, porque follarme ya sé que no...

Y tal, y tal, y tal

—Ahora que el algodón de azúcar se ha ido, ponme al día de todo. Empieza por el principio y no te dejes nada de nada.

—Bien, primero Jaydee.

Le hago un breve resumen a ella también sobre lo ocurrido con mi amigo, parezco un lunático de esos que repite y repite su historia. Esta es la última vez que hablo de esto, prometido.

—Yo no veo la magnitud del problema, lo único que veo es que eres gilipollas —resuelve Helena.

—Simon seguro que me entiende. Ya sabes, los hombres somos más racionales y las mujeres más emocionales.

—Eso es un comentario estúpido y me da rabia que lo hagas. Ahora no te cuento lo que me ha dicho Ada de ti —me amenaza Helena.

—No me interesa. —Y es cierto, no empecéis con vuestro rollo, cuando digo que no, es no.

—A parte de gilipollas, mentiroso, pues sí que eres todo un partidazo. Así no la vas a conquistar —me reprocha Helena.

—Te estás dispersando. Por favor, céntrate de nuevo y dime qué hago con Jaydee, ya luego veremos qué cojones hacemos con Ada.

—Casarte con ella.

—Por favor, Simon, tápale la boca o se la tapo yo. —Sueno tal y como estoy: al borde del ruego y la súplica.

—Se me ocurren un par de maneras... —interviene el susodicho—. Ya en casa, cariño —le advierte con una sonrisa taimada en el rostro—. Yo creo que es un riesgo...

—¿Ves? ¡Lo sabía! —Obvio lo guarro del comentario, porque hasta yo me puedo poner cachondo con esa promesa de lo que puede suceder en esa casa esta misma noche, que uno no es de piedra, ¿eh?—. Mezclar la amistad con el trabajo es un riesgo... Gracias, Simon.

—Que debes correr.

Pongo los ojos en blanco ante su última frase.

—Hubiese preferido no dejarte terminar, Simon.

—Le estás dando demasiadas vueltas. Si se lo has contado a todos y coincidimos, puede que sea porque «nosotros» —dice remarcando el pronombre—, tenemos la razón —me indica Helena.

—Lo mejor es que lo hables con él y luego ya decidas lo que quieres hacer —me sugiere Simon.

Y no es mal consejo...

—Ahora es el turno de Mia. Desembucha, bribón.

Bufo, exasperado. Soy consciente de que Helena no va a cesar en su empeño por que le cuente lo que sucede. Y me lo he buscado solo, porque le he dado pie. Basta con decir que no puedes contar algo, para que tengas muchas más ganas de saberlo.

—No puedes decir nada, porque no le he contado nada a nadie —le advierto a Helena—. Si Ada se enterase me mataría, porque ella es muy *happy* y por lo poco que la conozco, me daría la lata durante mucho tiempo.

—Guille, esta chica te preocupa demasiado, ¿no crees?

—No —niego efusivamente, quizás hasta con más énfasis del que debiera.

—Ya, claro. Tiene toda la pinta. En fin... Caerás tú solo —me advierte.

Prefiero no pensar ahora mismo en que eso que me dice mi amiga me preocupa, porque sé que no tiene razón, que es solo el miedo a que ella lo vea todo desde otra perspectiva diferente y es complicado que te hagan entender la otra perspectiva.

—¿A que no sabes quién es el chico con el que sale Mia?

—Sí lo sé —me dice Helena—, yo estaba presente la noche en la que lo conoció. Es guapo.

—¿Sabes el nombre? —indago.

—No. Tras eso pasó lo de Simon y no le he preguntado. Mia es reservada para eso y yo no le cuestiono nada, bastante tuvo ya en su día.

—Vale. Prepárate para el bombazo. Coge la copa. —Mi amiga hace caso, como si esta fuese la última cena yuviésemos que purgar nuestros pecados a base de vino, del sexo mejor hablamos en otro momento—. El chico con el que sale Mia es... Redoble de tamboresssss... —Hago el gesto con las manos mientras Simon y Helena me miran con cara de espanto—. Jaydee.

—¿Perdona? —Shock, espanto, asombro, sorpresa, pasmo, colapso... ¿Sigo?

—Me enteré por pura casualidad hace... No sé, ¿diez días? No lo recuerdo bien, fue justo con la última mamada en un baño público.

—Puedes ahorrarte los detalles —me increpa Simon—. Gracias.

Me encojo de hombros en señal de rendición y prosigo con mi elaborado y esclarecedor discurso.

—Como os digo, fue casualidad. Me dijo el nombre mientras tomábamos algo y ya sabes...

—¿No le dijiste nada? —me pregunta Helena estupefacta.

—¿Estás loca? Pensé en burlarme de ellos, ya sabes, sonsacar información a uno y a otro, ponerlos en una tesitura complicada, fastidiar, líos, risas mil. Obviamente, el que se descojona soy yo, pero ahora he pensado otra cosa y esto es serio.

—Lo que eres es imbécil. —Helena está mosqueada, no hace falta saber más.

—Entiéndelo, Helena, quería divertirme.

—Pues ahora tienes dos problemas, verás qué risas cuando se entere Jaydee.

—Y Mia, porque me ha dicho que ha discutido con él y yo me he hecho el loco —le explico.

—Búscate la vida, porque los voy a invitar mañana a cenar y te vas a joder. Al final resulta que me voy a descojonar por lo tuyo con Ada y por lo zumbado que estás al cagarla con Jaydee y Mia. El karma te está castigando por reírte de mí.

—Es que ese es el miedo, porque ahora me has hecho caer en la cuenta de lo de la cena y me siento un maldito traidor. —Omito lo del karma, pero vamos, que empiezo a creer en eso. Me veo rezando los domingos con mi madre.

—Cada uno es lo que es —zanja Simon con seriedad.

—Deberías ser uno de esos colegas que te defienden a muerte, ya sabes, hermanazos y tal.

—Paso. Mis hermanazos no intentan follarse a mi novia cada dos por tres.

—Ya hace tiempo que no lo intento, te he cedido tu espacio. Te dije que le tapases la boca tú, podría haberme ofrecido yo, ya que mi polla tiene dimensiones que tú nunca alcanzarás, pero ya ves, soy un colega, y los colegas hacen cosas por los colegas. —Mi discurso parece convencerme solo a mí, porque el gesto de Simon sigue imperturbable. No entiendo cómo se enamoró Helena de él, porque a cabronazo no le gana nadie.

—Dejaos de estupideces. —Helena siempre interviene para zanjar el tema, como mediadora no tiene precio—. Tienes que hablar con Mia y con Jaydee. Como te presentes mañana en esa cena y ellos vayan juntos, la vas a cagar, pero bien. Son tus amigos, Guille, tú sabrás lo que haces y lo que

decides. Eres mayorcito.

—Sí, mamá.

—Nosotros nos vamos, tenemos cosas que hacer. Algo de taparme la boca, creo que he escuchado.

Helena se pone en pie y a Simon le falta tiempo para seguirla, creo que la espera en el portal ya.

—Gracias, Helena.

—De nada, Guillermo.

—De ti no me despido, señor urraca.

—¡Ja! Esa sí que es buena —se burla Helena.

—Vamos, anda, que te voy a dar urraca pero de la buena.

—Asquerosos —los insulto.

—Envidioso —me rebate Simon.

Y no deja de tener razón.

Regreso al salón y decido recoger todo este desastre. Hemos establecido las normas de limpieza en casa, pero habitualmente es Ada la que se encarga de cocinar y, aunque hasta hace nada le ponía pegas a todas esas cosas raras que cocina, he empezado a cogerle el gusto. Esta noche no hemos comido heno, nos hemos dedicado a picar queso y embutidos. No es sencillo encontrar en la gran manzana este tipo de productos, pero, por suerte, mi madre me envía cada cierto tiempo y la abuela de Helena lo hace también.

—¿Necesitas ayuda?

Me giro cuando he hecho una pila de platos, vasos y algún cubierto para meterlo todo en el lavavajillas y me encuentro de nuevo con mi compañera de piso.

—No, pero te agradezco el gesto.

—Anda, no te hagas el tipo duro, sé que sí necesitas ayuda.

Y puede que suene demasiado extraño, pero a veces siento que cada comentario que me dirige tiene doble intención, como si creyese que la ayuda que necesito va más allá de recoger una mesa plagada de restos tras una cena de amigos, o enseñarme cosas que distan mucho de lo que se necesita para aprender a hacer unos simples trazos.

—Dime algo, Ada.

—Claro, lo que quieras —me dice sonriendo.

—¿Por qué eres tan así?

—¿Cómo?

—Tan tú —le digo.

—¿Tan yo? —ella comienza a reír. Supongo que mi pobre explicación es digna de esa risa que le sale de la garganta y que se convierte en música para mis oídos.

Coloco los restos en la encimera y me sitúo frente a ella.

Despeinada, con varios mechones enmarcándole cara, restos de pintura en la sien, camiseta con tejido avejentado, descalza y con ese brillo tan característico en los ojos que me hace vibrar. Sí, he dicho vibrar, maldita sea.

—Tan rosa —finalizo.

Me inclino con suavidad y mis labios entran en contacto con los suyos. Una corriente eléctrica me sacude, no tiene explicación racional, es un pellizco que te hace temblar y que te muestra que hay muchas cosas por descubrir.

Al final va a resultar ser cierto y Ada del Bosque tiene mucho que enseñarme y yo mucho que aprender.

Reflexiones de una tarde de noviembre

Gilipollas.

Esa es la palabra que mejor resume cómo me siento ahora mismo. Soy un completo y absoluto gilipollas.

¡Vale! ¡Podéis pedirme que pare ya!

Salí huyendo, ¿vale? Porque me arrepentí. De haberla tenido tan cerca y haber sucumbido a sus encantos, a su dulzura. ¿Qué cojones esperaba? ¿Que me rechazara? ¿Que huyese como hice yo segundos después de besarla?

Creo que sí, que eso es justamente lo que necesitaba, que ella me rechazase y así dejar de pensar en su mirada o en sus labios, porque, ¡joder! Ahora es peor que antes, mucho peor..., porque me siento estúpido y ella no debe sentirse mucho mejor.

Abandoné la pequeña cocina, dejándola allí plantada y con un único pensamiento rondándome cabeza: «bastantes complicaciones tienes ya como para meterte entre las bragas de una chica que no cumpliría tus tres reglas, por más que se lo propusiese». Y puede que sea cuestión de hablarlo, de plantarme de nuevo en su habitación y decirle abiertamente y con sinceridad: «quiero follarte hasta que no puedas caminar». Pero eso creo que me haría sentir más gilipollas aún y a ella una chica de usar y tirar. Y no quiero que se sienta así, porque no lo es.

Me duele la puta cabeza ahora mismo. Cada día un quebradero nuevo.

Comienzo a dar vueltas por mi habitación como un jodido perro enjaulado. Necesito respirar, meditar...

Saco del armario algo de ropa de deporte y me la enfundo. Abro la puerta del altillo y rebusco hasta dar con la cajetilla de tabaco y salgo de allí con eso y mis llaves. Nada más.

Cierro de un portazo y sé que nadie tiene culpa de que ahora mismo mi estado de ánimo esté como está. En realidad, el único culpable soy yo, que parece que me meto en problemas sin necesidad alguna.

Salgo a la calle y lo primero que hago es llevarme un cigarrillo a la boca y encenderlo como si me concediesen un último deseo antes de morir y fuese dar una honda calada a un pitillo, inhalar su humo y dejar que me por la boca junto con mis pecados.

Ada no es de esas, no lo es y eso lo sabemos sin apenas conocerla.

El quid de la cuestión radica en que mi polla y mi cabeza van por

caminos diferentes, y os lo explico con una gráfica y esclarecedora explicación: parece que mi polla quiere follársela porque, aunque no es mi tipo para nada, he llegado a la conclusión de que ella considera que sí que lo es. Porque no entiende de nada que no sea más que su placer; va por su lado y yo por el mío, aunque a veces nos encontremos en un punto cálido —y húmedo, que eso nos gusta a los dos—. Mi mente, esa parte racional que a veces funciona cuando la sangre está donde debe estar, sí que cree que ella no se merece nada de eso. Y, a todas estas, yo estoy elucubrando sin contar con que me pudiese rechazar, porque se puede dar... No, obvio que no se daría, porque respondió a mi beso... ¡Maldita sea! ¡Joder! Lo pienso y más duro me pongo.

Ese beso... No es a lo que mi polla y yo estamos acostumbrados. Es más, dista bastante de lo de siempre.

Una calada, dos, tres... y ese batiburrillo de pensamientos sigue ahí y yo sigo dándole vueltas a que lo mejor es hablar. Hablar de lo sucedido, restarle importancia, porque no la tiene, y lo sé, lo sabes y ella también lo sabe.

Tiro la colilla al suelo y la piso para apagar el humo que pueda brotar de sus restos. Gesto feo, vale, soy consciente de ello, pero ahora no me puedo plantear nada que no sea subir raudo y veloz y poner todo en su lugar.

He dado un par de vueltas a la manzana, analizando los pros y los contras de lo que le voy a decir. No puedo llegar y soltarle algo del tipo: «esto es un puto error, tú eres una niña buena e inocente y yo no pienso más que con la polla, aunque este bien podría ser el resumen de mi vida».

Desecho la idea de tomar el ascensor y subo por las escaleras. Abro y me encamino hacia su habitación. Toco con delicadeza y entro si esperar a que me conceda el permiso para ello —algo bastante habitual en mí—. No la encuentro allí.

Veo un lienzo sobre caballete y me acerco hasta allí. Hay pinceladas de un nuevo dibujo y da la sensación de que estará lleno de color, como es ella, lleno de luz. No sabría decir cuánto hay de real en eso que se dice de que proyectamos el reflejo de lo que somos. Supongo que en esto de pintar, algo tan artístico, tan meditado y tan libre como es plasmar algo en un lienzo, e incluso en un trozo de papel, deber de estar condicionado por nuestra forma de ser o nuestro estado anímico. Lo mío es más mecánico: líneas, planos, trazos... y hay que tirar de imaginación, de realidad y de fiabilidad para desarrollarlo. Pero lo de Ada es distinto, ella hace magia con los dedos, con

las manos e incluso, con las ideas.

Observo nuestro proyecto a un lado, en el suelo, esperando a ser retomado en algún momento y sonrío al imaginar cómo será ese proceso de creación y si en algún instante esas líneas, que no significan nada ahora mismo, podrían tener semejanza a eso que se encuentra en la estantería y que tanto me llama la atención... Y si será el reflejo de lo que somos nosotros o de lo que es ahora mismo nuestra relación, por eso de los estados de ánimo que os digo, o de la magia que brota de sus manos, de las de ella...

No entiendo por qué esa bola me llama tanto... Recorro la pequeña distancia hasta poder sujetarla entre las manos y la agito con énfasis, observando de nuevo el balanceo de la purpurina, y la coloco sobre la madera, dejando que se tome su tiempo para calmarse y regresar a su sitio.

Llevo la vista hacia la puerta del baño y me acerco despacio, no percibo sonido alguno dentro. Abro con delicadeza, pero nada, no está.

Por un instante pienso que debe haber salido de casa. No sé, puede que yo no sea el único que necesite huir y desconectar, o quizás el único arrepentido.

Busco mi teléfono móvil en el salón, en la entrada y lo sujeto entre los dedos. Si hay que ir afrontando problemas, mejor comenzar por el principio.

Le envío un mensaje a Jaydee y otro a Mia con el mismo texto: «Mañana a las nueve en La Colombe».

Es tarde, puede que no sea capaz de pegar ojo en toda la noche, pero debo empezar a solucionar los problemillas que ahora mismo me saturan y uno de ellos es el tema de no haber sido sincero con mis amigos. Tengo que decirles que, además de un sexo increíble, tienen algo en común y ese algo, o alguien, soy yo.

Pongo el despertador, porque los sábados mi cuerpo va por libre y me despierto a la hora que me sale de ahí mismo, y me dirijo a mi habitación. Entro, aún con la preocupación en el cuerpo de que ella se haya ido sola. Esto de no saber qué piensa el otro es un rollo, no me gusta perder el control de las situaciones, pero me resulta inevitable con Ada, porque la veo tierna, dulce, y frágil, esto último en grandes cantidades. Es horrible hacerse ideas sobre las personas, ideas que nada tienen que ver con la jodida realidad, pero peor es cuando aciertas y sabes que si algo le sucede te dolería un poco, o quizá bastante. Y dejo de pensar, porque me va a estallar la cabeza. y todo esto desde que esa jodida chica ha llegado al maldito piso. Debería haberme quedado con la folladora, a estas alturas menos pajas y más mamadas habrían

colmado mis días de ilusión.

La vista aún debe adaptárseme a la oscuridad de la habitación, porque la de Ada es completamente distinta a la mía, para muestra, esas luces de navidad que recubren sus paredes y que te sacan una sonrisa cuando entras, porque parece que has llegado a Ikea y no a un piso en el West Side. Un piso compartido para ser más precisos.

Aún sin encender la luz, me quito las zapatillas y el pantalón de deporte y lo dejo en el suelo, como mismo ha caído sobre él. Me gusta el orden, pero no en exceso. Como se suele decir: todo es bueno en su justa medida, a lo que yo añado que en el sexo, cuanto más, mejor, pero eso ya es de mi propia cosecha. Y mola, para qué negarlo.

Pienso en cuál será el discurso que dé mañana a mis amigos y rezo todo lo que sé y más para que el enfado no marque un antes y un después entre nosotros, porque a Mia la conozco desde hace unos años, pero le tengo aprecio, cariño quizás, porque es buena amiga y puede que esté peligrosamente cerca parecerse a mi alter ego femenino. Todo eso hasta que llegó Jaydee y la encandiló con sus atributos y su personalidad, porque, ¡¿qué coño?!, mi amigo es un hombre excepcional. No tanto como yo, pero lo es. No puede aspirar a lo que soy yo, porque conmigo se rompió el molde... En fin, bromas aparte, tengo que enfrentarme a esto y, en cierto modo, doy gracias a que se descubra el pastel de esta forma, porque si la cosa hubiese avanzado más y hubiese jugado sucio, podría haber perdido su amistad.

El otro asuntillo que tengo con Jaydee, debo procesarlo y meditarlo con más calma, porque no es sencillo. Tengo unas ideas y siempre las he tenido y, aunque Ada tiene razón y el resto también, en eso puedo estar muy cerca de parecerme a un anciano de ochenta años, con manías y costumbres difíciles de cambiar, pero quizá no imposibles.

Me tumbo en la cama y de nuevo me siento un completo gilipollas.

No se ha ido, ni siquiera ha salido de casa. Se ha tumbado en mi cama y yo he entrado sin percatarme de ello, sin ver su silueta tendida sobre el mullido colchón. Allí, durmiendo plácidamente y soñando vete a saber con qué, pero sonriendo. De nuevo, tiene esa maldita forma de comportarse y de ser que, como bien dije, me recuerda al color rosa: dulzura, ternura, positividad, brillo y magia. Todo adjetivos positivos, ¿seré capaz de encontrar algún día algo que no lo sea? ¿Que no me haga pensar en que Ada realmente no sea una ninfa del bosque? ¿Que ese apelativo que he utilizado para ella, para burlarme y chingarla no sea algo real, que mi imaginación ha asociado y

que lo ha hecho a conciencia y no como una mera casualidad o un juego de palabras?

Me permito la licencia de tumbarme de lado y observarla en silencio, como un maldito acosador que vigila a su presa antes de actuar contra ella, salvando las distancias, porque yo no me la comería. No por lo menos cuando esté inconsciente o cuando no quiera, soy un depravado, pero me gustan despiertas y participativas.

He repetido —y me he repetido— por activa y por pasiva, hasta la saciedad, que Ada no es el tipo de chica que me llama la atención. Creo que, en realidad, no hay tipos para nada, a ella no le gustan los chulos y yo de eso voy sobrado, pero me gusta cuando juega conmigo y se empeña en decir que tengo más de lo que doy o que, en el fondo, soy más de lo que muestro, y creo que se equivoca, porque no me escondo...

—Guille...

—Shhhh —susurro—. Duerme.

—He venido a buscarte...

—He salido, necesitaba pensar.

Parece tan frágil así, medio dormida, sin apenas abrir los ojos, hablando con esa boca pequeña. Me tiembla el cuerpo, me tiembla, ¡coño! ¡Joder!

Días. Unos putos días son los que ha tardado en contaminarme de su entusiasmo.

Gilipollas.

—Guille...

—Shhh —la chisto de nuevo—, duerme.

—Me gusta.

—¿El qué?

—Que me beses, me ha gustado que me beses. Me has hecho volar, Guille, he volado.

No dice nada más, tampoco es necesario formular otra frase. Sé que es sincero, porque yo he sentido lo mismo y es justamente eso lo que me ha hecho huir. Pero hoy no, esta noche no, esta noche me permitiré el lujo de dormir con ella y de abrazarla, de consolarla y de sentirme, por una puta vez en la vida, en casa, porque así es como ella me hace sentir y eso..., eso da un vértigo de la hostia.

Transparencias, y no de las que crees

¿Se pueden complicar más las cosas de lo que ya lo están? Obviamente, la respuesta es sí.

Nuestras piernas enredadas, mis brazos sobre su cintura, su cabeza apoyada en mi pecho, nuestras respiraciones acompasadas, paz, mucha paz. En una sola palabra: nenaza. Ese es el resultado de todo esto. Estoy descubriendo que muchos adjetivos de los que me tenía asegurados han pasado a la historia, solo algunos, lo de follador, empotrador y Dios del sexo siguen ahí, latente, como mi polla ahora mismo.

Abro los ojos con sumo cuidado y la observo, esta vez a la luz del día. Mi despertador aún no ha sonado, así que mi radar de los sábados se ha estropeado, porque ahora mismo debería estar durmiendo a pierna suelta y estoy dispuesto a rehusar de ese tiempo para dedicarlo a otros menesteres, como observarla a ella.

En cierto modo, doy gracias de estar en esta posición, porque de otra forma, es probable que mi dureza ejerciese mucha presión sobre sus nalgas. En realidad, me gustaría, un restregón inocente mola, como cuando tenía quince años. Estoy empezando a pensar que con Ada todo es así, como cuando estaba en pleno apogeo pajil y lleno de hormonas descontroladas.

La intuición femenina no es un mito, o eso creo, porque la observo pegarse con mucho más brío a mi cuerpo. Como si captase que mi intención es esa de levantarme y volver a huir, como un cobarde de mierda que teme que abra los ojos y vea que nuestras pieles están unidas y que encajan, como el último fragmento de un puzle de cinco mil piezas y encuentras la que falta para que quede completo y perfecto, simplemente así.

La escucho ronronear, suave y pausada, mientras se aprieta más contra mí.

¡Mierda, Ada! Que no soy de piedra... Toda mi sangre ahí abajo, llenándome por completo la polla, y yo desaprovechando este momento para destrozarla como quisiera hacerlo. No, no, no, mentira, yo no quiero hacer eso. No, no quiero, he dicho que no y punto.

—Buenos días... —murmura con suavidad.

La voz suena pastosa, y aún no ha sido capaz de abrir los ojos y mirarme, pero los imagino pegados y pequeñitos.

—Buenos días —contesto mientras le coloco un mechón rebelde tras la

oreja. Diría que en Ada el único síntoma de rebeldía es su cabello, que suele llevar suelto y alocado, sin orden; a veces trenzado, sobre todo cuando pinta, otras en un moño alto y otras ondeando al aire.

—Me he dormido —me explica.

—Lo sé, anoche fui en tu busca para pedirte disculpas y no te encontré.

—Yo hice exactamente lo mismo —me confiesa—, vine, pero no estabas.

—Salí a fumar.

—Fumar mata. —En esta ocasión sí abre los ojos y me escruta con ellos, está seria. Es increíble la capacidad que tengo de leer lo que me dice solo con mirarla, de saber interpretar sus sentimientos, incluso sus estados de ánimo. Esto me lo dicen hace dos semanas y me reíría en vuestra cara, pero con Ada ha sido sencillo, simplemente ha nacido así, no lo entiendo y es jodidamente confuso—. ¿No has visto los anuncios en las cajetillas? ¿En la tele?

—Sí, lo he visto. Pero soy un fumador social, no un vicioso.

—Eres un vicioso —me reprende, esta vez sonriendo.

—Y a ti te encanta buscarme las cosquillas. Te enfadas cuando me pongo perverso, pero luego, a la mínima de cambio, me buscas para que te suelte una de mis pullas y reírte con ellas.

—Es que eres especial y me gustan las personas especiales.

Quiero decirle miles de cosas, pecar de dulce y de tierno, dejar salir un poco de ese Guille que no ha querido darse a conocer nunca, ese Guille que quiere decir cosas bonitas —y no solo de su polla—, pero no sé. No quiero, no puedo, no me nace o es que sencillamente no existe, aunque Helena se empeña en decirme que sí, que ahí está, bajo mi ego y mis bromas constantes, bajo todo lo que soy.

Hay personas que sencillamente se muestran tal y como son y están cómodas con eso. Yo estoy cómodo con mi forma de ser, de comportarme y de sobrellevar las situaciones. Ada ha llegado para ponerme al límite o a prueba, o quizá las dos cosas, porque no es la mujer a la que estoy acostumbrado a tratar, para nada, dista mucho de todo eso que espero o que me atrae, pero, sencillamente, lo hace. Veréis cuando se entere Helena de esto, le dará para varias semanas de dramatismo, lo tenemos claro todos los presentes.

—Tengo que irme —le confieso.

Ella entorna los ojos y me observa de nuevo con intensidad.

—Y, así, señoras y señores, es como se rompe un momento de ternura.

—No me gusta la ternura —le digo, borde, más de lo que debiera y se merece—, pero la realidad es que debo irme. He quedado con Mia y Jaydee para explicarles todo...

—¿Todo? ¿Qué todo?

¡Mierda! Soy un lengua larga.

—No te enfades, ¿vale?

—Normalmente, cuando alguien me dice que no me enfade, me enfado —me advierte.

—Acompáñame a la ducha —le pido. Ella alza las cejas sorprendida y niega efusivamente—. No es para lo que crees, pareces una niña buena, pero tienes pensamientos pecaminosos; es para ir ganando tiempo. Debo estar a las nueve en La Colombe para hablar con ellos y me gusta ser puntual.

—Dúchate y yo te espero aquí.

—¿No quieres verme desnudo? Te lo estoy ofreciendo para que no debas esconderte y observarme a hurtadillas, tocarte pensando en mi polla entre tus piernas o en tu boca...

—Guille, no seas guarro, céntrate.

—Lo siento —me disculpo—. Las mañanas suelen ser bastante caóticas, me levanto mal, ya sabes —le explico mientras señalo mi falo hinchado y dispuesto a dar guerra, y de la buena.

—Las mañanas, las tardes, las noches...

—Vale, veo que me vas conociendo —me justifico.

—Te conozco mejor de lo que crees.

—¿Eso quiere decir que soy previsible? —Oh, mi gozo en un pozo.

—No, eso quiere decir que para mí eres transparente.

Y de nuevo ese puto momento de tensión entre los dos, de no estar más que nuestras respiraciones, nuestras miradas, mis putas ganas de acercarme y besarla de nuevo, de hacerla mía en todas y cada una de las paredes y muebles de esta habitación y ella. Ella y su labio sujeto entre los dientes, ella y su cuerpo, que me atrae como la miel a las abejas, ella... Ella y solo ella.

Me giro con el fuego que siento corriendo por todas mis terminaciones nerviosas y entro al baño. Me siento en el váter y me meso el pelo. «Basta, Guille. Ahora vas a ducharte con agua fría, irás a esa cafetería, arreglarás las cosas o lo harás lo mejor que puedas y buscarás algún coño con el que calmar este dolor de huevos constante que llevo». Buen plan.

Salgo con una toalla envuelta, cubriéndome las partes íntimas y preciadas y encuentro a Ada mordiendo una manzana verde, de esas que me

gustan tanto. Por un momento pienso que eso que muerde no es una manzana, no, sino algo más mío, pero igual de duro...

—¿Se te ha acabado el heno? —pregunto, socarrón.

—Para almorzar —me responde dándole otro mordisco a la manzana.

Me acerco, se la robo y le doy otra mordida.

—Podías habérmela pedido, te la habría dado —me reprende.

—Por si no te gusta compartir... —le especifico.

—Me gusta compartir —reprocha.

—¿Hay algo que no te guste?

—El humo de los cigarros —me explica encogiéndose de hombros—.

Las mentiras. La falta de empatía... Muchas cosas —dice, de nuevo con ese gesto tan suyo en el que le resta importancia a todo, como si tuviese que ser capaz de darme cuenta de que ella es eso, es una persona llena de gestos y matices, y todos y cada uno de ellos indescriptibles, de los que te sorprenden y dejan con la boca abierta.

—Ya. —Poco más puedo añadir cuando lo que veo es que tiene razón —. Te vas a enfadar, entonces.

—Mal asunto. ¿Qué has hecho?

—Les he mentado. Un poco, solo un poco. —Se lo especifico como si fuese menos mentira de lo que es, porque, a ver, tampoco es para tanto, solo quería divertirme, jugar un poco, y resulta que al final es cierto eso de que las mentiras tienen las patas muy cortas, demasiado, quizás.

—Te daré el beneficio de la duda —me confiesa, sonriendo de nuevo.

—No conoces ni a Mia ni a Jaydee, aunque te he hablado de él, pero son amigos míos. —Le explico que Mia es una de las mejores amigas de Helena y que, gracias a esa relación, hemos estrechado lazos y ahora también es mi amiga—. El quid de la cuestión radica en que hace poco, no sé, unos diez o quince días, me enteré de que el destino es así de caprichoso, porque Mia y Jaydee parece que están viéndose...

—Por viéndose, entiendo que saliendo juntos...

—Y follando como perros, a todas horas, arriba, abajo...

—Claro como el agua, sin detalles, gracias —me corta.

Sonrío ante su evasiva y me pregunto cuánto tiempo llevará Ada del Bosque sin follar con alguien. Puede que sea virgen y yo haya llegado a su vida para cambiar eso. No es por chulería ni nada parecido, es por eso del destino que hablaba antes...

—La cosa es sencilla: me enteré por pura casualidad y en vez de

confesarlo, he intentado sonsacarles información para burlarme de ellos sin piedad. Vale, no me mires así. —Ada ha dejado de masticar y me escudriña con la mirada. Puede que si estuviésemos en la Edad Media, ahora mismo existiese la posibilidad de que estuviesen preparando la horca y me colgaran sin pensarlo, o puede que no, porque Ada tiene buenas intenciones y sentimientos y quizá me perdonase la vida.

—Veo que no estás aprendiendo nada. Está mal, pero te has dado cuenta y quieres rectificar. Eso es bueno, te perdono. —Y lo suelta así, sin más, como si ella tuviese el poder de mandarme al infierno o al cielo.

—Voy a pedirles perdón porque esta noche tenemos una cena y no quiero coincidir con ellos allí y que se monte una buena al verme.

—Bueno, me vale —me dice, dándole otro bocado a su manzana.

—Ada, las personas no son buenas, hay gente que no lo es, asúmelo.

—Tú eres bueno —dice, convencida.

—No lo sabes —la reto.

—Lo sé —dice, reafirmando sus palabras.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero, curioso.

—Porque te veo. Eres transparente para mí.

Y esas palabras, sencillamente, me muestran que eso que yo tengo en la cabeza es lo mismo que ella tiene en la suya. ¿Destino o casualidad?

¿Iré a la cárcel por asesinato?

Nueve en punto. La Colombe. Abrigo en mano porque el frío ya cala hondo. Y un firme propósito: solucionar las cosas.

Ellos no saben que he quedado con ambos, así que el *shock* inicial hay que vivirlo y prometo no reírme. Prometo, prometo, no, por si las moscas...

Tomo asiento en el lugar de siempre y la primera en llegar es Mia.

—¿Qué pasa, tú?

—Buenos días.

—Demasiado temprano, me parece, ¿qué ha pasado? ¿Has ido a follarte a tu compañera de piso y has tenido un gatillazo?

—Ja, ja, ja. Yo no tengo gatillazos, soy un macho de pelo en pecho que folla bien, te lo come bien y te destroza bien.

—Eso vale como eslogan para alguna marca de preservativos. Piénsalo, te harías rico si dejas de ser buen arquitecto.

—Soy buen arquitecto —le reprocho, por si esa pulla que me acaba de soltar cuestiona en algo mi profesionalidad. Y ahora el que tiene dudas sobre si portarse bien o no, soy yo, que Mia es muy puñetera cuando quiere y por eso me he metido en este jaleo, por eso y porque soy un vacilón de tío, para qué negarlo.

Mi amiga toma asiento frente a mí y alza la mano con desespero para que le traigan algo.

—¿Tienes prisa por llevarte algo a la boca? No seré yo el que rechace una mamada a estas horas de la mañana.

—Subnormal. Necesito café. Sin eso no carburo, me vuelvo menos avispada.

—Como yo sin el sexo, es como mi kriptonita —le confieso.

—La kriptonita es el punto débil de un superhéroe —me rebate.

—Pues listo, has dado en el clavo, de ser un superhéroe, mi polla sería mi punto débil.

—Y tu lengua, porque te las gastas buenas —me reprende, sonriendo.

—Y eso que no me has probado, porque no quieres, claro.

—Espero que eso no le suceda a tu amiguita —me suelta con retintín.

La muy cabrona, sabe darme donde duele.

—De ese tema ya hablaremos.

—¿Entonces para qué me has hecho venir? —cuestiona, sorprendida.

En ese momento aparece mi amigo, ese del que he tenido serias dudas sobre su aparición estelar. Obviamente, me he sentado de forma estratégica, es decir, para que me vea a mí al entrar pero no a mi acompañante —siempre y cuando ella llegase antes que él, tal y como ha sucedido—.

—Buenos días —saluda al situarse a mi altura.

Sus miradas coinciden y puedo descifrar la sorpresa que se refleja en ellas. En las miradas de ambos, que ahora mismo están ojipláticos, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Por un momento pienso en reírme, a carcajadas, pero luego recuerdo que eso es de mala persona y mal amigo y se me pasa.

—Visto el estado de *shock* en que ahora mismo estamos todos, es mejor, que te sientes, Jaydee y me dejéis hablar. Pediré la bebida y actuaremos como personas racionales que almacenarán sus instintos asesinos para otro momento y no me guardaréis rencor porque, en el fondo, muy en el fondo, me queréis.

—¿Qué pasa? —atina a preguntar Mia.

Jaydee, por el contrario, sigue en silencio, síntoma de que está disgustado por todo el tema nuestro y no sabe qué sucede ahora mismo.

Ni siquiera sé si siguen enfadados, porque he sido mal amigo y no le he preguntado a Mia nada desde la última vez que hablamos. Tampoco llego a descifrarlo solo con verlos, que esto de aprender a leer las miradas lleva su tiempo y solo me ha sucedido con Ada, de lo contrario, estaría trabajando por las tardes desde mi casa, leyendo el tarot, o algo similar, no sé ¿El semen se puede leer? Mejor no, que a mí eso de ver las corridas de otros como que no, ya, si eso, pienso en alguna opción femenina.

Jaydee toma asiento a su lado y la observa de tal forma que sé que está pillado por ella. Es la misma mirada que veo en Simon cuando tiene a Helena frente a él, esa que dice sin palabras que tienes hambre y ese es el mejor almuerzo que podrías desear.

—¿Esto es una encerrona? —sigue Mia.

—No. Esto es una confesión —atino a responder.

Jaydee aparta la vista de Mia y, en esta ocasión, la centra en mí.

—¿Qué has hecho? —No sé si es una pregunta para obtener información o está más próxima a la reprimenda, porque el tono no es agradable, precisamente.

Jaydee y yo nos conocemos hace mucho y nuestra relación se ha ido estrechando en los últimos años. No tengo hermanos, ahora ni siquiera cuento

con mis primos cerca o con mis propios padres, aunque a veces doy gracias porque mi madre no esté constantemente cerca, por lo que Helena y sus amigas, Jaydee y Alex son lo más cercano a una familia que tengo y me gusta. Es eso que se suele decir, la familia que se elige, y esta mola mucho, aunque tengamos nuestros más y nuestros menos.

Me llevo bien con Loren, Sarah y con Diana, pero ellas no se encuentran dentro de las personas a las que llamaría si me sucediese algo, todo lo contrario con Jaydee, Helena y Mia.

Hemos compartido muchas confesiones por separado, muchas copas y muchos mierdas, aunque Mia aún tiene barreras alzadas y yo no soy quién para pedirle que me explique nada de su pasado, nos hemos limitado a vivir el presente y nos basta.

En cuanto a mi pasado, es Jaydee quien más sabe o quien mejor lo conoce. Sabe que tuve una relación de unos años, que me jodió la vida encontrarla con otro en su oficina y que, tras eso, decidí que no había mujer en el mundo que me rompiese el corazón.

Jaydee me dijo durante mucho tiempo que eso sucedía porque no había llegado la mujer adecuada y puede que tenga razón, pero creo que él decidió que le sucedía lo mismo porque empezamos a salir, beber, follar y reír, y jamás repetir hasta ahora. O hasta hace unas semanas, momento en el que conoció a Mia y parece que todo cambió.

Podía haberme encontrado esa noche allí, con ellos, porque yo estaba en esa discoteca con Helena, la noche en la que nos estalló en la cara y en la que sentí el dolor de mi amiga y la preocupación por ella.

Helena siempre me repite que fui su ángel de la guarda, y no es cuestión de medallas o de vanagloriarse con los actos, es cuestión de que si un amigo, o una amiga te necesita, hay que estar ahí para purgar sus penas, matar a alguien o llevarla a un puto aeropuerto con miedo a que no vuelva y me sienta un poco solo.

Porque los hombres también tenemos sentimientos y no solo pensamos en el sexo o en cubrir nuestras necesidades básicas. Porque también nos duele lo ajeno y nos preocupamos por nuestras amigas o amigos, como es el caso ahora mismo.

—Primero que nada, quiero pedirlos disculpas por lo que os voy a contar y no quiero que os enfadéis. —Mi discurso está bastante cerca de ser el mismo que le solté esta mañana a Ada.

—Cuando empiezas un discurso de esa forma es que me voy a enfadar

—explica Mia seria.

—¿Qué hace ella aquí y de qué la conoces? —me cuestiona Jaydee.

—No es lo que piensas. —Porque sí, es mi amigo y sé que piensa lo peor.

—No sabes lo que pienso —me responde con la voz cargada de enfado.

—Piensas que me estoy acostando con ella o que tengo algo con ella, pero no es cierto —especifico.

—¿Seguro? —Indaga mi amigo—. Nos conocemos, Guille.

—Ella siempre me ha rechazado. Sabes que si me meto entre sus piernas, nada tienes que hacer —finalizo, sonriendo.

—Entonces, ¿la conoces? —prosigue.

—Me conoce —responde Mia—. ¿Os conocéis? —Vaya drama más malo este.

—Nos conocemos —confirmo—. Os conozco a los dos —finalizo, para ir aclarando términos.

—Vale. Nos hemos perdido algo —comenta Mia.

Jaydee, por el contrario, no dice nada. Está taciturno, así desde que pasó lo que pasó.

Alzo la mano para que Mia pueda pedir su bebida y, de paso, el resto también. Tras unos minutos en un extraño e incómodo silencio, pedimos.

—Me enteré de todo el tema aquel día que nos vimos en Rudy's. Me contaste cosas sobre ella —le explico, clavando la vista en Mia— y supe que la chica con la que salías es mi amiga, porque lo es.

—Eres un hijo de puta —me dice mi amigo.

—Eso son palabras mayores. Fue una pequeña mentira, más que mentira, omisión de información.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta Jaydee.

—Ni a mí, Guille, que te conté... eso. Ya sabes, lo de... eso —finaliza Mia, tartamudeando.

—¿El qué? —le pregunta Jaydee directamente a ella.

—Primero yo —les corto, haciendo alusión al orden de las confesiones—, y luego ya si eso, seguís solos. Tengo que ir a follar, porque me duelen los huevos.

—Jódete —me suelta Mia con sorna—, por cabrón. Espero que tu compañera de piso te los hinche como un globo.

—¿Eso también me lo he perdido? —declara Jaydee.

—Obvio, porque has pasado de mi culo —le reprocho.

—La culpa es tuya —me recrimina él a mí.

—Ese tema lo hablamos en privado —le pido.

—No hay nada que hablar de ese tema —zanja.

—No empieces —le advierto.

—¿Hola? Sigo aquí —nos interrumpe Mia—, y sigo sin saber qué pasa.

—Pasa que me enteré de casualidad que Jaydee, mi mejor amigo —le explico mirándola con atención para ver su reacción—, sale con Mia, una gran amiga que no ha querido follar conmigo porque es una estrecha.

—No te pases —me sugiere Jaydee, ofuscado.

—Mi intención, ya puesto a sincerarnos, era burlarme de vosotros; ya sabéis, obtener información, usarla a mi favor, reírme, troncharme para ser más específicos, pero lo hablé con Helena... Helena es su amiga —le cuento mientras señalo a Mia para que Jaydee lo entienda— y me ha insultado.

—Muy propio de Helena —añade Mia.

Asiento en respuesta a eso.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —pregunta Jaydee.

—Porque soy buena persona.

—Y una mierda —dice Mia—, eso es mentira, cuenta la verdad.

—Porque esta noche tenemos una cena y no quería que llegásemos allí y me la montaseis gorda, y porque ya bastante tengo con que mi amigo —digo, carraspeando intencionadamente—, no me hable porque no entiende mi punto de vista y se ha obcecado como un niño pequeño.

—Y tú eres un puto egoísta de mierda —me insulta Jaydee.

—No entiendo nada de lo que sucede —nos indica Mia—, pero ese tema lo resolvéis vosotros, salvo que queráis una mediadora.

—¿Me estás proponiendo un trio? Jaydee, estás perdido, sabes que no tienes nada que hacer si nos batimos en duelo.

Mi amigo sonrío por primera vez en el día y yo imito su gesto.

—Eres de lo que no hay —bufa Mia, exasperada.

—Lo soy, único e irrepitible —zanjo, vanagloriándome de mis atributos, y eso que no he hablado de mi polla—. En fin, que quiero pedir os disculpas y juro por Snoopy que no he dicho nada de ninguno y me he callado todos vuestros secretos. Pero, Jaydee, pensaba que follabas mejor, se me ha caído un mito —me burlo.

Él se limita a hacerme una peineta y yo se la devuelvo.

—Me piro, vampiro. Que os den, panda de azucarillos enamorados y

pastelosos. Qué asco me dais ahora mismo —les digo mientras los veo cogerse de la mano.

Ambos se sueltan para hacerme una nueva peineta. Apuro el contenido de la taza y trago con cuidado de no quemarme las amígdalas y el paladar, a Dios doy gracias porque se ha enfriado un poco la bebida y porque necesito algo de calor en el cuerpo con este frío que ya empieza a arreciar.

Doy varias vueltas por la ciudad antes de regresar a casa, me gusta eso, pasear, fumarme un cigarro en un banco del parque mientras veo a la gente hacer deporte y las mamás paseando a sus críos subidos en unas bicicletas que dan risa de lo minúsculas que son.

Regreso a casa al cabo de horas. Es increíble la paz que se respira tras haber aclarado parte de los problemas. En realidad, iba cagado de miedo, pensando que se iba a complicar mucho más y que en vez de perder a un amigo, iba a perder a dos.

Entro en casa y me sobrecoge el calor del hogar. Ada ha estado recogiendo, porque percibo los libros de nuevo en su lugar y eso no sucede cuando estoy yo en aquí.

No la veo por ningún lado.

—¡Ada! —grito—, he llegado. Vístete, salvo que quieras experimentar el mejor sexo de tu vida...

La puerta de su habitación se abre y la veo salir con las mejillas encendidas, una de dos: o se estaba masturbando y no me ha avisado o ha sucedido algo. O quizá quiere experimentar conmigo el mejor sexo de su vida. Todo puede ser... Palote, me estoy poniendo palote.

Un maullido se hace eco en casa y yo me cago en todo lo que se puede cagar una persona racional cuando te desafían y desafían tus normas.

¿Un gato? ¿En serio?

Puta vida, tete

—Dime que esa cosa peluda, es irreal. Son alucinaciones mías o es de cerámica y se mueve porque..., pues porque lleva pilas.

—No te puedo decir eso porque sería mentira —responde Ada, como si la cosa fuese sencilla y no hubiese algo peludo que me provoca incomodidad enredado entre sus piernas. Y vaya piernas, ¡joder!

—Miénteme, me gustan las mentiras, me ponen cachondo perdido. — Como ella, joder, si es que hasta con esa mierda peluda estoy cachondo. ¿Me estaré volviendo de esos tíos a los que les ponen los gatos peludos? ¿Necrofilia? Eso son los cadáveres, ¿no? Los gatos me gustan sin pelo, todos los gatos, ¿lo pilláis? Puta locura esta.

Ella, con toda su santa paciencia, se agacha y coge a esa cosa entre sus brazos y camina hacia mí.

—Lejos —la freno—, quiero a esa cosa lejos y fuera.

—Te presento a Oreó —me dice mientras sonrío y me lo tiende, como si yo fuese a acercarme a eso. Ni de coña, ¿entiendes?

—Lejos y fuera de mi casa —aclaro, por si no lo ha pillado.

—No puedo echarlo, no tiene a dónde ir. ¿Echarías a tu madre si no tuviese dónde ir? —Mal ejemplo este.

—No. —¿O sí?

—Pues Oreó no tiene casa. Lo he encontrado en la puerta del edificio, allí, parado. Me ha mirado y me ha conquistado, no he podido irme sin cogerlo.

—¿Cómo sabes que no tiene dueño? Quizá hay por ahí una niña llorando su ausencia y tú la has dejado huérfana de gato. Eres mala...

Intento hacerla sentir culpable, vale, no me fustiguéis por eso, soy diabólico, pero quiero a ese bicho lejos de mi propiedad. No me gustan los animales, no me gustan los gatos, no me gustan las cosas peludas, no me gusta nada ahora mismo.

—Tienes razón. —Y respiro con fuerza, porque me siento triunfal, puedo tocar la vitoria con las manos y saborearla, pero ella, siempre ella, tiene que tener la última palabra—. Iremos al veterinario y preguntaremos si tiene chip.

—A ver, Ada del Bosque, ¿qué parte de que lo quiero fuera de esta casa no has entendido? ¿Te hago un mapa? ¿Un dibujo?

—Oreo no se va a ir, no voy a dejar que salga de esta casa y duerma a la intemperie. Es pequeño, está solo y triste, míralo —me dice mientras estira los brazos y lo deja a escasos centímetros de donde me encuentro.

El puñetero gato, me observa y juro que veo cómo sonrío triunfal, en plan: «no tienes nada qué hacer, chaval, la nena es mía y esta casa también. La he conquistado y me he ganado terreno en unas horas, lo que a ti te lleva costando como diez días». Y el gato no habla, pero sí que maúlla y me siento como el de la peli el hombre que le susurraba a los caballos, pero con los gatos y sin susurros, interpretando maullidos y notando como crecen los instintos asesinos y como disminuye mi erección, esa que aplaudía con énfasis cuando pensó que ella saldría desnuda para saborear el mejor sexo del mundo. Puta vida, tete.

Y no sé qué puñetera capacidad tiene Ada, ni cómo ha sucedido esto, pero vamos en dirección a un veterinario. Buscó en Google uno que atendiese un sábado por la tarde y hasta ahí nos dirigimos. Sin hablar, porque me limito a rezar como si no hubiese mañana para que el animal tenga chip y se quede allí. Ese es mi aliciente y mi motivación ahora mismo.

—Deberías estar pensando en lo que te vas a poner esta noche y no en cómo de bien se encuentra esa cosa peluda que llevas en los brazos.

Para colmo, lo ha enrollado en una bufanda, porque dice que puede tener frío. No lo entiendo, en serio.

—¿Por qué no te gustan los gatos? —me cuestiona, obviando mi pregunta.

—Porque sueltan pelo, arañan, no sé... No me gustan.

—Pero Oreo no va a arañar nada, es bueno y tranquilo, ¿verdad que sí? —Y esta pregunta no me la hace a mí, sino a esa cosa que lleva entre los brazos. Y le contesta, como si entendiese lo que ella le dice, le responde. Pongo los ojos en blanco porque la batalla la va a ganar ese bicho peludo y pulgoso y no yo, que llevo no se ni cuánto tiempo ofreciéndome para hacerle favores sexuales. Puta vida, tete y van dos.

Prosigo con mis plegarias y omito toda información que pueda ofrecerle, así como tampoco intento rebatir nada, porque nada de lo que diga le valdrá. La conozco bien y es igual de tierna que de perseverante. A las pruebas me remito: envuelto en una bufanda, si va mejor que yo.

Llegamos y veo que no me han funcionado los veinte Padrenuestros que he rezado para que haya cerrado antes de tiempo, espero que el resto sí y tenga el jodido chip.

—Buenas tardes. —Una chica morena nos saluda tras el mostrador. Lleva un pijama médico de esos blancos y una rebeca azul marino. Es joven y huele a animal mojado—. ¿Qué desean?

—Deshacernos de esa cosa —le digo, señalando al problema en cuestión.

—No le haga caso —responde Ada mientras me dirige una mirada reprobatoria—. Queremos que lo examinen para saber si tiene el chip y, de paso, estaría bien hacerle un chequeo. Lo he encontrado en la calle, solo y abandonado.

La chica que huele a animal mojado dulcifica su gesto y empatiza rápido con Ada, a mí ni me mira. ¡Lo que me faltaba! Encima soy el malo de la película.

—Tomad asiento, en cuanto la veterinaria se desocupe os aviso para que paséis.

Ni respondo. Me tiro de cualquier forma sobre la butaca y me cruzo de brazos y piernas.

Ada no deja de acariciarlo y, en cierto modo, eso me enfada más aún y no lo entiendo. La veo ahí, prodigando sus atenciones hacia ese animal y me siento ridículo. ¿Qué espero? ¿Qué me lo haga a mí? No, obviamente las cosas no funcionan así. Tampoco estoy celoso de esa cosa, no me malinterpretéis, que los tiros no van por ahí. No llego a esos extremos, pero me jode el tema.

—Dime, Ada del Bosque, ¿en qué punto te saltaste las reglas que hay en casa? Sabes que no nos lo vamos a quedar —le advierto, impertinente.

—No podemos dejarlo en la calle.

Mascullo un par de improperios porque me mira de esa forma y me gana. No me gustan los gatos, no me gustan los animales y esa es una de las normas establecidas que tengo, pero, ¿qué hago? Rezar de nuevo para que tenga chip.

La veterinaria sale de la consulta y se nos acerca. Ada se levanta como si se le hubiese aparecido Dios y va a su encuentro. Yo me mantengo detrás, expectante.

—Acompañadme —nos pide.

Accedemos a la consulta. Blanca. Impoluta. Huele a animal mojado también, pero no digo nada porque soy educado. Estoy mosqueado, pero sigo siendo educado.

Ada no suelta al gato, a pesar de que ya podría dejarlo encima de la mesa esa de color gris. Tomamos asiento en una butaca negra y esperamos a

que la veterinaria vuelva a hablar.

—Contadme.

—Lo he encontrado en la puerta del edificio, solo y abandonado y lo he recogido porque me ha dado pena. Me ha mirado y me he quedado prendada. Le he dado leche tibia al llegar a casa y he pensado en bañarlo, pero no me ha dado tiempo —dice esto mirándome a mí y yo pongo los ojos en blanco al imaginar mi casa oliendo a animal mojado también—. Se llama Oreo —finaliza.

—Un nombre precioso. Le pega —susurra la veterinaria.

—Es blanco y negro, como las galletas Oreo —aclara Ada.

Ni en eso me he parado a pensar. ¿Oreo? ¿Como las galletas? ¿En serio? No sé ni por qué me sorprende, la verdad.

—Seguro que también es muy dulce —mascullo, burlón.

—Lo es —lo defiende Ada sonriendo.

La doctora se pone en pie y se acerca hasta Ada, sujeta al gato y lo lleva hasta la mesa de exploración. Ada se incorpora y camina hasta ellos, el gato no deja de mirarla, como si la reclamase con la vista para que haga lo que quiere. Puede que eso sea lo que falla, que no la miro así, suplicante, y que me baño todos los días, eso es otro hándicap y gran diferencia, por lo que veo.

Inicia el trámite. Mueve al gato para acá, para allá, lo ausculta, le mira las patas, los dientes, lo pesa... Le hace más cosas de las que, en teoría, debería.

—Con saber si tiene el chip, me basta —le suelto borde.

La veterinaria me sonrío y Ada me pellizca.

—No seas borde, Guille, sabes hacerlo mejor —me contesta.

Paso. No voy a contestar.

—No, no tiene chip y muestra indicios de desnutrición. Definitivamente está abandonado.

Si fuese Helena, me habría dejado caer al suelo al estilo *drama queen* y me estarían abanicando para que recuperase el color en mis mejillas, pero no lo soy, aunque bien justificado estaría si lo hiciese.

—Se lo regalo —le suelto a bocajarro.

Ada me observa con el ceño fruncido y la doctora sonrío.

—Esto es una clínica veterinaria, no un refugio. Oreo parece estar contento con su nueva dueña y estoy seguro de que sabréis darle un hogar y seréis una familia increíble.

Vale. Me estoy pensando de nuevo eso de tirarme al suelo, fingir un

desmayo y, una vez estén intentando reanimarme, salir corriendo con Ada al hombro y dejar al gato atrás. ¿Estará muy mal? Vaaaaleeee.

El resultado es que he pagado la consulta y estamos regresando a casa con Oreo.

—Verás que hacéis buenas migas —me dice Ada en español. Ya me había olvidado de que habla español.

—Búscales un hogar y lo quiero fuera cuanto antes, Ada, y no es una advertencia, es una orden.

Ella me sonrío, de medio lado, con ese brillo en los ojos y se muerde el labio inferior. Mi puta polla no tiene otro momento en el que palpar de emoción. Joder, o me la follo o voy a tener un serio problema con mi cordura, porque ya la veo extremadamente sexi y erótica hasta con un gato entre los brazos. Porque sí, el gato sigue ahí, no se ha volatilizado, a pesar de todos mis ruegos y plegarias.

Y, tras todo esto, Ada se mete en su habitación y soy consciente, es más, diría que tengo la certeza de que existen más probabilidades de que yo abandone esta casa a que lo haga Oreo.

Oreo, la única galleta con modo de empleo.

Putas vidas, tete.

Me palpita la entrepierna y puede que algo más...

—Volveremos temprano a casa, te lo prometo. Y luego seré toda tuya.

Por si es necesaria la aclaración, esta frase no está conjugada hacia mi persona, no, ni mucho menos. Esa es Ada, que se encuentra acucillada delante del gato y se despide de él entre risas y arrumacos.

La veo ponerse en pie, tras dejar las luces de su habitación encendidas y al gato en su cama, recostado como un marajá.

Estoy apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados y contemplando la escena más surrealista que he visto jamás desarrollarse frente a mí.

No he sabido centrarme en otra cosa que no sea esa estampa, el gato ha entrado y estoy convencido de que va a revolucionar la casa de una forma que se escapa a nuestro entendimiento.

Sabía que Ada era así, que es así, que tiene una capacidad para hacer las cosas de forma desinteresada y que no es necesario analizar. Las personas son buenas, malas y regulares, igual que los sentimientos, y ella se ha cruzado en mi vida para mostrarme otro prisma, otra forma de ver la vida y hasta de entenderla.

No, no he cambiado de opinión y el gato me sobra, pero ese tema deberé solucionarlo en otro momento. Buscaré a alguien que se lo quede y así ella estará tranquila y será sencillo.

Mi padre siempre me ha dicho que los problemas con las mujeres se solucionan teniéndolas contentas, dándoles la razón, aunque luego hagamos lo que nos salga de las pelotas. Así que, como me parece un consejo cojonudo, pienso tomarlo, hacerlo mío y dejarla contenta con el resultado.

Me dirijo al salón, mientras dejo que ella se despida de esa cosa. Cojo mi chaqueta de cuero, las llaves y una cajetilla de cigarros, los de emergencia, por si necesito fumarme uno porque, en vez de un gato, aparece otra cosa para sacarme de mis casillas.

Me tiro en el sillón y navego por internet.

Mi madre me ha escrito algún que otro mensaje para decirme que Luna ha estado preguntando por mí, yo no he respondido siquiera porque, básicamente, me la pela. Y tan a gusto, oye.

Otra parte de mí, una más al sur, piensa en que me la puedo follar y listo. Porque se irá de vuelta a España y porque me apetece, ¡qué coño!

Porque me sale de las narices, pero luego tengo que valorar los pros y los contras de eso, porque es la hija de una amiga de mi madre y eso tiene unas implicaciones futuras que pueden afectar a mi reputación.

Lo primero que aparece ante mí, son sus piernas, no hay pantalones y cierro los ojos al imaginar que no lleva nada y que voy a ver su desnudez.

Lleva unos zapatos de tacón bajo, sencillos, de color verde y me parecen increíblemente sexis. Supongo que porque el color con su piel queda bien, no entiendo de moda ni pretendo hacerlo, pero me gusta lo que tengo frente a mí. El teléfono sigue frente a mis ojos, pero voy subiendo la mirada hasta ver una falda vaquera corta, demasiado corta, pienso. Un poco más al norte, una camiseta de asillas del mismo color que los zapatos y el final de una trenza descansa sobre su hombro derecho.

Dios mío de mi vida, es tan jodidamente guapa que duele mirarla. En serio, ¿qué cojones me he fumado para estar pensando de esta forma?

Mi polla, esa que tiene vida propia, decide que, erguirse es su forma de aplaudir a lo que tiene delante y me hormiguean dedos por tocarla, por rozarla, alzar la camiseta y pasar las yemas por la piel tersa de su barriga. Mierda, mierda, mierda. Soy un completo gilipollas y voy a tener que darle la razón a Helena.

—¿Qué tal estoy?

—Para hacerte un traje de saliva.

Claro y contundente. Sin pensar y sin meditar, pero la respuesta es la más sincera que habré dado en mi vida.

—Ni lo sueñes, pintalíneas —me reta.

Yo lo sé. Ella lo sabe. Todos lo sabemos. Le ha gustado lo que le he dicho y sus mejillas hablan por sí solas, al verlas sonrosadas.

Si algo he aprendido en esta vida, es a saber leer las reacciones del cuerpo de una mujer. Cuando hay un sonrojo, es, además de ese resultado delicado, cualidad que Ada posee en grandes dosis, la respuesta a que lo que el otro interlocutor provoca, que gusta y mucho.

—Veremos —finalizo con seguridad.

Me incorporo, me pongo la chaqueta, ella hace lo propio con la suya. Guardo mi teléfono y le tiendo el brazo para ir a la cena.

Sujeta entre las manos una pequeña cartera y me doy cuenta de que me observa sonriente.

—Ada...

Me quedo plantado frente a la puerta de salida y mis ojos vuelan hasta

sus labios, se los ha pitado de rosa. ¿A posta?

—Dime —me responde batiendo las pestañas, lo que se me asemeja al vuelo de una mariposa...

—¿Te has dado cuenta de que tus labios están de color rosa?

—Sí. —Acompaña su respuesta con un asentimiento de cabeza.

—¿Te das cuenta de lo que me atrae ese color?

—¿El color o mis labios, pintalíneas?

—Buena pregunta —finalizo—. Tendré que descubrirlo...

Mis manos vuelan hasta sus mejillas, que siguen sonrosadas. Me sorprende lo cálidas que las percibo, lo suaves que son, y me doy cuenta de que las fantasías son bonitas y mantienen las expectativas altas, pero cuando la realidad supera la ficción, no hay palabras que describan ese momento. Ese puto momento...

Acerco el rostro al suyo y ella cierra los ojos.

—No los cierres —le pido—, jamás los cierres —exijo.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me veas, que entiendas que soy yo quien te besa, quien te hace sentir viva, quien te provoca ese calor que sabes que nadie ha provocado jamás.

Mis labios se posan sobre los suyos y los devoro con premura. Me sorprende ver como ella hace caso a mi petición y me mira, pero no solo eso, sino que acude a mi encuentro e intenta tomar las riendas del beso, de la profundidad del mismo. Y la dejo, se lo consiento, porque a veces creo que le permitiría cualquier cosa, que no me importa lo que pida, que lo haría. Cuando Ada te toca, te toca de verdad.

Compartimos un beso, con los ojos abiertos y embebiéndonos de nosotros mismos de nuestras sensaciones. Su piel erizada, sus ojos brillantes, sus pupilas dilatadas, el escalofrío que la recorre, la ternura y la pasión que le pone, las ganas de sentirse deseada, besada...

Mis ganas de hacérselo sentir. Mis ganas de todo...

En un principio, he preferido mantener las distancias para que no perciba las reacciones innatas que provoca en mí, pero la pasión a veces supera a la razón y necesito que sienta en cuerpo y alma eso que ni yo mismo entiendo.

La aprieto con fuerza contra mi cuerpo y abre los ojos más cuando percibe mi dureza en su estómago. Si de interpretar se trata, su mirada es pícaro y picante y podría imaginarla húmeda, con ganas de probarme, de

aprender y de descubrir, de entender las razones que provocan que la electricidad sea palpable e, incluso, de razonar por qué hemos llegado a este punto en el que estamos.

Me separo con suavidad, porque estoy llegando a ese punto de no retorno que me pide más. Follármela sin contemplaciones, hacerla sentir todo lo que pasa por mi mente, pero no sé si es el momento, no quiero que sea así. Mi mente piensa con rapidez, porque me doy cuenta de algo, y es que es la primera vez que no quiero que sea así con alguien, la primera vez que no solo quiero follar y correrme, sino que me apetece disfrutar del camino y descubrir qué se siente cuando no solo pruebas, sino repites.

Ay, Ada, ¿qué cojones me haces?

La última cena

Borramos los restos visibles de nuestros besos, como los mayores culpables del mundo, sin merecer siquiera ser juzgados. Ella devuelve el rosa a sus labios y yo elimino el rastro de color de los míos.

Caminamos aferrados el uno al otro en busca del taxi más cercano que nos lleve hasta el local en el que Helena ha reservado. Cuando me escribió para decirme que había reservado en el Heartland Brewery aplaudí, porque me veía cenando en el Wo Hop y no es la idea de local que tengo en mente para la presentación oficial de Ada ante todo el grupo.

Tampoco es que merezca una presentación pública ni mucho menos, es mi compañera de piso y al compartir una noche con nosotros, todos, debe ser en un sitio distinto. Por mucho que Helena se empeñe en decir que ese chino es el mejor que existe en el mundo y que se lo tatuaría en el culo si pudiese. Ya sabéis, dramática hasta el final de los tiempos.

—No sé si habrá heno en ese local. —Decido que pincharla mola mucho y que es algo que he descubierto que me gusta mucho hacer.

—Comeré algo, seguro.

—Yo tengo algo que puedes comer y no engorda.

Ella se ríe, a carcajadas y me siento un puto afortunado, porque me parece increíble verla así, riendo con mis tonterías.

—No me mires así, pintalíneas, que parece que me quieres comer tú a mí.

—Podría llevarte la contraria, Ada del Bosque, pero me parece de mal gusto contradecir a una señorita como tú —respondo sonriendo.

—Me gusta tener la razón —me contesta, mirándome con ese brillo que cada día me resulta más abrumador.

—Eso debe ser algo muy de las mujeres, ¿verdad?

—¿Lo dices por la lista inmensa de conquistas que tienes?

Nos hemos ido acoplando cada vez más. Puede que la excusa perfecta sea esa de que hace frío y que el calor humano es el mejor que existe, pero la realidad es que nos gusta sentirnos cerca. Qué ñoñería, por favor, lo que yo he sido... ¡madre mía!

—¿Quieres hablar de mi vida sexual? —la pincho.

—La verdad es que no, no quiero —me dice sonriente.

—Yo si quiero hablar de la tuya.

Ada me escruta con la mirada y yo la observo de soslayo, porque la veo enrojecer de nuevo y me parece otro gesto de esos que encandila.

—No hay mucho que contar —me explica.

—¿Eres virgen? —Vale, tacto no tengo, pero es la primera frase que me viene a la mente. Nunca se me ha pasado por la cabeza esta opción, básicamente porque tiene veintisiete años y sería raro, mucho, demasiado que eso se de en la época en la que estamos.

—No, no lo soy.

—¿Has tenido parejas? —Indago y evito pensar en la puta quemazón que me entra al pensar en ella de esa forma con alguien, entregándose a otro como se ha entregado en un simple y arrollador beso antes a mí.

—Te lo cuento si tú me lo cuentas a mí, pero tendrá que ser en otro momento, porque hemos llegado —me dice plantándose frente al local en cuestión—. Me encanta —confiesa al ver los dos pequeños ramos de trigo que decoran la puerta de acceso al local. Es peculiar, la verdad—. Sácame una foto, la quiero de recuerdo, para cuando vuelva a casa —me pide.

No he barajado esa opción, porque, como he dicho, soy de los que piensan que una vez llegas a esta ciudad, no quieres irte. Pero Ada es diferente en muchos sentidos, demasiados quizá. Poco conozco de su vida anterior, de su familia, de ella misma. Sí que la veo, pero no como se ve un plato de pasta que te comes y te gusta, no, sino que ves los ingredientes que conforman la salsa y eso te hace saborearla de otra forma, e incluso, en alguna ocasión, se convierte en tu plato favorito.

Me tiende su teléfono y vuelvo a tomar conciencia de donde estamos.

Su sonrisa se ensancha cuando posa con el trigo.

—Te sienta bien —le digo, refiriéndome al color de su pelo y el color del cereal.

—¿Y qué te sienta bien a ti?

Tú, quiero decirle. Me sientas bien tú. Tan bien, que solo pienso en volver a casa, sentarnos delante de una copa de vino o de un par de manzanas verdes y hablar. Incluso pienso en eso que nos falta por terminar, o en todo ese propósito de aprender y enseñar que nos marcamos al inicio y que tanta razón tenía cuando se suponía era una broma, simple y llana.

Tras varias poses poco convencionales, entramos. Al fondo se escucha el barullo, pero igualmente, pasamos por la zona del personal para preguntar cuál es nuestra mesa.

El camarero nos indica que pasemos y al fondo a la izquierda estará el

grupo.

—Creo que llegamos un poco tarde —me comenta Ada.

—No te preocupes, los últimos serán los primeros —le explico.

—No me dejes sola —me dice suplicante.

—Jamás.

Y lo digo con conocimiento de causa. No solo porque estemos en un local con personas a las que no conoce, sino porque parece que necesita más que eso, mucho más.

La primera vez que salí con Helena y compañía me sentí pletórico, imaginaos, un tío rodeado de cuatro mujeres, me sentía el rey de la fiesta y el triunfador de la noche. Envidia, ese es el sentimiento que despertaría entre los asistentes. Fue una cena sencilla, con varias cervezas y mucho picoteo. Pero picoteo con comida, lo de ir de flor en flor no funcionó.

Conecté con ellas, aunque tampoco es difícil porque son todas encantadoras. La más inaccesible fue Sarah, porque estaba en ese momento de búsqueda personal. Realmente, la búsqueda la tiene ahora, en esa época salía con un tipo que no le llegaba a la altura del betún, pero, con todo eso, lo disfruté.

Luego se sucedieron las noches en casa, cosa que empecé a prohibir cuando me di cuenta de que eran cuatro y eran peligrosas, unas más que otras, todo hay que decirlo.

Formamos un grupo increíble. Y eso a día de hoy sigue permaneciendo. Supongo que las cosas buenas hay que cuidarlas y protegerlas, y esta es una de esas que merece ser tratada con sumo cuidado.

—¡Por fin! —exclama Helena cuando nos ve.

Su sonrisa se vuelve malvada cuando se percata de que nuestras manos están unidas y nuestros dedos entrelazados.

Mia nos escruta también y sonrío. No es tan malvada, por lo menos no ahora que sabe que le puedo dar lo suyo si se mete conmigo. Quiero decir con Jaydee, no me seáis mal pensados, que yo a las novias de mis amigos las respeto como si en vez de coño tuviesen polla. Igual, igual.

Ocupamos los sitios vacíos al lado de Mia y Jaydee. Jaydee está sentado a mi derecha y Ada coincide con Loren. Por primera vez en mucho tiempo, me doy cuenta de que quiero que Ada se sienta bien y, es más, me preocupa que así sea. Creo que Loren y ella pueden hacer buenas migas, puesto que sus caracteres me resultan similares, salvando las diferencias.

—¿Qué tal tu trabajo? —Loren rompe el silencio en el que se ha

sumido la mesa y se dirige directamente a Ada. Yo le aprieto la mano para que se relaje y se deje fluir—. Helena nos ha contado que estás haciendo unas prácticas súper chulas en el MoMa.

—Déjate llevar —le susurro al oído—. Les vas a encantar a todos.

Suena absurdo y estúpido, pero tengo la sensación de que Ada se siente cohibida, por si no encaja. Sabe perfectamente que, si decide ser ella misma y actuar con naturalidad, acabará conquistando a todo el que se le ponga delante.

Este pensamiento me sacude, porque puede que lo haya hecho conmigo también. Odio tener que dejar al lado determinadas sensaciones, porque me asustan. Creo que ese es el adjetivo más adecuado para definir todo esto, estoy asustado, porque no es normal nada de lo que me sucede con ella. Es como si ahora mismo, su bienestar estuviese por encima del mío, como si me importase alguien hasta este nivel, a un nivel por encima de donde habitualmente dejo que las personas me importen.

Puede que deba hacer una aclaración sobre todo esto, porque mis amigos me importan, mi familia me importa, yo mismo me tengo mucha estima, pero Ada... Ada está en un punto en el que no razono, y eso también me da miedo y pavor, porque me siento perdido y no hay nada peor que no saber definir lo que ocurre.

—Me gusta mucho lo que hago, realmente me gusta trabajar allí, rodeada de arte.

—¿No te resulta aburrido? —pregunta Jaydee.

—La verdad es que no. ¿A qué te dedicas tú? —le pregunta.

—Soy arquitecto —confiesa, mirándome con atención.

—¿Eres Jaydee? —pregunta.

—Creo que lo hemos hecho mal, porque nos hemos sentado y no nos hemos presentado, no al menos las personas que ella no conoce —interrumpo.

—Parece que a mí sí me conoce —me rebate Jaydee.

—Puede que hayamos hablado de ti —respondo sonriendo.

—Interesante —murmura el susodicho.

Veo a los demás comer pan, mirándonos, esto parece un programa rosa de esos que tienen tanta audiencia.

—Hemos debatido sobre tu propuesta —confiesa Ada.

—¡Mierda! —Me llevo las manos a la frente y me siento realmente abochornado—. No hace falta que seamos tan sinceros —le pido suplicante.

—No veo nada de malo en hablar del tema —me rebate Ada.

—Los demás no saben lo que pasa, y tampoco tiene por qué saberlo

—le explico.

—Lo sabemos todo —comenta Helena como si nada—. No sé si te acuerdas, pero te has ido dedicando a llamarnos a todos, de uno en uno, y ponernos al día.

—Soy un puto bocazas.

—Lo eres —explica Jaydee.

—Lo siento, colega —me disculpo.

—Tenemos que hablar de eso —me dice—, pero primero quiero saber qué opina tu chica.

—No es mi...

—No soy su...

Nos interrumpimos el uno al otro intentando corregir el pensamiento que, me temo, tiene todo el mundo en la cabeza.

—Ya vale, dejad de meteros con Guille y su chica, no quiero que la asustéis tan pronto —inquiére Helena, riéndose de mí.

¡Maldita! Se está vengando por todas las veces que me metí con ella, al final, la que se lo va a pasar bien a mi costa es la rubia esa que compartía piso conmigo y es una víbora.

—A su favor debo decir que es normal que tenga esos miedos —declara Ada. Yo sonrío porque me defiende y me llena de alegría.

Todos sonrían y yo frunzo el ceño para que lo dejen ya. Simon se incorpora para observarla detenidamente y sé que lo que va a decir, no me va a gustar ni un pelo, lo noto en su gesto y en su postura.

—Y dime, Ada, ¿para cuándo la boda?

Un psicoanálisis en una avenida cualquiera de Nueva York

Lo miro con mala cara, obviamente, se merece mucho más que eso, pero estamos en un sitio público y no quiero cometer un asesinato delante de tantos testigos. Sería tirar piedras sobre mi propio tejado, soy subnormal, pero tampoco tanto.

—Supongo que cuando encuentre a la persona indicada me casaré — responde sonriendo.

—No le sigas el juego —la corto—, te está buscando la lengua. Él es así, es su *modus operandi*.

Ada me sonrío y yo le devuelvo el gesto. Es tan... tan ella.

—Y tú, Simon, ¿cuándo te casas?

Mis carcajadas se hacen eco en el local. Helena deja a medio camino un trozo de pan que tenía pensado engullir, Mía sonrío, Jaydee me acompaña riendo, Alex y Loren también sonrían. Esto se empieza a poner interesante.

—No me gustan las bodas —explica.

—A mí sí. Sobre todo las que no tengo que pagar yo —declara Ada.

—Vale, lo he captado —comenta Simon—, no tengo que meterme contigo porque no eres tan tierna como un corderito.

—Ándate con ojo, muchacho, porque soy una tipa dura —explica, sonriendo abiertamente.

—Me gusta tu chica —finaliza Simon.

—No es...

En fin, creo que, puedo repetir por activa y por pasiva que no es mi chica, que no es mi tipo, que no me gusta, que no quiero relaciones serias, que no me interesa nada relacionado con el amor y sus derivados, que para ellos va a sonar a un idioma extranjero. Tan extranjero como si fuese de otro planeta, porque me he metido con ellos hasta la saciedad y no van a cesar en su empeño por fastidiarme. En esta ocasión, es Ada, porque es mi acompañante, pero si fuese otra, no importaría, también sería carnaza para sus planes maquiavélicos.

Terminamos por cenar entre risas, fiestas, comentarios jocosos acerca de mi persona y alguna que otra mofa dirigida hacia Simon.

Decidimos que la noche es larga y que estos encuentros no se dan siempre, por lo que alargarlo es nuestra prioridad en este momento.

Jaydee propone ir a un local donde ponen música de esa que hace que te estalle el cerebro y todas las chicas gritan y aplauden como si hubiesen visto a Chris Hemsworth desnudo.

—Pienso rebanarte el cuello en cuanto estemos solos.

—Necesito contentar a Mia, quiero hablar con ella.

—Tío, no pretenderás casarte ni nada de eso.

—No —niega Jaydee—, pero quiero decirle que voy en serio. Etiqueta, colega, quiero poner una etiqueta a este rollo.

—Las únicas etiquetas que me gustan son las de la ropa —finalizo sonriendo—. Tranquilo, me alegro por ti y tu futuro lleno de enanos correteando por tu pequeño piso.

—No te precipites, aún me queda mucho por hacer —sonríe.

Observo cómo Ada camina junto a las chicas y otra pequeña punzada me pincha el puto estómago. Madre mía, madre mía.

Helena se gira y me observa, empiezo a tener miedo sobre las conexiones mentales y sus derivados. Ser queda parada y me espera.

—Voy con las chicas —me explica Jaydee, como si entendiese que Helena quiere hablar conmigo.

—Tenemos una conversación pendiente.

—La tenemos —me dice, justo antes de dar un par de zancadas hasta situarse a la altura del grupo femenino.

Simon y Alex han ido a buscar algo, nos han pedido que vayamos hasta el local y han dicho que allí nos veremos.

—Un pajarito me ha contado que tu nuevo nombre es pintalíneas.

—¿Te han explicado algo más? —No es que no confíe en Ada, porque confío en ella, pero me da miedo que le haya confesado que escasos minutos antes de cruzar el umbral de la puerta de casa la besé y, no solo eso, sino que fue mucho más que un beso, como una conexión intergaláctica de esas que se cuentan y rumorean por ahí.

—¿Hay algo que quieras contarme, pintalíneas? —inquieta Helena.

—¡Mierda! —La sujeto por el brazo para instarla a que se detenga y espere a que el resto del grupo se aleje. Tras liberarla de mi agarre, me paso la mano por el pelo, confundido. Puede que me equivoque con lo que voy a hacer, pero necesito consejo, ayuda, un puto milagro, algo que me diga qué es esto que me sucede—. No sé qué me pasa... —Eso es todo lo que atino a decirle cuando clavo mis ojos en los de ella.

Helena me sonríe, condescendiente, como si me entendiese, como si su

capacidad empática se hubiese incrementado y tuviese la cura a algo que se escapa de mi raciocinio.

—Guille —comienza a hablarme en susurros, como si fuese nuestro secreto—, yo sé lo que te pasa.

—La he besado —confieso, apresurado.

Mi amiga pone cara de asombro y da una vuelta a mi alrededor.

—Está pasando —me dice.

—¿Qué está pasando? —pregunto, confundido.

—Te estás enamorando —afirma concluyente. Tan rotunda que da miedo.

Yo me quedo completamente parado. Nunca he pasado por un estado catatónico, siempre he sabido tener respuestas para todo lo que se me ha planteado, para todo, sin excepción, pero esto que me acaba de soltar Helena me ha dejado sin habla.

—No.

—Sí —prosigue ella—. Guille, ¿cuántas veces te he dicho que caerías? —Niego, niego con efusividad, tanto que puede que sufra alguna luxación en las vértebras de la rapidez y el énfasis que le pongo al gesto—. Pues has caído —me dice.

—No. —De nuevo, no.

—Engañate todo lo que quieras. Yo lo hice, Mia lo ha hecho, hasta Sarah lo hacía antes de tomar las riendas de su vida.

—Es mentira —le rebato, porque es mentira, lo sé.

—La mentira tiene las patas muy cortas —cita Helena—. Vamos, ya es suficiente por hoy —me dice, tirándome de la mano para que nos incorporemos al grupo.

—Ha adoptado un gato —le explico, como si ese fuese un argumento de peso para que eso que ella dice se desmonte. Como si, no sé, fuese invisible o un zombi, o una viajera del tiempo, ¡yo que sé!

—Ya, nos lo ha contado mientras te quedabas rezagado con Jaydee. Mañana pienso ir a conocer a Oreó. ¿No te parece un nombre adorable? Debe ser tan pequeño y suave.

—Odio los gatos, te lo regalo —comento.

—No, gracias. Es todo tuyo. Ahora sois tres, podéis salir a pasear y sacar fotos, para reírme en tu cara —se burla.

—Eres mala —le reprocho.

—De las malas, la peor —contraataca.

Y no le falta razón.

No son celos, son las copas

Las palabras de Helena han hecho mella en mí. Me he incorporado de nuevo al grupo, sí, pero he intentado guardar la distancia con ella. La observo, pero sin acercarme, no porque mi amiga tenga razón, sino por simple y llana prudencia.

Simon y Alex han llegado y nos esperan en una mesa cercana a la barra. Todos comenzamos a tomar asiento y yo dejo, de nuevo, que haya la mayor distancia posible entre nosotros.

Me sitúo frente a Ada, la puedo observar y estar pendiente a sus movimientos, pero sin roces casuales ni estremecimientos extraños e inexplicables ante su contacto. Es mi compañera de piso, solo eso, y voy a intentar que esto se me grave a fuego en la mente.

—Odio este sitio —bufó al sentarme y percibir el ambiente del local—. Música rara, demasiado movimiento de culos, poca ropa y mucha sensualidad.

—Una de dos, o te haces viejo o estás enfermo. ¿Cuándo le ha preocupado a Guillermo del Moral que haya poca ropa? —bromea Alex.

—Secundo lo de la vejez —añade Simon.

Les hago una peineta a ambos y me permito hasta la licencia de besarme la punta del dedo corazón, observándolos con atención.

—Parece una escena erótica —se ríe Helena.

—A mí me gusta la música. —Sarah sonrío.

Por un momento, pensé que iba a ser Ada la que formulase esa frase. Veo cómo me examina con la mirada. Rehúso la suya porque no quiero que se dé cuenta de mi malestar.

Vale, tengo un plan. Alejarme todo lo posible de ella, no conectar las miradas, no observar sus labios, porque me dan ganas de besarlos y morderlos, y hacer caso omiso a cualquier comentario que salga de su boca. Muy maduro todo, lo sé.

Cuando hablo de poca ropa y demasiada sensualidad lo digo en serio. No me molesta la desnudez, ni mucho menos, al contrario, pero mi mente intenta hacer tangible la desnudez de una sola persona y da la casualidad de que está sentada frente a mí.

Imagino mis dedos enredados en su pelo mientras la embisto con ansias, con esas que tengo contenidas y que pretendo que sigan así. Se me pasará... Soy un hombre de convicciones y, si me lo propongo, lo consigo.

Las copas comienzan a sucederse y con ellas la incomodidad se disipa notoriamente.

Observo cómo las chicas, animadas por la música, salen a la pista a bailar.

—¿Vienes? —me pregunta Ada.

Niego con la cabeza mientras me llevo de nuevo la copa a los labios para mitigar la sed que tengo, y no de lo que bebo, precisamente.

Veo cómo se contonean y bailan, se llevan las manos al pelo y mueven las caderas presas del ritmo, se dejan llevar. Lo observo con la misma claridad con la que veo al grupo de tíos acercarse a ellas disimuladamente. Viejas técnicas de ligue, sabré yo, si fui quien las inventó.

Simon, Jaydee y Alex se tensan como la cuerda de una guitarra. Yo lo hago, pero intento disimular mirando hacia otro lado.

—Tu nena corre peligro —le digo a Jaydee.

—Tanto como la tuya —me provoca Simon al escuchar mi comentario malintencionado.

Clavo de nuevo la vista en ellas y observo al grupo en cuestión, ese que pretende acercarse, meterse de lleno con ellas.

Las chicas parecen mantener las distancias. Helena frunce el ceño cuando uno intenta sujetarla por la cintura y niega con la cabeza mientras señala a Simon. El chico interpreta a la perfección el gesto, porque alza las manos en señal de rendición. Sarah se deja llevar, ella no tiene nada que perder y Mia también baila con el chico que la ha sujetado.

—Tu nena corre peligro —le repito para chingar.

—Tanto como la tuya —me dice esta vez mi amigo.

Observo a Ada en brazos de un tipo alto. Le sonrío y a mí me arde el estómago.

Bebo, bebo con premura y decisión, para atenuar ese calor que me consume en este preciso instante.

—Mierda.

Me incorporo y me encamino hasta donde se encuentran el susodicho y Ada.

Me planto frente a ellos con mala cara. Ada me sonrío mientras sigue danzando entre los brazos del tipo ese.

—Vale, me lo merezco por capullo.

—No te escucho —me dice, acompañando la frase a los gestos.

La agarro con fuerza del brazo y la aprieto contra mi cuerpo.

Coloco mis labios sobre los suyos con una furia determinante. Mía, es lo único que puedo pensar y el sentimiento que ocupa todo ahora mismo. Es mía, no quiero que nadie la toque, no quiero compartirla, quiero que piense en mí tanto como yo pienso en ella, maldita sea.

—¿Te ha quedado suficientemente claro ahora?

—Como el agua —me responde el tipo.

La suelto porque me quema su piel y dirijo mis pasos hasta la calle. El resto del grupo sigue bailando sin percatarse de nada o fingiendo no hacerlo, porque sé que Simon y Jaydee han disfrutado de un primer plano de mi actuación al estilo cromañón.

Supongo que tan inesperado para ellos como lo es para mí mismo.

De pronto, me doy cuenta de que estoy enfadado. Paseo por las calles anexas al local con la furia recorriéndome el cuerpo. El frío no hace mella, pero mi piel parece rebelarse ante eso también, porque no percibo nada ahora mismo, nada más allá de mi estado de ánimo y el desconcierto que me acompaña. Me apoyo en la pared del local que colinda con otra calle y me dejo caer. Me quedo de cuclillas, apoyo los codos en las rodillas y me agarro la cabeza con las manos.

—¿Qué cojones te pasa, Guille? ¡Joder! —mascullo una y otra vez, sin dejar de mesarme el pelo, como si eso me fuese a dar la respuesta a algo que no la tiene, o sí la tiene, pero me empeño en negar.

Bien es sabido que negar lo evidente no lo hace más fácil, tampoco más inteligible, pero eso de que asumirlo es el primer paso, ahora mismo, me la trae al paio.

Oigo el repiqueteo de unos tacones y sé a quién pertenecen esas pisadas sin necesidad de alzar la vista hacia el lugar del que proviene el sonido.

Sus zapatos verdes aparecen frente a mis ojos y me doy cuenta de que el verde, desde hoy, se ha convertido en mi color favorito.

—Guille... —Su voz me hace alzar la vista y me arden las manos, que me piden que las lleve hasta ella de nuevo—. ¿Qué pasa...?

—Loco —atino a responder.

—¿Loco? —pregunta sin saber qué quiero decirle.

Me incorporo y reduzco la distancia que hay entre nosotros hasta que sea casi imperceptible.

—Loco, Ada, loco. —Su cara de desconcierto me saca una sonrisa y la materializo en mi rostro. Percibo cómo me late apresurado y con fuerza el

corazón ante mi confesión—. Me vuelves loco, Ada del Bosque.

—Guille —murmulla de nuevo.

—Shhh —la chisto. Su mirada brilla más que nunca, es preciosa, ¡joder! Es un puto sueño hecho realidad.

—Guille, yo... Yo...

—No digas nada, no tienes que decir nada.

—Mira. —Me sujeta la mano con la suya y se la lleva hasta la mejilla—. ¿Qué notas?

—Tu piel, suave, cálida.

—¿Y ahora? —En esta ocasión me la lleva hasta el cuello—. ¿Y ahora qué notas?

—Lo mismo —confieso, apabullado por la intimidad que nos envuelve aun estando en un lugar público, en una calle cualquiera en medio de Manhattan—. Pero también percibo tu vello erizado bajo mi piel.

—¿Ahora? —Se lleva nuestras manos al pecho y percibo exactamente lo mismo que noto en el mío. Lo mismo. El corazón late rápido, acelerado y bombea con fuerza.

Sujeto su mano entre las mías y hago justamente lo mismo que ella ha hecho conmigo. Llevo su mano a mi pecho y la deposito encima.

—Cierra los ojos —le pido—. ¿Qué sientes?

Ella me hace caso y percibo cómo aguanta la respiración al darse cuenta de que eso que le sucede a ella es lo mismo que percibe al contacto conmigo.

—Ay, pintalíneas, qué bien se te ha dado...

—¿El qué? —pregunto, confuso.

—Ir de gato y acabar siendo ratón —sonríe.

—Ada del Bosque, vamos a casa —le digo, mientras le pellizco el culo y ella ríe a carcajadas—. Tengo mucho que enseñarte y tú mucho que aprender.

—Enséñame lo que quieras, quiero aprender de tí.

Y, dicho esto, entrelazamos de nuevo los dedos mientras entramos al local para recoger nuestras cosas y regresar a casa, donde sé que seré un buen profesor, pero también un buen discípulo.

Magia, pura magia

Recorremos las calles riendo como niños, jugando a pillarnos, haciéndonos, una vez más, cosquillas y susurrando palabras, indecentes en mi caso, y tiernas en el suyo. Una definición muy cercana a la fiel realidad de lo que somos.

Sonrojada y sonriente, esa es la estampa que he descubierto en estos escasos días que me gusta ver siempre en ella.

Llegamos a casa con premura, de nuevo, como niños pequeños que saben que han logrado descifrar el mapa que esconde el tesoro que está escondido bajo la cama y espera a ser disfrutado.

Descubrir y disfrutar son dos de los verbos que tengo bien presentes desde que ella se puso frente a mí en esa callejuela, sin pretensión alguna, sin necesidad de parecer otra cosa que no sea lo que es ella, siempre lo que es ella, desde el principio. Dos verbos que, quizá, llevo invocando desde que supe todo lo que Ada era capaz de provocarme y, a su vez, también he evitado.

No sabría definir a ciencia cierta, el momento en el que comenzó a calarme hondo en el pensamiento, a abrirse paso en él. Sí que supe, casi desde el principio, que no era una chica cualquiera, de las que pasan desapercibidas, y que existía la posibilidad de no salir indemne de este juego. Es una sensación totalmente nueva para mí, algo que desconozco y ese pellizco de miedo sigue ahí, latente, sin poder ser acallado, porque jamás me había visto sumido en esta vorágine de sensaciones.

—Pintalíneas, tú y yo tenemos una conversación pendiente —me dice con indiferencia, como si no se muriese por aprender el recorrido de mi cuerpo hasta ese sitio que desconoce y que yo me muero por enseñarle...

—Ada del Bosque, soy todo tuyo, pero ahora mismo solo puedo pensar en devorarte. Ya luego, cuando la sangre vuelva a su sitio, veremos qué sucede.

Ella abre los ojos de forma desmesurada y me observa un instante antes de reírse a carcajadas.

—¿Devorarme? ¿En serio? ¿Como si fuese una galleta? —pregunta entre risas.

Y juro que es la melodía más bonita que he escuchado en mucho tiempo, siempre ella y su risa, siempre ese efecto devastador que provoca en mí.

—Yo tengo una pregunta que hacerte y luego responderé lo que quieras

—le indico con una sonrisa ladeada.

La veo moverse por la estancia con agilidad y me doy cuenta de que se ha hecho con la casa en un santiamén. Se encamina hasta su habitación y abre la puerta, supongo que busca al bicho ese.

Oreo sale presuroso, moviendo la cola y pasa por su lado hasta quedarse plantado frente a mí. Esto debe ser una maldita broma.

—Te haces querer, pintalíneas, ¿no te das cuenta? —me pregunta socarrona—. Ahora, agáchate, lleva la mano hasta su cuerpo y acarícialo, verás que placer más increíble vas a sentir.

—Placer el que tengo en mente prodigarte a ti y a todo tu cuerpo. Durante toda la noche. Tú, yo y nuestras pieles, mi po...

—Déjalo así, era bonito hasta la palabra pieles —se carcajea mientras pasa junto a Oreo, le lanza un beso y sigue hasta la cocina—. Preparo algo de beber y vuelvo —me explica.

—Ese beso debería haber sido para mí —le digo al gato mientras escucho su risa alejándose.

Me encamino hasta su habitación, seguido por Oreo, y me tumbo en su cama.

Prendo las luces que cuelgan del techo y dejo que esa sea la ambientación para una noche como esta. Oreo comienza a maullar. Siento algo de pena, un poco solo, porque me doy cuenta de que es tan pequeño que no es capaz de subir por sí mismo. Por eso Ada siempre lo deja en la cama antes de salir, entiendo que subir no, pero bajar sí.

—Y tú, pequeña cosa indefensa y peluda, ¿dices que tienes siete vidas? ¡Ja!

Él maúlla y sigue moviéndose para que le haga caso y cumpla su deseo. Lo subo a la cama, porque cuando quiero sé complacer al prójimo, y me tumbo con los brazos bajo la nuca, observando la estancia y la tenue iluminación.

Debo de estar volviéndome un blando de campeonato, porque me gusta pensar que esta sea la estampa que nos acompañe en nuestra primera noche.

Observo la bola de cristal y, a continuación, poso la vista sobre el cuadro que comenzamos y que sigue ahí, esperando a ser retomado. Oreo se ha colocado en mi costado, hecho un ovillo de pelo blanco y negro, y me rindo un poco, solo un poco, al permitirme acariciarlo.

Definitivamente, es un nombre acertado el que le ha puesto Ada.

La veo apoyada en el quicio de la puerta con dos copas.

—Vino y zumo —me indica, alzando cada copa con su correspondiente

descripción—. ¿Oreo ya te ha ganado?

—¡Jamás! —exclamo, haciendo referencia al bicho peludo que duerme a mi lado—. ¿Zumos? —le pregunto cuando me tiende la copa de vino—. ¿Quieres emborracharme para hacer luego conmigo lo que quieras?

—Algo así —me responde, socarrona.

Me incorporo para darle un sorbo a la bebida y la dejo en el suelo, junto a la cama. Ella hace lo propio, pero dejándola en la mesilla que tiene a su derecha.

—Propongo un brindis —me dice de repente.

—No se puede brindar con zumo y, además, ya hemos bebido —cuestiono.

—Sí que se puede y da igual —me rebate.

—La teoría dice que si brindas con algo que no sea vino, da mala suerte —le explico colocándome de lado. Ella hace lo mismo y nos quedamos frente a frente, permitiendo que nuestras miradas conecten como han hecho desde el principio de los tiempos.

—Lástima que me guste poner a prueba todo y a todos —me dice guiñándome un ojo—. Fíjate, he conseguido que el pintalíneas se vuelva loco por mí, ¿cómo no voy a conseguir ganar también al destino?

Ahora el que prorrumpe en unas carcajadas naturales y sinceras soy yo, porque sí, porque Ada es muy particular y su humor también lo es.

—No has logrado que me vuelva loco por ti, solo quiero follarte —le digo sonriendo y obviando el comentario que le hice hace un rato en ese pequeño callejón.

—Eso está por ver —me cuestiona—. Todo es cuestión de tiempo —susurra cerca, muy cerca de mis labios.

—Tendrás que enseñarme —le pido.

—Estaré encantada de hacerlo.

Me giro para coger la copa que había depositado en el suelo y ella imita mi gesto, haciendo lo mismo con la suya.

—Por la profesora —le digo alzando la copa.

—Por mi alumno aventajado —me imita.

—¿Aventajado? ¿Ya parto con ventaja?

—Obviamente —me dice guiñándome un ojo.

—¿Por qué es tan obvio?

—Te tengo por alguien inteligente, Guillermo, seguro que lo puedes averiguar por ti mismo.

Las preguntas pueden esperar, dudo mucho que se vayan a mover de donde están, porque creo que la vida es cuestión de prioridades, y, para mí, es imprescindible besarla.

Aún sin finalizar el brindis, sin dar ese sorbo y, de alguna forma, festejar las palabras formuladas y fehacientes que hemos verbalizado, acercamos nuestros labios para que ese sea nuestro chinchín particular, puede que incluso el mejor que exista.

Nuestros labios se reconocen al instante, saben la fórmula exacta para que sea mágico, para que las terminaciones nerviosas de nuevo cobren vida y el mar de sensaciones, todas ellas abrumadoras y apabullantes, nos embriaguen.

Tímido, casto, delicado y paciente. Así puede definirse nuestro contacto, pero, a su vez, me resulta el beso más exquisito que haya tenido el placer de disfrutar nunca.

Paciente... Dudo que alguna vez haya sido capaz de seguir al pie de la letra lo que ese adjetivo puntualiza, no es una de mis muchas cualidades, suelo ser más directo: aquí te pillo, aquí te mato; sustitúyase por: aquí te pillo, aquí te cepillo, muy válido también. Sin embargo, a pesar de eso, incluso por encima de la necesidad que siento por arrancarle la ropa y descubrir sus curvas, descubrir sus gemidos, la forma en la que sus caderas se elevan al encuentro de las mías, cuánto aguante tiene una vez la embista con necesidad, pese a todo, siento ganas de descubrirla con calma y sin prisas.

Mi polla, evidentemente, piensa lo contrario, necesita acción y así nos lo hace saber.

—Guillermo, Guillermo... —Esa forma de llamarme no lo mejora, no —. Creo que tu amiga quiere fiesta.

—¿Y tú? Dime, Ada del Bosque, ¿quieres fiesta?

—Si no te has dado cuenta, si no has sido capaz de descifrarlo, es que no eres tan buen alumno ni tan inteligente —me dice jactanciosa.

—Hoy, Ada del Bosque, esta noche, pequeña ninfa, tú eres la alumna y yo el maestro, ¿preparada para todo lo que tengo que enseñarte?

—Jamás tendrás una alumna como yo —me dice sonriente.

Y es la última frase coherente que somos capaces de pronunciar antes de que la luz y la magia nos cautiven, antes de que dejemos de ser ella y yo, y seamos simple y llanamente luz.

Somos de color, de color de rosa

Me incorporo, lo justo para arrebatarme la copa que tiene sujeta entre los dedos y posarla sobre la mesa blanca que tengo a mi lado. Hago lo propio con la mía y dejo que descansen juntas.

Me levanto y ella se tumba boca arriba, analizando mis movimientos, conociéndonos por primera vez, la primera de las primeras veces.

Me desabotono la camisa y la observo con una sonrisa ladeada, esa que le indica cuáles son mis intenciones y qué debe esperar de lo que va a suceder en esta habitación. Atisbo un pequeño rubor en sus mejillas cuando tengo el pecho al aire.

—Ay, Ada del Bosque, eres tan, tan... —Me tomo mi tiempo para formular la frase y ese tan, tan, suena pausado y lento.

—¿Rosa? —me pregunta, recordando las palabras que hace días le dediqué.

—El rosa es un color precioso. —Y espero que entienda el matiz de esta afirmación, porque es preciosa ella, en toda su esencia. Y sí, estoy jodido, bien jodido.

Dejo que finalmente la camisa caiga al suelo y comienzo a soltar los botones de mi Levi's. Y ese pequeño rubor toma intensidad en sus pómulos.

Una vez el pantalón acompaña a la camisa en el suelo, decido que es el momento de parar y no seguir más allá. Ahora es el turno de ella.

La sujeto por los tobillos y tiro de ella con delicadeza. Ella se ríe y no opone resistencia.

—Vas a enseñarme qué escondes tras esa fachada de niña buena —le advierto.

—Soy una niña buena. Y tú eres un chico bueno, has aceptado a Oreó en casa, eso te hace noble.

—Dejemos la pureza de nuestros corazones para otro momento, ahora no quiero ser bueno contigo. Es más, quiero portarme mal, muy mal —bromeo. No tengo ni idea de dónde ha acabado el gato, pero en la cama no está y doy gracias por ello. Buen chico, acaba de ganar un punto con ese gesto, sabe dejar espacio para la intimidad de sus compañeros de piso. Comienzo por el principio, o por el final, según se entienda. Coloco una rodilla en el filo del colchón y me acerco hasta soltarle el botón de su falda—. Mmmm, me gusta tu falda.

—Estaba de oferta en una tienda —me explica, como si fuese de vital importancia la aclaración.

—Pero... creo que me va a gustar mucho más lo que hay debajo.

Tras el botón, va la cremallera y tras esta, los pantis. Una pequeña braguita de encaje negro me da la bienvenida. El contraste con su piel blanca es increíble, siento que me falta el aire, ¡joder! Si parezco un puto quinceañero. ¡Dios! ¿Qué me haces? ¿Qué cojones me haces, Ada?

Le tiendo una mano para incorporarla. Retiro su pequeña chaqueta y la lanzo de cualquier manera al suelo. Bajo el tirante de su camisa de asillas con meticulosidad, como si fuese un pequeño hilo hecho con nubes y no quisiese que se rompiese.

Repito el gesto con la otra asilla y sus hombros quedan al aire. Me acerco y deposito un suave beso sobre ellos. Percibo como su piel se eriza y mi polla late presurosa dentro del calzoncillo.

Me sorprendo al darme cuenta de que me gustan todas y cada una de las reacciones que tiene ante mi contacto.

Su mirada y la mía vuelven a conectar y leo en ella que necesita más, que quiere más, y me muero de ganas de cumplir su silenciosa petición.

Es inútil que me haya dedicado a bajar los tirantes de su camiseta, pero, aun así y tal y como dije, quiero saborear todas y cada una de las sensaciones que experimento con Ada.

Entrelazo mis dedos con los suyos y le alzo las manos para poder despojarla de esa prenda que me incomoda.

No me lo he visto venir, tampoco he barajado la opción de que debajo de esa prenda no hubiese nada, nada más que piel. Me quedo embobado mirándola. Me levanto y doy varios pasos hacia atrás para tener una perspectiva completa de la escena que tengo frente a mí.

—Es magia —le digo al mirarla. Recorro su piel, nívea, como si observase un cuadro realista. La combinación de las luces, la imagen de Ada, mirándome e intentando analizar las reacciones de mi cuerpo, su sonrojo al ver como mi polla sigue firme al verla así—. No puedes pretender que no reaccione ante tu cuerpo cuando eres una maravilla hecha persona.

Y creo que lo digo con todas y cada una de las letras que conforman la palabra, porque lo es, porque es lo más real que se le puede asignar a lo intangible.

Me acerco de nuevo y la invito a que se tumbe.

—¿Nerviosa? —Ella, como única respuesta, asiente ante mi pregunta

—. No lo estés, seré dulce y delicado.

—Lo sé —verbaliza.

Le sonrío como respuesta y sujeto el borde de sus braguitas entre los dedos. Comienzo a bajarlas con suavidad y ella cierra los ojos y suelta el aire retenido. Sé que está muerta de vergüenza, supongo que se habrá hecho ideas sobre mí, teniendo en cuenta mis comentarios jocosos sobre el asunto, pero, como bien he dicho, quiero disfrutarlo y saborearlo como si fuese el último sexo que fuera a saborear en mi vida.

Su cuerpo me encanta. Vale, ya lo sé. He dicho en varias ocasiones que no es mi tipo y toda esa parafernalia de excusas de mierda que quise creerme y que me empecé en que creyesen otras personas. No importa lo que penséis, pero es especial en todos los sentidos y su cuerpo no es más que el reflejo de ello.

—Eres preciosa —atisbo a decir.

—Tú también lo eres.

No es uno de esos cumplidos al uso para un hombre, pero sé que viniendo de Ada no es solo eso, no es una frase hecha por hacer, para ella lo soy y lo verbaliza porque así lo siente.

Me bajo la única prenda que me queda con la vista fija en ella y en sus reacciones.

Ella ahoga un gemido cuando clava su vista en mí.

—¿Nunca has visto una polla? Si no recuerdo mal, te dejé una foto de la mía al llegar, ya sabes, para que fantaseases...

—Y esa foto ha logrado que suba la temperatura de esta habitación varias noches —susurra con picardía. Ahora soy yo quien aguanta con estoicidad las ganas que tengo de abalanzarme sobre ella, al pensar que haya podido tocarse pensando en mí—. Esta noche, dejará de ser una simple ilusión y pasará a ser real —me cuenta con sinceridad.

—Ya puestos a confesar, no eres la única que se ha corrido pensando en el otro...

Recuerdo a la perfección cómo me toqué en la habitación contigua pensando en su cuerpo, en ella follándome, comiéndome entero. En Ella. Fue el momento en el que me di cuenta de que negarlo está bien, pero no vale de nada porque, al final, siempre, termina dándote de frente. Ya sabes, lo que está para ti...

Me acerco y me tumbo sobre ella. Coloco ambas manos al lado de su cabeza y aguanto el peso de mi cuerpo, analizando bien todas sus expresiones.

—Estás segura de esto, ¿verdad?

—Tan segura como de que mañana saldrá el sol.

Sonríó ante su comentario y desciendo con suavidad hasta que nuestros labios prácticamente se tocan.

—Eres dulce, delicada, tierna, cariñosa, honesta y una excelente alumna —profiero.

—Bésame, pintalíneas, bésame y llévame a la luna.

Nuestros labios se unen y, como siempre sucede con ella, simplemente encajan y encuentran su sitio en el mundo.

No sabría decir cuánto tiempo nos besamos, con pausa, disfrutando de eso, como preludeo a lo que vendrá después.

Mis labios abandonan los suyos y comienzo a descender. Beso su cuello, lo rozo y ella se arquea. Mi polla está a punto de reventar, ¡joder! Creo que jamás he tardado tanto en follarme a una tía, en serio.

Desciendo un poco más y saco la lengua para lamerle el pezón. Coloco una mano se coloca sobre su pecho y se lo masajeo, excitándolo. Necesito que esté preparada para mí, para acogerme.

Repito el gesto cambiando de pecho y clavo la vista en ella, que se retuerce de placer con la vista clavada en lo que hago con su cuerpo.

Sus senos no son grandes, son perfectos para mí. Simple y llanamente perfectos.

Prosigo mi andadura y comienzo a repartirle besos por el abdomen. La piel de Ada es tan suave que parece que besase una perla. Percibo cómo cierra las piernas.

—No —le pido—. Solo déjate llevar.

Ella clava la vista en mí y veo un brillo mucho más intenso que el que siempre atisbo. El deseo se hace eco en su cuerpo y lo muestra sin miedos.

Abre las piernas, permitiéndome el acceso. Me coloco justo frente a su pubis.

—Sé a qué hueles, ahora quiero conocer tu sabor. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —me pregunta extasiada.

—Que sé que una vez lo pruebe, no voy a querer dejar de saborearte.

Dicho esto, acerco la lengua a su depilado pubis y paso mi lengua por él, presa del deseo más arrollador que haya experimentado nunca. Mi lengua busca de forma innata su clítoris y comienzo a chupar, morder y lamer su botón. Se retuerce, gime, se incorpora e, incluso, en un momento en el que está siendo presa del placer, me sujeta por el pelo y me tira de él.

Al final, mi querida Ada del Bosque va a resultar ser una gatita traviesa y eso me pone la polla tan dura que siento que me va a estallar ahora mismo si no me meto dentro de ella.

No dejo que se corra, a pesar de que sé que está al límite, pero no puedo, no aguanto más. Tendré tiempo de resarcirme luego.

Busco un preservativo en la habitación y me doy cuenta de que no voy a encontrar nada aquí.

—En el alto del armario —me dice, leyéndome el pensamiento. La escruto con la mirada, porque no puedo imaginar el motivo por el cual ella, precisamente ella, guarda eso aquí—. Sabía que algún día tendría que pasar, porque llevo deseándolo desde el mismo momento en el que te vi. Desde esa entrevista, pintalíneas.

Sonrío, satisfecho ante su respuesta, porque me doy cuenta de que soy yo y es conmigo con quien lo desea y me siento el puto hombre más afortunado del mundo por ello, porque Ada sienta el mismo deseo que siento yo por ella.

Cojo varios preservativos y los dejo sobre la cama. Me coloco uno, presuroso. mientras observo cómo sonrío, socarrona, al darse cuenta de que mis intenciones son de las más deshonorosas para el resto de la noche y de que eso de hablar va a tener que esperar, porque no tengo mejor forma de demostrarle lo que soy o lo que tengo que así, que siendo ella y solo ella, porque así es.

—¿Preparada?

—Y dispuesta —reafirma.

Dejo que mi polla vaya entrando en ella con suavidad y parsimonia. Disfrutando del mar de sensaciones que nos embriaga y de la estampa que estamos viviendo. La luz, la oscuridad, el calor de nuestras pieles, el deseo que flota en el ambiente como esa purpurina flota dentro de la bola que tanto me gusta, porque eso somos nosotros, somos purpurina rosa que flota en el aire, eso es lo que somos cuando estamos juntos, cuando dejamos que nuestra piel y lo que somos se complementen.

La beso con intensidad y pasión cuando estoy dentro de ella. Me devuelve el beso con ganas y ansias y ese es el pistoletazo de salida para que me deje llevar y la embista con más ganas.

—Esto es el puto cielo, joder —le digo cuando comienzo a perder el sentido.

—Es el cielo y el mar, el fuego y el hielo, el blanco y el negro, la luz y la oscuridad. Somos rosas, somos de color de rosa... —me confiesa.

Y, entre colores, nos corremos, pero no solo una vez, sino muchas durante lo que queda de noche.

Coitus interruptus

Me despierto pronto, excesivamente temprano teniendo en cuenta la noche que hemos pasado en esta habitación.

Nuestros cuerpos siguen desnudos. Giro la cabeza para ver el cabello enredado de Ada y su cara prácticamente cubierta por él. Saco el brazo de debajo de su cuerpo y ella se mueve, buscando de nuevo una posición cómoda en la que seguir durmiendo. Me levanto y la envuelvo con el nórdico como si fuese un pequeño gusanito.

Me refriego los ojos y me dirijo a la cocina. Paro bajo el quicio de la puerta y me giro para verla allí. Las luces siguen encendidas, no nos molestamos en apagarlas. Mis pies, aún descalzos, caminan hasta la estantería, hasta donde se encuentra la bola y la agito, viendo cómo se mueven y danzan. Como nosotros anoche...

Sonríó ante tal pensamiento y dejo la puerta entreabierta para que entre el menor ruido mientras trasteo en la cocina y preparo café.

Escucho la vibración de mi teléfono y giro la vista hasta dar con mi chaqueta de cuero, esa que anoche coloqué sobre el sillón del salón. Dejo el café a medio hacer y busco el aparato, que no cesa en su empeño.

Helena...

—Buenos días —mi voz suena resacosa. Culpa del escaso sueño y del exceso de esfuerzo. Es de esas cosas que valen la pena.

—Más que buenos, diría yo...

—Cierto —apunto, dándole la razón.

—¿Tienes algo que contarme? Antes de que me pase por tu casa y me ría en tu cara de gilipollas.

—Estoy inmunizado a tus insultos.

—Ya, se te está pegando de Ada. Por cierto, es buena chica, me encanta. Anoche me explicó que mañana comienza a trabajar como voluntaria en un comedor social, la tía es todo corazón.

—¿En un comedor social? —pregunto, atónito.

—Sí. ¿No lo sabías?

—No, no me lo ha contado.

—Es lo que tiene pegarse toda la noche follando —me suelta con socarronería y algo de burla.

—Ya ves...

—¿Guille? —me pregunta.—. ¿Has caído?

—Con todo el arsenal, Helena. Con todo el arsenal.

Charlamos un rato más y me sorprendo al ver que Helena no se mete tanto conmigo como yo pensaba. Como siempre, nos reímos mucho, compartimos bromas varias y me habla de sus planes para la Navidad. Parece que vienen su abuela y sus padres y van a reunirse todos; será algo así, como la presentación oficial de Simon en la familia. Espero que mantenga la boca cerrada y sepa comportarse.

Termino preparando el café y me lo bebo casi ardiendo mientras observo por la ventana del salón el deambular de la gente. Las fiestas están casi encima ya y mi madre viene en breve. Tengo que llamarla y tener una conversación. No porque tenga que contarle nada de mi vida privada, sino para recalcarle que debe buscar un hotel donde alojarse.

Decido que el toro es mejor cogerlo por los cuernos y que debo llamarla por teléfono. Esperaré a que sea una hora aceptable en España y me lo quitaré de encima.

Unos pequeños brazos me rodean y yo sonrío ante el gesto.

—Buenos días, Ada del Bosque.

—Buenos días, pintalíneas. ¿Qué haces?

—Beber café. Necesario para que no me convierta en un gremlin — bromeo.

—Vas por mal camino —me pincha.

—¿Me estás llamado peludo? Creo que debes ponerte de rodillas y mirar bien de cerca, para que veas que pelo no vas a encontrar.

—Cochino —me dice sonriendo y pellizcándome el costado—. Ponte algo, anda, que eres puro pecado —me pide con ojitos de devoradora.

—Ven, te voy a dar yo pecado.

De un salto, me enreda las piernas desnudas en la cintura y me doy cuenta de que no lleva ropa interior.

—Me vas a matar, Ada del Bosque.

—No puedo —me dice, fijando su mirada en la mía—. Aún tienes mucho que aprender y yo mucho que enseñarte.

Nos besamos de nuevo, pero, aunque nos hayamos comido a besos la noche anterior y nuestros labios aún se resientan por ello, parece que nunca antes hubiésemos probado nuestro sabor.

Suena el portero de casa y nos separamos para mirar hacia la puerta, como si hubiese cobrado vida y hablase.

—¿Esperas visita? —me pregunta Ada.

—No. —Desenreda sus piernas y le doy una pequeña palmada en el culo antes de acercarme a la puerta—. ¿Sí?

—Abre, mamonazo —me exige Jaydee.

—¿Qué cojones haces aquí? ¿No tienes casa? —refunfuño.

—Abre —repite—, que hace frío, colega, se me van a congelar las pelotas.

Pulso el botón con desgana. Mis pelotas hasta hace escasos momentos estaban bien calientes.

—Ponte algo, viene Jaydee. Considéralo tu ángel de la guarda, porque no iba a tener piedad contigo y con tu... con tu eso —le digo, haciendo un círculo imaginario en torno a su entrepierna. Ella se levanta la camiseta y se dirige a su habitación mientras se contonea, consiguiendo mostrar su culo a la perfección porque no lleva nada puesto—. No hagas que me arrepienta y deje a Jaydee fuera, niña mala.

Me saca la lengua y entra en su habitación.

Cierta cosa peluda de color blanco y negro, comienza a restregárseme por las piernas y juro que ya me había olvidado de él.

—Tenemos visita, amigo —le digo mientras le prodigo una caricia al gato. ¿En serio? Me estoy volviendo blando—. No te confundas, esto no significa nada —le advierto, como si pudiese entenderme. Oreó, en cambio, maúlla y yo le acaricio de nuevo—. Ahora te daré de comer, no quiero que me acusen de matar a un animal de inanición.

Abro la puerta y espero a que llegue al rellano mi amigo.

El ascensor se abre y salen de él Mia, Alex, Loren y Jaydee.

—¡Mierda! —exclamo, tapándome con una mano como buenamente puedo.

—Tranquilo, que no vamos a ver nada que nos asuste —dice Mia justo antes de plantarme dos besos.

—Puede que quieras probar, no sé, chuparme un pezón o algo —bromeo con ella. Loren mira hacia otro lado y Alex sonrío. Jaydee me enseña el dedo corazón, puro amor mi amigo—. ¿Me he perdido algo?

—¿Por qué lo dices? —pregunta Alex.

—No sé, una visita tan temprano un domingo. A la iglesia no pienso ir, que lo sepáis.

—Venimos a ver a nuestro amigo —nos explica Mia—. ¿Y a Ada? ¿Sigue viva o la has matado a polvos?

—A ti te lo voy a contar, víbora.

Ada sale de la habitación. Me llevo las manos a los ojos al verla vestida de colorines. Camiseta verde lima. Pantalón naranja. Calcetines de rayas de colores. Es el arco iris hecho persona.

Todos sonrían al verla, pero nadie dice nada.

—Os dejo con ella. Voy a vestirme.

—Y dúchate, porque hueles a sexo —me advierte Mia.

—¿Quieres acompañarme? Aún me quedan fuerzas —bromeo. En realidad, la broma se la hago a Mia, pero mis ojos no dejan de atender a Ada. Me gusta que sepa encajar mis bromas con otra chica y que no pase absolutamente nada.

Se giran sin siquiera responderme y se van todos en dirección al sofá.

Me voy hasta mi habitación, cojo algo de ropa limpia y decido que darme una ducha es una prioridad. Entro en el baño, abro el grifo y espero a que se atempere el agua.

—¿Se puede?

—¡Joder! Qué puto susto de mierda —bramo.

—Tenemos que hablar —me explica Jaydee.

—Si no te importa que hablemos mientras me lavo la polla...

—Con que no pienses en mí cuando te la enjabones, me vale.

—Tranquilo, tengo una rubia de colorines ahí fuera que me tiene loco.

—¿Qué acabas de decir? ¡Por favor! Guillermo del Moral diciendo que una tía lo tiene loco. ¿Dónde debo santiguarme?

—En la frente, gilipollas —bromeo. Me desprendo del pantalón de deporte y le dejo que visualice mi culito mientras entro en el cubículo de la ducha. —Para que fantasees en tus noches solitarias —le digo.

Una peineta más es su respuesta.

—Oye, Guille...

—Espera —le corto—, primero quiero hablar yo, ¿vale? —Jaydee asiente. Tras su gesto, me meto bajo la ducha y dejo que el agua caliente me empape—. La cagué, colega, ¿vale? Te dije que no quería trabajar contigo, pero, en realidad, no es por ti. Es porque me da cierto miedo mezclar la amistad con el trabajo, puede que las cosas no acaben bien y que no sepamos separar. Ada me dice que las cosas se solucionan hablando y creo que debemos dejarlo todo bien claro antes de aventurarnos a nada. Fíjate en cómo actuaste cuando te dije que no, te enfadaste —le reprocho—. Pues eso es lo que no quiero que suceda, porque eres mi colega, mi puto mejor amigo y me

jodería un huevo perderte.

—Si no fuese una conversación seria, me reiría de ti como nenaza — me dice Jaydee para romper la tensión del momento—. Me pillé un cabreo de la hostia, porque pensé que me dejabas tirado en la estacada y que eso es de mal amigo. Ahora, tras hablarlo con Mia y tener otra perspectiva, me doy cuenta de que no lo hice bien, porque tampoco soy quién para obligarte a nada. Opciones hay, puedo buscar otra cosa y no meterte en medio de nada.

—Escucha, Jaydee —le digo, asomando la cabeza por la mampara de la ducha mientras me enjabono la cabeza—, quiero que probemos a trabajar juntos.

—¿En serio? —me dice con la ilusión brillándole en los ojos. Últimamente, se me da muy bien interpretar el brillo de la gente.

—Sabes que ahora tengo mucho curro con el proyecto nuevo y tenemos buenas ideas, eres buen profesional y somos compatibles. Pero...

—Sabía que tenía que haber un pero. —Parece que vuelve a la tierra tras mi pero.

—Siempre hay un pero, y el mío es que las cosas las haremos juntos, trabajaremos codo con codo y todo nos lo consultaremos el uno al otro. Nada de ir tú a tu rollo o yo al mío, no. O somos un equipo o seguimos de manera individual.

—Me parece lógico —asiente—. Te daría la mano para cerrar el trato, pero no me gusta tocar manos de nadie después de que se hayan tocado la polla —bromea.

—Si me das un minuto, me lavo también el culo.

—Eres un cerdo —me recrimina mi amigo—. Me voy, antes de que te excites y sea testigo directo de una película porno.

—Haces bien —le respondo—. Haces bien.

A tope de flower power

Con el tema de Jaydee también solucionado, me permito respirar de otra forma. Llevamos muy unidos mucho tiempo y pensar que esa unión tan sólida pudiese resquebrajarse me quitaba el aliento. Tanto como me lo quita ella ahora...

Salgo de la habitación y regreso al salón. Me doy cuenta de que la estampa que se desarrolla frente a mí me gusta, salvo por una cosa, el gato que está sobre las piernas de Mia.

—Mira qué cosa más bonita. —Mia lo dice con ese tono. Ese, ese que te dice que la ha conquistado y que el jodido gato está ganando terreno y aliados.

—Te lo regalo —le ofrezco.

—De eso nada —me reprende Ada.

—A ti quería yo preguntarte algo —le cuestiono—. ¿Vas a trabajar en un comedor social?

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha contado Helena.

Ella pone los ojos en blanco y veo los engranajes de su cabeza trabajando con rapidez y maldiciendo por habérselo contado.

—Empiezo esta noche —me explica.

—¿No pensabas contármelo?

—No —suelta llena de resolución.

La sala se ha quedado en silencio y todos nos observan, incluido el gato.

—¿Por qué?

—Porque te pondrías impertinente con lo de salir de noche y todas esas cosas que solo están en tu cabeza. Te haces viejo.

Quiero decirle que eso no es lo que me decía anoche mientras se corría en mi boca, o mientras la embestía con fuerza y me pedía más entre gemidos. Mejor ocupar la mente con otro tipo de pensamientos menos erótico-festivos porque, de lo contrario, mi polla despertará, y de qué manera. Enfado, eso, eso, enfado.

—Me preocupo por ti. —Sinceridad absoluta.

Ella me sonríe, condescendiente, y se acerca hasta quedarse frente a mí. Se coloca a mi altura, de puntillas y me besa con ternura.

—Eres un gran hombre, pintalíneas.

Todos muestran ese gesto en la cara que denota ternura y envidia, eso también.

—La primera pelea de enamorados, ¡qué tierno! —se mofa Jaydee.

Ahora la peineta se la hago yo a él.

El timbre suena y lo interpreto como un «salvado por la campana» en toda regla.

De nuevo, me acerco a la puerta y contesto.

—¿Sí?

—Helena.

—Paso —le digo antes de colgar.

—¿Quién es? —me pregunta Ada.

—Helena, pero paso de abrirle.

El timbre comienza a sonar con insistencia.

—No seas bestia, Guille. ¿No te he enseñado lo suficiente?

—Me has enseñado lo que quería.

—Suena a que me has utilizado —bromea sonriendo.

—Has sido mi esclava sexual —me mofa.

Los chicos siguen a lo suyo mientras nosotros bromeamos en la entrada. Enredo los dedos en su melena rubia y percibo el estremecimiento de su cuerpo ante el gesto.

—Tiemblo —me dice.

—Mmmm, me gusta —le confieso.

—Abrid ya, panda de degenerados —nos dice Mia, que se ha acercado hasta donde estamos al darse cuenta de que no hacemos puto caso al ruido.

Ada pulsa el botón y le permite el acceso al edificio al bicho de mi amiga.

Me preparo para que me mande a la mierda nada más llegar, pero no, no lo hace, es más, no me hace puñetero caso porque lo primero que hace es abrazar a Ada.

—Tu amigo soy yo —le reprocho.

—Ahora es ella —me suelta.

—Paso de vosotras. —Ahora soy yo el que bromea, restándole importancia al tema—. Ten cuidado, Ada, es una víbora.

Helena se ríe mientras agarra a Ada de la mano y tira de ella hacia el salón. Al pasar por mi lado la suelta para darme un puñetazo en el brazo.

—Por gilipollas —espeta antes de volver a tirar de mi chica.

Mi chica...

Jamás pensé que pudiese formular una frase como esa. Quizá sí, pero no en este momento. No le tengo pánico al amor, simplemente creí —y sí, lo digo en pasado por lo que pueda suceder en el futuro— que no estaba hecho para mí. Tampoco me veía como un eterno soltero. No sé, supongo que llegado el momento buscaría a alguien, pero sin establecer conexiones más allá de las normales.

Hay miles de parejas ahí fuera que funcionan así, que dicen que se quieren y lo hacen, pero no como deben, no como esa clase de amor que debe ser saboreado y disfrutado. Más bien como un cariño por los años y el tiempo compartido, y eso es de lo que yo reniego.

Soy extremista, en todo; me gustan las cosas bien hechas o no las hago. Follo y lo doy todo, o no follo —bueno, quizá esto es cuestionable pero aun así, follo bien—. Soy meticuloso y organizado, y si me enamoro, que sea con todas las consecuencias que ello acarree.

Llego hasta donde está el grupo. Ada me hace hueco y me coloco a su lado, aprovechando la excusa del espacio insuficiente para poder pegarme más a ella.

—¿Qué sucede para que estéis todos aquí reunidos, vaciando mi nevera...? —Un pequeño carraspeo sale de la boca de Ada y le pellizco con suavidad en el interior del muslo antes de proseguir. —¿Para que estéis todos comiéndos el heno de Ada y bebiéndos mi bebida sin que yo os haya invitado?

—Anoche os fuisteis muy pronto —nos dice Alex con ojitos, ¡ojitos!— y yo tenía algo que contaros.

—Embarazado dudo que estés —le digo sarcástico. Él se limita a negar efusivamente.

Se levanta, se desabotona la chaqueta y veo como todas las chicas comienzan a aguantar la respiración. ¡Mierda! Es el momento, es el jodido momento.

Del bolsillo de su americana saca una pequeña cajita de Tiffany y ahora creo que sí, ellas aguantan la respiración, pero el resto estamos medio cagándonos encima por lo que va a pasar a continuación.

—Fuiste una casualidad, la más hermosa casualidad, Loren. Cuando mis ojos y los tuyos se toparon, supe que había llegado a la meta, que todo estaba donde tenía que estar y que había encontrado mi lugar en el mundo. Por eso, Loren, tengo algo que preguntarte. —Mi amigo se arrodilla mientras

Loren llora sin cesar. Ada me sujeta con fuerza de la mano, clavo la vista en ella y veo que llora con más intensidad que la propia novia. Y entonces pienso que yo no voy a pasar por ese trámite, que no nos conocemos y no hemos hablado del tema, pero las bodas no pegan conmigo y, si esto llega a algo, espero que ella lo respete—. ¿Quieres casarte conmigo, pequeña Loren? ¿Quieres ser la señora O'Brien?

Las lágrimas son generalizadas y, pese a que no comulgo con esa celebración, estoy emocionado por la intensidad del sentimiento los ha llevado hasta ese punto.

Esperamos unos segundos que para mi amigo deben ser años. Loren no deja de llorar, tapándose la boca con las manos.

—Sí —afirma finalmente—. Un rotundo y claro sí —dice sin dudas.

Y simplemente aplaudimos, silbamos, gritamos y vitoreamos a los novios.

Ada se levanta y se lanza a los brazos de ambos, que caen al suelo, pero no parece importarle a nadie. Es muy ella, esa es su forma de ser; llega y entra sin ser llamada. Tiene la capacidad de enamorar a cualquiera con el que se cruce y eso sigue asustándome.

Pasamos la ronda de los abrazos y besos y volvemos a sentarnos.

—¿Tenéis alguna fecha prevista? —pregunto por simple curiosidad.

—No —dice Alex.

—No vayas tan rápido, me lo acaba de pedir —bromea Loren—.

Aunque... me gusta la primavera —le dice sonriendo.

Ada aplaude ante el comentario.

—¿También te gusta la primavera? —le pregunto.

—Es mi época favorita del año.

—¿Por qué?

—Porque me llena de *flower power*.

Y la beso, por primera vez delante de todos, para que me contagie de su *flower power* y de todo lo bonito que posee.

Navidad, Navidad, dulce Navidad

Las semanas se han ido sucediendo unas tras otras y las fiestas se nos han echado encima casi sin querer.

Jaydee y yo hemos comenzado a trabajar juntos, sin beber ni emborracharnos, trabajar de verdad, aunque alguna cerveza que otra haya caído.

Las cosas con Ada van viento en popa y le he contado lo de la próxima visita de mi madre. Quiero que esté preparada para la aparición estelar de mi progenitora, porque se las trae y de eso sé bastante, porque la conozco.

La veo ilusionada con todo, aunque es algo que tampoco me resulta extraño. Oreo sigue en casa, porque, según Ada, nadie se ha puesto en contacto con ella para adoptarlo.

Sé que las intenciones han sido más bien pocas y que se lo quiere quedar, y el caso es que el puto gato ya se ha hecho un hueco en esta casa, así que me sorprende llegando, soltando los bártulos en la entrada y buscándolo. El día que no viene a mi encuentro, sé que algo sucede.

He ejercido de alumno en las clases de pintura de Ada y, aunque no está acabado, ya empieza a tener una forma definida y algún color adornando el lienzo. Me parece increíble que yo haya podido llegar a dibujar algo tan perfecto como lo que adorna el cuadro ahora mismo. A ver, que soy perfectamente consciente de que son solo un par de líneas y alguna pincelada, y no lo he hecho solo, pero, joder, me siento orgulloso de ello.

Ada también ha ejercido de alumna, pero no le he enseñado a optimizar materiales ni ha hacer cálculos matemáticos. No, mis enseñanzas han sido dentro de la habitación, del baño, encima de la mesa del salón, contra la pared de la entrada y sobre la encimera de la cocina, que por fin ha sido estrenada. Quiero enseñarle que existe mundo fuera de estas cuatro paredes, pero cada vez que se lo digo, me llama perverso y me tira un calcetín a la cabeza. Luego lo sustituye poniéndose otro de un color distinto y le da exactamente igual que no pegue. Ella es así, feliz con lo que es y no con lo que tiene.

De lo que no le he hablado, es de que mi madre no viene sola, pero tampoco me preocupa porque, aunque mi madre sea insistente, sé salir de esta como lo he hecho de otras ocasiones.

—¿Te irás antes de las fiestas? —He tenido que llamar a mi madre, porque sé que llega mañana pero no tengo ni idea del día que regresa a

España. ¿Estaría mal decirle que se vaya pasado mañana? Entiendo que sí—. No puedo cogerme muchos días, nos vamos de vacaciones el veintiséis de diciembre a la costa y los he reservado para eso.

—Para tus amigos tienes tiempo, pero para tu madre y tu futura esposa no.

Veo que no, que las intenciones de mi madre son bien distintas a las que yo tengo. Se llevaría bien con Helena, porque las dos son igual de dramáticas, aunque mi madre es más peliculera.

—No es cuestión de prioridades, es cuestión de que tengo poco tiempo al año y me apetece hacer ese viaje, ¿no se supone que deberías alegrarte por mí?

—Y me alegro por ti —murmura mientras suaviza el tono de su voz, sabe que conmigo de otra forma no funciona y terminaríamos como siempre lo hacemos, colgando la llamada y pasando el uno del otro hasta que se nos pase el enfado. En realidad, creo que he heredado el carácter de mi madre, porque, aunque chocamos muchísimo y en demasiadas ocasiones, los dos somos igual de persistentes para conseguir nuestras metas y yo, que a veces pienso y sé ponerme en el lugar del otro, entiendo que ella solo quiere lo mejor para mí—. Pero entiende que nos vemos pocas veces al año y que quiero pasar tiempo contigo.

—Vale —claudico, porque pienso en eso mismo que os acabo de contar. O puede que sea que Ada me ha contagiado su maldita empatía y ahora tenga la capacidad de ponerme en el lugar del otro como lo hace ella—. Haremos un trato, intentaré ir a casa pronto.

—Define pronto —me pide.

—Cuando pueda, no seas tan exigente —bromeo.

Tiene razón cuando afirma que nos vemos poco y yo tengo razón a prometerle que iré a verla. Hace mucho que no vuelvo a Asturias y me apetece recorrer las calles del pueblo y saludar a los vecinos. Sé que muchos pensarán que soy un vive la vida, y en cierto modo lo he sido, pero, aun con todo, me he preocupado porque todas mis responsabilidades y las cosas con las que comulgo estén justo donde y como deben estar. Mi trabajo es importante, ya no solo porque me pague las facturas, sino porque me hace sentir bien, completo; creo que es necesario, aunque no piense lo mismo cuando el despertador aúlla como el jodido gato ese todas las mañanas.

Luego pienso en la posibilidad de que Ada se venga a Asturias conmigo, de visita. Sé que le gustaría y que cada cosa tomaría un brillo

diferente si lo observo bajo su prisma.

—Buenas tardes, señor pintalíneas, ¿cómo te ha ido el día?

Ada está tan emocionada o más que yo por todo lo que se avecina. Son fiestas que unen a las familias y hemos planeado ese viaje siendo consciente de que ahora somos un grupo que se considera como tal y ella forma parte de él desde el principio.

—Muy bien —le respondo recortando la distancia que nos separa.

Veo que Oreo está entre sus piernas, maullando para que le preste algo de atención. Ada lo ha acostumbrado a salir a la calle, no mea ni hace nada de esas cosas que hacen los chuchos, pero le gusta salir, ver el deambular de la gente, el olor, yo que sé... Esas son las cosas que me dice Ada, yo pensaba que los gatos eran felices en un hogar, calentitos, arañando los sofás sin piedad, pero a este parece que le gustan el hogar y la calle. Creo que es un gato del siglo veintidós, algo que aún no he tenido el placer de conocer, o no tenía, porque ahora convive conmigo.

—Oreo quiere salir, ¿qué tal si me haces el favor de sacarlo y dejarle que aspire el olor de la Gran Manzana?

Ella se acerca al perchero de la entrada, coge la bufanda y me la coloca alrededor del cuello, tira de ambos extremos y nos quedamos a un palmo de distancia. Percibo su aliento, el movimiento de su pecho, el vello erizado...

—Si me lo pides así... —le digo, cautivado con su mirada.

Me sonrío y se levanta la camiseta, dejando a la vista unas braguitas de unicornios.

—¿Unicornios? ¿En serio?

—Son taaan bonitos, las he visto y no me he podido resistir.

—¿Quieres ver un cuerno gigante? —pregunto, socarrón—. Puedo sustituir ese que se encuentra justo aquí —le digo acariciando directamente su centro.

El escalofrío no se hace esperar y la polla me palpita dentro del pantalón. ¡Mierda!

—Para, Guille, para, porque si sigues no voy a poder resistirme —murmura juguetona.

—¿Qué pasa si no quiero que te resistas?

—Que puede que sea la primera vez que deba dejarte ganar.

—Siempre gano.

—No —niega—, no siempre ganas. Empatamos, Guille.

—¿Por qué? —pregunto, atónito.

—Porque yo he ganado esto —dice, colocándose su mano sobre el pecho—. Y tú has ganado esto. —Hace exactamente lo mismo con mi mano.

—Ada...

—Dime.

—¿Por qué eres tan rosa?

—Porque, sin duda, es el mejor color para ver la vida.

Termino colocándole un suéter a Oreo para sacarlo a la calle. Hace días que nieva y las temperaturas son bastante bajas, lo lógico para estas fechas.

—Oreo —le digo al gato ya en la calle—, ¿cómo he llegado yo a esto? Debería odiarte y, en cambio, te he puesto esa cosa ridícula que se supone que es para que no pases frío. Sería el momento idóneo para dejarte abandonado en una calle cualquiera, pero, en cambio, estoy pensando que tienes las patas húmedas por la nieve y que puedes coger frío. ¡Joder, soy un puto monigote de mierda!

Paseamos un rato por las calles del West Side, y, a pesar del frío, me siento bien.

Subimos a casa al rato y escucho música en la habitación de Ada.

—Está pintando, colega, es su momento —le explico al gato, como si fuese a entender algo de lo que le estoy explicando.

Me voy a la cocina, saco mi bol favorito del armario, lo lleno de leche y lo meto en el microondas para que se caliente.

Oreo maúlla y, aunque él no me entienda a mí, creo que quiere comer.

Hago lo propio con un vaso, que atempero una vez he acabado de calentar mi leche, y le lleno el cacharro de ese líquido que tanto nos gusta.

—Al final tenemos cosas en común; te gusta la leche como a mí y te gusta ella tanto como a mí. En eso no me ganas, pillín —le digo mientras me agacho para acariciarlo.

Un carraspeo me sorprende y alzo la cabeza para encontrarme con sus ojos brillantes.

—Así que, al pintalíneas le gusto yo, ¿ehh?

—No hablaba de ti, Ada del Bosque. No me gustan las chicas que se lo tienen muy creído —le digo, recordando ese momento en la entrada de esta casa donde ella me dijo esas mismas palabras a mí.

—¿Sabes? Empiezo a pensar que a mí sí que me gustan los chicos que van de chulos.

—¿Que van de chulos? —Alzo una ceja en respuesta a su afirmación.

—Sí, los que dicen que son una cosa, pero luego son otra bien distinta.

—No sé de qué me hablas, este hombre tan apuesto que tienes frente ti es tierno y delicado como una flor.

—¿Cómo una rosa?

—Exacto. Como una rosa.

—Y dime, Guillermo del Moral, ¿tienes espinas?

—Descúbrela por ti misma —le digo justo antes de cargármela al hombro.

Nuestra mejor obra de arte

Entramos en su habitación, ella aún sobre mi hombro y yo loco por descubrir lo que quiera enseñarme en esta ocasión. Está claro que le he dicho que es ella la que debe indagar y conocer, pero soy yo el que siempre termina aprendiendo algo nuevo.

La dejo caer con delicadeza en la cama y observo los restos de pintura en la paleta y varios pinceles sobre una pequeña mesa de ruedas que tiene al lado del caballete.

—He estado haciendo lo mejor que se me da.

—Hay muchas cosas que se te dan bien —le explico.

—¿Cuáles? —me pregunta.

—No puedo contártelo todo —finalizo.

Me acerco hasta la pintura y observo que en esta ocasión hay un boceto de algo que no logro adivinar.

—¿Qué pintas? —cuestiono con la vista fija en los trazos.

—Mi sueño —responde, llena de evidencia.

Una sonrisa taimada es la respuesta que emito.

—Ven —le pido—. Quiero una clase nueva, una de las que nunca me has dado.

Ella se levanta. Haciendo caso a mi petición y me sonrío. Su mano y la mía conectan de nuevo y esa pequeña chispa que siento siempre que la tengo cerca me golpea. Lo único que sé es que soy un puto cabrón con suerte y eso no deja de retumbarme en la cabeza.

Le levanto las manos para despojarla de las prendas que le sobran. Me sigue sin rechistar y comienzo a desvestirla. Repite el gesto con mi vestimenta y me comporto como un caballero cuando la veo desnuda, sin asaltarla como un puto adolescente de mierda que acaba de experimentar su primera erección con la chica que le pone cachondo.

La he visto desnuda muchas veces y he recorrido todo su cuerpo en otras tantas ocasiones y, aun así, mi cuerpo sigue respondiendo como la primera vez. A veces pienso que esta necesidad no se apaga con tanta facilidad, que es algo tan primario como comer o dormir y que ella, en realidad, es mi complemento perfecto y ha llegado para demostrarme que todos esos colores que habitan dentro de la bola de cristal existen de verdad. Mi vida era gris, ahora es rosa.

Rompo el contacto un momento para coger varios botes de pintura y exprimir su contenido en la paleta, de manera aleatoria, cubriendo lo que ya ella tenía.

—¡Para! —me pide como estuviese formando un gran destrozo.

—Shhh —la chisto—. Te compraré miles de pinturas y cientos de paletas si es necesario, pero ahora es nuestro momento. Tenemos una clase que dar y somos los lienzos —digo ante su cara de asombro.

Busco el mando de la calefacción y la conecto para estar más cómodos y asegurarme de que ella esté a gusto. Me gusta esto, me gusta la sensación tan placentera que experimento siendo consciente de la preocupación que despierta ella en mí. Rosa, de nuevo rosa.

Incremento la temperatura unos grados y cojo un pincel raro, abierto, como si fuese un abanico. Lo reservo para mí.

—Elige —le pido. Ella selecciona uno más grande y gordo—. Buena elección. —Le sonrío, socarrón, y ella baja la vista hasta mi polla—. Siempre das en el clavo, pillina —bromeo.

—No sigas, pintalíneas.

—Te gustaban los chulos prepotentes, ¿cierto?

—Me gustas tú y solo tú.

Esta puta afirmación, esa jodida frase, me impacta como si me hubiesen dado el puto puñetazo de mi vida encima de un *ring* y hubiese caído en el primer *round*. *K.O.*

La congoja hace acto de presencia y no me permite verbalizar nada, tantas cosas que decir y tan poca capacidad para ello.

Empapo mi pincel en color amarillo y hago un círculo sobre la paleta. Lo alzo, con miedo a que escurra y deje media obra de arte en el suelo en vez de en su piel, donde debe estar de verdad, donde tengo la convicción de que es el sitio exacto para que sea mágico.

El primer trazo la hace contraerse y erizarse. Sus pezones se yerguen, inhiestos, y me señalan, me piden atenciones. Mi boca, sus pechos, mis manos, mi polla. Placer, solo placer...

Tengo que contenerme por segunda vez en el día, porque las sensaciones que despierta en mi cuerpo son incontrolables, como lo son los sentimientos.

Una línea amarilla le cruza el brazo de arriba abajo. No quiero dibujar nada, solo quiero disfrutar de los efectos que produce el momento, del erotismo del que somos, presos en este instante.

Ada imita mi gesto, empapa el pincel en verde y me hace tres trazos verticales en el cuello.

Sonrío.

Sonríe.

De nuevo, mi mano recorre la distancia que la separa de la paleta de colores y la pintura naranja, junto a los restos de la amarilla, impregna las cerdas del pincel.

Otro brazo, mismo recorrido.

Tras varias repeticiones, Ada tiene las extremidades pintadas y en su abdomen he dibujado un sol, alrededor de su ombligo. Un sol azul, porque me mola lo raro y diferente. Lo que no se espera.

Veo cómo se entretiene dibujando unas olas en el mío, de color amarillo, por eso de las antítesis, los antónimos y los desiguales, por ir en contra de la corriente y desafiar las leyes. Nos gusta ir de malotes.

He dejado nuestro color para el final. Dejo que el pincel caiga al suelo, sin demasiados miramientos ante el estropicio que puedo ocasionar, y acerco los dedos a la pintura. Me recuerda a la infancia, cuando pintaba murales en el colegio público al que acudía y luego perseguía a las chicas, amenazándolas con que les pintaría el pelo si no me daban un beso. Siempre me ha motivado una falda, ahora lo hacen las tetas, las suyas, porque las únicas que merecen una especial atención son esas dos peras que tengo frente a mí y que saben que son perfectas. Ni grandes, ni pequeñas, rosaditas y bien puestas, dispuestas a jugar y a dar guerra. Al final lo de los opuestos me está gustando mucho más de lo que debieran.

Llevo, con determinación, el dedo índice hasta el centro de su pecho. Dibujo un corazón en él, un corazón de color rosa

—Se te da bien dibujar a mano alzada, pintalíneas.

—Tú eres lo único que se me da bien.

Y con esta afirmación, tan carente de longitud y tan llena de contenido, me doy cuenta de que esto se me ha ido de las manos. Que la pintura es un aderezo más, un añadido, a un sentimiento que ambos conocemos por el otro, o eso me gusta pensar, que en cuestión de enseñanza sea yo el que la ha llevado a descubrir lo que hay detrás de esas pullas tan bien hiladas y de esos juegos tan diversos y motivadores. Que ella es mi Ada del Bosque y yo soy su pintalíneas. Que por mi cama han pasado muchas mujeres y ninguna ha marcado diferencia.

—¿Qué sucede? —me pregunta, como si leyese y entendiese mis

elucubraciones silenciosas.

No respondo. Quizás es presuntuoso pretender que alguien interprete un gesto como la respuesta a una pregunta, pero conociéndola como la conozco, sé que sabrá hacerlo y que no será una simple interpretación.

La beso, ahora con prisas, como si no existiese un mañana sino un aquí y ahora, un nosotros en este instante. Como si la simple distancia entre nuestros labios provocase una hecatombe mundial, un apocalipsis. La magnitud de nuestros besos es increíble, ella siempre me responde como si supiese exactamente cómo hacerlo, es una buena alumna. Podría decir que es normal, teniendo en cuenta el profesor que tiene, pero me voy a permitir el lujo de que sea ella la estrella de la noche.

—Siempre brillas —murmuro besándole el cuello.

Me responde con una mezcla entre un suspiro y un gemido.

Mis manos vuelan por la piel. Aún manchadas de rosa, comienzo a recorrer su cuerpo, a investigar como su fuese la primera vez, como si por fin hubiese sido capaz de descifrar el mapa del tesoro que tanto ansiaba encontrar.

Un puto cabrón con suerte, eso es lo que soy, un puto cabrón con suerte.

—Necesito más —me pide entre susurros.

—Abre los ojos —le pido.

Me importa una mierda destrozar la habitación, manchar todo con nuestros cuerpos, me importa una mierda todo lo que no seamos ella y yo en este instante.

Profundizo en el beso, al igual que ella, necesito más. Pretendo ser delicado, pretendo ser suave, pero es imposible. Imperan las ansias y caemos en eso, en el juego de devorarnos el uno al otro como si no hubiese nada más en el mundo.

Pienso en la bola de cristal, esa que desde el primer día me llamó la atención y en que para esa purpurina que se mece dentro no existe nada más en el mundo que el placer de flotar y flotar.

Y en el nuestro, vibrar y vibrar. De pasión y emociones, de burbujeo.

La tumbo, pero sin delicadeza. Ella cae y ríe por el hecho en sí de hacerlo de esa forma. Le tiro de las piernas y me parece maravilloso ensuciar todo de esta forma. Se las abro y queda completamente expuesta ante mí, mi polla de nuevo pulsa con fuerza. Busco un preservativo en el famoso altillo donde sé que los guarda. Me lo pongo con celeridad y me sitúo entre sus piernas.

—Espero que estés tan lista como lo estoy yo, porque no puedo pensar

en otra maldita cosa que no sea follarte.

—¡Qué romántico! —se mofa.

Tuerzo el gesto y me sitúo en el centro de su cuerpo. Tengo la polla a punto de reventar.

—Tócate y dime que estás preparada —le pido.

Mis manos, aunque en menor cantidad, siguen manchadas.

Ella me hace caso y se lleva la mano hasta el clítoris. Apenas juguetea con él antes de asentir como respuesta a mi petición. Siento la necesidad de llevarle la mano hasta mi polla y pedirle que me toque, que me haga una paja como la que me hice en su honor hace bastantes semanas, pero me contengo, porque creo que follarla en este instante es la prioridad.

La embisto con premura, sintiendo cómo la lleno, cómo esa sensación de presión se adueña de mi miembro. Llenándola lo máximo que puedo. Sus dedos siguen ahí, jugueteando con su zona y ella se arquea fruto de la mezcla de sensaciones.

—¡Dios! ¡Joder!

Es la hostia esto de estar dentro de ella, de moverme a mi antojo y saber que lo está disfrutando. Voy a correrme en breve como no deje de pensar en lo que pienso.

Observo cómo comienza a contonearse, cómo cuando la penetro por completo se frota contra mí y sé que busca su final, que necesita esas cosquillas que son el prelude de una corrida como Dios manda y dejar su cuerpo laxo, y lo sé porque es justo lo que yo necesito.

Parecemos dos locos, moviéndonos, tocándonos. Me tumbo sobre ella y me apodero de nuevo de sus labios, porque es la mezcla de placeres la que consigue que sea sublime. Le pellizco los pezones y ella se retuerce cada vez más.

Abre los ojos y me mira mientras nuestras lenguas siguen jugando. Brillo. Siempre su brillo. Me muevo con potencia.

—Tócate. Tócate y córrete mientras te follo, Ada. Córrete, porque eso es lo único que quiero, que te corras con mi polla; con mi polla llenándote, con mi polla follándote, con todo lo que tengo para darte.

No sé si es la palabra follar o la palabra correr, pero ella se corre y yo, tras moverme preso de la locura, acompañado de un ronco gemido, hago lo propio. Y sí, de nuevo ese pensamiento, de nuevo eso que os confesé antes.

Puto cabrón con suerte.

La estupidez humana y las cosas que nos perdemos

—Mi madre llegará en unas horas y creo que deberíamos tirar estas sábanas, porque no sirven para nada —bromeo.

La calefacción sigue a tope, como yo. ¿Quién no con este cuerpo desnudo al lado? En realidad, no es el cuerpo, es el sol de color azul, su ombligo, lo que hay un poco más al sur, la combinación y lo cerca que te hace estar del cielo cuando te sumerges en ella...

—Tenemos una conversación pendiente —me informa.

—¿Pendiente? ¿En serio? Yo pensaba mover los labios de otra forma... más íntima —le susurro mientras le guiño un ojo.

Nuestros dedos siguen entrelazados y, rompiendo un poco el momento, restriego mi polla contra su culo. Por lo menos no está pintado y sé que no acabará como un Picasso.

—Deja de pensar guarradas y céntrate —me pide al percatarse de mis intenciones.

—Las guarradas te gustan —le explico mientras muevo la lengua cual serpiente viperina, pero sin intención de proporcionar ningún dolor, solo placer, del bueno... Me estoy poniendo palote de nuevo y su culo lo nota porque se aprieta un poco con cierta intención—. No, definitivamente así no me ayudas.

Se ríe y se levanta. Se dirige al baño y oigo correr el agua de la ducha. Pienso en ir, en acompañarla y enjabonarla, pienso en enjabonarle a propósito todas y cada una de las partes del cuerpo, los pezones, el pubis, su coñito, su coñito, su coñito... Y así en bucle, pero algo me dice que necesita una ducha y yo, puestos a necesitar, necesito follármela de nuevo.

Acabo cediendo ante mis instintos primarios y yendo a su encuentro en el baño. Entro y el vapor me envuelve. Le gusta el agua caliente y a mi ella me gusta ardiendo.

—Toc, toc.

—¿Quién es? —me responde, siguiéndome el juego.

—El hombre del saco. —Y me entra la risa al pensar en que un buen saco escrotal tengo. Bromas aparte...

—¿Qué quieres? Soy una chica indefensa.

—Quiero que me entregues todas tus pertenencias o tendré que secuestrarte. —Aunque esta opción no me parece tan descabellada.

Secuestrarla, amordazarla, follarla, follarla, follarla... y así en bucle.

—Pervertido.

Observo cómo se enjabona la melena mientras el agua corre por su cuerpo como una puta cascada. Entro en la ducha y la sujeto por la cintura.

—¿Alguna vez te lo han comido en la ducha? —le pregunto con picardía.

Ella niega con la cabeza. El agua se tiñe de colores y pienso en enjabonarme lo más rápido que pueda para poder devorarla con premura, con intención y alevosía.

Dejo que un buen chorro de jabón me caiga en la palma de la mano y comienzo a frotarme el cuerpo con él, borrando los restos de pintura y sudor.

Pienso que mi madre llegará en unas horas y daré la sensación de estar resacado, uno de esos que no ha dormido en muchos días, pero bien valdrá la pena, porque será por hacer eso que tanto me gusta.

—Espera —me pide cuando me llevo la mano a la polla para hacer lo propio con ella, igual que con el resto del cuerpo—. Lo haré yo.

Sus delicadas manos comienzan a recorrer el tronco, los dedos juegan con la punta y yo pierdo el puto sentido y la jodida razón por la forma en la que averigua lo que me gusta, lo que me pone.

El agua continua corriendo por nuestros cuerpos cuando ella se arrodilla frente a mí y, sin dudar, se introduce mi polla en la boca. Y era yo el que quería comer, ¡joder!

Su boca se mece alrededor de mi capullo y lo degusta como si fuese una puta piruleta. Empujo con la cadera para entrar todo lo que pueda y ella alza la vista y me mira desde abajo, evaluando las reacciones de mi cuerpo.

Le paso los dedos por la mejilla, donde el bulto de mi polla le da esa forma redondeada que tan dura me la pone.

—¡Joder! Quiero follarlo, me da igual cómo, pero lo necesito.

La mezcla de movimientos, las ganas, las ansias, su mirada, el brillo de sus ojos, mi necesidad y las putas conexiones intergalácticas, me tienen a tope.

Ella sonrío, complacida por mi comentario, pero, aun así, sigue engulléndola como si fuese su tarta favorita.

La alzo y le doy la vuelta. Dejo su espalda a mi vista, recorro con el dedo índice la línea de su columna vertebral y, al llegar al final de la misma, sitúo ambas manos entorno a sus caderas y le coloco el culo en pompa.

—Voy a follarlo, fuerte, caliente, perverso y duro. Lo necesito. Dime, Ada, ¿qué necesitas tú?

—Que hagas eso, exactamente eso que has dicho y que me lleves hasta donde pierda el sentido.

Putra mierda. ¡Joder! Me va a reventar la polla.

Me sitúo, una vez más, justo en su entrada y, sin pensar en nada más, la penetro. El primer contacto me provoca un escalofrío, a pesar de que el agua que nos empapa está ardiendo. Me muevo en su interior con potencia y ejerzo presión sobre las caderas de Ada.

—Alza una pierna y colócala ahí —le digo, refiriéndome al pequeño cuadrado que está pegado en un lateral y donde coloca los geles de baño mi chica.

Llevo uno de los dedos hasta su clítoris y lo percibo inflamado. El sexo, mucho sexo, da como resultado que esté sensible y abultado. Dirijo el dedo hasta su boca y lo introduzco en ella para que lo chupe, y vaya si lo hace.

No ceso en mis acometidas mientras llevo el dedo que acaba de pasar por su exquisita boca hasta su clítoris y comienzo a hacer círculos a su alrededor a la vez que la penetro. Cada vez que llego al fondo y me introduzco del todo, paro el movimiento para que sienta cómo mi dedo hace mella en ella y gime con fuerza. Juro que tengo que contenerme para no reventarla a pollazos, como un puto bestia, pero me llevan al límite el calor de su cuerpo y las respuestas del mismo ante mis movimientos. De nuevo la embisto y la toco. Mi dedo vuelve a su boca y hago lo mismo hasta que noto que ella misma ansía que no pare, sino que siga moviéndome, y eso me hace perder el puto juicio.

La embisto mientras gime fuerte.

—No pares, joder, no pares, por favor.

Y así en bucle, eso es lo único que me dice y yo mentalmente me repito que no, que no pienso parar ni hoy ni nunca, porque he descubierto que mi lugar favorito en el mundo está donde esté ella. Está dentro de ella.

Salimos de la ducha y anoto mentalmente que le debo algo, porque mis intenciones eran bien distintas a lo que terminó siendo real. Como todo, el cazador cazado, el gato y el ratón, la mosca y la mierda. Ya ves, cada comparación mejor que la anterior... En fin.

—Mi madre llega dentro de unas horas —le digo al fin.

Nunca le he hablado mucho de mí o de mi familia, pero ella tampoco lo ha hecho conmigo. No le hemos encontrado el sentido a eso, supongo que no ha surgido y ya está.

—Me gustará conocerla —me explica mientras saca una paleta nueva y

prepara nuestro cuadro—. Ahora te voy a enseñar yo a ti. —Señala la butaca y me pide que me siente.

Dirige sus pasos al armario y se pone una camisera de color amarillo limón.

—Inspirador —le revelo mientras la veo colocarse dos calcetines de color lima—. Pareces un puñetero fosforito.

—Calla, imbécil, los colores llaman a la creatividad.

—Y a la guardia civil —me mofo.

Comienza a depositar varios colores en la paleta, no muchos. No entiendo de estas cosas, pero pensaba que pintar era cuestión de poner colores sin ton ni son y ya se vería el resultado. También es verdad que eso es lógico si pintas un cuadro de esos que no tienen nada definido, ni siquiera sé cómo se llaman.

—Visualiza lo que quieres pintar. —Agita la bola y la coloca a mi lado—. Siente lo que haces, no dibujes porque sí, intenta que eso que plasmas en el lienzo sea una extensión de ti mismo, una extensión que quieres que acabe como eso que tanto ansías.

Me parece una puta locura eso que me dice, pero me dejo llevar por sus palabras.

—Guíame —le pido. Empapa un pincel pequeño en un color azul celeste, una mezcla que ha hecho en veinte segundos con blanco y un azul raro. También le pone algo de rosa, pero no sabría cuantificar las cantidades—. ¿Cómo sabes lo que necesitas de cada color? —pregunto, asombrado al colocar la pintura sobre el lienzo y ver el color tan bonito que ha salido de un manchurrón hecho sin más.

—Lo sé. —Es la única explicación que me da—. No te acerques mucho a los bordes de la bola, para darle otros matices en esa zona. —Chino mandarín, en serio...—. Ahora, dime, Guillermo, quiero saber si ha habido alguien.

—¿Me hablas de una chica? —Detengo las pinceladas para observar su gesto ante la pregunta que me formula.

—Por ejemplo...

—Ha habido muchas. Y todas merecen la misma importancia, ninguna. Cierto es que tuve una relación. Mi madre ahora se empeña en buscarme novia. —Ada sonrío mientras acerca su mano a la mía para que mis pinceladas sigan siendo certeras—. Aprovecha cada ocasión para presentarme a una chica nueva, una con la que pueda desposarme porque está harta de que no

siente la cabeza. Discutimos mucho por esa estupidez y porque le gusta ser mi Celestina, pero nunca le funciona, soy un hueso duro de roer —le explico.

—Tu madre busca lo mejor para ti —la defiende.

—Y yo lo entiendo, Ada, en serio, pero resulta cansino que siempre sea lo mismo. La cosa ha mejorado desde que estoy viviendo aquí, pero siempre me llama para contarme alguna locura sobre una chica. Pretende que me case cuanto antes.

—¿No quieres casarte? —me pregunta atónita.

—No me gustan esas cosas, no sé, soy más práctico: si me gusta alguien lo suficiente como para querer pasar toda mi vida con ella ya se me ocurrirá algo, o se le ocurrirá a ella. Lo dejo en manos del destino y de nuestra capacidad de improvisar.

—Me parece justo. A mí me gustan las bodas.

—A ti te gusta todo —bromeo.

—Me gustan los detalles; disfrutar de las cosas, de una pincelada, de un suspiro, de un gemido, de la luz, de las películas que me monto en mi cabeza, no sé... Soy una soñadora —me confiesa.

Me gusta todo eso que me dice, me gusta la forma en la que lo dice y la capacidad de sincerarse sin sentirse estúpida por ello. Quizá todos seamos un poco estúpidos al pensar que lo corriente es lo lógico y dejamos de lado todos los putos matices, porque vamos a la carrera en la vida y la vida debería ser una caminata, no una maratón.

—Yo también tengo una pregunta que hacerte, Ada del Bosque, ¿crees que una persona se puede enamorar de otra con tan solo mirarla?

—Creo que una persona se puede enamorar de otra con tan solo soñarla.

Colgando en tus labios

Estoy en el aeropuerto. Muerto de frío y con más ganas de dormir de las que debiera, pero eso de que sarna con gusto no pica es real.

Las conversaciones con Ada son todas intensas, siempre te deja ese maldito sabor de boca que hace que anheles seguir profundizando, porque te llena de paz y de algo que no sabes definir, pero que te coloca una sonrisa en la cara.

Creo que esa canción de Marta Sánchez y Carlos Baute, que hace tantos años pegaba fuerte, es una gran forma de definir lo que tenemos nosotros ahora mismo. Mi corazón está colgando en sus manos, mi corazón está colgando en sus labios, mi corazón pende de ella.

Da vértigo, pero del bueno, porque tampoco me pongo exquisito en lo que a deportes de riesgo se refiere, pero este es el proyecto más jodido o el salto más complicado que he tenido el placer de dar.

Luego, está la parte buena del asunto y es esa de ir descubriendo lo que no sabes que tienes, pero que se encuentra ahí.

—Te dije que ibas a caer, Guille, y no me equivocaba. El señorito «no, no me pienso enamorar porque el amor es un invento o un rollo de mierda» no te iba a durar toda la puta vida. La cosa es así, Guille: naces, creces, maduras, aunque en tu caso tengo ciertas dudas de ello, te enamoras, porque siempre te enamoras, aunque no salga bien, pero caes, y al final la palmas colega, porque eso es otra cosa de la que no escapamos. —Mi amiga Helena, esa a la que he llamado para que me amenice el trayecto hasta el JFK, a donde en breves momentos llegará mi madre, es la viva imagen de la ironía o de la realidad, porque es brutalmente sincera, y a mí me gusta que sea así, eso la hace especial.

—Te dejas algo.

—Ya, algo relacionado con tu polla, para variar. He aquí esa parte que te explico sobre lo de madurar en tu caso.

Me río a carcajadas, porque, efectivamente, le iba a decir algo sobre el crecimiento descomunal de mi miembro, pero ahora tendré que reformular la frase para dejarla mal, en fin...

—Siempre pensando en pollas, qué mal, tu novio no te da lo que necesitas, háztelo mirar porque estás bien jodida, y no como debieras. —Y así, señoras y señores, se sale del paso con estoicidad.

—Gilipollas. No desvíes la atención, ¿ya se lo has dicho?

—¿El qué? Y no desvió la atención. —O sí, pero odio darle la razón en todo.

—Que te has enamorado.

Un puto nudo se me forma en la garganta, porque que me guste, vale. Que follemos bien y de puta madre, vale. Me lo paso bien, vale. Encoñado o encaprichado, vale, pero ¿amor? Madre mía, esto se nos va de las manos y no puede ser.

—No puedo decirle algo que no es cierto.

—Vale. Ahora tendré que reformular mi frase estrella. Dejará de ser: «ya caerás», para pasar a: «ya confesarás».

—Estupideces.

—Guille, deja de hacer el tonto y madura de una vez. Ahora bien, como juegues con ella, como le hagas daño, te arrancaré las pelotas y se las daré de comer a los leones. Es muy buena chica y tiene buen corazón. Haz frente a la situación, deja a un lado las inseguridades, los miedos y todas esas cosas que piensas y céntrate, porque no es justo para ella. Ni para mí, que me vuelves loca.

—Pero si apenas te he llamado para contarte cosas.

—Pero soy una chica lista y resolutiva y me entero de todo, ¿o es que me dirás que ahora te estás poniendo de digno y no estás pillado por ella?

—Pillado, pillado...

—Mira, en serio, estaré aquí para ti, pero cuando de verdad pienses lo que dices, porque para aguantar niños pequeños tengo a Diana.

—Tenía que haberme casado con tu hermana.

—Me replanteo lo de tus pelotas, pero no solo por joderle la vida a Ada, sino por meter a mi hermana en la ecuación. Llámame cuando me necesites, pero haz las cosas bien. Ya no por ti, Guille, por ella, que se lo merece.

—No tengo intención de hacerle daño. Le tengo cariño, me gusta estar con ella.

—Te gusta ella y lo sabes. —Bendito Julio Iglesias.

—Bueno, me gusta ella, sí, y tengo miedo porque nunca me había sentido así con una chica.

—Vaya, si veo que por fin vas cediendo y reconociendo las cosas. Menos mal, te llega la sangre al cerebro, pensaba que toda la tenías en la polla.

—No te pases —me río—, aunque sabes que para llenar mi polla tengo que tener mucha sangre ahí concentrada, es de medidas descomunales.

—Pfff, me saturas —se ríe mi amiga—. Ada es especial, ¿vale? Y tú también lo eres, Guille. Todos lo somos por algo y debes dejarte llevar y que todo sea como deba ser, que fluya, que vibre. Justamente eso, que te haga vibrar.

—Ada me hace vibrar —confieso.

—Entonces, amigo mío, vas por el camino correcto.

—¿Helena?

—¿Sí?

—Gracias.

—Te dije que caerías. Ahora prepárate, porque me pienso reír mucho de ti, es más, pienso contárselo a tus hijos cuando crezcan. «Érase una vez un chico que creía que jamás se iba a enamorar, follaba y follaba hasta que apareció ella, Ada, tu madre. Sí, mi niño, es tu madre y cayó».

—Caí.

—Caíste y me siento feliz por ello.

—Te quiero —le digo. Y creo que es la primera vez que se lo digo, no lo sé.

—Te estás convirtiendo en un oso amoroso, Guille, pero, ¿sabes qué? Que yo también te quiero, porque eres mi mejor amigo y porque siempre has estado ahí para prestarme tu ayuda y eso solo lo hacen las personas que tienen buen corazón. Deja de martirizarte y siente, porque no hay nada más bonito en esta vida que sentir y luchar por lo que uno quiere.

Y cuelgo con esa premisa, porque puede que sea un pensamiento erróneo o simplemente me haya cagado encima y por eso actúe así, pero es cierto todo lo que dice Helena y debo dejarme llevar. Improvisar es bueno, así que, si me caigo, ya veré cómo me levanto.

El vuelo llega relativamente puntual. Observo a mi madre caminar al lado de una chica y gesticular mucho. Debe de estar explicándole algo, porque mi madre siempre ha movido mucho las manos cuando intenta contarte ciertas cosas. La recuerdo leyendo por las tardes en casa y moviendo las manos para explicarme de qué color era el cielo o las cosas que hacía el pájaro: saltitos, vuelo, picoteo...

Mi padre va rezagado. Tirando de una maleta que bien podría ser más grande que él y eso ya es decir. La chica que acompaña mi madre es bastante guapa. Creo que se llamaba Sandra, me mola el nombre.

Mi madre me ve, a pesar de que no me encuentro en primera línea, me encuentra a la primera. Me siento como Wally cuando lo cazan en un santiamén y eso que no llevo un suéter rojo y blanco.

Acelera el paso y se le forma una sonrisa enorme en la cara. Me echa de menos.

Me abraza cuando llega a mi altura, sin ningún pudor, y me doy cuenta de que, a pesar de las diferencias y de los rifirrafes que tenemos, yo también la echaba de menos a ella. Decido que aprovechar el tiempo con ellos estos días debe ser prioritario y que tengo que empaparme de lo que me deparen estos días.

—Mamá... —murmuro tras un rato ahí.

—Pitufito... —Creo que eso de disfrutar de estos días me va a resultar imposible si me llama así, si sigue llamándome así.

—Odio ese apelativo.

—Eres mi Pitufito. —Si se entera Helena, soy hombre muerto—. Ella es Martita —me dice.

Presto atención a la chica y le sonrío, pero por pura cortesía. La chica me observa con atención y me doy cuenta de que se acerca al tipo de mujer que en otra ocasión habría despertado mi curiosidad. Le doy dos besos y busco a mi padre, que él, siempre tan educado como es, se mantiene al margen, esperando su turno. Mi madre siempre ha sido el alma de la fiesta en todo y siempre ha necesitado ser la primera en las presentaciones, en las llegadas, hasta en probar el menú si salíamos a comer, por eso mi padre tiene tan interiorizado eso de esperar a que le toque. Como si mi madre fuese la charcutera y él la persona encargada de pedir el jamón.

—Papá. —De nuevo esas sensaciones de añoranza hacen acto de presencia. Hace mucho, quizás demasiado, que no nos veíamos.

—Hijo, te veo bien —me dice—. Te hemos echado de menos.

—Y yo a vosotros —finalizo dándole un par de palmadas en la espalda, que tenemos corazón, vale, pero no dejamos de ser unos machotes de pelo en pecho. Él más que yo, todo hay que decirlo.

—Ella es Martita. —Mi madre quiere que centre la atención en la chica, para ella es de vital importancia. Sonríe de esa forma, justamente de esa en la que se ve acunando varios niños, preparando biberones, cambiando pañales y todas esas cosas que implica ser abuela.

—Bienvenida a la Gran Manzana, Martita —le digo, socarrón.

—Marta —me corrige ella—. Solo Marta, Pitufito.

Parece ser que no soy el único al que no le gustan los diminutivos.

—Guille. Solo Guille —le pido.

Ella sonrío, taimada y complacida por la corrección. Me parece a mí que Martita viene buscando guerra.

Martita, ita, ita, ita

Tengo un cabreo de cojones. Pero monumental. Mi madre ha vuelto a hacer de las suyas y todo eso de pasar tiempo con ella y disfrutar de su compañía se ve emborronado por la mala intención con la que hace las cosas.

Estamos en casa, sí, vale, hasta ahí bien, pero estamos en casa Julita, Ada y yo.

—Marta, ¿te quedas a cenar?

Martita, es Martita, no Julita.

—Sí, claro.

Solo le falta decir que de aquí no la sacan ni con agua caliente.

Resulta que mi madre y mi padre tienen hotel, pero Julita no. Martita, perdón.

Ada parece desenvolverse bien y le da exactamente igual preparar cena para dos que para tres. Oreó no está tan cómodo. Está encima de mí, pero no se acerca a la nueva chica. La ve como una intrusa y, puestos a confesar, yo también, porque nada de esto entraba en mis planes.

—Ahora vuelvo —le digo a Ada mientras llevo a Oreó a su habitación.

—¿Qué pasa?

Niego con la cabeza, Martita parece pasar de todo y hasta lo ve normal. Ada me sigue hasta la habitación y cierra tras entrar en ella.

Dejo a Oreó sobre la cama y él se recuesta tranquilo, respira paz ahí, cosa que no sentía en el salón.

Acelero el paso y empujo a Ada contra la puerta y la beso. Con fuerza y ganas, buscando su sabor y que me calme, porque estoy de mal humor y no me gusta esto, me gusta cómo estábamos hasta que llegaron ellos.

Ella me responde gustosa, sin excusas y sin peticiones, sencillamente entregada, como siempre hace conmigo, con todo... Siempre dándonos lo que necesitamos al encontrarnos.

Separo nuestros labios a regañadientes y pego mi frente a la suya.

—Va a sospechar —me dice.

—¿Quién?

—Marta. Va a pensar que nos estamos dando el lote.

—Es lo que hacemos, y me importa bien poco si sospecha.

—¿Es tu novia?

—No, yo no tengo novias. Es una chica de esas que te dije, hija de

alguna amiga de mi madre. Ya sabes.

—¿Casamentera?

—¿Mi madre? —ella asiente—. Como la que más. Voy a salir a hablar con ella, porque me la ha jugado y se lo dejé bien claro antes de pisar tierra neoyorquina.

—Quiere lo mejor para ti —la defiende. ¿Os lo podéis creer? ¡La defiende!

—Lo mejor para mí eres tú —le digo con una naturalidad tan innata que nos resulta apabullante.

Se separa de mí y me escruta con la mirada, como hace siempre, ese gesto innato en ella.

—Empiezas a darte cuenta —me dice—. Siempre tengo razón y tú me la estás dando. Pero, ¿sabes qué?

—Sorpréndeme.

—Que tú también eres lo mejor para mí, contra todo pronóstico, lo eres, pintalíneas. —Sonríe burlona, porque sabe que, a pesar de su afirmación, le gusta dar ese toque juguetón.

Unimos las manos y entrelazamos los dedos y, sencillamente, nos abrazamos y disfrutamos de esa conexión que tenemos desde el momento en el que nos conocimos.

Salgo a la calle sintiéndome mal por dejarla allí, con esa chica que no conoce y que creo que estaría más que dispuesta a tener algo conmigo. No, no es prepotencia ni chulería, son las cosas que mi madre debe de haberle metido en la cabeza. No conozco a Paulita, a pesar de que mi madre dice que compartimos tardes de juego. Vale, puede que se hubiese dado el caso, pero eso no implica nada más allá. Éramos niños y ahora somos adultos y tenemos en común lo mismo que un huevo y una castaña. Quizás yo me estoy montando mi mejor película en la cabeza y ella ni siquiera quiere nada más allá que conocer una ciudad y un viaje que puede que incluso le haya salido gratis, me da exactamente igual todo; ahora bien, no me gusta que hagan cosas que no quiero.

Cojo la cajetilla de cigarrillos, esa que tengo de emergencia y salgo mascullando un simple «hasta luego».

Me encamino al hotel donde sé que están alojándose mis padres. Decido llamar a Jaydee, por hablar del proyecto y de nuestras cosas también.

—Colega, pensaba que no me lo ibas a coger.

—Soy Mia.

—¿Ya estás en esa fase?

—¿Cuál?

—La de adueñarse de las cosas de los novios. Qué pena que no me haya divertido lo suficiente a vuestra costa. Debes darle las gracias a Helena, se convirtió en tu ángel de la guarda, desde que está con el capullo ese se ha vuelto más benévola.

—Tú estás con Ada y no se te ha pegado nada bueno, algo estáis haciendo mal —murmura para pincharme.

—Ja, ja, ¡qué chistosa!

—Anda, como tú —me suelta con sorna.

—¿Dónde está mi amigo?

—En la ducha, así que debes conformarte con hablar conmigo. —La imagino encogiéndose de hombros para restarle importancia al hecho en sí de que deba hablar con ella.

—Si insistes... Dime, Mia, ¿cómo tienes las tetas?

—Eres un cerdo. —Pero se ríe y yo con ella. Le doy una calada al cigarro que me acabo de encender y medito si coger el metro o un taxi. Debo serenarme un poco antes de llegar, porque, de lo contrario, puede estallar la tercera Guerra Mundial—. ¿Estás fumando?

Asiento, pero es obvio que no me puede ver, por lo que decido contestar.

—Sí.

—¿Qué te pasa?

—Mi madre, mi madre es un dolor de cabeza con piernas. —Mia se parte de risa a mi costa; es mala, mala pero de verdad—. No te burles de las desgracias ajenas.

—¿Qué te ha hecho?

—Ha llegado y ha traído visita. La hija de no sé qué amiga y hasta ahí, pues bien, porque me resbala el asunto, pero le advertí de que en casa no se podía quedar porque estamos Ada y yo.

—Y Oreo —me interrumpe—. Es tan mono. Me encanta.

—Luego hablamos del gato, si te apetece, ahora debes aguantar el rollo de tu amigo. La chica está en casa, parece que no tiene donde quedarse.

—Toma ya, tu madre es lista.

—Lista y maquiavélica —le respondo—. Le advertí que no podía ser y, aun así, está en mi casa, con Ada.

—¿De qué conoces a esa chica?

—De nada.

—Vale, me queda claro que tu madre quiere que te busques una novia y, si es esa chica, pues habrá hecho bien su trabajo. Dile que estás con Ada.

—No estoy con Ada.

—Eres un subnormal, porque te gusta y deberías decírselo a tu madre.

Vale, puede que me guste un poco y que me lo pase bien con ella, y que me haya vuelto un completo gilipollas por sus huesos, pero de ahí a decírselo a mi madre hay un abismo.

—Si le cuento algo, preparará una boda y nos casará en cuestión de días.

—Y si no se lo dices, te organizará la misma boda, pero con la recién llegada.

Medito las palabras de Mia mientras enciendo otro pitillo. No me gusta mucho fumar por fumar, pero es una manía estúpida que tengo cuando me pongo nervioso o de mal humor.

—Puede que tengas razón.

—Yo siempre tengo razón —me suelta, llena de convicción.

—Eso dice también Ada. —Y una sonrisa tierna brota al nombrarla, es el efecto que me produce mi hada.

—Ada... Es buena chica, me alegro mucho, me gusta para ti. Nunca pensé que fueses a acabar con una chica como ella. No te pega.

—Dicen que los polos opuestos se atraen —le explico.

—Y parece que contigo fue certera la expresión.

—Eso parece —confirmo—. Eso parece.

—¿Quieres que te pase a Jaydee? Acaba de salir de la ducha.

—Vale. Gracias, Mia.

—De nada. Ponle mi nombre a tu primera hija con Ada.

—Ja, ja. ¡Qué chistosa! —le repito justo antes de comenzar a hablar con Jaydee sobre trabajo.

Al final va a tener razón Ada, hablando se entiende la gente y las oportunidades son buenas, nunca sabes lo que te deparan el futuro ni la amistad y mola eso de averiguarlo.

Llego al hotel más relajado y tranquilo. Tras hablar con mis amigos y distraerme, sé que no vale la pena estar de mal humor sin necesidad.

Pregunto en la recepción por ellos y me indican que acaban de subir del comedor. Me muestran el número de la habitación y pienso que dar ese dato así como así a alguien que no conocen no es una buena medida de seguridad.

Dejando la seguridad a un lado, subo en el ascensor hasta la planta número cinco y busco la habitación quinientos veinte. Toco, quizá con demasiada suavidad, y espero paciente a que alguien abra.

Escucho varios pasos acercarse y me abre mi padre. Con la camisa abierta y el pelo en el pecho ahí, saludándome.

—Hola, papá. ¿Está mamá por aquí?

—En la ducha —me cuenta—. Pasa, veo que vienes a reclamarle por su jugarreta.

Hasta mi padre es consciente de los líos de mi madre.

—Efectivamente.

Paso y oteo la habitación, veo que es bastante cómoda y que el hotel está bien. Quiero a mis padres, ahora mismo más a mi padre que a mi madre, pero quiero que pasen una agradable estancia y que se lleven un buen recuerdo de la visita.

Siempre he sido yo el que ha volado a casa para verlos, por lo que os he comentado, mi padre tenía unos horarios complicados y llegaba exhausto. No había tiempo para mucho más que un fin de semana y, teniendo en cuenta las horas de vuelo que implica venir a Nueva York, no entraba dentro de sus planes.

Mi padre se acuesta de nuevo en la cama y yo me siento en una butaca a su lado. Tiene puesto un partido de baloncesto.

—¿Quieres que te active los subtítulos?

—El deporte tiene lenguaje universal —me responde.

Mi padre es así, conformista y paciente. Pienso que se llevaría bien con Ada porque, aunque es parco en palabras, todo lo contrario a mi madre, tiene ese algo que te hace confiar en él solo con mirarlo a los ojos. Hoy a los ojos, porque si ves ese pelo en el pecho te pondría de los nervios.

Tras ver varios lanzamientos magistrales, sale mi madre de la ducha, envuelta en el albornoz del hotel y con una toalla enrollada en la cabeza.

—Pitufito —me dice, sorprendida al verme.

—Tenemos que hablar —le suelto como saludo.

—¿Y Martita?

—Justamente de eso tenemos que hablar, de Julita.

La charla

Mi madre está encantada con que su plan haya salido tal y como esperaba y le da igual reconocerlo. Sincera es, de eso no hay duda.

—Yo sé que no querías, pero tenía que hacerlo. —No, no me lo esperaba. Tampoco se me da bien mentir, sí que me lo esperaba.

—¿Por qué te cuesta tanto dejar de meterte en mi vida?

—No me meto en tu vida —responde, ofendida—, solo intento ayudarte.

—Tu madre intenta darte un empujoncito —se descojona mi padre.

—No necesito ningún empujoncito —les explico a ambos—. Estoy bien así.

—Estás solo —insiste mi madre.

—No lo estoy, tengo muchos amigos y amigas, trabajo, salgo, disfruto...

—No tienes hijos.

—Ni intención de ello. Ni con Sandrita ni con nadie —zanjo.

—Bueno. No tienes por qué decidir nada, conócela y ya veremos qué pasa.

Intentar razonar con mi madre es complicado, es bastante insistente y le da exactamente igual el argumento que utilices, por eso la técnica que mejor me funciona con ella es la de no contestar sus llamadas o cambiar el tema, o irme a vivir a Nueva York...

—Quiero que salga de mi casa. Búscale una habitación en este hotel o en otro, me da exactamente igual, pero mañana la quiero fuera de casa, y da gracias a que no la pongo de patitas en la calle esta noche.

—Desde luego, no sé a quién has salido tan arisco y maleducado.

—A tu madre —le dice mi padre, sin ápice de vergüenza.

—Deja a mi madre tranquila. —Mi madre se persigna y en esta ocasión soy yo el que empieza a descojonarse, porque esto empieza a estar peligrosamente cerca de una escena de esas de las comedias que salían en la tele donde había tres parejas de distintas edades que se echaban en cara todos los problemas que tenían—. Yo no te digo nada de la tuya —prosigue ella.

—Mentira, la nombras a todas horas, en una palabrota, haz memoria —le pide mi padre.

Creo que es mejor prestar atención al televisor, porque esto puede

durar varios minutos.

Total, que discuten un rato y mi padre decide salir. Conociéndolo como lo conozco, me esperará en la calle, porque muy lejos no puede ir salvo que quiera perderse, pero sé que todo este asunto es cosa de mi madre y que, si fuese por él, me pediría que nunca jamás me case, porque cuando se enfada con mi madre no es que tenga muy en buena estima al sexo femenino.

En su defensa diré, que tiene el cielo ganado porque mi madre es un poco especial, como veis.

—Pitufito, tienes que sentar cabeza, casarte, y Martita es buena niña, creo que podría valer.

Vale, veo que la atención ya vuelve a estar puesta en mí.

—¿Valer? Esto no es como probarse un zapato y ver si te queda bien. Mamá, en serio, te lo agradezco, pero no. —Me suena a una canción pero mi memoria no es buena con los nombres. Nada nuevo, vaya—. Además... —Ahora o nunca, ahora o nunca—. He conocido a alguien y...

—¿A alguien? —A mi madre le hacen chiribitas los ojos, creo que ni en el Día de Reyes veo tanta felicidad en su cara.

—Es una chica especial y, bueno..., estamos bien.

—¿Te vas a casar?

—¡Dios! Mamá, eres exasperante, en serio... —Cuánto entiendo a mi padre, os lo juro.

—¿Hijos? —insiste—. No la dejes preñada, que eres un pichafloja.

—Mamá...

—¿Tomáis precauciones?

—No pienso hablar de nada de esto contigo. —Y doy gracias porque esta conversación sexual tenga tan poco sentido y sea tan incómoda, porque podría ponerme cachondo solo con pensar en Ada desnuda, Ada mojada, Ada entregada, Ada cachonda...

Mi madre, mi madre, piensa en mamá. Moño alto, toalla abierta y enseñando eso que no quiero visualizar bajo ningún concepto. Vale, erección cero.

—Quiero conocerla. Porque no confío en ti, puede que sea una estratagema de esas para que te deje en paz...

—Eres cansina.

—Ya, pero quiero conocerla. Y quiero que vengas a España a verme, no me he olvidado de tu promesa. —Todo esto me lo dice señalándome con el dedo índice, como cuando tenía ocho años y hacía alguna travesura que no

debía o mentía sobre las notas, algo siempre tramaba... Lo de convertirme en un santo es cosa de la madurez, porque de pequeño era todo lo contrario.

—Ya veremos —le digo.

Y sé que Ada estará encantada de conocerla, porque me lo ha dicho, y se la ganaría a la primera, pero no quiero precipitarme, esto no es como las películas esas donde se conocen, se enamoran, se casan y tienen cinco hijos que mantienen con un solo sueldo y todo son risas y fiestas, la vida no funciona así.

Pero, por encima de eso, Ada la querría conocer, no por ser mi madre o porque se monte películas del tipo de Helena en su cabeza, no, sino porque ella es así, tú propones y ella asiente y lo disfruta. No sé, creo que es una persona maravillosa que llena todo a su alrededor y que yo soy un pringado que ha caído, metafóricamente, sin moratones ni puntos.

Comparto un cigarro con mi padre en la puerta del hotel. Hablamos sobre banalidades y trabajo. Le explico lo que he decidido hacer con Jaydee, omito la parte en la que Ada me dio una bofetada sin tocarme al razonar de una forma mucho más madura de lo que lo hice yo, que simplemente me obcequé en que lo mejor era separar.

Mi padre poco entiende de arquitectura, pero, a pesar de ello me escucha con atención y me pide paciencia si las cosas no salen bien a la primera, que es lo que suele suceder.

Regreso a casa más calmado, pensando en la mejor forma de plantearle a Ada que mi madre quiere conocerla, no porque ella vaya a negarse, sino porque no quiero que se sienta presionada a hacerlo y, por encima de todo, a someterse a su tercer grado, que es lo peor de todo y lo más preocupante del encuentro.

—He llegado —saludo al entrar.

—Buenas noches —me saluda Anita batiendo las pestañas. Si sigue así, creo que podría levantarse un huracán dentro de esta casa.

—¿Y Ada?

—En la cocina —responde, poniéndose en pie. Se acerca y me pasa la mano por el pecho. —Parece que vamos a tener que compartir habitación esta noche, Pitufito.

¡Joder con Angelita!

Retiro la mano con toda la educación que el momento me permite y me encamino en dirección a la cocina, en busca de mi hada.

—Buenas noches, Ada del Bosque, ¿preparando heno? —Ella se gira y

de inmediato sé que ha estado llorando. Tiene las mejillas rojas y los ojos más aún. —¿Qué sucede? —Espero que no haya sido Juanita la que le haya hecho esto, porque entonces sí que no tendré compasión y se irá a la calle esta misma noche—. ¿Ha sido ella? —le pregunto, refiriéndome a la susodicha.

Ada niega con la cabeza. Se acerca y apoya la cabeza en mi pecho y juro que me impacta, me golpea y me quita el aliento verla así. Dicen que las personas, por muy racionales que seamos, nos damos cuenta de las cosas cuando pasamos por un momento trágico. Obviamente, este momento no se puede definir como tal, pero sí que creo que no hay nada mejor que pasar un mal trago para que te des cuenta de lo que eres y de lo que tienes.

Me limito a darle su tiempo, a dejarla que me empape la sudadera con las lágrimas y que se desahogue. No soy bueno dando consejos, ni siquiera soy bueno interpretando emociones, pero si soy bueno en algo es en ser su refugio ahora mismo.

—Llora lo que necesites, porque no me pienso ir a ningún sitio sin ti. Jamás pienso irme.

Ella alza la vista y, aun con todo, con esa rojez, con la hinchazón, me parece la mirada más bonita que he tenido el placer de ver.

—Las chicas duras a veces lloramos, pintalíneas.

—Y para eso están los novios, ¿no? Para llorar juntos si es necesario.

—¿Novios? —pregunta ella entre llorosa e inquieta.

—Es lo que somos, ¿verdad? —Ahora soy yo el que formula la cuestión, temeroso—. No quiero separarme de ti, Ada, llegaste, lo cambiaste todo y ahora quiero que te quedes.

—¿Qué pasaría si no me puedo quedar?

—¿Por qué no te vas a poder quedar? —inquiero—. Tienes un trabajo que te encanta, una ciudad para comerte y a mí, que también me puedes degustar. —Ella sonrío, aunque no como lo suele hacer, sonrío sin ganas, sin esa emoción que ella le pone a todo—. Y tenemos un cuadro que acabar y un viaje que hacer.

—El viaje de nuestras vidas, Guille.

—Uno para no olvidar, Ada.

Y pienso que tenemos todo el tiempo del mundo para viajar juntos, para descubrir, conocer, sentir, aprender y enseñar. Y lo pienso ahora, porque confío en el destino, aunque quizás y solo quizás, no deba hacerlo.

Rompiendo las tres reglas de oro

Lo mío toda la vida ha sido ir a contracorriente, como la canción de El Canto del Loco. Pero no me importa, a nadie debe importarle si lo que hace, le llena. Ande yo caliente y ríase la gente, ¿no?

Dejo a una Ada más calmada en su habitación. Enciendo esas luces que tanto le gustan y que tan sencillamente exquisitas me resultan a mí ahora y vengo a mi habitación porque debo ser un buen anfitrión.

Prometí que no echaría esta noche a esa chica y no lo voy a hacer, pero considero que una conversación sincera no está de más, así que aquí me encuentro, poniéndole sábanas limpias a la cama y buscando un pijama para dormir fuera de mi espacio.

La chica en cuestión tampoco ha invadido mi espacio, incluso oteé cómo contraía el gesto al ver la cara descompuesta de Ada. Dicen que las mujeres son más empáticas y que los hombres somos más racionales, por algo del hemisferio en el cerebro. Creo que esa clase en concreto me la salté, o puede que estuviese intentando averiguar el color de la ropa interior de alguna de mis compañeras de curso, incluso intentando ganar alguna apuesta en plan a ver quién mojaba más el churro de los del grupo. ¿He dicho ya que no me gusta perder? Pues haceros a la idea de quién jugaba toda las cartas para ganar la partida.

—Escucha, Jazmín, tenemos que hablar.

He salido en su busca, supongo que tampoco debe ser plato de buen gusto para nadie llegar de visita y encontrarse una situación extraña, donde le hago poco caso o ninguno, y a saber la de cosas que mi madre le habrá contado.

—Claro —me comenta, sonriente.

—Esta noche dormirás en mi habitación. He puesto ropa limpia y puedes utilizar el baño sin problema. Mañana deberás buscar dónde quedarte.

—Por un momento, me siento mal, porque veo cómo contrae el gesto y no soy de exculparme si es error mío, pero, en este caso, no me siento para nada el verdugo, porque mi madre la ha liado y, aun así, estoy intentando solventarlo

—. Mi madre probablemente pensó que lo mejor es que te quedases conmigo, pero, como ves, comparto piso y no me parece justo para ti, ni para Ada.

—Entiendo.

—Lo siento mucho, y perdóname si no sé ser lo suficientemente suave,

pero prefiero ser directo.

—Podemos compartir habitación, no creo que eso tampoco esté mal. Seré buena —me dice, batiendo de nuevo las pestañas.

—No. —De nuevo, directo y claro.

—Te gusta, ¿es eso?

—Es mi vida privada, Melania.

—Marta.

—Marta, es mi vida privada, pero lo cierto es que sí, que estoy loco por ella, aunque todavía no tenga huevos de decirlo alto y claro. —Ella sonrío, taimada, como si entendiese lo que le digo y que cualquier cosa que ella pretenda argumentar estará muy por debajo de mis sentimientos—. Dormirás en mi habitación y mañana te ayudaremos a buscar un lugar donde quedarte.

—No te preocupes, y te agradezco la sinceridad.

—Lo siento por el chasco —declaro, sincero.

—Otra vez será —me dice, recorriéndome el mentón con sus finos dedos.

Con este tema resuelto, me encamino hasta la cocina para coger dos manzanas verdes y regreso a la habitación de Ada. La observo pintar y esa penumbra que le proporcionan las luces a su habitación hace que el cuadro cobre más vida.

—No mires —me dice al reparar en mi presencia.

Se levanta, lo quita del caballete con prisa y lo coloca tras la mesa, donde estratégicamente ha guardado un hueco para él.

—¿Por qué no quieres que lo vea?

—Dicen que los sueños, si los cuentas antes de tiempo, no se cumplen, y ese cuadro es mi sueño.

Es cierto que me lo dijo, que me comentó que estaba pintando algo que había soñado, pero yo soy de esa clase de personas que si les dices que no puede ver algo, más ganas tiene de verlo, o si le dices que no tendrá huevos de hacer alguna cosa se lanza de cabeza sin pensar siquiera en las consecuencias. Supongo que por eso de la testosterona o la cabezonería, o mi salud mental, no sé, opciones hay.

Nos limitamos a devorar la manzana en la cama. Ella recostada entre mis piernas y yo apoyado en el cabecero de madera.

Soy de los que piensa que los silencios son incómodos y que debes rellenarlos con comentarios, aunque sean banales y sin importancia, pero hasta eso me lo ha enseñado Ada, que compartir un rato en el que no hay ningún otro

sonido que el de tus propios pensamientos se puede disfrutar. Ella está más callada de lo normal, supongo que será por eso que le preocupa, pero yo me permito el lujo de acompañarla en su silencio y de meditar sobre todo lo que nos ha traído hasta este punto. Conocerla.

—Ada...

—¿Sí? —Prosigue masticando su manzana, como Eva en el Edén, pero entre mis piernas, sin nada sexual, solo nuestro calor corporal reconfortándonos.

—¿Te has dado cuenta de que nos hemos encontrado entre toda la gente?

Ella asiente, sonrío y se prepara para responderme.

—Somos afortunados.

Una respuesta positiva, muy propia de ella y que está llena de intenciones, porque Ada no dice nada por decir, lo hila todo a la perfección, y cuando te enseña algo es porque de verdad te muestra las posibilidades, la gama de opciones como la de los colores.

—¿Guille?

—¿Sí?

—¿Por qué nos hemos encontrado entre tanta gente?

Como si siguiese meditando mis palabras, como si ella me enseñase lo afortunados que somos, pero pretendiese que yo, antes aprendiz y ahora profesor, le mostrase mi forma de verlo.

—Porque el destino es así, ¿quién sabe lo que nos depara el futuro?

—Muchas cosas bonitas —me dice, abrazándome.

—Una vida de color de rosa —le cuento, acariciándole el pelo, sintiendo cómo su respiración se relaja y cómo se siente en casa. Y, lo mejor de todo, cómo me hace pertenecer a un lugar.

Tras esa noche tranquila, vinieron varios días igual.

Los nervios por el viaje hacían mella en el grupo, que estaba revolucionado. Hablábamos, hacíamos planes y todo eso sin decidir un destino concreto. Unos querían ir a una zona fría, pero para eso ya estábamos en invierno y en Nueva York. Otros, entre los que me incluyo, apostábamos por la playa, la arena, el calor, el sol, y casi, casi, los tenía engatusados con la idea. Si es que ya lo he dicho, soy de esos que, cuando se propone algo, lo consigue.

Había decidido que, antes de que mis padres se fuesen, lo ideal era organizar un almuerzo donde pudiesen conocer a mi familia neoyorquina.

Ada, como era de esperar, no puso objeción alguna, solo discutimos

porque ella quería llevar a Oreó y yo no veía tan claro eso de meter un gato en medio de un restaurante para presentarlo. Así que la convencí, acallándola con un beso, y le dije que el café podíamos tomarlo en casa. Accedió a regañadientes, porque seguía con esa jodida idea en la cabeza de que pasear al gato molaba y de que presentarlo en sociedad también.

—Porque ya te conozco mucho, que, si no, pensaría que estás como una jodida regadera.

—Los locos somos los que más vivos nos sentimos.

—Ya...

Esa fue mi respuesta antes de comérmela a besos, porque sí, porque no tiene que existir un puto motivo para besarla más que necesitarlo y así me siento yo con ella.

Llegamos al esperado hotel en el que Helena ha hecho la reserva a la hora exacta y sin Oreó. Cogidos de la mano y sonrientes, porque era una estación del año preciosa y porque estábamos allí, celebrando que en apenas unos días nos iríamos de viaje todo el grupo, un viaje que nunca se había organizado porque no se había dado el caso.

Mi madre se acercó la primera a estrechar a Ada entre sus brazos, supongo que eso de que fuese de carne y hueso y no un vil embuste ya la tenía ganada. También el que viese que llevábamos nuestros dedos entrelazados, prueba de ello era su amplia sonrisa, esa que la acompañó toda la noche.

—Cuéntame algo de tu familia.

Mi madre no es lo que se dice una persona discreta, necesita alimentar su curiosidad y, en cierto modo, eso hizo que me diese cuenta de que Ada y yo nunca habíamos hablado de nuestras familias. Podíamos hablar durante horas sobre películas, series, trabajo, nuestros gustos musicales y conocer aspectos más centrados en nuestra personalidad, pero no habíamos llegado a ese punto en el que le preguntase por su familia, y no sabía si sentirme culpable por ello.

—Mis padres me tuvieron jóvenes. Fui algo así como una sorpresa, maduraron pronto y me criaron con ayuda de mis abuelos. Era una niña traviesa y me encantaba pintar las paredes. —Esto lo dice con una sonrisa en la cara, una de añoranza que me indica que los echa de menos—. Tras muchos enfados y peleas, decidieron dejarme pintar en una pared. Siempre se portan muy bien conmigo y estamos muy unidos. Ahora nos echamos de menos e intentamos hablar todo lo posible por teléfono o Skype, pero entienden que es mi vida y que debo luchar por lo que quiero. Aprovechar el tiempo al máximo siempre ha sido su lema y el mío.

Yo le estrecho la mano ante ese comentario porque la veo así, como ella misma se describe, y me la imagino pequeña, de no más de un metro, pintando subida a una silla o a cualquier cosa en una pared en blanco. Creo que para ella, la vida es un lienzo en blanco. O eso me hace pensar al escucharla hablar.

—¿Siempre quisiste estudiar Bellas Artes? —pregunta en esta ocasión Simon.

—Siempre. —Todos tienen la vista puesta en ella y la escuchan con atención—. Naces queriendo pintar; yo nací así, es lo que soy y lo que siento. Como en los anuncios de la tele o las frases positivas esas que ves por ahí impresas.

Mi madre sonríe satisfecha porque, por primera vez, es consciente de que Guille ha encontrado a alguien que no es ni mucho menos lo que ella tenía en mente. Es más, creo que todos nos damos cuenta de que ese Guille al que le gustaba salir, follar, beber, fumar y reír sigue estando presente, pero ya no tiene tres reglas de oro. Ahora solo existe una única regla y es la de dejarse llevar y hacer todo eso que le sigue gustando, pero solo con ella, porque es ella la que hace que esas tres reglas de oro se conviertan en algo que detestas y desechas; algo que ya no te llena.

Tu maldita forma de ver la vida de color de rosa

Creo que no es necesario decir que todos nos sentimos bien estando ahí. Hasta era capaz de percibir cómo mi padre disfrutaba del momento y, por supuesto, de la compañía. La única que puede haberse sentido fuera de lugar es Jacinta, porque estaba sola y no conocía al grupo, pero, con todo eso, pusimos de nuestra parte para que participara y nos contase más sobre ella. Obviamente, no la invitamos al viaje, somos buenos y tenemos un gran corazón —y yo una gran polla también, ya sabéis—, pero no somos hermanitas de la caridad.

Hubo un momento en la que vi cómo le ponía ojitos a Alex, que menos mal que fue a él y no a Jaydee, porque me imaginaba a Mia arrancándole los ojos y comiéndoselos de postre. Alex rehusaba la mirada, así que Loren, tan buena ella y tan tierna, le dio un beso y se resolvió todo en un santiamén.

Finalmente conectó con Sarah, que tampoco tiene pareja, y con Diana, que vino a cenar, aunque ella esperaba una cena conmigo y a solas, tal y como pensamos en su día, pero la cosa ha tomado otra forma y la realidad es bien distinta a ese día, cuando llegó Helena de España.

Compartimos muchas bromas y pasamos un rato agradable. Sé que mi madre tiene esa sensación que le enfunde calma y tranquilidad al ver que estoy bien y que me gusta mi vida tal y como está ahora.

—Me alegro de que vayáis a trabajar juntos —me dice mi padre de camino a nuestro apartamento y haciendo referencia a Jaydee.

Ese es otro de los temas que hemos hablado, porque hablar de trabajo con mi padre hace que la cena sea menos rollo, así que decidimos volvernos hombres, sacar el puro ficticio y tomarnos una copa de Bourbon real intercambiando opiniones sobre ese asunto.

Simon fue el más participativo y le explicó el funcionamiento de New York Style, y mi padre hacía comparaciones a diestro y siniestro sobre la economía española y cómo se trabaja allí. Creo que a Simon le resultaba interesante el asunto o, si no, fingía extremadamente bien.

Me gusta que se vayan con buen sabor de boca.

—Le dije que debía aventurarse, en el riesgo está el acierto —añade Ada sonriente.

Mi padre asiente satisfecho, aunque sé que él piensa que puede tener contraindicaciones, como las cremas o los antibióticos.

—Me gustan mucho tus amigos —admite mi madre.

—Son mi pequeña familia —le explico con sinceridad—. Tenemos nuestros más y nuestros menos, supongo que como en cada familia, pero nos llevamos muy bien y compartimos buenos momentos. Tiramos los unos de los otros y nos complementamos.

Mi madre y yo nos hemos quedado solos en la cocina, mientras Ada ha decidido ir a enseñarle a mi padre los cuadros. Sé que Ada también ha huido en busca y captura de Oreó, porque ese gato ya de esta casa no sale, lo tengo claro, y no puedo hacer nada para evitarlo. En realidad, me siento cómodo con él y seguirá siendo así mientras no me arañe ningún sofá ni me mee los zapatos. Lo del pelo ya lo iremos trabajando, puede que lo rape y lo convierta en uno de esos gatos egipcios. Tendremos que cambiarle el nombre, pero eso será un daño colateral que tendrá fácil solución.

—Guille, me gusta que la hayas encontrado, me gusta que haya alguien. ¿Sabes? —Miro a mi madre con atención mientras espero que el café salga. Ambos sabemos que lo del café es una excusa barata para tener una charla conmigo, al igual que sé que lo de mi viaje a España es otra burda estratagema para ver cómo va todo, porque mi madre es así, no se conforma con saber, necesita ver para creer—. Sé que piensas que soy pesada, en realidad, hasta yo creo que lo soy, pero llegas a una edad en la que quieres ver que todo está como debe de estar. Te veía perdido. No sé, llámame antigua, pero me imaginaba una casa llena de nietos, comidas los domingos, paseos los fines de semana, cenas navideñas repletas de regalos, y no hay nada de eso. Te fuiste y nos quedamos solos allí...

La confesión de mi madre me ha hecho sentir culpable, porque durante mucho tiempo he pensado que es una loca maniática que necesita ver proyectada su vida en el otro, y nunca me he planteado eso que me dice. No soy padre, no sé lo que se siente siéndolo, pero entiendo su razonamiento, aunque no lo comparta.

—Cada uno toma su camino, mamá. El tuyo fue casarte y formar una familia, quizá deberías haber tenido más hijos... No sé, no pretendo ser cruel ni hacerte sentir violenta porque te entiendo, ¿vale? Pero mi camino es otro y soy feliz con mi decisión.

—Y lo entiendo —me confirma, sonriente—, pero déjame disfrutar de mi ratito de gloria al pensar en que mi hijo Guillermo es un hombre de provecho que formará una familia y que me dará eso que tanto me gustaría.

—Confórmate con que tu hijo sea feliz, ya lo de la boda mejor lo negociamos en otra ocasión.

—¿En tu próxima visita?

—Mejor en el próximo siglo —bromeo.

Ada llega seguida de mi padre, que, a su vez, trae a Oreo en brazos. ¡Vaya!, otro al que ha conquistado. Debería haberse llamado Napoleón. porque va conquistando por donde quiera que pasa.

La siguiente en caer es mi madre, pero con eso ya contaba, porque le encantan los animales casi tanto como la idea de tener nietos.

—¿Tienes intención de volver a España? —Esa pregunta la formula mi madre y sé que no lo hace con maldad, es pura y llana curiosidad, pero a mí me provoca ese pellizco dentro porque, si la respuesta de Ada es afirmativa, tiene varias implicaciones que he decidido no plantearme.

—Supongo, no lo sé, no lo tengo claro. Quiero volver para ver a mis padres, los echo mucho de menos, a mi abuela, mis primas... Somos una familia muy unida.

Y esas son las palabras que para mi madre se convierten en música, porque relata justo, justo, lo que ella me contaba antes.

El pellizco sigue ahí, porque sé que debe regresar y porque no nos hemos sentado a hablar de nada de lo que va a suceder entre nosotros tras finalizar su beca.

El resto de la noche transcurre de forma agradable. Acompaño a mis padres hasta un taxi que los llevará al hotel y le explico al conductor que su nivel de inglés no es el mejor, por lo que llegamos al acuerdo de que, para pagar, se lo tendrá que señalar en el taxímetro. Ya, ya sé que es ridículo y que hace gracia, pero estos días se han movido bien con Judith y ella esta noche, se ha ido con Sarah y Diana a conocer lo que se cuece por aquí. Para mis padres es incómodo estar lejos y no poder desenvolverse con naturalidad.

Regreso al apartamento tras dar buena cuenta de un cigarro. Vale, soy fumador social y también de los que consumen tabaco cuando se agobian, pero no me podéis negar que me merezca uno cuando acabamos de tener una conversación de lo más profunda y solo me he quedado con un mensaje alto y claro: puede que Ada del Bosque se vaya a España tras acabar sus prácticas.

—¿Preparado? —me pregunta nada más entrar en casa. Olisquea el ambiente y se acerca a mí con esa cara de mosqueo que me resulta tan curiosa en ella—. Has estado fumando —me acusa.

—Pones una cara de enfado que da mucha pena. Reconócelo, Ada del Bosque, no sabes enfadarte conmigo.

—Lávate los dientes y ven, te espero en mi habitación.

Mi polla palpita ante su petición, porque ella va por libre y se espera una mamada increíble con un orgasmo bestial en su boca. Vale, lo de ser un guarro pervertido no lo he dejado, que uno puede enamorarse... ¿He dicho enamorarse? Bah, ¡¿qué más da?! Enamorarse y seguir pensando con la polla, que ella hace sus planes y yo la sigo como si fuese el mejor militar que existe.

—A sus órdenes. —Y no sé si esto se lo digo a ella o a mi polla, a saber—. Espérame desnuda, así será más rápido.

—No seas pervertido, quiero que pintemos. Lo otro ya si eso...

—¿Lo otro? ¿Follar? Dilo, eso también me pone cachondo, ya sabes, me mola que me grites obscenidades cuando te estoy destrozando a base de metert...

—No quiero saber más —me dice toda digna, girándose y dirigiéndose a su habitación—. Sigues siendo un pintalíneas pervertido.

—¡Y a ti eso te encanta! —le grito antes de que cierre la puerta.

Oigo cómo la puerta golpea, quedando completamente cerrada, pero Ada vuelve a abrir y me observa con atención, dibujándosele en cara una sonrisa pícara, un gesto que me encanta.

—Me rechifla —responde guiñándome un ojo.

Corro al baño, no sé si las prisas de repente son por lavarme los dientes, cuestión de higiene corporal, pintar, aprendizaje o follar y su placer sublime. ¿A quién pretendo engañar? La cosa está clara y gana el hemisferio sur.

Es una tremenda estupidez, pero siempre que entro en su habitación y veo las pequeñas lamparillas encendidas decorando el espacio, me saca una sonrisa boba, de esas que te demuestran que en los pequeños detalles se encuentra la grandeza de la felicidad.

Observo cómo está todo minuciosamente colocado. Los colores, la mesa, el lienzo, su ropa de colores, holgada y dispar, sin nada que pegue entre sí, hasta los calcetines totalmente opuestos. Lo observo todo y creo que es el momento para que esa conversación, que en mi cabeza hace eco, aparezca y salga a la palestra.

—Oye, Ada..., ¿vas a irte? —¿Para qué darle vueltas al tema?

Ella me mira con intensidad y me hace un pequeño gesto para que ocupe la butaca y coja el pincel. Sin pronunciar una palabra, sin calmar el nerviosismo que me provoca la incertidumbre de no saber.

De nuevo, coloca la mano sobre la mía y comenzamos a pintar.

—¿Qué sientes? —Y no sé si se refiere al poder del pincel, a la fuerza

de su mano y el empuje que me proporciona, al miedo a perderla, a la incertidumbre de no tener el control como lo tenía con mis tres putas reglas, o a todo junto.

—Una mezcla de anhelo y felicidad.

—¿Por qué? —inquire sin siquiera mirarme, solo viendo el deambular de las cerdas sobre la bola que toma forma.

—Porque acaba, pero ese fin es lo que ha marcado el principio de este aprendizaje. Porque sé que si este cuadro termina, quiere decir que lo hemos hecho bien, que lo has conseguido, que me has enseñado y he aprendido.

—Guille, Guille...

—Ya sé, Ada, pase lo que pase, me habrás enseñado todo eso. Conseguiste que todo lo que yo creía que era como debía ser no lo fuese y tomase sentido viendo la vida desde tu perspectiva.

—La vida está llena de colores —dice, acercando su boca a la mía.

—Ay, Ada, Ada, lo has hecho...

—¿El qué? —inquire, mordiéndome el labio inferior sin dejar de mirar mis reacciones.

—Que me enamore de ti y de tu maldita forma de ver la vida de color de rosa.

Una reunión en casa, un discurso y una orgía verbal

Pintamos durante mucho rato, sumidos en un silencio sepulcral, pero sin incomodidad, como suele suceder con ella a mi lado. No hubo sexo, pero, aun así, me sentí tan conectado a ella que dormí como si estuviese al borde de un puto precipicio.

Puede que sea la edad, o simplemente que me encuentre cerca de completar una metamorfosis, como si fuese un Pokémon y tuviese que evolucionar, o es mi cuerpo que me manda señales y me indica que la vida es una montaña rusa y a veces estás arriba y otras abajo.

No quiero filosofar sobre lo que nos va a deparar el futuro, me voy a limitar a disfrutarlo, sacarle el jugo y atesorarlo con todo eso que Ada ha sido capaz de instalar dentro de mí. Nuevas formas de ver la vida, nuevas expectativas, reflexiones e, incluso, un Guille mejor, más maduro, sin contar los sentimientos, que eso ya trae bastante cola.

Y hablando de cola... No, es coña, no me voy a poner a contaros cómo de dura amaneció mi polla pegada a su precioso, duro y redondo trasero, sería darle la razón y afirmar que soy un puto pervertido. En realidad, creo que muchas veces le he dado la razón, no sé si lo he expresado, pero sí que lo he sentido.

La he dejado durmiendo en nuestra habitación, y digo nuestra porque la compartimos últimamente. Al principio creo que era una simple excusa en plan: «hemos follado, pues, ya que estoy, me quedo aquí». La noche que estuvo Jalisca en casa fue fácil, porque no hubo una excusa sino una realidad, pero hemos establecido esa rutina que nos gusta y que no dejamos de repetir. Cenamos heno, intercambiamos comentarios sobre nuestro día, bebemos, reímos, a veces follamos y a veces simplemente nos comemos a besos, otras tantas simplemente vemos una película, yo en silencio y ella comentando cada jodida escena, porque Ada no sabe guardar silencio. También escuchamos música mientras le masajeo el pelo y ella ronronea de puro deleite, ahí sí que no pronuncia palabra.

Soy un buen hijo. No de lo mejorcito que hay ahí fuera, obvio, pero muy bueno y complaciente debo ser, cuando me he levantado a esa hora a la que todavía regresan los adolescentes a casa tras ingerir alcohol, para llevar a mis padres y su acompañante al JFK.

—Las calles aún no están ni puestas —refunfuña mi padre. Obvio que,

si fuese por él, habría cogido un vuelo a otra hora. Mejor no le explico que el *jet lag* es peor a la vuelta, porque entonces acribillará a mi madre durante el vuelo y me lo perderé.

—¿Lo has pasado bien estos días con Sarah y Diana? —Mis padres siguen ahí, erre que erre con el asunto del vuelo y las ventajas e inconvenientes de otro horario. Aprovecho ese margen para entablar conversación con la chica, no quiero ser un mal amigo, conocido, compañero de viaje o lo que sea, porque está claro que su viaje no es, ni mucho menos, lo que ella esperaba. O sí, a saber.

—Me lo he pasado muy bien. Mejor de lo que pensaba, tras el chasco con el tema... Bueno, con eso —comenta mientras nos señala alternativamente con el dedo índice—. Pensaba que este viaje era el error más grande que había cometido en mi vida. Es un rollo, ¿sabes? Yo pensaba que sería el típico cuento con final feliz. Me reencontraría con un chico con el que jugaba en la infancia, iba a surgir un amor como nunca antes has experimentado y tendríamos una boda preciosa y muchos hijos correteando por un maravilloso chalet en las afueras.

Arrugo el gesto, porque veo que la película que se ha montado es de la misma productora con la que trabaja mi madre.

—Bueno, no me va para nada ese rollo que cuentas...

—Ya, pero lo del amor a primera vista sí, ¿verdad? —Frunzo el ceño ante su pregunta y la escruto con la mirada para evaluar a dónde quiere llegar con esta conversación—. Sarah y Diana me han puesto un poco al día. Ya sabes, tres mujeres juntas somos peligrosas, y más si bebemos.

—Veo que Helena no pierde la oportunidad de criticarme a mis espaldas —formulo al pensar que es ella la que ha ido contando todo.

—Las mujeres somos malas cuando queremos.

—Y ella me advirtió que, llegado el momento, se reiría de mí —afirmo con rotundidad.

Ella se encoge de hombros para restarle importancia y me dedica una sonrisa de oreja a oreja.

—Tienes suerte, has encontrado a alguien, ahora solo tienes que trabajar para no perderla.

Le dedico una leve mirada, pero no respondo porque ni siquiera sé que decir.

—Mamá, papá, nos vemos pronto.

Odio las despedidas en general. Con Helena me pasó lo mismo cuando

la dejé en este aeropuerto hace meses, me consumía un poco saber que estaba mal y que no había nada que yo pudiese hacer por ella. Esta ocasión dista mucho de aquella, pero comparte un mismo nexo y es ese que me dice que mis padres se van y no hay fecha concreta para volver a verlos.

—Prométeme que volverás a casa —insiste mi madre por decimoquinta vez.

—Lo prometo —le digo con honestidad.

—Y prométeme que la traerás —insiste haciendo referencia a Ada.

—Lo prometo. —Eso no lo tengo tan claro, pero por intentarlo que no quede.

—Bueno...

—Marta —me dice ella, como si supiese que no tengo ni pajolera idea de cuál es su nombre y que estos días me he dedicado a adjudicarle el primero que se me pasaba por la mente.

—Me alegro de haberte conocido y te deseo todo lo mejor.

Intercambiamos un par de besos y me guiña un ojo antes de perderse en el control de seguridad.

Mis padres siguen abrazados, mi madre no deja de llorar y me parte el alma verla así. Intento no alargar mucho más el momento y me marcho tras un par de besos y abrazos más. Mi padre accede al control con entereza, no puedo decir lo mismo de mi madre.

Llego a casa y veo que Ada sigue durmiendo. Recojo un poco y preparo café. Sé que los chicos vienen hoy, porque tenemos que cerrar el asunto del viaje. Quedan apenas unos días para Navidad y me siento un completo gilipollas al darme cuenta de que no le he preguntado a Ada cuál es su intención. No me ha dicho nada de que vaya a recibir ninguna visita, tampoco de que se vaya a ir y ha salido el tema, por lo que entiendo que pasará las fiestas en Nueva York y eso es un punto a mi favor.

Tengo que comprarle un regalo.

Tengo que comprarle algo que le saque una sonrisa.

Ese es mi mantra mientras sigo todos los pasos para poner el café en marcha.

Se me ocurren un par de ideas chulas, pero una de ellas creo que gana con creces al resto y no, no está relacionada con mi polla, aunque lo primero que pensé fue ponerme un lazo y dejar que la besara. No es nada egoísta ni relacionado con mi propio placer, no, ¡qué va! Si yo lo hago por ella... En fin, que a final he decidido no hacer eso y optar por mi siguiente idea, que creo

que le gustará mucho más. Si fracaso le pondré el lazo en la polla, lo compraré por si las moscas...

Una Ada adormitada arrastra los pies hasta la cocina. He decidido que el café mola mucho, pero la leche con triple de cereales es mucho más energética.

—Buenos días —murmuro conteniendo una risa malvada. Trae una de esas camisetas de colores, con un dibujo indescifrable y poco lógico. Un batiburrillo de líneas sin ton ni son.

—Buenos días... —susurra justo antes de colocarse delante de mí y estirar los brazos, quedando completamente extendida cual estrella de mar.

—Tienes mucha elasticidad, recuérdamelo cuando te folle —le explico, socarrón.

Ada abre los ojos y sonrío con picardía.

—Me he levantado juguetona, dame un rato a que me despierte y me comentas eso de la flexibilidad, pintalíneas.

Total, que podría entrar en detalles sobre cómo devoro sus turgentes pechos, como sorbo cada gota de su sexo mientras ella me sujeta cabeza con intensidad, pidiéndome que me embeba con más ganas, que mi lengua no cese cada uno de los lametones que prodigaba a su coño empapado, cómo mis dedos entran en ella para que se corriera una y otra vez con intensidad mientras mi polla está a punto de estallar pidiendo atenciones. Podría también contaros cómo sujeto su cabeza cuando me la come para que se la trague completa, cómo le paso la mano por la mejilla para notar la redondez de la cabeza de mi polla en ella, y cómo le pido que me diga guarradas mientras traga mi polla sin cesar. También os contaría que me corro en su boca, que traga gustosa toda mi leche y que, una vez nos recuperamos, follamos como si antes no nos hubiésemos corrido cada uno en la boca del otro, porque la necesidad apremia y ella se ha levantado cachonda, pero mi nivel de excitación la supera, porque su culo ha estado haciendo mella en mí durante toda la noche, ella dice que sin intención, pero yo quiero pensar que miente y que desea tanto este movimiento mañanero como yo.

Tenemos que parar, porque no quiero morir deshidratado, pero la principal razón es que tenemos una reunión con amigos y queremos parecer santos, de esos que se convierten en demonios cuando nadie los ve y que juegan a descubrir sus límites. Ya sabéis, aprender y enseñar, verbos que molan mucho y a los que les he cogido tanto cariño, incluso me gusta regocijarme en ellos.

No hace falta siquiera que se convierta en una estrella de mar, basta con la entrega que le pone, ya de posturas y posiciones nos encargamos en el momento preciso.

Puntuales, como ellos mismo, comienzan a llegar nuestros amigos. Primero y sentando precedente, Alex y Loren, que vienen abrazados y risueños. Tras ellos Mía, Helena, Jaydee y Simon.

Las últimas en llegar son Sarah y Diana, que también están invitadas.

—Tenéis mala cara —me burlo—, ¿os bebisteis el agua de los jarrones?

—Deja, deja, que ya se lo contaré a la abuela Lucía, ¿te acuerdas de tus amenazas? Yo las tengo grabadas aquí, te vas a cagar. —Helena utiliza la amenaza y Diana le enseña el dedo corazón. Amor de hermanos, dicen.

Helena y Simon traen vino.

Nosotros sacamos varias cosas para picar.

Alex y Loren se han esforzado mucho más, porque traen varios bizcochos de distintos sabores.

Diana y Sarah piden infusiones, con lo cual confirmaron nuestras sospechas, han bebido más de lo prudente y ahora pagan las consecuencias.

—Esa chica, Marta, es buena gente, pero tiene mucho aguante. Al tercer chupito seguía como si nada. Se contoneaba y hasta formulaba frases lógicas. Nosotras nos hacemos viejas o tenemos poca resistencia —nos cuenta Sarah.

—Eso se gana a base de esfuerzo, como cuando vas al gimnasio, coges elasticidad con práctica y yendo varias veces a la semana. El primer día te quieres morir, es más, piensas que no vas a amanecer, pero el segundo día ya te sientes mejor y el tercero ya eres la veterana y te tocas la rodilla con la punta de la nariz —nos explica Diana. Todo dramatismo, ¿a quién me recuerda?

—Eso contando con que vuelvas al gimnasio —bromea Ada.

—Yo pertenezco a ese porcentaje de personas que se lo propone, lo paga, va un día y el siguiente ya piensa qué excusa dar para no volver.

—¿Dar? ¿A quién? —pregunto curioso.

—A mí misma, está claro, me excuso y justifico. Uy, qué cansada estoy, mucho trabajo, la cena, el perro, los planetas, no sé... Cualquier cosa por no volver al infierno.

—Al infierno de la elasticidad —se ríe Helena.

Diana pone mala cara, porque sabe que se burla de ella, pero se contiene y no la insulta.

—Oreo no se asusta —le explica Ada, entendiendo su gesto.

—Gilipollas —le dice Diana a Helena, que ha visto el cielo abierto.

Ahora la peineta se la hace Helena a su hermana. En fin, lo normal cuando nos juntamos todos.

—Oye, tú, teníamos una cena pendiente. Ya sabes, ahí no bebería, quiero acordarme de todo lo que te haría.

Ada sonrío, pero yo alzo la mano con nuestros dedos entrelazados y ella entiende lo que le quiero decir.

—Suertuda, has hecho bien. Lo quería para mí, pero hay más peces en el mar. Espero que me toque uno con un gran pene, gordo y venoso...

Todas las chicas y varios chicos, se tapan los oídos ante las barbaridades de Diana. Yo me limito a reír y besar nuestras manos, aún entrelazadas.

Mejor de lo que era

La cosa discurre así, llena de comentarios, muchos de ellos fuera de lugar, y confieso que la gran mayoría hechos por mí, que provocan risas y amenizan la tarde.

—Vale —intervengo llegado el momento, porque se nos está yendo de las manos y luego, una vez estemos medio pedo, no vamos a poder cavilar como personas racionales que somos—. Tenemos que elegir destino. ¿Playa o montaña?

—Playa —conviene Diana.

—Montaña —propone Helena, que, conociéndola como la conozco, puede que lo haga por llevarle la contraria a esa que dice compartir sangre con ella.

Parece que cualquier cosa es motivo de risas y estamos poco centrados.

—Tenemos mucho tiempo para reír en esos maravillosos días que vamos a estar fuera. Ahora es mejor que decidamos, por consenso si no es mucho pedir, a dónde queremos ir. Yo prefiero la playa, para frío ya estamos en Nueva York —confieso dándoles voz a mis pensamientos.

—Creo que es mejor que hagamos una votación, porque somos muchos y todos pensamos diferente —indica Ada—. Arriba las manos quienes quieran playa. —Ella y sus ocurrentes formas de pensar me siguen maravillando.

Diana, Ada, Mia, Jaydee, Sarah, Loren y yo alzamos la mano. Simon, Helena y Alex no.

—Arriba la mano quienes quieran montaña.

Loren, Simon, Helena y Alex la alzan.

—No vale votar dos veces —me quejo mirando a Loren.

—Me gustan ambas opciones —me explica la susodicha.

—Bueno, somos mayoría —decido obviar a Loren, porque tampoco supone mucha diferencia en la votación si la cuento en ambos lados—. La cosa está bastante clara, señoras y señores. Vayan depilándose los anos, preparando los blanqueamientos de ojete y cogiendo crema solar, porque nos vamos a la playa.

Diana y Sarah aplauden entusiasmadas, quiero pensar que no tiene nada que ver con el blanqueamiento anal, mientras Helena arruga el gesto pensando en el ano peludo de su novio. Hasta yo, ¡qué puto asco, colega!

—Vale —prosigue Ada—, este asunto está resuelto, ahora nos queda el

tema de elegir el lugar.

—A La Jolla ni de coña, no quiero estar allí con mamá y papá. Capaces los veo de hacer nudismo delante de todos, o de irse de fiesta con nosotros, o hacer castillos de arena, yo qué sé —protesta Diana.

—No sé qué parte te has perdido, pero volamos mañana para pasar la Nochebuena con ellos. —Helena está molesta, lo noto—. No estarás pensando en escaquearte y quedarte en Nueva York, ¿verdad?

Diana pone carita de santurrón y Helena le indica con el dedo índice que le va a cortar el cuello como siga con sus estupideces.

—Malibú —propone Loren.

—Me parece bien —indica, como no, Alex.

—Votemos —propone de nuevo Ada.

Todos alzamos de nuevo las manos y aceptamos Malibú como destino de vacaciones. Tampoco había otra propuesta en la mesa.

Malibú. La verdad es que no sé qué esperaba. ¿Cancún? ¿Rivera Maya? ¿Marina d'Or? A ver, no es que Malibú esté mal, ni mucho menos, pero creo que en mi mente planeaba unas vacaciones mucho más... interesantes. Bueno, el caso es que, pase lo que pase, lo disfrutaremos porque estaremos juntos. Y no solo hablo del grupo, hablo de Ada y de mí, porque no pienso separarme de ella en esos cinco días.

Los chicos se van pronto, la cosa no acaba en cena, aunque bien podríamos decir que estamos algo pasados, porque hemos bebido cerveza y vino como piratas del Mar Caribe. Ada no, ella es la señorita prudencia y nunca jamás la he visto tomar nada que lleve alcohol o que provenga de un animal. Bueno, leche sí, y lo dejo ahí, mentes calenturientas.

—Ada...

—Dime.

La sigo observando pintar y me maravilla darme cuenta de que esto es algo que asocio a nosotros, a ella y a mí, a los dos y esa cotidianeidad me entusiasma en demasía. No es ese cuadro que ella no quiere que vea, tampoco el nuestro, es algo lleno de color y de líneas, algo muy suyo. A veces me pregunto si existe una especie de sello del pintor, si alguien solo con ver un cuadro puede descifrar al autor porque lleva unas características muy tuyas. Luego bajo a la tierra y obviamente tengo claro que sí, porque diría que a mí me pasa. Soy arquitecto, y no sé si se define como una profesión de lo más ingeniosa o quizá creativa, pero si es cierto que todos mis proyectos pueden tener cosas en común, cosas que, de una forma u otra, te llevasen a mí.

Supongo que con Ada sería igual. Sus cuadros son muy vivos, siempre están llenos de colores, siempre con líneas intensas que luego se van degradando. Aún no la he visto pintar nada realista, una imagen; todo son invenciones, cosas que ella imagina o que le nace pintar y eso, a pesar de mi curiosidad por ver un rostro en un lienzo suyo, me maravilla igual.

—¿Cuál es tu idea para mañana?

Se gira, con el pincel en la mano, y me sonrío justo antes de responder. Creo que jamás en mi puta vida he visto una sonrisa que me embriague como lo hace la suya, lo juro.

—Estar contigo, ¿acaso tienes otro plan?

—Jamás, Ada del Bosque, habrá mejor plan que uno en el que estemos tu y yo juntos.

No sé en qué momento de la noche me quedo dormido, pero sí que sé, que cuando abro los ojos, ella está a mi lado, con la frente apoyada en mi pecho, respirando profundamente, y es de día.

Es Nochebuena y he prometido a Jaydee que nos veríamos para acordar de qué forma vamos a trabajar al regreso de las vacaciones.

Nos esperan momentos difíciles, porque tenemos que sacar adelante esta idea. Le he enseñado mis propuestas y él las ha valorado y me ha rebatido cosas. Tras verlo ahí, *in situ*, proponiendo, involucrándose y demostrando que está a esto tanto como yo, creo que siento que ese miedo inicial era una estupidez, como tantas otras en la vida que he cometido. Pero siempre de ello he sacado algo, una moraleja o una hostia en toda la boca.

—Tengo que irme con Jaydee, preciosa.

Ella emite una especie de quejido y se abraza con más fuerza a mí.

Puto cabrón con suerte.

Me ducho en mi habitación para molestarla lo menos posible. No sé si todos los artistas trasnochan y duermen la mañana, ella lo hace, pero es responsable, porque los días que debe acudir a sus prácticas se despierta como un clavo y cumple con su cometido. No me imagino una Ada diferente.

Cojo un chaquetón que me proteja del frío y salgo a la calle. Ha comenzado a nevar y no me puedo sentir más en paz. No sé, la Navidad no es mi época favorita del año, ni mucho menos, pero esta Navidad en concreto está siendo muy diferente a las anteriores y me siento pletórico por ello.

De nuevo, hemos quedado en La Colombe, es como nuestro maldito centro neurálgico. Antes quedábamos para lloriquear como nenazas, sobre todo Jaydee, y yo para vanagloriarme sobre el ligue de la noche anterior y lo

bueno que soy en eso de las artes amatorias.

Cojo el periódico en lo que espero la llegada de mi amigo-socio. ¡Vaya! Si lo pienso, me da vértigo, me da tanto vértigo como pensar en que esto que nos traemos Ada y yo entre manos no es solo sexo y buena compañía, sino que hay sentimientos.

La puta realidad de la situación es que le he dicho que es mi novia. No sé si se lo ha tomado muy en serio, pero quiero que esto llegue a algún lugar que no he definido, tampoco barajado, pero que no es un amor de invierno, o un capricho temporal. Y sí, el vértigo y la punzada en el estómago siguen ahí, porque no sé qué cojones hacer con todo esto. Me he limitado a sentirlo y disfrutarlo, y a darle la razón a Helena cuando me decía que ya caería, porque lo hice, y creo que fue desde el primer momento.

Es curioso cómo te pasas toda la puta vida pensando que no existe nada mejor ni hay punto de comparación con ese estado de soltería. Tu vida es mecánica y te hace sentir jodidamente bien. Luego, no sé qué le pasa a los astros, que te cruzan en tu vida a alguien y te hacen plantearte cosas, como que la comida vegana es sabrosa, que follar con la misma persona lo es también, porque nunca conoces todos sus lunares, como ver otro punto de vista y que encima tenga razón en el planteamiento y abres los ojos. Que ella llega, entra, se queda y no logras sacártela de la cabeza con facilidad. Supongo que eso es lo que sucede y nunca, jamás, estás preparado para eso, porque te cuentan cosas, pero jamás la ficción supera la realidad. Jamás.

—Buenos días, pedazo de baboso —me saluda Jaydee al llegar. Amor del bueno, dicen.

—Buenos días, saco de caca con ojos —bromeo riendo—. Te has levantado chistoso hoy, ¿cierto?

—Es el buen sexo matutino —me confiesa mi amigo.

—No quiero saber más, gracias, eres mi amigo y ella es mi amiga. En otro punto, en el que me planteé reírme de vosotros sin ton ni son, puede que me hubiese gustado saber cómo de bien maneja la lengua mi amiga, pero ahora no, gracias, ahora casi que prefiero saber si estáis bien y si tengo que buscar traje y corbata para otra boda.

—Eres un capullo —me insulta—. Si llegas a hacer eso, no te lo habríamos perdonado jamás, hubiese sido traición en primer grado.

—Hubiese sido, sí, pero soy un ángel celestial que tiene corazón y no pensé más que divertirme un poco.

—Menos mal que Ada te convenció, es como tu yang —me dice

Jaydee.

—Te equivocas, porque fue Helena y su mierda de cena.

—Uuuhhh, esa en la que llevaste a Ada y nos la presentaste y la mirabas como si estuviese recubierta de purpurina.

—No la miraba así —protesto, porque es ahora él quien pretende reírse de mí. ¿Esto es el karma o algo de eso?

—Guille, me hubiese gustado que te dieras cuenta de cómo la mirabas. Pero, ¿sabes qué?

—¿Qué? —pregunto acercándome a él.

—Que es mucho más bonito ver cómo te mira ella a ti.

Y eso me hace pensar en lo que os acabo de contar, porque nadie ha hablado de amor o no, como se espera quizá. Hemos hablado de risas, de emociones, de brillo, de caricias, de conexión interestelar, de paciencia, de amistad, de risas, de compartir, de muchas, muchísimas cosas que tienen un mismo nexo, pero sin definición expresada.

No sé si darle las gracias por eso que me acaba de decir. No soy bueno en esto de las palabras, nunca lo he sido y está en mis propósitos para el nuevo año.

—¿Qué es todo esto? —le pregunto a Jaydee, como si él tuviese la fórmula mágica para resolver los enigmas más intrínsecos o como si supiese el punto exacto en el que está un bizcochón solo con abrir el horno y ojear el interior.

—Amor, amigo mío, eso es amor y lo demás son boberías.

Es cierto que pasamos el resto de la mañana entre papeles, lápices, portátiles, ideas y más ideas, notas por doquier y una larga lista de quehaceres para nuestro regreso. Intentamos ponernos fechas, funcionar por objetivos y metas, a mi me funciona y él no parece tener inconveniente en ello.

—Oye, Guille, quiero agradecerte todo esto. No sabes la oportunidad que me has planteado, la de opciones viables que se han abierto ante mí y lo ilusionado que estoy con todo este asunto.

—Pareces una nenaza llorica —bromeo para quitarle hierro al asunto.

Él me sonrío porque sabe como soy, me conoce como si fuese mi hermano. Llevamos tantos años juntos que no hay mucho más que añadir.

—Jaydee...

—¿Sí?

—Dale las gracias a Ada, porque ella fue la que me hizo darme cuenta de que hay barreras que nos ponemos nosotros mismos y que, al final, no es

más que un fino papel de seda que se puede romper con facilidad

—Ella te ha hecho mejor —me dice sonriendo.

—Mejor de lo que era —respondo.

¿Cara o cruz?

Regreso a casa ilusionado por lo que tengo en mente. Es la primera vez que comparto una Nochebuena así. El año pasado la celebramos Helena y yo con sus padres en La Jolla. Viajé con ellos porque mi amiga se empeñó en que no quería dejarme solo en Nueva York. Mis padres insistieron en que volase a Asturias y pasase las fechas con ellos, pero no me hacía especial ilusión ese plan, por lo que quedó descartado al momento.

Llego a casa, escondiendo mi regalo bajo una chaqueta y camuflando mis intenciones tras una máscara de indiferencia. Por dentro me apabullan las ganas de ver su cara ante lo que tengo en mente y de que sea una noche diferente para los dos.

Entro en mi habitación y dejo todo en el armario. Paso por la suya y toco en la puerta, escucho ruido dentro y me parece oír varias voces.

—¿Ada? —pregunto, abriendo con suavidad.

—Guille. —Se gira y me sonrío, pero vuelvo a denotar en su mirada ese brillo y esa rojez que me muestra que, de nuevo, ha estado llorando. Tiene el portátil abierto y veo a una señora en la pantalla—. Es mi madre. Ven, acércate, quiero que la conozcas.

Tomo asiento en su cama y me coloco a su lado. Los huevos se me ponen por corbata y me cagaría encima si pudiese, porque esto no es una presentación formal ni mucho menos, pero para mí no es hablar con una madre cualquiera, ni cenar con una compañera de piso como hice el año pasado con Aegea, y es entonces cuando te das cuenta que hay cosas que simplemente no son y se confunden, como eso que un día pensé que podía suceder con Helena y ahora te das cuenta de que no es más que ficción, como una peli de superhéroes.

—Hola —pronuncio, cortado. Carraspeo un poco, como si eso me fuese a insuflar algo de valentía y, de nuevo, saludo con algo más de fuerza—. ¿Qué tal? —Que no se note que eres un cagón, o que se note lo justo.

—Hola —me responde la señora al otro lado, y me doy cuenta de que Ada tiene la misma sonrisa que ella, que comparten rasgos y que el brillo en los ojos de mi chica existe gracias a la señora que tengo frente a mí ahora mismo.

—Mamá, él es Guille, mi compañero de piso.

Ella la escruta con la mirada, porque es una persona transparente y

sabe que eso de compañero de piso es real, pero que hay más entre nosotros.

La primera vez que vi a Helena con Simon supe que compartían una complicidad diferente, la misma que veo en Loren y Alex o en Jaydee y Mia. Supongo que las madres tienen el poder de detectar determinadas cosas y esta señora ve en mí algo más que un compañero y no, no siento miedo, me siento en paz y afortunado, me siento un puto cabrón con suerte de nuevo.

—Así que tú eres Guille —me dice.

—El mismo, señora. —Y pienso en hacerle una broma sobre el tamaño de mi polla, pero luego caigo en la cuenta de que estaría totalmente fuera de lugar y en vez de resultarle gracioso puede pensar que soy un violador encerrado en un cuerpo escultural creado para darle placer a su hija. Tampoco creo que me vea el cuerpo, así como estoy, así que es probable en que me quede solo con un posible violador.

—Yo soy Adelaida —se presenta.

—Adelaida, bonito nombre. Es un placer conocerla.

Y ya sabéis que, cuando más raro e incómodo es el momento y cuando pensáis que la cosa no puede ir a peor, sucede eso que sabes que lo cambia todo y te quita la razón. En mi caso, es el sonido del teléfono de mi chica.

Ella mira la pantalla y sonrío.

—Es abuela, voy a contestar.

Y sale por la puerta dejándome ahí con mi... Con ella. Y pienso en que el chiste sobre mi polla no está tan mal después de todo.

—Guille, ¿eres tú el motivo por el que mi hija no ha vuelto a Barcelona a pasar la Nochebuena con nosotros?

—¿El motivo? —He pasado de pensar en qué chiste le puedo hacer para romper el frío silencio antes de pasar a ser interrogado.

—Mi hija no ha querido venir en estas fechas, y eso que le hemos ofrecido el pasaje, porque somos conscientes de que está haciendo prácticas.

—Ya... —digo al fin, tras varios segundos de silencio—. No sabía nada, lo siento.

—Debes ser muy importante como para que haya decidido eso.

¿Lo soy? Por un momento lo pienso, porque mi cabeza y mis sentimientos, o el batiburrillo de ellos, están ahí, pero no conozco lo que pasa por su cabeza, no es mi superpoder ni nada de eso. Aun así, me hace sentir especial, jodidamente especial.

—Si le vale de algo, ella es muy especial para mí.

—Explícate. —Y sé que me lo dice sin maldad, solo porque quiere

saber qué sucede, como le pasaba a mi madre, pero elevado al cubo, porque mi madre ya cuenta con que su hijo es un fanfarrón con miedo al compromiso, pero a pesar de eso, lleva viviendo solo un tiempo y le conoce. Pero esta señora no sabe nada de mí, y tampoco nos tiene especialmente cerca para poder espiarnos, vive sin saber y eso debe ser una pequeña locura para una madre.

—Me gusta, señora. No sé cómo definirlo, porque jamás han existido adjetivos para este tipo de sentimientos en mi diccionario. Estoy más cerca de ser el lobo del cuento que un príncipe encantador, pero ella... Ya la conoce, ¿verdad? Tiene magia y tiene color y me ha cautivado todo de tal forma que no lo puedo explicar. Es... Es rosa —le digo.

Porque así es como la veo, así es Ada para mí, aunque haya cientos, miles o millones de colores en una paleta, aunque se empeñe en vestirse cada día de colores diferentes e inconexos entre sí. Ella es rosa y ha pintado mi vida de ese color.

—Tienes razón. Ada es muy especial, es una chica especial en todos los sentidos. Cierto es que no soy imparcial, porque soy su madre, pero lo es. Siempre lo ha sido, pero con el paso del tiempo se ha dado cuenta de lo importante que es vivir cada día como si fuese el último.

Y creo que no hay mejor definición que esa, porque Ada disfruta de todo lo que la rodea, de todo lo que ve.

Oreo comienza a maullar y a arañarme el pantalón para que le preste un poco de atención. Lo sujeto entre mis manos y me lo coloco en el regazo.

—Este es Oreo. —Le presento a nuestro gato, porque esa idea de dejarlo ir se ha ido esfumando tan rápido como la de buscar la forma para que Ada se quede aquí.

—Encantada, Oreo —le dice ella.

—Esto es cosa de Ada —le explico para relajar el ambiente, tras las últimas palabras de Adelaida.

—Lo supongo, ella es así.

—También presta servicios en un comedor social, los domingos. —Me siento como un chivato que cuenta los secretos que sabe de su novia a su suegra para ganársela.

—Tampoco me sorprende. —Me brinda una sonrisa tan tierna que me hace sentir mucho mejor.

—Ada es especial y haré que se sienta así siempre —le confieso.

Asiente con la cabeza varias veces mientras me sonrío con muchas más

ganas.

—Cuidala, Guille, porque es nuestro pequeño tesoro.

—Ahora es el mío, es mi gran tesoro y mi gran descubrimiento.

Poco después, entra Ada en la habitación. No hablamos sobre cosas profundas, más bien le explico mi trabajo y le cuento lo que vamos a hacer estos cinco días en Malibú.

Esa incomodidad inicial se transforma en algo muy tierno, porque las veo hablar de nuevo como si nada hubiese pasado y Ada recupera el brillo a la vez que la rojez de la lluvia cesa. Ahora entiendo todo, porque está lejos de su familia y hablar con ellos debe ser duro. Por eso su madre me pide que la cuide y estaré dispuesto a ello sin que me pese hacerlo. Y eso, de nuevo, es maravilloso.

Regreso a mi habitación tras dejar que ellas hablen un rato más.

—Oreo, tengo una sorpresa para Ada —le explico como si me pudiese entender y fuese mi cómplice en todo este asunto.

Mi chica sale al rato y viene a mi encuentro.

Estoy sumergido en una idea que me ha venido a la cabeza sin más para este proyecto de Battery Park.

—¿Qué haces?

—Se me acaba de ocurrir algo, mientras hablaba con Oreo, y he tenido que sentarme a trabajar.

—Empiezas a parecer un artista —se mofa Ada mientras me abraza por detrás y me deposita un suave beso en la frente, de forma cariñosa.

—Lo soy, ¿no me ves? Soy puro arte, ni Miguel Ángel podría hacerlo mejor —me vanaglorio.

—Eres un pintalíneas chulo y arrogante.

—Y no te he hablado de mi polla...

Ella se tapa los oídos mientras sale de la habitación canturreando.

—Voy a comprar algo para cenar —me dice abriendo de nuevo la puerta.

—La tengo gorda como una... —Pero no me deja acabar, porque cierra con fuerza mientras escucho de nuevo el tarareo de una melodía que no consigo distinguir.

Le envío un escueto mensaje para saber si ya se ha ido y me envía una foto que debo intuir que es ella envuelta en varias capas de ropa, porque está nevando en la calle.

—Bien, es nuestro turno, Oreo.

Saco mi regalo y me encamino a la habitación. Me siento como un ladrón que va a robar en un lugar y espera no ser pillado, o como un fetichista novato que pretende oler todas las bragas de su hermana o de su compañera de piso, las usadas, ¿vale? Puestos a ser un fetichista me pido ser uno guaro, guarro.

Comienzo mi trabajo con la luz apagada y solo prendo los farolillos esos que tanto me gusta ver en su habitación.

Oreo maúlla mientras me observa, como si le estuviese dando el visto bueno a lo que hago. O quizá es mi percepción y me está diciendo que esto es una mierda y mejor le hubiese comprado un Porsche.

—Oreo, a ella no le gustan las cosas caras, ¿no te das cuenta que es una chica de pequeños detalles? Te tenía por un gato más inteligente.

Incluso a mí mismo me tenía por alguien más inteligente, porque estoy hablando con un puto gato. En fin, lo que yo era...

Salgo de la habitación al rato y la adrenalina me presiona el pecho. Esto es lo que sienten los que cometen fechorías, ¿eh?

Ada llega poco después y me avisa mientras canta, ahora no sé si es porque le ha cogido el gusto a la canción o porque teme que le diga que tengo la polla del tamaño de una morcilla de Burgos.

Lo de mi polla debe saberlo, porque la prueba a menudo...

—¿Necesitas ayuda? —le pregunto mientras me coloco en la barra de la cocina.

—Ahora que lo dices... —Me tiende un cuchillo y un delantal horroroso que no había visto en mi vida y que pone: «Soy el nuevo Karlos Arguiñano» y me da un calabacín—. En cubos —me pide.

Hago caso y tras el calabacín llegan más verduras que no tengo ni idea de qué son. Soy un inculto de la cocina, ahora, de cereales sí que entiendo.

—Me gusta esto —me dice.

—¿Te gusta verme trabajar en silencio? —pregunto riendo.

—Eso también, pero me gusta que estemos así, cocinando. Es trabajo en equipo —me dice de nuevo.

Supongo que ella piensa lo mismo que yo, que esto que compartimos y que no necesita nombre es algo sencillo y natural, que sale solo y que nos hace sentir bien, nos hace sentir en casa, tan en casa que no quiso irse con su familia.

—¿Por qué no has querido irte con tu familia a pasar la Nochebuena? —le pregunto con cierta curiosidad apoderándose de mi cuerpo.

—Porque me apetecía estar aquí, contigo.

—¿Conmigo? Me haces sentir afortunado. —Y lo digo en serio.

—Lo eres —afirma sonriendo. Deja el cuchillo y una cosa verde sobre la tabla de madera en la que estaba cortando y se acerca a mí—. Guille, ¿cuándo es el mejor momento?

—¿El mejor momento para qué? —Sus ojos me hechizan, ¿os lo he dicho alguna vez?

—Para decirle a alguien que lo quieres.

—No lo sé, a mí también me gustaría saberlo.

—Hagamos algo —me propone, y me imagino una votación como la de ayer en ese salón, o una apuesta surrealista, algo muy propio de ella.

Saca una moneda de la cartera y me la enseña.

—¿Cara o cruz?

Mi cara debe ser un puto poema, en serio.

—¿Cara o cruz? —inquiero de nuevo, como si no hubiese escuchado bien.

—Exacto, elige. ¿Cara o cruz?

—Cara, siempre cara —confirmo.

—Perfecto. Yo cruz —zanja.

Lanza la moneda al aire y me parece una locura, una locura, pero de esas que te encogen el estómago y en las que quieres que la moneda llegue al suelo ya, porque solo piensas en qué va a suceder ahora, en cuál será el siguiente paso porque no sabes. Porque Ada es así, impredecible.

—Cruz. —Aplaude entusiasmada, con saltitos incluidos, y pienso que, si yo hubiese sido ella, estaría algo asustado, temeroso, no sé siquiera cómo definirlo—. Me toca.

—Te toca —casi que repito como un autómata.

La observo inspirar con los ojos cerrados, tiene los labios unidos y sonrío, no sé siquiera si ella es consciente del lenguaje no verbal que se refleja en todos sus actos.

—Te quiero.

¡Feliz Navidad!

Y esto no es como la puta margarita esa que usabas cuando eras niño, en plan: me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere, ¡no, joder! Esto es una confesión en toda regla y yo solo pienso en que quiero estar a su maldita altura, ser merecedor de ella.

Me incorporo y la observo perdida, estupefacta, rara, y lo entiendo, porque es probable que yo me sintiese así si estuviese en su lugar.

Apago el fuego y aparto la olla de él. Me quito el delantal y le desabrocho el suyo para retirárselo con sumo cuidado antes de tomarla de la mano.

Tiro de ella para que me siga y la llevo hasta su habitación. Abro la puerta y vemos a Oreo tumbado en la cama. La dejo apoyada en la madera blanca y salgo de nuevo para apagar las luces del salón y del pasillo. Ella me mira, interrogante pero no dice nada, sabe que es mi turno y lo respeta. Yo estaría loco ya por saber qué sucede, pero hasta en eso ella es mejor que yo.

Entro de nuevo en la habitación y me dirijo al interruptor que prende los pequeños farolillos que adornan todo el techo y la magia llega.

—Puede que no sea capaz de darte un cielo como este jamás y que no sea el mejor artista ni arquitecto, pero hay algo que sí sé y es que, bajo este cielo estrellado voy a decirte por primera vez que te quiero y, además, prometo hacerte el amor como nadie antes te lo ha hecho. —Ella llora y no me importa, porque tengo la certeza de que lo hace de felicidad y esas lágrimas merecen ser derramadas, porque es una muestra de las emociones que nos embriagan—. Te quiero, mi pequeña Ada del Bosque.

Se lleva sus manos a la cara y, a pesar de las lágrimas, sé que sonrío.

—Sabía que el destino me tenía algo preparado, algo bueno.

—Has sido una gran maestra, Ada del Bosque.

—No mejor que tú alumno, pintalíneas.

Y tenemos todo el tiempo del mundo, nada ni nadie nos dice lo contrario y así es como nos lo tomamos, con la simple luz de unas estrellas que brillan en el cielo de esta habitación.

—El firmamento como testigo —susurra emocionada.

—De todas las estrellas, tú eres la que más brilla.

Le deposito muchos, muchísimos besos en la cara antes de agarrar su camiseta y alzársela para que su piel me embruje de nuevo.

Blanca, pura, limpia, nívea. Luz, brillo, magia, pureza, empatía...

Miles y miles de palabras pueden definirla, pero no hay una sola que se acerque a lo que ella despierta en mí. Tan buena maestra, que nada es capaz de superarla.

Con cada prenda que retiro me tomo mi tiempo para besar la piel que se descubre ante mis ojos, para continuar cumpliendo las promesas que le he hecho bajo este cielo improvisado.

Tras la camiseta, me arrodillo y desabrocho el botón de su vaquero. Le dejo un reguero de besos en los muslos y, una vez la prenda se le arremolina en los pies, le pido que los alce para liberarla.

Pantalones. Calcetines. Sujetador y braguitas. Todo acaba de cualquier manera sobre el suelo y creo que no hay una forma más bonita de decorar la habitación que con prendas que sobran.

Observo sus mejillas sonrosadas, no por la vergüenza o el pudor, porque eso ha dejado de ser algo que nos limite, más bien por la expectativa y las ganas compartidas, porque yo me siento exactamente igual.

Doy un paso hacia atrás y comienzo a hacer lo mismo con las prendas que me cubren la piel.

No sé si somos polos opuestos y mientras que su piel me recuerda a algo puro y frágil, la mía es ruda, incluso tosca.

Camiseta, zapatillas, calcetines, pantalones, calzoncillos. Acaban hechos un manojo en donde mismo se encuentra lo suyo.

Me acerco y mis dedos comienzan a bailar sobre su piel. Con delicadeza, admirando cada sensación despertada y disfrutando de cada reacción, de las suyas y de las mías.

La polla me palpita, no voy a negar lo evidente, pero intento concentrarme en ella y solo en ella.

La invito a tumbarse y permitirme besarla. Por todos los lugares por los que han danzado mis dedos, ahora lo hacen mis labios. Ella se mueve, sonrío, me mira, me toca y acaricia, se embebe de mí a la vez que yo lo hago de ella.

Me sitúo entre sus piernas y pienso que quiero que sienta, que sienta que el amor no es solo un «te quiero». El amor es más que eso; son caricias, abrazos, miradas compartidas, pensamientos, ideas, un beso, la unión total de dos cuerpos...

Y la beso, con delicadeza, en el sexo. Su cuerpo sufre lo mismo que el mío, porque me lo hace saber con sus gemidos y sus suspiros entrecortados, mientras mi lengua no deja de jugar con esa parte sensible que sé que le

proporciona placer. Chupo, muerdo, beso, lamo y así en bucle. Ella jadea, gime e, incluso, me tira del pelo llevada por el frenesí y sé que está al borde de un orgasmo, que lo necesita casi tanto como yo proporcionárselo. Inicio de nuevo mi danza y comienzo a chupar mientras introduzco un dedo dentro de ella. Paro mis lametones e introduzco otro dedo, la miro y se retuerce. Acerco de nuevo la lengua y chupo con más ansias mientras prosigo con mis movimientos y ella me pide más. Me separo de nuevo mientras sigo follándomela con los dedos, me mira y veo en sus ojos en fuego y el brillo de la excitación.

Acerco la lengua de nuevo, pero quiero que la vea, quiero que vea cómo me la como entera, y lo hace, se incorpora y me observa con atención. Y la danza se reanuda, pero sin cesar, esta vez sin parar, mis dedos y mi lengua se acompañan mientras Ada comienza a mover las caderas a mi encuentro, busca llegar al final y yo deseo que lo haga.

—Sigue, sigue, sigue —me pide.

Y lo hago, porque es lo que ella quiere y lo que yo deseo.

Y se corre, acompañada de un alarido de satisfacción se deja ir. Noto los pequeños espasmos alrededor de mis dedos.

Le permito varios segundos para que se recupere, los justos para ponerme un preservativo, situarme entre sus piernas y comenzar a introducirme dentro de ella con una suavidad pasmosa. Deleitándome de su cuerpo y de la presión que ejerce sobre mi polla tras su primer orgasmo.

Coloco ambas manos a los lados de su cabeza y nuestros ojos se fijan en los del otro, compartiendo en silencio lo que sentimos en ese momento, jugando a adivinar las emociones: placer, placer y más placer. Amor, del bueno, del que aprendes porque nadie nace sabiendo.

Mis movimientos suaves comienzan a tomar fuerza. Sus caderas de nuevo salen al encuentro de las mías y esa conexión que desde el principio se estableció entre nosotros y nunca nos ha abandonado está presente, porque, al final, el sexo es como dar sentido físico a lo que no se palpa.

Nos dejamos llevar y un orgasmo nos asola. Me coloco a su lado, para no hacerle daño y la abrazo casi sin salir de su interior.

Oigo un maullido de Oreó, que me hace abrir los ojos y reír.

—Vaya espectáculo acabamos de darle —susurro, mordiendo la oreja de Ada.

—Pues espero que se prepare, porque me gusta esto de hacerlo bajo la luz de las estrellas.

El viaje de nuestras vidas

Cinco días.

Cinco putos días de desconexión, de pasarlo bien, de risas, de paseos, de miradas furtivas, de besos robados, de complicidad y de entrega.

A partir de hoy, creo que el cinco será mi número favorito.

Nunca, y digo nunca con conocimiento de causa, he pasado una Nochebuena como la de este año.

Supongo que, cuando creces, maduras, evolucionas y todo ese rollo, dejas de creer en estas fiestas y lo que se supone que ellas traen consigo.

Lo nuestro no fue más que una simple cena llena de verduras cuyos nombres siguen siendo impronunciables, de sexo y de compartir cosas sencillas, como las novedades de ese día, con quién nos habíamos cruzados, qué clase de conversación habíamos mantenido o la ropa que meteríamos en nuestras maletas.

Ada me contó muchas cosas sobre su familia. No tiene hermanos, como yo, pero sus primas, con las que comparte edad, lo son para ella. Sus abuelos siguen dando guerra y les encanta salir a pasear todos los días, aunque su abuelo ahora está en silla de ruedas, pero intentan seguir esa vieja costumbre, no solo por salud, sino por compartir ese momento de conexión con el mundo. Palabras textuales de ella, que yo no sé si me veo siendo capaz de conectar con el planeta más allá de comer lo que produce la humanidad, tomar el sol o compartir unas cañas bajo el cielo despejado de una tarde de verano.

Lo del cielo estrellado nos llevó a dibujar constelaciones ficticias, porque de astronomía tampoco sabemos, pero imaginación tenemos mucha. Ada se entretuvo en buscar la forma posible de que con eso que brillaba en el techo se pudiese formar un corazón y yo buscaba dos pezones sonrosados o una polla gigante que se acercase a poder ser nombrada como mi creación.

Oreo simplemente dormía en el manojito de ropa que aún estaba desperdigado por el suelo.

Cena en ropa interior y noche estrellada, ¿qué más se le puede pedir al gordinflón de barba espesa y blanca? Nada.

—No metas mucha ropa en la maleta, porque pienso arrancártela cada vez que pueda —la amenaza entre risas.

Ella está preparando sus cosas y yo, mientras, intentando acabar este cuadro con el que empezó todo.

Ada se empeña en decir que quedan muchos detalles que perfilar, pero para mí está perfecto, y no solo eso, sino que el resultado es una puta pasada. Me parece mentira haber podido conseguir que se parezca a esa bola que sigue decorando su estantería y que nos roba alguna sonrisa cuando la miramos de soslayo. Porque siempre la buscamos con la mirada. Es nuestro amuleto, o eso le digo siempre que la sostengo entre los dedos.

—¿Has acabado la tuya? —me pregunta con curiosidad.

—Obviamente. Solo he metido condones. —Alzo las cejas en repetidas ocasiones y ella me lanza varios calcetines horribles y distintos entre sí—. ¿De plátanos? ¿En serio? ¿Quieres probar una auténtica banana? —le pregunto mientras me sujeto la polla con las manos y la bamboleo como el que ofrece un plato exquisito. Que, a ver, puede que no ofrezcas un plato así, pero a mí me gusta darle énfasis a todo lo que hago, ya me conocéis.

—Me gustan los calcetines raros —me dice, obviando mi gran instrumento y causando una gran decepción en mi amiga, porque, si tuviese cerebro, sería mi amiga íntima, ¿lo pilláis?

Hemos quedado con los chicos dentro de un rato en el aeropuerto. Son demasiadas horas de coche como para siquiera planteárnoslo, así que buscamos el vuelo más económico que pudiésemos encontrar dadas las circunstancias y, por suerte, salimos en un rato.

Nos duchamos con calma, desayunamos con más paciencia aún y cogemos un taxi para llegar al aeropuerto.

Oreo va con nosotros, por si tenéis duda de ello; es como el tercero en discordia de nuestra relación. Pero le he cogido cariño, me mira con ojitos de cordero degollado, creo que Ada lo enseña mientras yo no estoy en casa. Si llega a ser hembra, estaría perdido.

—¡Chicos! —Sarah nos grita desde un banco cerca de la zona del control de seguridad. Está con Mia y Jaydee, porque Simon, Helena y Diana van directos desde La Jolla.

Ada alza la mano y les saluda.

—¿Qué tal el día de Navidad? —preguntamos tras los oportunos saludos.

Todos proceden a relatar la cantidad de cosas que han engullido y lo llenos que están aún. Nadie habla de un posible empacho de sexo, ni siquiera Ada cuando nos preguntan por nuestra Nochebuena, aunque lo ha tenido, de eso doy fe, como los notarios.

La observo mientras habla con el grupo. Todavía sigo dándole vueltas a

esas lágrimas que la he visto derramar y la poca consideración que tengo por no haber preguntado por el asunto, pero eso de saber que echa de menos a su familia y que está triste, me hace poner todas mis ganas en hacerla sentir como en casa.

—Al final no he tenido problemas para que me diesen los días libres en el museo —le explica a Sarah—. Me tratan muy bien y estoy súper a gusto en el equipo, incluso me han dejado entrar en exposiciones privadas.

—Sin duda alguna, lo tuyo es el arte —le dice Sarah, completamente entregada a la conversación.

—¿Sabes qué es el arte? —bromeo.

—No respondas —le pide Jaydee—, es un chiste malo de esos a los que solo le encuentra la gracia él porque solo tienen lógica en español.

—Dejadlo, mi chico es el hombre más gracioso del mundo —me defiende mi heroína particular.

A mí, por supuesto, se me hincha el pecho al ver, no solo cómo me protege, sino la forma tan natural de denominarme. Sí, ¿qué pasa? Soy su chico. Atención, señoras y señores de Nueva York y resto de lugares que no voy a ponerme a detallar, siento comunicaros que esta polla ya tiene dueña.

El vuelo es tranquilo. Ada se duerme sobre mi hombro y el resto comparten conversaciones y leen. Yo aprovecho para hablar con Jaydee, que, por suerte, se ha sentado al lado. Ambos compartimos pasillo, por lo que podemos aprovechar para organizar cosas y formular puestas en común de decisiones que debemos ir tomando.

Estamos ilusionados con el proyecto y no puedo más que sentir una completa calma al darme cuenta de que todo está como debe estar.

Soy positivo, no tanto como lo es Ada, y puede que ella también me haya enseñado a tomarme las cosas de otra forma, pero creo que ahora mismo, todo está como debe de estar.

Llegamos a Los Ángeles y optamos por pillar un coche en el que podamos movernos todos. Hemos reservado varias casas en primera línea de playa en Malibú. A ver, que para quedarnos metidos en el barullo, ya nos quedamos en Nueva York.

—¡Queremos sol! —grita Sarah.

Ada sonrío y asiente, aunque aún la noto cansada, eso de no dormir y de volar debe causar estragos en ella. Yo, en cambio, me siento satisfecho y con ganas de quitarme la ropa, para lo que surja, no soy remilgoso.

Nos reunimos con Helena, Simon y Diana y hacemos el *check in* en lo

que será nuestro hospedaje esos próximos días.

Quedamos en cambiarnos, ponernos ropa de verano y salir a almorzar. Los encargados de buscar el local somos nosotros, por lo que, mientras deshago la maleta y coloco las escasas pertenencias que hemos traído, Ada hace una búsqueda por internet para ver qué lugar le convence.

Obviamente, mis amigos son adorables, porque saben que ella no come cualquier cosa y por eso nos han dejado la elección a nosotros.

Oreo parece estar más tranquilo, el vuelo no le hizo mucha gracia, y menos en una caja con rejas. Lo entiendo, hasta yo estaría traumatizado si fuese gato, pero ahora se pasea por la casa con total parsimonia. No hay plantas, ni arbolitos raros que pueda arañar, así que creo que está frustrado, mirando si hay alguna pata de silla con la que pueda hacer sus delicias gatunas.

—Si rompes algo, te regalo —le advierto. Intento parecer un tío serio, pero debe de ser el hijo de Lucifer, porque claudico y termino acariciándole. Voy a ser un padre pésimo. Lo tengo claro.

Me enfundo unas preciosas bermudas con tazas de café y salgo, descalzo, a la terraza de nuestro pequeño *bungalow*.

Huele a mar.

Durante todos los años que viví en Asturias, y cada vez que iba a pescar con mi padre, me gustaba la sensación de la brisa marina al golpearme en la cara.

No es la misma sensación esta, porque aquí el mar no golpea embravecido contra las rocas, pero, aun así, se disfruta y te transporta.

—Muerdo por meterme en el agua y salpicarte —me indica Ada tras llegar a mi altura y abrazarme por detrás.

Es pequeña en comparación conmigo, pero su corazón debe ser como quince veces mayor que el de cualquier humano.

—Vas lista si crees que me vas a mojar, lo único que vas a mojar, será tu entrepierna mientras te follo dentro de esas aguas que ahora mismo nos llaman a gritos. No sé si dejar el almuerzo para otro día y comenzar por el postre.

—Eres un cochino —me insulta, riendo.

—Insúltame todo lo que quieras, me la pones dura, nena —continúo buscándole las cosquillas. Me giro y la observo con atención y de nuevo me siento conectado a ella—. ¿Qué he hecho para merecer algo tan bonito como tú? Dime qué cojones he hecho en esta vida para que haya tenido la suerte de

conocerle.

—Vivir.

Nuestros labios se encuentran y nos dedicamos a embebernos el uno del otro, a disfrutar de las chispas que sentimos al entrar en contacto. Dejemos a un lado el tema de mi combustión espontánea al pensar en todo lo que podría hacerle aquí mismo sin siquiera tener en cuenta a las personas que pasean o toman el sol, porque eso de ser un exhibicionista ahora mismo tampoco me importaría demasiado.

—¡Idos a un hotel! —nos grita Helena desde la terraza de al lado.

—Vaya, vaya, mira, Ada del Bosque, nuestra vecina es mi anterior compañera de piso. Tenemos trabajo más que suficiente —le digo mientras la aprieto con más brío contra mi cuerpo—. Esta noche debemos gemir tan fuerte que ella no pueda dormir. Recuerda decir: «tienes la polla más grande que he visto en mi vida». Puedes decir algún que otro taco, está permitido, acuérdate de que me la pone dura cuando tu boca se vuelve sucia. —Sonrío de medio lado mientras Ada esconde la cara en mi pecho y Helena se limita a hacerme una peineta enorme.

—¡Veremos quién grita más, gilipollas! —me grita la susodicha.

Nos reímos mientras entramos de nuevo para coger nuestras cosas y encontrarnos todos en la calle principal.

Llegamos los segundos, Helena y Simon están allí.

—Espero que a tu amiga no le esté dando por copular antes de almorzar —protesto, pensando en Mia y Jaydee.

—No hay nada como un mañanero —dice Helena en español. Todos nos reímos y Simon frunce el ceño. En serio, porque lo conozco y sé que es buen tío, pero tal y como actúa y con esa frialdad que habitualmente muestra, parece que es un capullo con ropa cara y un trabajo que mola mucho. Sabemos que la elocuencia no es una de sus mejores cualidades, pero Helena lo compensa y de sobra.

—¿Y Oreó? —pregunta Loren al llegar a nuestra altura.

—Le he dejado dentro con comida y agua, es la hora de la siesta para él. En realidad, cualquier hora del día es buena para dormir.

—¿Será cierto eso de que los animales se parecen a sus dueños? —pregunto, mirando directamente a Ada—. Ya sabes, duermes demasiado, últimamente.

—Estoy cansada —es todo lo que dice.

La estrecho de nuevo contra mi cuerpo y le acaricio la espalda con la

mano.

—Si lo veo, no lo creo —dice Simon al fin—. El eterno soltero ha caído —replica con altanería.

—Sé que intentas fastidiarme, pero no lo vas a conseguir, porque soy un caballero.

—Cuestionable —objeta.

—¿El qué?

—Que seas un caballero. —Pongo los ojos en blanco y sé que me busca las cosquillas por todo lo que le hice pasar mientras estuvo conquistando a Helena, pero no voy a hacer en sus garras de diablo, porque he dicho que soy un caballero—. Ada —insiste—, si te cansas, tengo un amigo con mejores... cualidades.

En mi mente pienso: «te cojo y te reviendo, te cojo y te reviento», pero la palabra caballero aparece ante mí y decido callármelo y soltar otra perla.

—¿Le has encontrado ya la polla a tu novio, o estás pensando en comprarte un vibrador más gordo que te haga sentir algo mientras te mete eso que tiene entre las piernas y que has llamado lápiz en más de una ocasión, Helena?

Simon frunce el ceño y yo me descojono en su cara. A ver, que se lo ha buscado solito, no podéis negármelo.

Sex on the beach

A pesar de las bromas, las risas y los insultos, Simon y yo nos llevamos muy bien y puede que con el tiempo incluso le coja cariño. Todo dependerá de lo que haga con mi amiga.

Tras un almuerzo sano, cogemos nuestras toallas, el protector solar y nos encaminamos a la playa sin pensar en otra cosa que no sea quedarnos allí hasta que nos convirtamos en gambas.

—Parezco un perverso, poniéndote crema empalmado —le indico a Ada.

Me quedo de espaldas al grupo y rezo porque Diana y Sarah no hagan ningún comentario sobre mi erección, porque están al otro lado. Aunque, puestos a pedir, prefiero que me vean ellas a que lo haga Simon y quiera pillarme en un baño, que uno nunca sabe.

Ada hace lo propio conmigo y nos tumbamos en la toalla a disfrutar de la tarde y del sol.

—Loren, ¿cómo va la boda? ¿Has empezado a preparar todo?

Somos unos amigos pésimos, porque la susodicha, muy digna ella, se incorpora y la observamos enseñarnos algo que a ella entiende le parece obvio pero que nadie más ve.

El bikini lo cubre todo, no parece tener ningún pelo raro colgándole de la zona inguinal y tampoco veo ninguna deformación de la que tengamos que preocuparnos...

Alza la mano izquierda y comienza a mover el dedo con énfasis.

—¡Ohhhh!

Ada, cómo no, es la primera en percatarse de que el pedrusco que lleva es lo que es. La abraza con tanta fuerza que temo que una de las dos se vaya a partir, pero no. Helena se levanta, Mía, Diana y Sarah hacen lo mismo y forman un círculo alrededor de la novia. Vale, empiezo a temer, porque lo siguiente que sucede me produce algo que tiene un nombre muy específico y gráfico: vergüenza ajena.

Las chicas comienzan a saltar y a moverse en un corro, como cuando las niñas cantaban *El patio de mi casa* y yo me agachaba a ver cuántas bragas veía y me vanagloriaba de ello luego en la clase de lengua, y digo lengua porque lo mío siempre han sido las ciencias.

Nos miramos todos y veo que Jaydee le estrecha la mano a Alex y hasta

un pequeño abrazo comparten. Simon hace lo mismo, pero sin abrazo y con una sonora palmada. Yo intento ser educado y buen amigo.

—Lo siento, colega.

—No te preocupes —me responde Alex—, no había dich...

—Siento que tengas que casarte, se ha acabado lo bueno... —le corto con mi broma, muy elaborada, por cierto. Él se ríe, pero, a pesar de haberme reído de él, me abraza y yo le devuelvo el gesto, porque nos conocemos desde hace mucho y somos muy buenos colegas—. Me alegro mucho, en serio —le digo antes de recomponernos y volver a parecer hombres de pelo en pecho.

—¡Esto se merece un baño! —grita Jaydee.

Nos guiñamos un ojo y agarramos a Alex con fuerza para arrastrarlo hasta el agua.

No lloriquea, aguanta el tipo, aunque niega con la cabeza varias veces. Simon se suma y nos ayuda, y Diana viene a nuestro encuentro. Reímos al verla.

La cosa termina por complicarse, porque acabamos en el agua todos, incluida Diana, y no entiendo qué ha podido fallar en nuestro maquiavélico plan.

Llamo con el dedo índice a Ada y ella niega con el mismo dedo.

—Cariño, el agua está deliciosa. Ven, no pienso hacerte nada que no quieras —le advierto, jocosamente.

Ella se levanta, se acerca hasta la orilla y se queda allí plantada.

—Está fría —me dice cuando el agua le impacta contra los dedos de los pies.

—Yo te caliento —le cuento, alzando las cejas repetidamente.

Se gira con la firme intención de volver a su toalla. Obviamente, no soy tan buen novio como para dejarla ir. Salgo todo lo rápido que puedo y, cuando ella se da cuenta y comienza a correr en otra dirección, yo ya casi estoy fuera.

Escucho sus risas mezcladas con el sonido de las olas rompiendo en la orilla. No es rápida, y eso me da cierta ventaja, porque la sujeto y la hago girar entre mis brazos mientras ella grita y ríe a la vez.

Es el sonido más bonito que he escuchado en mi jodida vida. Puto cabrón con suerte.

—¿Pensabas escaparte, cariño?

—Noooo, no entiendo cómo has llegado a esa conclusión, la verdad —confiesa con socarronería.

—Intuición masculina —murmuro cerca de su oreja. Siento un

escalofrío y no sé si es por mi murmullo o por lo fría que debe estar mi piel al tocar la suya.

Me la cargo al hombro, al estilo cromañón, y me adentro en el mar con ella en mis brazos.

Patalea y me hace cosquillas, pero eso no es impedimento para que acabemos empapados. Y espero que ella en más de un sentido.

Voy adentrándome en el agua, aún con ella al hombro y me mira recelosa, pero no protesta por lo que hago. Empiezo a mojarle el cuerpo cuando entro más y más. Se yergue, alza las manos y mira al cielo.

—Parece que puedo tocarlo —grita maravillada—. Ya sé lo que sintieron en esa escena de *Titanic* —prosigue.

—¿Preparada?

—Contigo, siempre.

—Salta fuerte y toca el cielo —le pido.

Ella me observa un segundo antes de sonreír, alzar las manos, tomar impulso en mis hombros y saltar sin apartar la vista del cielo. Está volando, como una mariposa, que despliega las alas con ansias por tocar el cielo.

Se sumerge al caer y no tarda nada en salir, aun con el agua chorreándole la cara. Se sumerge de nuevo y la observo nadar a mi alrededor hasta colocarse detrás de mí. Sale y comienza a salpicarme.

Sonrío, taimado, y me giro al completo para ir a su encuentro. Ella empieza a retroceder, poniendo agua de por medio entre nosotros. Me lanzo a su encuentro y todo deja de importar cuando la sujeto por la mano y tiro de ella para que nos fundamos en un abrazo.

Con Ada las cosas surgen así, sin más, simplemente surgen y nos acoplamos, y eso mismo es lo que nos sucede cuando nos abrazamos y comenzamos a besarnos.

—¡Idos a un hotel! —Escuchamos los gritos amortiguados por el sonido de las olas, pero sabemos que nuestros amigos, porque ahora son nuestros, en plural, nos gritan y se burlan.

Una melena rubia se sitúa a nuestra altura mientras nos mordemos los labios como quinceañeros hormonados.

Salpico a Helena y juro que no sé cómo cojones lo hago, teniendo en cuenta que parte de mi sangre no está haciendo alarde de lo que debe hacer.

—Guille, Guille, Guille... Me siento pletórica —nos confiesa la rubia.

—¿Por qué? —pregunta Ada.

—No preguntes, es una fiera mala, es la reencarnación de Lucifer.

Helena sonríe, malvada.

—Te dije que caerías y, amigo mío, no solo he acertado, sino que me podr  burlar de ti durante mucho tiempo. Tras contárselo a tus hijos nos reiremos, pasar  de generación en generación y será risa tras risa, broma tras broma a tu costa.

Noto que Ada se tensa en mis brazos y no s  si es porque me aprecia tanto como para no querer que se burle de m  o por ese detalle insignificante que tiene una única raíz: hijos.

—Eres un bicho —finalizo, obviando mis conjeturas y guard ndomelas en la mente como posible asunto a tratar, porque hijos, lo que se dice hijos, no entran dentro de mis planes. Mi madre estar  encantada, de eso no tengo la menor duda, pero en mi mente solo se reproducen llantinas y mocos, noches sin dormir...

Helena se marcha y nosotros nos besamos un poco más.

—Quiero salir —me dice Ada medio temblorosa.

—Mierda... Ve t . Yo necesito... un poco de tiempo —le explico mientras señalo eso que tengo ahí debajo. Mi barra de pan, s , s , eso mismo...

Pasamos el resto de la tarde desvariando y a Loren parece haberle entrado un ataque repentino de locura, porque no para de contar los detalles que tiene en mente para el evento. Primavera, confirmado, la boda se realizará en esa estación.

Ada disfruta de la conversación y de todos los detalles, pero nosotros comenzamos a planear lo que haremos esa noche y, tras hacer la propuesta pertinente a las chicas —porque al final ellas siempre tienen la última palabra, nos guste o no—, decidimos hacer una pequeña hoguera y rezar porque no nos encierren en un calabozo por ello.

Nos duchamos y nos enfundamos en algo de ropa más propia para la noche. La tarde ha sido increíble y sonrío al pensar que los siguientes días serán similares.

—Ahora vuelvo.

Alex, Jaydee, Simon y yo hemos quedado para ir en busca de lo necesario para nuestra noche en la playa.

Ada se queda en el sillón, con Oreo, que emite ese ruidito tan propio de él cuando le surten a caricias. Tengo envidia de él, porque me he dado cuenta de que compartimos algo, a pesar de mi reticencia inicial, he caído en de que compartimos algo; él siente debilidad por Ada y yo me siento exactamente igual. Si no fuese un tierno gato esto sería una lucha de titanes. Y a mí no me

gusta perder en nada, lo sabéis, ¿verdad?

Compramos muchas cosas que no se podrían catalogar como sanas, pero, a pesar de eso, cojo varias manzanas verdes y unos *smoothies*, estoy seguro de que Ada me lo agradecerá.

—Te veo bien, colega —me dice Jaydee, colocándose a mi altura mientras caminamos de regreso a los bungalós.

—Lo estoy —le confirmo—. Yo también te veo bien a ti —murmuro, dándole un empujón con el hombro.

Él sonríe y asiente con convicción, lo que me da a entender que estamos en el mismo punto.

Somos tíos y tenemos sentimientos, pensamos igual que cualquier otra persona, aunque a veces la sangre se nos vaya a otro lado y nos peguemos el día empitonados pensando en cómo empotrar a la chica de turno o a la tía que nos espera en casa. Pero, a veces, no es necesario decirlo todo. Nos conformamos con sonreír, hacer un comentario sobre lo que nos pasa por la cabeza y entender al otro. O será que así de sencillo es entre nosotros tres, cuatro, si contamos al cabronazo de Simon, que aún está en proceso de valoración para su posible incorporación a la banda de malotes.

No tardamos nada en regresar tras coger varias cosas necesarias: platos, cubiertos, vasos, servilletas, lo lógico y caminar hasta la orilla.

Oreo cuenta con ventaja, porque está con nosotros, pero va pasando de brazo en brazo, como si fuese el bebé del grupo y se llevase la inmensa mayoría de atenciones.

—No me caes bien —susurro, acercándome a él—. El niño mimado debería ser yo, aún estoy a tiempo de regalarte. —Él, muy digno y seguro de sí mismo, o todo lo seguro que puede estar un gato, maúlla y todas ríen. Vaya, jodido gato, las tiene en el bote a todas, hasta a Diana, que la tengo por una tía dura de pelar.

—De eso nada —lo defiende Ada—. El gato se queda —me dice, guiñándome un ojo.

Cedo, porque, al fin y al cabo, aunque yo no quiera reconocerlo, el gato me cae bien y se ha ganado mi respeto.

Encendemos el fuego con varios troncos que hemos comprado y algo de carbón. Lo hacemos como en las pelis, colocando piedras alrededor de la fogata.

—Te concedo el honor, sabio hombre que ha trabajado toda la vida con sus manos y por eso las tiene tan poco finas y delicadas —ironizo. Le tiendo

un encendedor a Simon y no entiendo el motivo por el que me empuja al pasar por mi lado.

—Aprende —es todo lo que atina a decirme, mientras intenta prender la llama.

Me quedo allí plantado, esperando a que no lo consiga y buscando muchos chistes ingeniosos para llamarlo torpe, poco hombre, chulo... Un sinfín de adjetivos, a cual mejor, me rondan, pero debo acallar mi ingenio cuando veo que consigue su cometido y me dedica una sonrisa llena de suficiencia.

—Ha sido suerte y lo sabes. —Helena, que está cerca, hace ese gesto tan característico de Julio Iglesias, porque sé que es súper fan de él y de sus memes. Mi móvil da buena cuenta de ello, porque no para de enviármelos. Diría que hasta los crea ella, porque a veces son absurdos, tanto, que te hacen gracia solo por eso. También puede ser que yo tenga la risa fácil, ojo al dato.

Nos arrebujaamos todos alrededor de la fogata. Comenzamos a repartir cervezas y refrescos, Ada, por supuesto, sujeta el zumo verde que le he traído y me aprieta el muslo como agradecimiento.

—Mejor en la polla —le pido entre dientes. Ella me ignora, como si no hubiese dicho nada, pero percibo una sonrisa que pugna por salir. Lo sé, soy gracioso.

—Chulo prepotente —me dice, como si me leyese el pensamiento.

—Me das miedo —suelto a colación de su último comentario.

—Debería. —Me sonrío y a mí..., pues eso, que me gana.

Simon reparte varios palitos y juro que quiero que me lo pongan complicado, pero se empeña en dejarme los chistes tan, pero tan obvios que no me queda más remedio que formularlos.

—Mira, Simon, como tu polla —le suelto.

Las carcajadas generales no se hacen esperar. Helena incluida y creo que eso es lo que más le enfada.

A ver, que la he cogido con él porque me ha robado a mi compañera de piso, pero es cierto que sin él no habría conocido a Ada y no estaría como estoy. Esto es una encrucijada, porque le odio, pero a la vez debería quererle...

La mímica es la culpable de todo

—Es coña, sé de buena fe que mi amiga es feliz contigo y con eso que te cuelga —digo para arreglar un poco el asunto. Me la devolverá, yo lo sé y él también.

Lo dejamos ahí, en *stand by*, y sacamos malvavisco de una de las bolsas de la compra.

Colocamos varios en los palos y los posamos sobre el fuego para que se doren.

—Esto parece una reunión de los Boy Scouts —bromea Ada.

—Nos faltan los juegos —prosigue Diana.

—Me gusta la idea —aplaude mi chica—. Podemos jugar al tabú.

—¿Tabú? ¿Eso qué es? —inquire Sarah.

—¿En serio no lo conoces? —se mofa Diana.

—Es un juego en el que tenemos que explicar algo con mímica. Sin hablar —explica Helena.

—Eso es imposible para ti —le advierte su chico.

—Podemos hacer una concesión, porque Helena no se calla ni durmiendo —decido seguirle el juego a Simon y reírnos un rato.

—Ja, ja, os creéis muy graciosos, ¿verdad?

—Lo somos —afirma su novio.

—Por descontado —confirmo yo también.

Las chicas se mantienen en silencio, soplando el malvavisco que se ha cocinado, comiéndoselo tras enfriarlo y vuelta a empezar.

—Yo me apunto —dice Diana.

—Y yo —se suma Loren.

Al final, decidimos jugar un rato y reírnos los unos de los otros.

—Empiezo yo —dice Helena.

—Suerte —me burlo.

—Gilipollas —me insulta. Todos me señalan, como si el juego hubiese empezado y Helena ya hubiese metido la pata. ¿Qué habré hecho yo para merecer esto?

Helena empieza a mover la mano y a hacer gestos como si fuese algo gordo.

—Mi polla. —A ver, algo gordo... Blanco y en botella.

Ella niega con la cabeza y se lleva la mano a la frente. Prosigue, se toca

el pelo y vuelve a hacer un gesto de tamaño.

—¡Una polla peluda! —grita Diana.

Helena comienza a suspirar, está perdiendo la paciencia. Vuelve a negar.

Ahora abre algo.

—¿Un cajón? —pregunta Loren.

Ella aplaude y la señala.

—¿Algo que está dentro de un cajón? —cuestiona Alex, dado el anterior razonamiento.

Helena levanta el pulgar. Vale, empezamos a acertar.

Vuelta a abrir el cajón, tocarse el pelo y hacer el gesto de algo gordo.

—Un cinto polla. —Listo, es obvio, ¿no?

—Gilipollas, es un cinturón, pero nada de pollas ni pelos. Sois pésimos para esto de adivinar, malditos, no hay quien juegue a nada, pervertidos. —Y me señala a mí. No lo entiendo, la tienen cogida conmigo.

—Claro —empiezo mi defensa—. Te tocas el pelo, haces un gesto así —le digo, alargando la mano para que quede espacio entre ellas—, abres un cajón y tenemos que saber que es un cinturón.

—Es lógica. Una lógica aplastante.

—Yo no veo lo del pelo —protesta Ada—. Lo otro lo puedo entender. Los cinturones se guardan en cajones y son gruesos.

—No me tocaba el pelo, me tocaba el coiletero, que me sujeta el pelo, y hacía un símil indicando que el cinturón vale para agarrar algo.

—Lo veo claro —ironizo de nuevo—. No eres tú, que eres una pésima mimo, no, nosotros. Ya... Cómo no pudimos verlo, chicos, somos patéticos.

Helena corre desde su posición y se lanza sobre mí. Evidentemente, me llena de arena y me hace cosquillas, o eso dice ella, porque yo siento algún que otro puñetazo.

—¡Dale fuerte, nena, sin miedo, que tú puedes! —la anima Simon.

Lo miro, saco la mano como buenamente puedo de la sujeción de Helena y le hago un gesto con el dedo índice y el pulgar que indica, con mímica, que la tiene chiquitita. Que no hace falta que le diga que me refiero a su polla, con todos los chistes que he hecho sobre ello, lo entiende. Él lo sabe, yo lo sé y todos somos testigos de ello.

En fin, que este día es el primero y estamos así. Ahora bien, no lo cambiaría por nada en el mundo, porque siento que estoy donde y con quien debo.

Tras este día, llegaron varios más de comidas, conversaciones, unas profundas y otras no tanto, y algún que otro intento de mejora con ese asunto de la mímica, pero sin dejar que Helena participase... Es coña, sí que la dejamos, porque no queríamos oírla lloriquear, porque es competitiva y nos aseguró que iba a mejorar. Lo del cinturón dejó una marca imborrable en nuestras vidas, ya veis... Lo tengo ahí, atesorado, para contárselo a sus hijos, si es que llegan.

Es nuestra última noche y, además, Nochevieja.

—¿Has hecho balance del año? —le pregunto a Ada.

Hemos pasado una noche espectacular, como todas las anteriores, pero, teniendo en cuenta que somos muchos y que estaban desfasados y cachondos como perros, empezaron a abandonar el bungalow que comparten Diana y Sarah y, calabaza, calabaza, cada uno pa' su casa.

Ada y yo nos retiramos también, porque al final Diana y Sarah decidieron salir un rato por ahí. Así que, nuestro plan es tomarnos la última — una copa de vino en mi caso y un zumo raro en el de Ada—, arrebujarnos en una tumbona y taparnos con una manta bajo el cielo estrellado de Malibú.

—Este año ha sido mi mejor año. Nada lo supera —me confiesa, recostando la cabeza y observando cómo las estrellas se ciernen sobre nosotros—. Las de mi habitación molan más —me explica.

—Sabes que no —sonríe—, pero es un gran detalle por tu parte intentar vanagloriar mi gesto.

—Gracias —me dice. Se gira, destapándonos y el fresco de la noche me hace estremecer. Es un pequeño escalofrío.

—La que tu tienes —le digo, besándole la punta de la nariz.

—Me has dado más de lo que jamás soñé —murmura.

—Eh, eh, eh, nada de ponernos tontorrones. Es momento de sentir y disfrutar.

—Sentir y disfrutar —repite y asiente.

Sé que algo le ronda la cabeza, no logro entenderla y tampoco quiero meterme en un interrogatorio, porque iría en contra de lo que le acabo de decir. Sentir y disfrutar.

—¿Nos damos nuestro último baño del año? —le pregunto.

—Ya es año nuevo —me dice.

—¿Nos damos nuestro primer baño del año? —reformulo la pregunta.

—¿No tienes frío?

—Contigo, nunca.

Me incorporo y tiro de ella hasta que nos abrazamos. Sentir y disfrutar.

Espero que me diga que no, que está cansada, a pesar de que ha dormido como una marmota. Yo, mientras ella se echaba largas siestas, me conformaba con pasear por la playa y, a veces, observarla y pensar en todo eso que nos ha sucedido durante este año.

No me gusta hacer balances, es más, nunca jamás los hago porque son cosas absurdas o para mí lo son, pero, frente a ella, mientras la veía dormir, pensaba que este año nos ha cambiado. Me ha cambiado por completo.

Guillermo del Moral. Tres reglas de oro. El padre del ligoteo. El soltero de oro. El que va de profesor y ha aprendido tantas cosas que es imposible enumerarlas.

Y aquí estamos. Caminando en pijama, con una triste toalla en nuestras manos, abrazados, guiando nuestros pasos hasta el océano.

—Quiero ser libre —me dice al tocar el agua fría del mar con los pies.

—Tú sueñas, yo lo hago realidad.

Me acerco mucho más, logrando que nuestras respiraciones se entremezclen, y la observo.

—Brillas como una de esas —le cuento mientras observa el cielo.

Busco sus labios y nos damos un beso tierno, uno de esos cargados de intenciones y de propósitos, de secretos y verdades. Sus labios y los míos se acoplan a la perfección y es acojonante que ese escalofrío que sentí en la terraza vuelva, pero sea mitigado por el calor que ella desprende, o quizá no lo desprende, sino lo provoca.

—Hazme enloquecer bajo el cielo estrellado de Malibú, pintalíneas.

—Ada del Bosque, tú sueñas y yo lo hago realidad.

Nos dejamos caer sobre la arena, sin apenas pensar que estamos en un lugar público, en una playa donde cualquiera podría pasar y vernos. Jugamos con la ventaja de que es una noche en la que las probabilidades de acabar en una playa son remotas, aun así... Pero ella sueña y yo lo hago realidad.

La luz es escasa, pero conozco a la perfección cada rincón de su cuerpo. Nos besamos. Comenzamos con delicadeza y ternura. Ada comienza a morderme el labio y a tirarme del pelo. Intenta poseer todos los rincones de mi boca y yo me dejo hacer, porque me vuelve loco su entrega.

Paseo las manos por sus curvas. Mis manos buscan los huecos que su ropa deja y se cuelan entre ellos. Le toco el abdomen y comienzo a subir. Sus pechos son maravillosos y receptivos y me encanta jugar con ella, con ellos.

Le alzo la camiseta al comprobar que no lleva sujetador.

—¿Pretendes provocarme?

—Pretendo volverte loco —me dice extasiada.

—Eso lo conseguiste hace mucho.

—Pretendo hacerlo hasta que no me quede aliento para ello.

—Tú sueñas, yo lo hago realidad.

Se coloca sobre mí y ahora tengo mejor acceso a sus pechos. Le pellizco los pezones y me incorporo con la intención de arrancarle la puta camiseta y comérmelos.

—Esto también sobra. —Pasa la mano por la cinturilla de mi vaquero y yo sonrío, canalla. Me va a reventar la polla, lo juro.

Ada se mueve sobre mi erección y yo solo pienso en hacerla gritar mi nombre, en una playa de Malibú, una y otra vez.

—Me cago en la puta —digo fuera de mí.

Alzo el cuerpo con ella encima y se ríe por la mezcla de desesperación que sé que percibe. Yo la conozco, pero ella a mí también.

No llego a quitarme todo el pantalón, pero sí me lo bajo lo justo para que pueda disfrutar de lo que nos espera.

—Mi turno. —Se incorpora y se baja su pantalón y, a continuación, sus braguitas rojas—. Las de la suerte, ya sabes, una tradición.

—Otro día te follaré con ellas puestas, o mejor, las rasgaré y te haré guarradas después.

—Eres un chulo prepotente —bromea, dejándose caer de nuevo sobre mi cuerpo y colocándose a horcajadas sobre él.

Se contonea sobre mi polla y me late. Lo juro, no puedo pensar ni razonar.

—Me cago en la puta. —Tacos sí que puedo decir.

Sujeta mi polla con la mano y aprieta, iniciando un movimiento descendente que me pone más palote aún.

—Si sigues así, me corro.

Ella sonrío, satisfecha ante mi comentario, se coloca la punta de mi polla en la entrada y comienza a descender. Se la introduce poco a poco, pero, una vez llega a la mitad, sale y me deja ahí.

—No juegues conmigo, Ada del Bosque.

—¿Por qué, pintalíneas?

La sujeto con fuerza por las caderas y de un sólido movimiento, la recuesto sobre la arena, cambiando las tornas del juego.

—Por esto —le digo cuando la embisto de una estocada.

Ada arquea la espalda y gime con fuerza. Me la pela la gente, que nos puedan ver o que salga del mar el puto Neptuno, porque no pienso dejar de follarla hasta que grite mi nombre.

Comienzo un baile de embestidas brutales, perfectamente sincronizadas, dentro, fuera, dentro fuera, circulo, dentro fuera, dentro fuera. Ella enloquece, pero yo estoy al borde del precipicio.

—Más —me pide extasiada.

—Tú sueñas, yo lo hago realidad.

Nuestras bocas se buscan y nos besamos con pasión y desenfreno, entregados a esta danza que no nos deja pensar, que nos oprime el alma, porque estar dentro de Ada es lo mejor que hay en la puta vida.

—Me voy a correr —me dice entre murmullos.

—Mírame —le pido, mientras continuo entrando dentro de ella.

Ada me hace caso y clava su vista en mí. Le brillan los ojos, le brillan por mí y sé que se va a correr, porque lo noto, porque todo su cuerpo me lo dice sin palabras.

—Córrete para mí, Ada del Bosque.

Y, mientras ella se corre, yo me vacío en su interior y lo único que pienso, de nuevo, es que soy un puto cabrón con suerte.

Lo siento

Regresamos a Nueva York con las pilas cargadas, pero con cierto anhelo por el tiempo compartido en aquella costa y con una promesa grupal de volver en cuanto nos sea posible.

La vuelta a la rutina es, como poco, tediosa. No me apetece nada sumergirme en reuniones, planos y líneas. Supongo que esto es a lo que llaman comúnmente depresión postvacacional.

Ada, en cambio, parece muy positiva a la hora de enfrentarse a su nuevo día de trabajo, entiendo que porque para ella eso que hace no implica más que sentirse plena. La conozco lo suficiente como para afirmarlo.

No es que a mí no me pase, quizá y solo quizá, me suceda eso ahora mismo; me gusta mi trabajo, pero creo que no lo saboreo como lo hace ella. En realidad, creo que nada lo paladeo como Ada.

—Buenas noches. —He llegado a casa demasiado tarde, a esto es a lo que me refiero con volver a la rutina y no querer hacerlo—. Siento el retraso, pero se me han complicado las dos últimas reuniones —le explico.

Llamadme loco, pero su gesto denota cansancio y, de nuevo, como estos últimos días, la percibo extraña.

—No te preocupes —me dice al fin.

—¿Qué sucede?

Ella me evita la mirada, lo que hace que mis sospechas se confirmen.

—Nada, simplemente estoy cansada. —Y me apetece decirle que no es normal que lo esté, con todo lo que ha dormido en nuestro viaje, pero, por otra parte, pienso que la vuelta a la rutina agota a cualquiera—. ¿Te importa sacar a Oreo tú esta noche?

—No, claro que no —le digo antes de besarle la sien y dirigirme en busca y captura de nuestro minino.

—Ceno y me voy a descansar.

Asiento y prosigo mi camino.

Oreo me espera ansioso, como si ya intuyese que hoy es mi turno. Es apabullante cómo esta cosa peluda se ha hecho a la rutina de salir y pasear.

—Volvemos en un ratito —le comento—. Luego pasaré a arroparte. — Sonríe y ella me devuelve el gesto, pero no sale de forma natural.

Salimos a la calle y, mientras Oreo camina sin parar, con el rabo alzado y todo digno, como el que dice sin palabras que ese es su territorio y que nadie

puede atemorizarlo, pero yo sigo dándole vueltas a la puta cabeza. Me gustaba más cuando vivía en la ignorancia y no tenía que pensar en nadie más que en mí.

¿Y qué hace un tío ante situaciones de este tipo? Pues preguntarle a alguien que puede mostrarte un punto de vista diferente, no sé, aconsejarme que llame a un psiquiatra y me diga que deje de pensar gilipollices y me centre.

Marco el número de Alex, porque, a ver, Simon está descartado, Jaydee no creo que sepa mucho más que yo, ya que ambos andamos en proceso de descubrimiento, y Mia probablemente me dé algún consejo absurdo, en plan: hazte una paja y se te pasará todo, que tampoco es muy mal consejo, la verdad. Aunque, si lo pienso, es mejor que me la haga Ada.

—Hola, ¿todo bien?

—Tío, ¿qué tal? —es mi saludo.

—Bien, todo bien, ya sabes... Vuelta a la normalidad, ¿tú qué tal?

—Necesito consejo, colega, estoy rayado.

—¿Qué pasa? —No es que en todo este tiempo no hayamos hablado, porque no es así, pero, desde que está con Loren, Alex está centrado en su rollo. La realidad cambia y lo entiendo, por eso quizás me he acercado más a Jaydee.

—Algo pasa.

—Vale. ¿Algo pasa con qué? ¿Con Mary? ¿Como en la película? —bromea Alex.

—Con ella —finalizo, haciendo caso omiso al chiste de mi amigo.

—¿Con Ada? ¿Qué le has hecho?

—Joder, nada. Yo no he hecho nada, pero está rara, distante. He llegado a casa y he notado que su sonrisa no es como siempre.

—¿No serán cosas tuyas? —pregunta—. Te tenía por un tío menos dubitativo.

—No, no lo son. En serio, algo sucede. Y noto que duerme más, ahora me ha dicho que se va a meter en la cama. No sé...

—Y digo yo, ¿no es mejor que le preguntes qué sucede y dejes de darle vueltas al asunto?

—¿Y si no ya me quiere? ¿Y si se ha cansado?

—En serio, Guille, deja de dramatizar y límitate a preguntar. Es sencillo, puedes hacerlo —me aconseja—. Para follar usabas esa técnica.

—Alex..., me da miedo perderla.

—Lo que vas a perder es la cordura si sigues haciendo el gilipollas — me espeta, serio.

—Cierto —afirmo—. Creo que acabo de sufrir una crisis de mierda. Odio sentirme así, yo soy más de actuar que de pensar. —O eso creía hasta estos últimos quince minutos.

—Guille, somos tíos, también pensamos, y no solo con lo que nos cuelga, aunque parezca mentira.

—Ya.

—Lo que pasa es que estás acostumbrado a ir a tu rollo y todo esto te descoloca.

—Ya —repito.

Y tiene razón, porque creo que a las cosas no hay que darles demasiadas vueltas. Siempre hemos hablado de todo y, esta vez, no debe ser de otra manera.

Cuelgo tras hablar un rato sobre curro, familia y, cómo no, los preparativos de la boda, y me encamino a casa seguido por Oreo.

Entramos y solo percibo silencio. Dejo las llaves en la repisa que hace las veces de aparador y, tras beberme un vaso de agua y llenar el cazo de Oreo, me dirijo hasta la habitación de Ada. Las luces están encendidas y ella se encuentra metida bajo varias capas de tela. Me da la espalda y siento su respiración. Aun con cierto miedo a despertarla, me aproximo y me siento con sumo cuidado en su lado del colchón.

Observo sus facciones y su tez, me limito a colocarle un mechón rebelde tras la oreja y a sonreír al pensar que, por muy dulce que sea, hay una parte de Ada que tiene carácter, y eso me ha gustado siempre en ella.

Me siento frente al cuadro que hemos estado pintando, nuestra pequeña obra de arte, y me dedico a observarlo. Tengo ganas de coger un pincel y seguir dando color a eso tan bonito que hemos conseguido hacer juntos, a esa bola llena de brillos, pero una parte de mí tiene ese temor a estropearlo todo. Este cuadro es como la vida misma, que tienes ganas, crees que sabes, pero siempre pones un pero que te hace dejarlo pasar y simplemente esperar a ver qué sucede. Yo esperaré a Ada, porque ella es la que tiene el conocimiento adecuado para poder terminarlo y dejarlo tan real como eso que está en la estantería.

No hemos hablado sobre nuestro siguiente proyecto, tampoco sobre nuestro futuro, nos hemos limitado a sentir y dejar que fluya. Siempre he odiado ese tipo de cosas; definir, poner nombre y marcar unos compromisos a

largo plazo, no sé. Helena siempre me ha dicho que las cosas llegan cuando tienen que llegar y con la persona que tienes destinada para ello y yo me he limitado a encogerme hombros, meterme las manos en los bolsillos vacíos y darme cuenta de que, aun sin tener nada, me tenía a mí mismo y a mis amigos. Ahora, frente a un cuadro lleno de intenciones y una chica especial tumbada en esa cama, me doy cuenta de que no quiero olvidarme de que soy quien soy y quiero ser lo que ella y yo queremos ser.

De nuevo en el salón, enciendo el televisor y me dirijo hasta la cocina para calentar un bol de leche y llenarlo de mis tan queridos y deseados cereales. Esta noche tengo una cita con ellos. Sonrío ante mi estupidez y busco a Oreó con la mirada, por si le apetece compartir un rato conmigo.

Me tumbo en el sillón y pongo lo primero que pillo en la tele. Oreó salta, se coloca a mi lado y se recuesta, pegado a mis piernas en busca de calor.

—¿Tú también estás cansado?

Ni me mira, simplemente se pasa la lengua por los bigotes y, ya con la posición adecuada, suspira y se relaja.

Tras darme cuenta de que no hay nada que valga la pena, pongo una de esas series sobre criminales en las que crees que el asesino siempre es el vecino o el carnicero, pero luego resulta ser alguien que no te esperas y que no has visto en ninguna escena. Deja mucho que desear, lo sé, pero no está Adam y con ella suelo ver las series que molan y luego comentarlas O, más bien, la mando a callar para que me deje verla.

Creo que estoy rozando el quinto sueño cuando el zumbido de un teléfono me sobresalta. Solo a mí, porque Oreó parece haberse tomado un relajante muscular, y prometo que no le he puesto nada raro en el agua.

Me incorporo sin saber dónde está el dichoso aparato, pero con la firme intención de silenciarlo, porque puede despertar a Ada.

Lo encuentro encima de la nevera y suena con insistencia. En la pantalla aparece mamá, y sé que es Adelaida. Una parte de mí me pide que no conteste, que simplemente lo silencie y lo apague, pero otra me dice que no, que lo coja, porque si llama de forma tan persistente es que debe ser importante. Puede haber pasado algo, no sé... No soy un puto dejado de mierda que no se preocupa por su chica y su familia.

—¿Hola? —respondo con una interrogación, porque no sé ni qué otra opción tengo, ni de qué forma hacerlo. ¿Qué le iba a decir? «Querida suegra, soy tu yerno favorito» o mejor, «Adelaida, ¿no te has parado a calcular la

diferencia horaria para llamar?».

—¿Guille? —De preguntas parece ir la cosa.

—Sí —confirmo, por si piensa que es otro hombre, no sé, el del saco.

—¿Y Ada?

—Duerme desde hace rato, llegué a casa y me dijo que estaba cansada.

—Parece dudar al otro lado de la línea y la imagino barajando opciones. Es ahora o nunca, Guille, me digo—. ¿Qué sucede, Adelaida? Pasa algo, ¿verdad?

—¿Algo de qué?

—Si no sucediese nada, no me habrías respondido con otra pregunta, te habrías limitado a negar y punto. —Ella suspira al otro lado y coge aire—. ¿Adelaida?

—Ada debe volver a España lo antes posible.

¿Cómo?

—¿Por qué? Está bien aquí, le gusta su trabajo... —Le gusto yo, pero casi que prefiero no decirlo, no a ella, no tenemos ese nivel de confianza.

—Se hizo unas analíticas antes de irse. Los resultados no han sido los esperados y debe volver. Esa fue una de las condiciones por las que la dejamos ir, sabíamos que si no salía como esperábamos, volvería.

—No entiendo nada. —Y no es coña—. ¿Unas analíticas? ¿De qué estamos hablando? —Y mi estúpida mente piensa que por el colesterol nadie tiene que dejar su sueño, ni por una subida en los triglicéridos, que médico no soy, pero subnormal tampoco.

—Ada ha sufrido una recaída.

—¿De qué cojones me hablas? —Bufo, enfadado, porque no entiendo nada.

—¿No te lo ha contado?

—¿Contarme qué? Por favor. —Estoy rozando la súplica y solo sé que el corazón va a salirse del pecho y que siento una opresión que me cala hondo y me impide respirar.

—Habla con Ada —me dice.

—Guille... —Oigo un susurro detrás de mí. Me giro y todo pasa como si de una cámara lenta se tratase. La veo ahí, plantada, frágil y apagada.

Dejo caer el teléfono sobre la encimera, sin molestarme siquiera en colgar o preocuparme porque no sufra ningún daño, porque la única persona que siento que se rompe frente a mí, es ella.

—Lo siento —murmura—. Lo siento mucho.

De pedacitos de ti

Y se fue. Aún hoy estoy roto por todo. Por no haber sido lo suficientemente importante como para que ella confiase en mí y me contase lo que sucedía, o lo que había sucedido. Entiendo que para ella también fuera una sorpresa, porque dudo que el día que se hizo esa analítica fuese consciente del giro que iba a dar su vida en esta estancia en Nueva York. Lo dudo, porque el mismo vértigo lo sentí yo al darme cuenta de que ella comenzaba a calarme hondo y que dejaba de ser un pasatiempo, o un reto, para convertirse en alguien a quien quiero.

Y se fue, con muchas cosas que contar y pocas ganas de hacerlo, porque estaba tan rota como lo puedo estar yo, porque entiendo su miedo tanto como entiendo el mío, y porque no era el momento de broncas, de pedir explicaciones o de sentirme víctima de nada, aunque el dolor siga estando ahí. Ahora mismo me puede más el miedo, a perderla y perderme por el camino.

«Tenemos una conversación pendiente, y ten por seguro que se dará». Esa fue la única frase que pude decirle mientras la abrazaba en ese frío aeropuerto, días antes del seis de enero, víspera de Reyes, que este año se habían adelantado para darme el peor de los regalos que podrían haberme traído. Eso de un puto cabrón con suerte que he repetido en ocasiones ahora mismo se ve eclipsado por otro pensamiento mucho más funesto.

—He debido ser un jodido bastardo en esta vida para que me castiguen de esta forma.

—Deja de pensar así —me pide Helena.

Mia y Helena han acudido a mi encuentro al llamarlas. La verdad es que no pensé en nada cuando descolgué el teléfono, aún en el JFK, y le dije a Helena un escueto: «se ha ido».

No me preguntéis qué pasó por su cabeza, porque aún no soy capaz de poner en orden la mía, solo sé que ha venido junto con Mia y que Jaydee está a punto de llegar.

—No quiero ser mala —me dice Mia—, pero ahora mismo tú me importas una mierda. Te quiero, no dudes de ello, pero me preocupa más ella.

Y de nuevo creo sentirme un puto egoísta por estar pensando en cómo me siento yo y no en cómo debe de sentirse ella, porque, si yo tengo miedo, lo de ella deben ser pánico e incertidumbre.

—Yo la quiero, ¿sabéis? Nunca jamás pensé que pudiese darse algo

así, porque yo tenía tres putas reglas y porque no buscaba nada.

—Guille, no tienes que justificar nada, me he reído de ti —dice Helena sin una pizca de burla o broma en su voz...

—Y yo —admite Mia.

—Eso es lo de menos en este momento —las justifico con sinceridad.

—Pero nunca hemos dudado de que algún día pudieses enamorarte, no sé... Y llegó ella a tu vida, como un soplo de aire fresco.

—Y me dijo que lo sentía... Como si ella fuese culpable de algo, y no tiene nada de culpa. La culpa es de... de... Yo qué cojones sé de quién es la culpa. —Me meso el pelo, abatido, porque no entiendo nada. Juro que no lo entiendo, solo sé que me falta el aire, que necesito salir.

Oreo se acerca hasta mí, como si entendiese que necesito tenerlo más cerca que nunca, como si fuese capaz de ver que me falta ella y que eso me rompe por dentro.

—Guille...

—Ya no es cuestión de que se haya ido, es cuestión de que no quiero perderla. Joder, que no quiero que se vaya, que quiero tenerla conmigo, que tiene leucemia. ¡Leucemia, maldita sea! Que se puede morir y yo... ¿Y yo qué cojones hago sin ella?

—Guille...

Alzo la vista, completamente abatido, y veo a Mia y a Helena llorando, porque sé que me quieren y sienten lo que sucede y, más allá de ello, son capaces de verme, de ver más allá de una piel. Porque tienen eso que llamamos empatía desarrollado y porque también le tienen cariño a Ada, porque esa chica rubia de mirada brillante y dulzura inaudita ha sido capaz de acceder al corazón de todos y llenarnos, porque ella es de color rosa y todos hemos sabido empaparnos de ese color.

—Y no quiero llorar, ¡joder! No quiero, porque todo va a salir bien y se va a reponer, porque sí, porque se lo merece, porque es fuerte y porque tiene que ser así.

Ellas me observan, condescendientes, pero no dicen nada, se limitan a sentarse en el suelo, a mi lado, junto a Oreo. Como si todos quisieran impregnarme de su fuerza, como si fuese un Power Ranger que, con la unión de todos, se hace súper fuerte y siempre acaba con el malo. Lástima que en esta ocasión, el malo no sea otro que una puta enfermedad que te jode, que te apaga y que no se mata con una bomba ni con una espada. Pero sí se mata luchando, porque eso es lo que haremos, lucharemos y moriremos con las botas puestas

si es necesario.

Jaydee llega al rato y se sienta a mi lado en completo silencio. Helena me trae algo de beber y se lo agradezco con un asentimiento, pero no me apetece. Aun así, sujeto la taza entre las manos y permanecemos en silencio un rato más.

Podría decir que los silencios matan, que son incómodos o desagradables y que te hacen sentir fuera de lugar, y es así cuando te sientes que hay mucho que decir, pero cuando en tu mente se arrebujan miles de pensamientos y ninguno es esperanzador, cuando no sabes qué hacer, cuando tienes dudas y cuando crees que nadie te puede decir nada que lo solucione, lo agradeces. Agradeces que tus amigos sepan entender que la presencia es más importante y que las palabras, en ocasiones, son superfluas.

—Vete. —Jaydee rompe el silencio y yo lo escucho, pero no lo oigo, como el que trabaja con música de fondo, que sabes que está ahí, pero que no te aprendes nunca la letra de la canción porque estás concentrado en otra cosa —. Debes ir.

—¿Perdona?

—No eres uno de esos mamonzos que esperan de brazos cruzados, ese no es tu estilo. Si la quieres, y yo sé que es así, debes ir con ella.

—No es tan sencillo, Jaydee.

—Sí que lo es. Estoy yo aquí. —Y sé que tiene razón. Ahora no estoy solo y él me ayuda, es mi mejor amigo y está para mí—. Yo puedo encargarme de todo, podemos trabajar por teléfono, correo electrónico, Skype, yo qué sé, las ventajas del siglo XXI y la era de las tecnologías. ¿Qué pasaría si ella...? —Jaydee guarda silencio, no quiere decirlo, nadie quiere escucharlo tampoco.

—¿Si se muere? —finalizo la frase. Entorna los ojos y arruga su gesto, le gusta tan poco esa palabra como a mí—. Que no lo digas no quiere decir que no exista la posibilidad.

—Te morirías de pensar que no has hecho todo lo posible por estar con ella y lo sabes, Guille. Eres un capullo, pero ahora eres un capullo enamorado, no un insensible de mierda.

Volvemos a sumirnos en un silencio sepulcral, barajando opciones. Lamentablemente, poco debo analizar, porque Jaydee tiene razón y nunca, jamás, me perdonaría no haber estado con ella cuando más lo necesitaba.

—¿Me llevarías al aeropuerto?

—Estás tardando, amigo, estás tardando.

La otra cara de la vida

Me pego todo el puto vuelo en un estado de duermevela que me asfixia. Estoy encerrado en un avión, cansado, angustiado, asustado y sin saber bien qué voy a encontrar al llegar a El Prat.

Me hago un croquis mental sobre lo que debo hacer y solo pienso en que apenas tengo ningún dato de su vida en España. Sé que es de Barcelona y poco más de su vida y ahora mismo me arrepiento de no haberle hecho un interrogatorio exhaustivo sobre su dirección. Es de esas cosas que crees que no vas a necesitar nunca, porque esperas que no tenga que volver a España y que, si lo hiciera, fuera contigo y no porque está enferma.

El vértigo sigue ahí y ha llegado el miedo para hacerle compañía. He leído mucho sobre la leucemia, porque, perdonadme, pero no tengo ni idea de qué es. A mí solo me suena a muerte. Cáncer, muerte. Ese es el resumen. Pero he leído e intentado investigar y sé que se puede curar, que no siempre es mortal si se coge a tiempo y también que, en muchos casos, es necesario un trasplante.

Todo esto me da más miedo, porque cuando sabes a lo que te enfrentas es más sencillo de digerir, pero no he logrado tener contacto con ella así que mi plan, que es poco elaborado, pero espero que muy factible, es buscar en Google los hospitales que hay en Barcelona, empezando por los especializados en oncología.

Soy gilipollas y eso es algo que ya debéis saber, porque lo he repetido en varias ocasiones y Helena lo ha dicho por activa y por pasiva, pero me siento un completo inútil al darme cuenta de que no tengo ningún contacto; ni de su madre, su padre, no sé... nada. La he llamado al móvil, pero está apagado y es normal, o no, porque como os digo, no sé a qué me enfrento.

La búsqueda en Google es efectiva. Salen varios resultados, pero no importa. Me decido a marcar directamente los números de teléfono mientras voy en un taxi en dirección a lo que será mi hospedaje durante unas semanas. No tengo billete de vuelta a Nueva York, como bien os he dicho, todo esto es muy incierto y sigo sin saber qué va a suceder, en general.

No en todo, logro contactar a la primera.

Un intento fallido, no está en ese hospital. Segundo intento, exactamente igual.

Hago un pequeño parón para hacer el *check in* en el hotel y subo a la

habitación. Dejo la maleta en la entrada y me siento al borde de la cama. Ni siquiera me paro a pensar en lo que decora la habitación, si está bien para el precio que he pagado o si es una completa basura.

Por otra parte, debo llamar a mi familia y decirles dónde me encuentro. Creo que, estando en España, aunque no en Asturias, precisamente, es lo más prudente, pero eso, también debe esperar, de la misma manera que debo enviar un mensaje al grupo avisando de que he llegado.

Helena es la cabeza pensante de nuestro círculo, básicamente, porque ella me ha ayudado con todo lo referente a este viaje. Su coletilla fue: «los hombres no sabéis hacer dos cosas a la vez, o piensas o actúas», y logró sacarme una sonrisa, a pesar de su pulla malintencionada, porque sé que lo decía para evadirme de todo pensamiento negativo y punzante que me atormentaba en ese momento, básicamente, por lo dicho: leucemia igual a muerte. No sé...

Tercera llamada.

—Buenas tardes. —Sé que me han contestado, pero ha sido en catalán y no me he enterado de nada así que opto por un saludo cordial para que me entienda y calmar mis nervios.

—Buenas tardes —me responden al otro lado.

—Quisiera saber si se encuentra hospitalizada una persona en ese hospital. —La chica en cuestión parece dudar o quizás espera a que siga, porque no me dice nada—. Se llama Ada del Río —finalizo.

—Espere un momento —me dice justo antes de que comience a sonar una de esas musiquitas que te ponen cuando te dejan en espera. Me separo el teléfono de la oreja y lo observo, no sé esperando bien qué—. ¿Tiene algún dato más? —me pregunta.

—Solo sé que su madre se llama Adelaida y que le han realizado unas analíticas hace poco y el resultado no ha sido el esperado. Según tengo entendido, ha sufrido una recaída. Tiene leucemia. —Podría decirle miles de cualidades que sí que sé de Ada, pero creo que eso no haría que la chica la identificase. Ella me pide otros datos, de esos que se pueden contrastar y que me hacen parecer un poco menos lunático.

—Está hospitalizada. Llegó hace un par de días. ¿Es familiar?

—Soy su pareja —respondo, lleno de convicción, a pesar de que debe ser bastante raro que llame la pareja de una persona y no tenga ni pajolera idea de nada de su vida.

—Es todo lo que le puedo decir —me responde.

Evidentemente, pensaba preguntarle por su estado de salud, por cómo se encuentra, qué necesita, si puede recibir visitas, si está bien, si va a sobrevivir... Miles de dudas se arremolinan en mi mente, pero ni es el momento, ni ella la persona indicada para formularlas.

—Muchas gracias. ¿Podría decirme la habitación?

—Seiscientos diez —finaliza.

—Gracias —repito nuevamente.

—De nada —se despide la interlocutora.

Parece mentira que me haya quitado un peso de encima con una simple llamada de teléfono. La he localizado y eso me tranquiliza.

Me tumbo en la cama y me paso el brazo por encima de la cabeza. Creo que es la primera vez que me permito ser consciente de la presión que siento en la sien. Es sencillo, he bloqueado todo lo que no era importante y ahora que siento mucho más cerca y factible la posibilidad de verla, me permito sentir otro tipo de cosas.

Suspiro con fuerza, me incorporo y decido que un ibuprofeno y una ducha harán un buen trabajo.

Llamo a recepción para saber si pueden darme algo, porque no he traído nada en el neceser para este tipo de situaciones y a Helena no le puedo pedir más, porque me ha agilizado la labor y seguro que sin ella no tendría siquiera ropa interior.

Espero a que la chica de la recepción se apiade de mí y me suba algún un calmante. Mientras eso sucede, saco varias prensas y las coloco en el armario. Los artículos de higiene los llevo al baño y en esas me encuentro cuando suena mi puerta.

Abro con cuidado y agradezco que sean pacientes y no aporreen la puerta. Tras abrir, aparece una camarera con una bandeja y un blíster con varias pastillas en ella. Esto está cerca de parecerse a una escena mala de Narcos, solo faltan las armas y un intercambio de dinero.

—Me has salvado la vida —le digo a modo de agradecimiento.

La chica sonrío y agacha la cabeza algo intimidada. En otro momento, ese gesto me habría parecido lo más próximo a un «aquí te pillo, aquí te cepillo» y, con un par de sonrisas ensayadas, alguna frase muy tierna y un par de embestidas brutales, me correría, pero mi cabeza no quiere y mi polla tampoco. El amor... Te transforma de tal manera que solo piensas en una persona, y ahora mismo lo único que quiero es que ella esté a salvo.

Sonrío por pura cortesía y cierro la puerta tras disculparme por no

tener billetes en la cartera. Debería sacar dinero, euros, porque los dólares aquí no van a aceptármelos.

Tras ingerir de un solo trago la pastilla y más de medio botellín de agua, me meto en la ducha como tenía planeado. Me cambio de ropa, me peino, cojo mi documentación y una chaqueta y me encamino hasta la calle para parar un taxi que me lleve hasta el Institut Català d'Oncologia.

De camino, decido llamar a mi madre para ponerla un poco en antecedentes de lo que ocurre.

—Putifito. —Para variar, la cosa no empieza a mi gusto, no con ese apelativo—. ¿Cómo estás?

—Mamá. —Decido pasar por alto todo el asunto ese del nombre cariñoso que mi madre utiliza para dirigirse a mí y me centro en lo verdaderamente importante—. Estoy en España.

—¿Has venido a verme? —Su voz suena ilusionada y no la culpo, porque le prometí que vendría, pero no por estas fechas—. ¿Es mi regalo de Reyes?

—No, mamá. Escucha, tengo que contarte algo.

—¿Qué sucede? —Su tono no es alegre ni trivial, como segundos antes. Si necesitas en algún momento decir algo de una forma en la que quieres que todo el mundo trague nudos y se pongan rectos como palos, usad mi frase.

—Ada está enferma, mamá, está hospitalizada y he venido a verla.

—¿Qué le sucede? —Noto preocupación en su tono y me enternece, porque ella apenas la ha conocido, pero Ada se hace querer y mi madre es una buena mujer, así que sé que no es fingido, sino que de verdad se preocupa.

—Tuvo leucemia hace unos años y ha recaído.

Mi madre ahoga una exclamación, aguanta la respiración y se queda muda. Todo eso en décimas de segundo, mientras yo, una vez dicho esto, siento un nudo mayor en el estómago. De nuevo, todo negativo. Dicen que cuanto más hablas de algo, más sencillo resulta porque el peso es compartido, pero eso a mí no me funciona. En esta ocasión, cuanto más lo repito, más real me parece y menos sueño con lo que quiero que en realidad sea.

—Dime dónde estás.

—Mamá, en serio, no te preocupes, ¿vale? Te mantendré informada de todo lo que vaya sucediendo.

—No, Guillermo, no. Dime dónde estás —insiste.

—Mamá, me estoy hospedando en un hotel, no es momento de que vengas, porque aquí poco puedes hacer por nosotros. Ni siquiera sé cómo está,

apenas acabo de llegar y voy de camino al hospital mientras te explico todo esto. Juro que, si te necesito, te llamaré la primera. —Y lo digo en serio.

Ella parece meditar en silencio antes de claudicar.

—Vale —susurra al fin—, pero quiero que me contestes al teléfono, y, si no lo haces, que me devuelvas todas y cada una de las llamadas que veas. No es negociable, Guillermo, ¿me has entendido?

—Alto y claro —le confieso.

—Te diría que te cuidaras, pero ahora quiero que la cuides a ella —me dice.

Intercambiamos un par de frases más y nos despedimos. Pago al taxista con tarjeta y me planto frente al puesto de información.

El corazón me late desenfrenado por muchos motivos, uno de ellos es que ya estoy aquí y he dado con ella, pero el más importante es que he venido para apoyarla y ayudarla, porque estoy convencido de que nada ni nadie podrá con ella. Y pienso decírselo cada maldito día de su eterna y larga vida.

Invencibles

La vida te cambia. No, mentira. Las circunstancias te cambian. Sí, así es. Un día estás en la cresta de la ola y al otro en un hospital. La cruda realidad.

Planta sexta. Desde hoy, odio el número seis.

¿Conocéis esa sensación que se te instala en el estómago cuando sabes que estás cerca de algo, pero no sabes definir exactamente de qué? Como los presentimientos o algo así. Pues no es eso lo que siento, pero se aproxima a esa sensación.

Pasillos con colores neutros, un punto de información ocupado por personal médico, enfermeras que van y vienen, y me sorprende, porque no huele a nada raro, no sé, no huele a muerte. Supongo que es una mierda tener que confesarlo, pero es lo que esperaba al llegar hasta aquí, encontrar un sitio donde todo fuesen malas caras, rostros pálidos, tristeza, olor a... a muerte. Pero no, es un hospital más, y percibo el olor a esperanza.

Dicen que la vida huele a eso que quieres y que es tan sencillo como ver el vaso medio lleno o medio vacío; es admirable que no sea algo triste y eso me hace sentir algo reconfortado.

Observo un banco al final del pasillo y veo a Adelaida. No está sola y tiene una mascarilla colgándole de la oreja. Se está mirando las piernas y ella no huele a esperanza, huele a tristeza y a abatimiento. La acompaña una señora mayor y no hace falta ser demasiado astuto para saber que se trata de la abuela de Ada.

Su madre alza la vista, como si percibiese algo, mi mirada sigue fija en ella y en sus ojos percibo sorpresa.

—Guillermo... —me dice entre susto y asombro.

—Puedes llamarme Guille. —Es una estupidez, lo sé, pero es lo primero que se me pasa por la cabeza en ese momento, lo primero que le digo antes de preguntar lo que realmente me interesa.

Ella analiza mi semblante y me sonríe.

—Sigue viva, tranquilo. —Me ha leído la mente, empiezo a pensar que soy demasiado transparente para madre e hija.

La señora mayor clava la vista en mí y me escruta con el ceño fruncido.

—Soy Guille. No es el mejor lugar para presentarse, pero es el mejor para estar ahora mismo.

Y es una soberana tontería esto también, y ellas lo saben, pero no dicen

nada, porque entienden que el mensaje es claro: donde esté ella es el mejor lugar para estar ahora mismo.

—Soy Virginia, la abuela de Ada, Guillermo.

—Soy su pareja, nos conocimos en Nueva York —aclaro para no dejar duda.

—Interesante —me dice ella, aún con el ceño fruncido—. Cuéntamelo todo, tenemos tiempo por delante.

—Quiero verla —le pido.

—Ahora no podemos, está el médico y la enfermera con ella. Todos los días pasa a verla. Las enfermeras hacen varias rondas al día y le toman la tensión, le sacan sangre... Supongo que para ir evaluando cómo va.

—¿Y cómo va?

—Está débil, cansada, mareada, más delgada y tiene menos color.

—Lo siento... —Y lo digo con aflicción, como si yo fuese el culpable de algo, de no haberla sabido proteger, de no haberla cuidado lo suficiente, de no haberlo sabido, no sé...

—Es una recaída. Sabemos lo que supone. Es lento, pero confiamos en Ada y en su fuerza, ahí donde la ves, es una guerrera —me explica su madre.

Y ese brillo que siempre atisbo en los ojos de Ada, ahora mismo lo veo en su madre y en su abuela, y sé que todo eso que me dicen no es por consolarme o por consolarse a ellas mismas. No es un vil embuste para que nos sintamos todos mejor, no, sé que lo piensan de verdad y que creen en ella tanto como lo hago yo.

—Buscaba compañera de piso, ya había rechazado a varias chicas y Ada llegó, como por arte de magia, porque ella es así, hace magia donde quiera que va... —Su madre cambia de posición y se coloca al lado de su abuela, ambas quieren prestar atención a mi historia y sonrío al recordar todos los detalles. Me sorprende riendo al contarles lo de la foto que le dejé en la habitación, como también su forma de llamarme pintalíneas y les confieso que caí rendido a sus pies, a pesar de que no entraba en mis planes nada de eso y de que me repetía día sí y día también que no era mi tipo y que no me gustaba —. El amor nunca ha ido conmigo y, hoy en día, me sorprende con todo lo que os he contado, parezco un pardillo —confieso, sonriendo de nuevo.

—No había llegado la persona indicada —me dice su abuela.

—Ni siquiera era capaz de recordar los nombres de las chicas, y con ella... Con ella todo fue diferente.

—Diferente, raro, extraño, llámalo como quieras, pero ella llegó...

—Llegó para salvarme —finalizo.

—O para hacerte mejor de lo que ya eras —me dice su madre con una sonrisa sincera en los labios.

No les explico lo pichafloja que era hace unos escasos meses, pero ellas no son tontas y pueden intuir determinadas cosas.

—Sin duda, me ha hecho mejor —admito, recordando esa conversación no hace tanto.

Tengo la maldita sensación de que no han pasado semanas o un poco más de un mes, sino que es como si conociese a Ada de toda la vida y este tiempo que hemos compartido haya sido el que me haya marcado.

Una de las enfermeras se acerca hasta nosotros y sonrío.

—Hoy se ha levantado de buen humor, nos ha contado que tiene muchas ganas de pintar y que quiere recuperarse lo antes posible para acabar un cuadro en el que estaba trabajando.

Ese comentario me hace sonreír a mí también, porque sé a qué cuadro se refiere y está en mi casa ahora mismo.

Saco el teléfono y le envío un mensaje a Jaydee para que me lo envíe al hotel. Creo que le hará mucha ilusión tenerlo.

—¿Puede pintar? —pregunto con curiosidad. No tengo ni idea de nada, la verdad.

—En teoría, no. No porque esté impedida ni mucho menos —me explica, leyéndome el pensamiento—, sino porque es mejor que descanse. Nos espera un largo proceso y necesitará tiempo, esfuerzo y ganas.

—Nada de eso le falta a mi hija —dice su madre, llena de orgullo.

—¿Puedo verla? —inquiero, lleno de temor e inseguridad.

—Claro, ven conmigo.

La enfermera me explica que debo lavarme las manos, colocarme una mascarilla y que tengo que tener cuidado con el contacto, entiendo que el contacto hace referencia a besos y ese tipo de cosas. Me explica que ahora mismo su organismo está mucho más receptivo a contagiarse y que cualquier cosa la puede debilitar. Me indica que una simple gripe para nosotros, para enfermos de leucemia puede ser mortal. Y me cago encima, porque vuelvo a sentir que no sé a qué me enfrento.

Tras todo el procedimiento, un tanto mecánico. Me deja frente a la habitación. Miro el banco donde siguen apostadas su madre y su abuela y observo una sonrisa en sus caras, pero de esas que sabes que están cargada de sentimientos. Para ellas ha sido una sorpresa que viniese y, con ese pequeño

gesto, he demostrado que no es un juego, aunque para mí dejó de serlo desde la primera vez que posé mis labios sobre los suyos.

Sujeto el pomo y percibo que me tiembla la mano. De nuevo, el vértigo sigue ahí, pero en esta ocasión se ve relegado a un segundo plano, porque las ganas de verla y de sentirla cerca imperan ante cualquier otro sentimiento.

Accedo a la habitación. No tiene mucha luz, pero sí la suficiente para verla tumbada en la cama. Efectivamente, su rostro denota cansancio y esa palidez que observo en ella me resulta familiar y me transporta a los días anteriores a que regresara a España. Su cuerpo ya enviaba señales de que algo no iba bien.

—Guille...

Ada abre los ojos y se lleva las manos a la boca para reprimir un sollozo.

Me coloco a su altura y esa misma mano la sujeto entre las mías.

—Shhhh. —Intento calmarla, a pesar de que yo mismo me encuentro ahora mismo al borde del abismo—. No llores, Ada del Bosque, o tendré que castigarte, recuerda que se debe hacer caso al profesor. —Vuelvo, una vez más, a restarle importancia y a bromear sobre el asunto, porque ella así o haría si fuese al revés.

—Yo he sido mejor profesora que tú —se jacta intentando sonreír, a pesar de las lágrimas que le recorren las mejillas.

—En eso tienes razón, y lo que te queda por enseñarme —le indico lleno de calma. Estar con ella, por fin, me hace sentir tranquilo. Tomo asiento en una de las butacas de la habitación mientras Ada no deja de mirarme—. Tranquila, soy real y de carne y hueso, eso deberías saberlo —le digo entre bromas.

Ella sonrío de lado.

—Sigues siendo un pintalíneas chulo y arrogante.

—Y ese pintalíneas, está cada día más loco por ti.

Y me incorporo con unas ganas inquietantes de besarla, de estrecharla entre mis brazos, porque necesito sentirla, sentir que su cuerpo sigue aquí, que me necesita tanto como yo a ella, que sepa que la quiero conmigo, a mi lado para siempre y, a veces, las palabras funcionan, pero los hechos mucho más.

—No puedo —me explica al leerme las intenciones.

—Lo sé —me disculpo sin borrar la sonrisa de mis labios.

—¿Por qué has venido?

—Porque mi chica me necesita y no puedo estar lejos de ella.

—No me voy a morir —me dice llena de convicción—. No lo voy a hacer.

Pero ella no sabe si es verdad, nadie lo sabe, porque este tipo de cosas son inciertas, y quiero creer lo que me dice, como todo, como cada pensamiento positivo que se cruza en mi cabeza cada vez que le doy vueltas al tema. Ella es la dueña y señora del optimismo, eso se lo dejo reservado a Ada, yo soy menos seguro y pienso que puede pasar cualquier cosa y no podría perdonarme si sucediese algo y no estuviese aquí.

—¿Sabes qué? —le pregunto, intentando apartar todos esos pensamientos de mi cabeza y centrarme en lo verdaderamente importante.

—¿Qué?

—He sido capaz de aguantar sin follar todos estos días, deberías felicitarme —bromeo.

—Sabía que lo conseguirías —me dice entre risas—, no sé si felicitarte a ti o a tu miembro —prosigue.

—A mí, ya sabes, soy un macho ibérico.

—Ya no me acuerdo —me dice para pincharme.

—Ya te lo recordaré, cada día de tu vida, Ada del Bosque.

Ella me aprieta la mano y ese brillo que siempre he visto en sus ojos, desde el día en que la conocí vuelve y siento que ahora somos más fuertes, porque no estamos solos, porque huele a esperanza y a ilusión. Porque juntos somos invencibles.

Una luz al final del túnel

El tiempo en el hospital pasa lento, pero pasa. Los días comienzan a ser bastantes mecánicos.

El personal es increíble, solícito y agradable, siempre sonriendo, siempre intentando llenarte de paz y reconfortarte. Pero no todo es alegría y diversión. Lamentablemente, hay personas que no llegan a completar el tratamiento.

—Parece mentira que llevemos tres semanas aquí.

He conocido a la mujer de uno de los pacientes. Coincidimos por primera vez en la cafetería, hace un par de días, y creo que nos desafiamos para pedir un triste café y ella ganó. Como suele pasar con todas las mujeres, lo que se proponen. lo consiguen. A veces creo que somos marionetas y nos hacen creer que salimos victoriosos, porque nos lo hemos currado, cuando la realidad es que ellas nos han dejado ganar. En fin, eso es otro tema de discusión.

—Llevo aquí cinco días y parece que estamos encerrados desde hace seis meses —me explica.

Ahora el banco lo ocupamos nosotros. El primer día que llegó no conocía las normas del lugar, en eso sí que la gano, porque ya soy veterano. Se sentó a mi lado y comencé a contarle, de forma bastante estúpida, cómo habíamos acabado aquí.

Ella me escuchó en silencio, sin interrumpirme para llamarme gilipollas o para decirme que a ella poco le importaba mi mierda de historia. No sé si yo lo habría pensado, en otro momento de mi vida quizá sí, pero cuando comienzas a sentir que la vida no es un baile cualquiera, evolucionas y, como bien dice Adelaida, te hace mejor de lo que eras.

—Andrés. Ese es el nombre de mi marido. Es la primera vez que pasamos por esto, él y yo. Y el día que llegamos aquí, armé un escándalo porque creí que se moría y que yo me iría con él. —Y la entiendo, porque esa puta sensación sigue en mi cabeza, aunque Ada cada día me dice que no se va a morir y yo, la mayor parte del tiempo, creo que es verdad. Pero luego la veo dormir, triste, apagada y delgada, y me asusto como un niño de cinco años que pierde su peluche para soñar. Intentamos no hablar de la muerte, ni mencionarla, porque tenemos miedo a que, si lo hacemos, nos escuche y venga. ¿Como cuando pides un deseo en la tarta de cumpleaños? Pues igual, pero

lleno de desgracias—. Tuvieron que darme varias tilas, y juro que quise pegarle a alguien.

—Impotencia —le suelto sin mirarla—. Eso es impotencia. Porque yo la he sentido, por eso tuve que venirme y dejarlo todo. El posible proyecto de mi vida, mis amigos, todo.

—Porque hay sentimientos que son más fuertes que lo material.

—Supongo.

—¿Tienes hijos? —me pregunta.

—No. Tampoco sé si quiero tenerlos —finalizo.

—Yo sí que quiero. Somos jóvenes, llevamos casados un par de años y nos hemos dedicado a viajar y disfrutar uno del otro, pero luego... Pasan estas cosas y crees que no te queda tiempo.

—No pienses en eso —le pido—. Nunca debemos pensar en eso.

—Pero eso está ahí —me dice, de nuevo sin nombrarlo—, y que no lo piense no quiere decir que no quepa la posibilidad.

Me limito a asentir, porque sé que es cierto y no puedo rebatirle algo que yo mismo pienso cada día.

Y cada día, mientras a Andrés y a Ada les toman la tensión y les extraen sangre, compartimos nuestro dolor de una forma casi imperceptible, pero sabiendo que sigue ahí.

El teléfono comienza a vibrarme en el bolsillo del vaquero.

—Ahora vuelvo —le explico a mi acompañante antes de acercarme a responder—. Hola.

—Hola, colega, ¿qué tal todo?

—Bien, vamos tirando, ya sabes...

Jaydee y yo hablamos casi a diario. Él se ha hecho cargo de todo el proyecto. Yo le ayudo en la distancia y por las noches y algunas tardes intento trabajar desde el hotel, pero no rindo lo suficiente.

—¿Has recibido el cuadro?

—No he preguntado en recepción —confieso—. Esta noche lo haré.

—¿Cómo está? —me pregunta.

—Igual. Débil, cansada...

—¿Han empezado con la quimio?

—No. Hoy nos dirán algo.

—Estamos todos con vosotros —me dice al otro lado del aparato—. Tienes que estar tranquilo, por ella y por ti, y dejar de preocuparte, porque las cosas aquí están saliendo bien.

—Jaydee... —Creo que voy a romperme de un momento a otro y no quiero hacerlo—. Quiero agradecerte todo lo que has hecho y, una vez más, siento haber tenido dudas. Eres un gran amigo y un socio ejemplar.

—Guille, somos amigos desde hace muchos años y sabes que no tienes nada que agradecerme. Me enfadé y eres consciente de ello, pero entiendo todo lo que ha sucedido y quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que sea. Ahora, déjate de mariconadas y vuelve con tu chica.

Y sonrío ante su última frase, porque me gusta que, a pesar de nuestros lapsus donde hablamos de sentimientos, de emociones y agradecemos las cosas que se deben agradecer y no dar por sentadas, sepamos retomar nuestra relación habitual y poner todo en orden con frases estúpidas, pero eficaces.

Vuelvo al banco con mi nueva amiga y nos mantenemos en silencio, esperando a que un médico nos diga las novedades de hoy.

Veo a Adelaida acercarse hasta nosotros y sonreír al verme en ese lugar sentado, donde siempre acudo cuando no estoy con ella.

Retomamos alguna de esas conversaciones banales que solemos compartir en nuestros ratos de espera, hasta que, un rato después, se acerca hasta nuestra posición una enfermera que llama primero a Pilar, que así se llama la mujer de Andrés —o eso creo, ya sabéis que los nombres y yo no nos llevamos bien—, y Adelaida y yo permanecemos sentados un rato más.

—¿Estás nerviosa? —le pregunto.

—Mucho —me confiesa.

Asiento.

—Yo también.

—Deberías venir a cenar esta noche a casa —me pide, forzando una sonrisa.

—Estaré encantado —respondo.

Esperamos con ansiedad a que sea nuestro turno. Cada día, en cada visita, espero que alguien me diga que todo se ha solucionado y que nos vamos para casa. Poder coger a Ada entre mis brazos, besarla con esas ganas que reprimo cada puto día y regresar a Nueva York con ella y con Oreó. Echo de menos al puñetero gato...

—Buenos días —nos dice una doctora. Nos incorporamos y respondemos con educación a su saludo. Adelaida me agarra la mano y me la aprieta con fuerza. Le devuelvo el gesto, porque nos sale natural, ambos tenemos en común a alguien y queremos lo mismo para ella.

—Vamos a comenzar con las sesiones de quimioterapia. La idea es la

de buscar un donante y hacerle un trasplante. Es importante que ella reaccione de forma positiva al tratamiento, al igual que es muy importante que su actitud sea la mejor, la de ella y la de ustedes.

—Ese problema no lo tendrás con Ada —añade su madre.

—Es la persona más positiva que he conocido jamás —especifico.

—Lo es —nos dice la doctora sonriendo—, no deja de repetir que no va a morir.

—Y no lo va a hacer —añado con decisión. La madre de Ada me aprieta más fuerte la mano y sé que me agradece que yo confíe en todo esto tanto como Ada.

La vida es cuestión de suerte, de estar donde y cuando debes, pero también es cuestión de actitud y de fuerza, y eso, aunque creamos que no, está ahí, solo tenemos que pedir un deseo y soplar... Y estoy dispuesto a pedir muchos deseos junto a ella.

Ayer, hoy y siempre

El taxi para justo enfrente de la casa de Ada. Es la primera vez que veré a su familia fuera del hospital. No le he dicho a Ada a dónde acudiré esta noche, espero contárselo mañana como una anécdota más y hacer bromas sobre las posibles formas en las que podría haberme envenenado mi suegra o asesinado mi suegro. Quizá le explique que su madre intentó seducirme en el baño de su habitación, pero para ello debo saber si existe ese baño. Obviamente, las ganas de seducción escasean y las únicas que están perennes son las mías con mi hada del bosque.

—Buenas noches —me saluda Adelaida al abrirme la puerta.

—Buenas noches —respondo mientras le tiendo una botella de vino que he comprado de camino.

—Gracias —me dice al cogerla—. Estás en tu casa.

Accedo al pequeño recibidor de la casa y observo que está todo en perfecta armonía. Tonos blancos en paredes y muebles. Nada fuera de su lugar, me recuerda a mi casa en Asturias.

Sigo sus pasos mientras dejamos a un lado las escaleras que supongo llevarán a la planta alta, donde estarán las habitaciones.

En el pequeño salón se encuentran reunidas varias personas. La abuela de Ada, un señor mayor que entiendo es su marido y, por lo tanto, su abuelo, y otro señor. No hay que ser demasiado perspicaz para saber que es su padre.

—Buenas noches —saludo al entrar.

No hemos coincidido ni una sola vez en este tiempo. Yo me suelo ir a la hora del almuerzo, cuando nos han dado el diagnóstico diario, y regreso por la tarde. Intento aprovechar esas horas para dormir un poco y hacer varias llamadas. Las noches las dedico a trabajar en los correos que me envía Jaydee y en las cuestiones del estudio que van surgiendo.

—Buenas noches —me responde mientras se incorpora y me tiende la mano—. Tú debes de ser Guillermo —me dice.

—El mismo que viste y calza —respondo.

—Me alegra mucho conocerte. He tenido bastantes reticencias a la hora de saber de ti. No me gustan los tipos que pretenden enamorar a mi niña y apartarla de mi lado. Soy Fidel, el padre de Ada.

Podría sorprenderme, e incluso sentirme intimidado, pero no es así, porque entiendo lo que quiere decir y sé que su tono no es de reprimenda, sino

condescendiente, intentando quitar hierro al asunto pretendiendo que me asuste como un cachorrito. Mi madre haría lo mismo. Sí, sí, mi madre.

Me acerco hasta su abuela para darle un beso, con ella sí que he compartido más de una conversación trascendental.

Su abuelo está sentado en una silla de ruedas y, de la misma forma que lo hizo su mujer, me escruta con la mirada y el ceño fruncido.

—Guillermo —me dice finalmente. Me limito a asentir—. Soy el abuelo de Ada, Javier.

—Un placer conocerlo.

Hasta este momento, nunca me había imaginado cómo podía ser eso de compartir mesa con la familia de tu pareja, y mucho menos sin ella presente. Esta noche cenaremos juntos, su madre ha preparado algo ligero y en un rato se irá al hospital con ella. Duerme muchas veces allí, yo he ido alguna que otra madrugada de insomnio y me he quedado sentado fuera, porque no se pueden colapsar las habitaciones.

—¿En qué trabajas? —me pregunta Fidel.

—Soy arquitecto, tengo un estudio en Nueva York —les aclaro a los presentes mientras tomamos asiento en el comedor.

—Así la conociste —me dice su abuelo.

Yo me limito a asentir ante su comentario.

—Es mi compañera de piso.

Ahora es él quién me responde de forma afirmativa.

La abuela nos interrumpe en nuestra conversación extraña y le narra cómo nos conocimos. A veces las miradas se cruzan con la mía, no sé si indagando sobre la posibilidad de que sea un acosador que quiere raptar y violar a su pequeña o si tratan de comprobar que es cierto que hay algo profundo detrás.

—He traído algo. —Me levanto y me dirijo a la entrada y les enseño ese cuadro que estaba pintando ella antes de que todo se volviese gris y el miedo lo ocupase todo. Lo observan sonrientes, porque saben que es de Ada y eso, ahora mismo, nos enternece—. Me gustaría dejarlo en su habitación, para que, cuando ella regrese, pueda acabarlo.

—Si regresa —dice su abuelo.

—Papá... —Adelaida ahoga un gemido ante su comentario y todos le dedicamos un gesto tosco, porque nos ha molestado.

—Va a volver —respondo—. ¿Sabe usted lo que me dice cada día? Que no se va a morir, y yo la creo. Ada es una persona llena de luz y de magia,

tiene buen corazón y buenas intenciones y hasta ha conseguido que quiera quedarme a Oreó.

—¿Quién es Oreó? —pregunta su abuela.

—Nuestro gato. Ada lo recogió de la calle y lo hemos criado, a pesar de mis reticencias —les explico, sonriendo—. Así que no vuelva a decir que no va a volver, porque lo hará, y con más fuerza que nunca. No puede irse y dejarme, no puede...

Me levanto con mal cuerpo, me ha dolido ese comentario. Podría entender que, viniendo de otra persona que no tenga ningún tipo de cercanía con Ada, lo expusiese de esa forma ante nosotros, pero me parece de muy mal gusto que venga de su propio abuelo.

Su madre me sigue y llega hasta mí justo antes de que abandone la casa. Al final, no creo que pueda contar ninguna anécdota que valga la pena mañana.

—Ven conmigo —me pide.

Adelaida me sujeta con fuerza y nuestros dedos se entrelazan, con cercanía y confianza. Porque ella está sufriendo y yo con ellas dos.

Subimos las escaleras bajo un absoluto silencio. Caminamos por un pequeño pasillo y llegamos a la última puerta que hay. No me hace falta más información que la que obtengo al ver la madera de color rosa, para saber que es su habitación. Sonrío al ver que tenía razón y que Ada, vaya donde vaya y sea como sea, siempre será de color de rosa.

Entramos como si de un templo se tratase y dentro observo las mismas lucecitas que hay en Nueva York decorando el techo de este espacio.

—Siempre le han gustado estas luces y yo siempre le decía que la Navidad no había llegado. Ella me sonreía y me decía que, para ella, todo el año era Navidad, ilusión y sueños, y no podía llevarle la contraria, porque sabía que lo decía a conciencia. —Hay muchos colores dentro del espacio, y ninguno tiene coherencia con el otro, pero, a su vez, eso es lo que lo hace maravilloso—. Se empeñó en que quería vivir llena de colores. Nos encargaba pinturas. Ya de pequeña apuntaba maneras y se podía pegar horas y horas dentro de su habitación, llenando folios de dibujos que luego colgaba en la pared. Luego, esos papeles pasaron a formar parte de un archivador —me dice, señalando los que hay en la estantería que se encuentra tras nosotros—, y pasó a pintar las paredes. «Mi espacio, mi decisión», nos decía de adolescente y yo me limitaba a asentir, porque sabía que, si se lo negaba, ella lo habría de otra forma.

»La hemos protegido mucho, quizá demasiado. Era nuestra niña y

queríamos lo mejor para ella. Un día nos llamaron del cole y nos dijeron que Ada se encontraba mal y que tenía mal color. Llevaba tiempo extraña, más apagada y triste. La llevamos a urgencias y allí le hicieron una analítica. No había cumplido la mayoría de edad cuando estaba sometiéndose a sesiones de quimioterapia. Tenía leucemia.

»Sufría, Dios sabe lo que sufría, pero nos sonreía y ponía su mejor cara cuando nos miraba y siempre nos decía que no era su momento y que no iba a morir. Aún con todo, yo sabía que la perdía y me sentía culpable, porque muchas más veces de las que me atrevo a reconocer, pensé que lo mejor era que acabase con su sufrimiento. Yo la quiero, Guille, la quiero como una madre quiere a su hija, pero solo veía dolor, sufrimiento, molestia. Sin embargo ella, ella se recomponía, me sonreía y me decía que todo saldría bien, y ahora..., ahora lo hace contigo.

»Al escuchar tus palabras ahí abajo, en esa mesa, me ha transportado de nuevo a la época en la que creí que la perdía y que me quedaba sin Ada y, una vez más, me siento culpable porque no quiero esto para ella. Quiero que viva, que sienta que su vida se llene de luz y de magia y no de oscuridad, tristeza y hospitales. La quiero viva, Guille, pero la quiero viva sin sufrimiento.

»Nos espera un mal trago. Sesiones de quimioterapia que la dejarán peor de lo que está aún, nada de contacto porque un virus cualquiera para ella puede significar la muerte y, con suerte, un trasplante que le hará la vida más sencilla, pero, ¿por cuánto tiempo? Pensaba que no volveríamos a esto, que no recaería, que la vida nos había dado una segunda oportunidad a ella y a mí, y me doy cuenta de que no, de que nos pone trabas. Me doy cuenta de que hoy estamos, pero mañana... ¿Quién sabe qué pasara mañana?

Apoyo una mano sobre su hombro y dejo el cuadro sobre un caballete vacío.

—Ada es fuerte, valiente y única. No se merece una oportunidad, ni siquiera dos, se merece un sinfín de ellas y yo estaré para verlo. Y tú, hasta su abuelo... Porque ella quiere vivir y quiere seguir convirtiendo el mundo en un lugar mejor. No importa lo que vayamos a sufrir, porque estaremos a su lado, pero lo mejor... Lo mejor está por llegar y lo sentiremos con tanta fuerza que nadie será capaz de apagar nuestra ilusión.

»Esta noche me quedará yo con ella, Adelaida, necesito estar con Ada.

La madre de Ada parece entender lo que siento ahora mismo, porque se limita a asentir mientras se limpia con delicadeza las lágrimas que se le han

ido escapando al narrarme su historia.

Me niego a pensar que todo esto acabará mal, me niego a pensar que pueda morir y dejarme. Y no, sé que ella no quiere morir, porque no sé si es cierto que ella haga mejor el mundo, pero sí puedo afirmar que le da brillo y sentido al mío.

El amor es la mejor medicina

¿Será cierto que, una vez mueres, ves una luz que te guía hacia los tuyos?

No sé si puedo decir que así sea, tampoco sé si quiero saberlo, por lo que implica descubrir la veracidad de esa afirmación.

Estoy de nuevo en este hospital, en esta habitación, con la vista puesta en ella mientras duermo. Lo hace mucho, pero la entiendo. Y yo siento cada día más la ausencia de ese contacto. Es como si tuviese un hormigueo en las manos que me impidiese separar mi piel de la suya. Una sensación muy extraña, sí, pero supongo que es la química de mi cuerpo ante su cercanía, esa que intenté obviar una y mil veces y que fue imposible a pesar del empeño que puse.

Las enfermeras me han explicado algo sobre unos niveles para poder proceder al trasplante de médula y que, para ello, debe de estar lo más sana y descansada posible. Pero yo creo que lo que de verdad necesita Ada es estar cerca de los que la quieren, porque no le damos importancia a la parte de las emociones y que para ella es fundamental, así que, como mi teoría es esa, aquí me encuentro, a su lado, besándole la mano cada vez que puedo y queriendo posar mis labios sobre los suyos para transmitirle todo eso que me late dentro y que lo transforme en algo bonito que le dé ilusión y la mantenga con vida y, por encima de todo, a mi lado.

No es que el miedo haya desaparecido, ni mucho menos, porque esa sensación de que todo puede acabar de un momento a otro sigue ahí, pero me niego a que tome el control de la situación y me joda, literalmente, la vida.

Creo que, si lo hiciese de esa forma y dejase que mi estado de ánimo ocupase todo y saliese a la luz, no traería más que negatividad y dosis de eso tenemos ya bastante en este lugar.

Tocan en la puerta y entran al momento. Es mi nueva amiga. Su gesto no es el mejor y ella sí que parece ceder ante las emociones.

—¿Estás bien? —le pregunto, entre susurros para no despertar a Ada.

—No —me dice a su vez mientras niega—. Creo que lo pierdo.

Aun con esa necesidad que impera por quedarme con Ada, me levanto y me sitúo a la altura de Pilar.

—No pienses eso, si dejas una rendija para que el miedo entre, no solo lo hará, sino que lo teñirá todo de gris. Mejor el rosa, ¿no crees? —Y clavo mi vista en Ada, porque ese es su color y su maldita forma de verlo todo.

Pilar no deja de llorar y la entiendo, juro que la entiendo, porque yo he sentido la necesidad muchas veces de hacerlo, de dejar que el vaso rebose. No siempre podemos estar bien, ni siquiera eso podemos controlarlo, pero tenemos que hacernos fuertes y, a veces, la mente tiene mucho poder y ayuda a que no entre la oscuridad.

—Está cada vez más débil —me cuenta ya fuera de la habitación.

—Es normal, es la quimioterapia. ¿Sabes? —le pregunto mientras meto una moneda en una máquina expendedora—. Cuando me dijeron que iban a comenzar a darle quimio a Ada te juro que me la imaginaba metida en una especie de túnel en el que le suministraban unos rayos, como el que va a coger color a un centro de esos, con gafas incluidas, y se deja un dineral para que su piel se ponga morena...

Pilar se ríe ante las cosas tan absurdas que le cuento.

—Eres único —me dice, riendo.

—Pero lo digo en serio. Nunca jamás sabes lo que es el cáncer hasta que te toca de cerca. Lo ves y piensas que es una puta mierda, pero cuando se acerca a ti e invade tu espacio, sabes que no es irse de vacaciones o meterse en un túnel. Es muerte, dolor, miedo, angustia, vértigo, inseguridad, tragedia... Pero aquí, en este lugar, me he dado cuenta de que también hay alegría, hay amistad, hay amor, hay lucha, fuerza, garra y ganas, y eso lo ves en cada habitación de este puto centro. Eso es lo que hay que respirar. Ada me ha enseñado que la vida tiene dos caras, como una moneda, y, o bien decides vivirla de color de rosa y ser positivo, o dejas que te atrape y te consuma lo negativo. Elige luchar, Pilar, porque eso es lo que hacen tu marido cada segundo que pasa y mi chica en esa habitación, cada puto día desde que se lo detectaron con diecisiete años hasta ahora, que ha vuelto a recaer.

No soy quien para dar lecciones de vida, ni siquiera puedo garantizar que su marido viva, o que lo haga Ada, pero es cierto eso que acabo de contar, ella y solo ella me ha dicho que siempre, pase lo que pase, hay luz al final del túnel, y yo la creo, de la misma forma que la he creído cada vez que me dice que no va a morir, y sé que no lo hará porque tiene mucho que enseñarme y yo mucho que aprender.

No, no ha sido nada sencillo, más bien ha sido todo lo contrario. Comenzamos con la quimio y eso, señoras y señores, es una puta mierda. Aun con todo, mi mascarilla y yo, hemos puesto nuestros labios sobre los suyos más veces de las que sería medianamente aceptable reconocer, porque, pase lo que pase, quiero que me sienta y que sienta el amor que profeso por ella, que

cada día es mayor, como lo son nuestras ganas de salir de aquí.

—Nos iremos de ruta por Italia, por la Toscana, porque eso es lo que quiero hacer al salir de aquí, ver rincones que nadie ha visto y sentir cómo choca el aire contra mi cara una tarde de verano.

Ada sigue siendo ella, sigue soñando despierta y yo cada vez tengo más necesidad de cumplir sus sueños.

—Follaremos en unas de esas calas, pensando que cualquiera puede vernos desde lo alto de una escarpada roca.

—Solo piensas en eso —me dice sonriendo.

—Solo pienso en ti.

—Nos llevaremos a Oreo, que seguro que le hace mucha ilusión recorrer Italia.

—A ese gato cabronazo le gusta que lo saquen de paseo casi tanto como a mi follar.

Helena me ha puesto al día de los avances de nuestra mascota. Le ha roto los sillones a mi amiga y yo me he descojonado en su cara, básicamente, pensando en la cara de Simon al darse cuenta del destrozo.

—No sé si seguirá con vida cuando volvamos, porque Simon se la tiene jurada —le explico.

—Oreo es un gato ejemplar, seguro que no le dan suficientes mimos —lo excusa Ada.

—Mimos es lo que te quiero dar yo a ti —le digo colocando mis labios de nuevo en los suyos.

—Guille... —murmura.

—Cuando me hablas con ese tono, sería capaz de bajarte la luna.

—Dame un beso —me pide.

—Te he dado miles —le digo sonriendo.

—Uno de verdad.

—Ada...

—Por favor...

—No quiero que pase nada. Estás bien, cada día tienes los niveles más altos y sigues progresando, solo es cuestión de tiempo tenerte debajo de mí.

—Por favor... —susurra de nuevo.

La miro directamente a los ojos y veo de nuevo ese brillo de ilusión y de ganas, ese que me obnubila desde que la conocí y que me ha vuelto loco de remate, ese al que nunca he sido capaz de resistirme.

—Ada del Bosque, ¿qué voy a hacer contigo?

—Supongo que besarme, pintalíneas arrogante.

Retiro mi mascarilla y me acerco a ella, recortando la distancia entre nosotros. Percibo su aliento y se entremezcla con el mío. Sus labios me llaman, me atraen y me piden más. Me piden que no le baje la luna, porque besarla ya es cómo estar en ella.

Y simplemente encajan, como una pieza más en la vida, como eso que está predestinado para ser y encontrarse, así son nuestros labios y nuestros cuerpos, porque ella llegó para cambiarlo todo y enseñarme que no hay mejor forma de ver la vida que de color de rosa.

Ella no lo sabe, ni siquiera se lo he contado a nadie, pero, una de esas noches en las que la observaba mientras dormía y grababa su rostro en mi cabeza, decidí que quería intentarlo.

Hoy me estoy sometiendo a esas pruebas en las que me dirán si soy compatible o no. Y sé que lo soy, porque de la misma forma que nuestros labios han encajado, el resto de piezas también lo harán.

He decidido que quiero formar parte de ella siempre y que, pase lo que pase, lo intentaré todo, por hacerla feliz y por verla reír una vez más, o pedirme un beso.

Al final, tal y como vaticiné, el contacto ha hecho efecto. No soy médico, ni siquiera sabía en lo que consistía la quimioterapia o que estaba mucho de unas sesiones de rayos UVA, pero sí que sabía que estar juntos, el calor de mi cuerpo, mis besos y los suyos, nuestros cuerpos tocándose y nuestras miradas conectadas, harían que ella pudiese someterse a ese tratamiento.

La parte mala de todo esto, porque siempre la hay, luz y oscuridad, hielo y fuego, es que Pilar ya no está con nosotros. Al final, su marido no ha tenido oportunidad de recibir el trasplante, y no porque no haya compatibilidad con algún donante, sino porque su cuerpo no resistió.

Lloramos juntos, los dos, en ese puto banco de madera que se ha convertido en el confesionario de muchos de los que pasamos por aquí.

—Tienes una oportunidad, Guille, Ada la tiene. Lucha por ella y que ella luche por la vida, porque hoy estás y mañana eres polvo.

Esas fueron las últimas palabras que me dedicó, a las que yo no me atreví a responder porque no podía. Me he esforzado por ver la parte positiva de todo esto, por luchar con ella y por ella, pero es cierto que no siempre luchar vale, aunque, eso de morir de pie sigue siendo un gran lema para muchas personas. Menos para Ada, que todos los días me repite que no va a

morir. Ese día en el que Pilar se marchó con una triste bolsa en la mano llena de recuerdos y desconsuelo en su semblante, no supe qué decirle porque no me sentía siquiera con fuerza.

Una mujer, con ganas de vivir, un hombre, con mucho amor para dar y con ganas de crear y de sentir, no lo había superado y yo... Yo me sentía hasta culpable de que Ada estuviese y él no. Y entendía que Adelaida sintiese que quería que todo terminase, porque ha vivido con esta loza en su espalda mucho tiempo, pero no, no somos cobardes, no nos tacharán de eso jamás porque, permitirnos un momento de flaqueza basta, pero no es suficiente para nadie.

Y aquí estoy, sometiéndome a esa extracción para el trasplante que no sé si le salvará la vida, pero que, sin duda me hará devolverle el favor o intentarlo, porque ella..., ella sí que salvó la mía.

Resiliencia

Sabía que existía un término que definiese a Ada tras todo esto que nos ha sucedido. También sabía que ella era especial y que me iba a joder vivo en cuanto la aceptase como compañera de piso, si no tuviese polla, diría que tengo intuición femenina.

Dicen que la vida son fases y etapas, que llegan personas y otras salen por la puerta de atrás, que los que de verdad importan se quedan y los que restan salen a hurtadillas, sin dejar huella.

Supongo que, para nosotros dos, las etapas consisten en vivir cada día como si fuese el último y eso, señoras y señores, también me lo ha enseñado ella.

Ada sigue en el hospital, porque esto no funciona como quisiéramos, como el sol que sale por el este y se pone por el oeste, ni mucho menos. Son procesos lentos, que se complican y que no sabes si todo irá bien o no.

Se encuentra aislada en una sala. Tiene grandes ventanales que me permiten verla desde mi posición y, a pesar de que está delgada, yo la veo como la persona más bonita del mundo y me muero, metafóricamente, por besarla.

Hoy formo parte de ella y un trocito de mí está ahí, ayudando a que cada día abra los ojos y que averigüe lo que le escribo en este cristal.

Se ríe cuando le doy los buenos días y le dibujo una polla gorda, porque el que nace príncipe suele terminar convirtiéndose en rey. Y no, no es un dicho de esos ni un refrán molón, es algo que me acabo de inventar para que entendáis que yo siempre seguiré siendo yo, pero más colorido.

Debo volver a Nueva York en unas horas, porque no es tan sencillo como dejar todo y quedarse aquí. Ojalá lo fuese, pero tengo que regresar.

He hablado casi a diario con mi madre y he hecho todo lo posible por mantener al día a los chicos. Entre todos están haciendo un gran trabajo y me hace sentir inmensamente afortunado estar rodeado de personas con tantos valores.

Muchos días me siento en este suelo y simplemente le hablo, de cómo me crie en Asturias, de lo que he hecho para ser quien soy, de mis estudios, de cómo conocí a Jaydee y también le explico que un día llegó una chica a mi vida que hizo que todo cambiase y que esas putas tres reglas de oro que tenía se convirtiesen en basura. Le explico cómo he logrado empatizar con Mia y

Jaydee y su forma de enamorarse, cómo me burlé de ellos por dejar de seguir mi, hasta ese momento, mantra, y hasta les entiendo por haberlo hecho.

Día tras día he lloriqueado como una nenaza para que las enfermeras me dejaran acercarme a ella antes de irme, sentirla y tocarla. Les he prometido invitarlas a una cena y hasta contratar un *boy* para una noche de esas en las que se aburren haciendo guardia. Me sonríen y me llaman loco, pero sé que, en el fondo, las estoy conquistando con mis comentarios jocosos y mis sonrisas cautivadoras, y sin enseñarles la polla, que con eso gano fijo.

—Haré la vista gorda un rato, pero solo porque soy buena persona y os he cogido cariño... —me dice una justo antes de tenderme una bata y una mascarilla nueva.

—Soy maravilloso, lo sé —le explico a la enfermera de turno. No me preguntéis nombres, que me haya enamorado no quiere decir que haya cambiado eso en mí y que, por arte de magia, sepa cómo se llama cada persona a la que conozco.

—En realidad, le he cogido más cariño a ella que a ti —me dice sonriente.

Y yo me hago el inocente, porque sé que me miente y que la hemos conquistado con nuestras tonterías y con los dibujos que a veces hago en su cristal y que ellas también intentan adivinar desde el puesto de enfermería. Aún con todo, tengo mucho que agradecerles, no solo que me permitan tocarla de nuevo.

—Cinco minutos —me advierte.

—Tranquila, no pienso acampar dentro, aunque me muera de ganas.

La enfermera se gira con una sonrisa en el rostro y yo me dispongo a entrar.

—Guille —me dice mientras sujeto el pomo entre mis dedos—, eso que has hecho por ella es muy bonito.

Y sé que se refiere al tema del trasplante y a que haya pasado por todo esto por Ada.

—Lo haría una y mil veces más si la veo sonreírme de nuevo.

Ella asiente y esta vez si prosigue su camino mientras yo me adentro en la habitación.

La cara de sorpresa que pone Ada al verme aparecer a su lado con una mascarilla y una bata horrible, de esas que te tienes que poner por prevención, es un poema.

—Pintalíneas...

—Ada del Bosque...

—¿Has dejado ya de ser un chulo arrogante y te has convertido en un hombre serio y responsable?

—Puedo ser todo eso sin dejar de mantener mi esencia —le digo sonriendo—. Fíjate en lo bien que he perfeccionado el dibujo; al principio te hacía pollas con huevos peludos y ahora te las hago depiladas, siempre cumpliendo los sueños de mi chica... —finalizo, jocoso.

Ada se ríe y sé que sigue débil. porque, como os he dicho, esto no es coser y cantar y lleva tiempo.

—Morirás con las botas puestas —bromea.

—Aquí no va a morir nadie.

—Por supuesto que no.

—Tengo que volver a Nueva York —le explico, bajando el tono de voz. Le sujeto la mano entre las mías, porque quiero que sienta que no es una decisión que haya tomado por placer, sino porque es lo que toca.

—Tranquilo. Lo entiendo, y Oreo estará encantado de verte.

—Creo que Simon mucho más.

—También —se ríe de nuevo.

—Es por trabajo —le aclaro—. Si fuese por mí, estaría aquí hasta que salieses...

—Guille... No importa que te vayas porque sé que volverás —susurra con la vista fija en mí.

Me quedo a su lado mientras ella descansa con los ojos cerrados. Parece mentira que esté tan débil, que esa chica con tanta vida a la que conocí esté ahora aquí, que el destino nos haya robado tiempo.

—Ada, puede que no te lo haya contado nunca, pero siempre hay una primera vez para confesar que trastocaste todo cuando entraste en mi casa, que no esperaba nada y me diste mucho.

—Ya sabía yo que estabas loco por mis huesos. No sé qué te hizo enamorarte de mí, pero me alegro de ello.

—Estoy loco por tus huesos, eso está claro, pero por tu carne también —añado entre risas—. ¿Quieres que te explique lo que me hizo volverme loco por ti? Bien. Allá voy.

»Me gusta la forma tan peculiar en la que miras las cosas, como si quisieras grabártelas en las retinas para que permanezcan intactas dentro de ti. —Ada abre los ojos y clava la vista en mí, haciendo justo eso que le estoy explicando—. Me gustan las camisetas viejas y de cinco tallas mayores que la

que tú llevas y que utilizas para pintar, y cuando te pones ropa que no pega una con la otra, toda llena de colores que no guardan una lógica en la mente de nadie, solo en la tuya. Me gustan esos calcetines horribles que te pones y que, en ocasiones, son distintos los de un pie a los del otro. Me gusta cuando te levantas y tienes el pelo alborotado y las manos manchadas de pintura tras sentarte delante de un lienzo. Me gusta el brillo de tus ojos cuando me miras, cuando miras a Oreo, o cuando miras a alguno de nuestros amigos, porque son nuestros, Ada, de ambos. —Ada comienza a llorar y yo siento que tengo algo atravesándome la garganta y presionándome el pecho con fuerza. Aun así, sigo hablando porque quiero que sepa lo que siento en este momento—. Me gustan tus pullas, sencillas y directas, sin florituras. Y me gusta tu empatía, cómo eres capaz de percibir lo que siente el que tienes cerca, cómo fuiste capaz de sacrificar tus domingos para ir a ayudar a personas en un comedor social, cómo te paraste a recoger un gato abandonado para el que te convertiste en su salvadora. —Le abro la palma de la mano y dibujo un sol en ella.

—Un sol.

—Porque brilla como tú —matizo, sonriendo embobado. Sí, sí, embobado—. Me gustó que me dijeras que soy especial y que a ti te gustan las personas especiales. Por aquel entonces no sabía que soy especial porque estoy contigo, porque tú me has hecho mejor y me has salvado de mí mismo, me has demostrado lo que es sentir con todas y cada una de las letras, no solo hacia ti, sino hacia la vida, los amigos y hasta por ese puto gato —le digo, sonriendo al referirme a Oreo—. Me gusta cómo te sonrojas cuando te hablo de mi polla o de todas y cada una de las guarrerías que tengo en mente hacerte, porque te las haré, y no te dejaré salir de mi habitación en días.

—Pervertido —me dice, de nuevo sonrojada.

—Te mandaré a callar una y mil veces mientras veamos pelis, porque no me dejas escuchar. —Ada se tapa los ojos con la mano mientras sonrío—. Pero lo que más me gusta, lo que más admiro, es cómo has conseguido que todo esto, que toda esta mierda no te absorba y te contamine, la has canalizado y la has transformado en algo bueno, lo has convertido en luz, brillo, fuerza, entrega, dedicación, empatía, amistad, amor, energía, alegría, emoción... Haces magia, Ada, y por eso, Ada del Río, estoy loco por ti.

—Guille...

—He aprendido que lo mejor que existe eres tú y tu maldita forma de ver la vida de color de rosa, Ada del Bosque.

—Y a mi me has enseñado que es posible enamorarse de alguien con

solo soñarlo, pintalíneas.

Epílogo

El invierno ha pasado de largo, la primavera también lo ha hecho y ha llegado el verano, como si todo lo que toca fuese suyo.

Aún estoy intentando sobrellevar su ausencia. Dicen que la vida sigue sin esas personas que un día fueron importantes y que, lo que hoy duele, mañana lo hará un poco menos, pero jode y sigue jodiendo.

No, no ha habido boda en primavera, porque no era el momento para ello. Cuando os conté que éramos una familia, lo decía tan en serio, como que ahora mismo estamos a más de treinta y cinco grados e intentando sofocar este calor con la sombra de los edificios, bebidas frías y aire acondicionado. Eso siempre y cuando él me lo permita.

—¿Te vas a dignar ya a volver a casa o piensas tenerme toda la jodida tarde sometido a estas temperaturas?

Oreo, mi peor pesadilla en verano —en invierno y primavera también lo fue—, se ha acostumbrado a que lo saquemos de paseo y pretende usurpar el trono de cualquier soberano que se precie con su movimiento pausado de rabo y su mirada ensayada de pena. Es un gato, pero no tengo duda de que, si se lo propusiese, podría conquistar el mundo y declararse rey.

Me siento ridículo al ver cómo se lo toma con calma mientras yo siento la tempestuosa necesidad de buscar cobijo bajo el aparato del aire acondicionado que hay en mi salón.

Como os decía, tengo unos amigos que bien valen su peso en oro, porque cambiaron su boda para que pudiésemos estar todos y disfrutar al completo de esa celebración.

La idea es clara y sencilla, o follamos todos, o se pincha la muñeca, y debo confesar que me gusta mucho follar, aunque creo que, conociéndome como me conocéis, eso ya lo sabíais.

La echo de menos. Mucho. Tanto que duele como nunca antes había dolido nada y no dejo de pensar en ella, sobre todo, cuando me quedo solo, cuando entro a su habitación y cuando vuelven a mí todas las sensaciones y emociones compartidas durante un breve pero intenso momento.

—Esta tarde tendremos visita, gato del demonio. Podrás regodearte en todas y cada una de las piernas de nuestros amigos y obtendrás muchas caricias —le explico mientras regresamos a casa. Oreo se limita a maullar como respuesta y yo sonrío, como si entendiese que ahora él también es de mi

familia.

Espero que no me guarde rencor por todas las veces que intenté regalarlo o deshacerme de él. Creo que ya me ha perdonado por ello y le debo mucho. Muchas noches solos, dentro de cuatro paredes que me oprimían como nada antes lo había hecho y necesité, en más ocasiones de las que me atrevo a confesar, salir al exterior y sentir que era solo una ilusión, que no la había perdido y que regresaría a mí, porque ahora yo formaba parte de ella tanto como ella forma parte a día de hoy de mí. Él fue mi consuelo, mientras retomaba la vieja costumbre de tomarme un bol de cereales, sentado en el sofá con la vista perdida, engullido por recuerdos, en esos momentos Oreo se colocaba entre mis piernas, se hacía un ovillo y permanecía allí, alerta por si tenía que maullar para que regresase a la tierra de los vivos y dejase de pensar en lo que ocupaba mi cabeza. La muerte. Día tras día me levantaba pensando «¿será hoy? ¿Terminará todo esto? ¿Acabará bien?».

Los finales felices son los que te dejan con una sonrisa en la boca, pero no siempre existe esa posibilidad, al igual que no pudo ser para Pilar y su marido.

Sé que ella se intenta reponer. Intercambiamos algún cordial mensaje, pero evitamos tratar algo que aún sigue raspando la piel y la deja en carne viva.

Doblamos la esquina y los veo allí plantados, abrazados como si para ellos el calor no existiese. Es inevitable no sentir esa pequeña punzada de envidia. La echo de menos.

—La parejita feliz pegada como caracoles. ¿Los caracoles tienen celo? Lo digo por si estáis mutando y ahora os convertís en una de esas cosas babosas. —Jaydee arruga el gesto y Mia me hace una peineta justo antes de venir corriendo a mis brazos. Rectifico. A los de Oreo, porque es el primero en recibir atenciones—. Voy a tener que plantearme seriamente eso de regalarte, bicho.

—Deja al pobre animal, que ya bastante tiene con aguantarte.

—Tiene suerte de contar con un dueño como yo —explico.

—Eres un chulo arrogante —me dice Mia. Mi gesto cambia por completo al darme cuenta de que esas palabras siguen doliendo—. Perdón —susurra al leer mi gesto.

—No pasa nada.

—Vamos —me dice Jaydee, rodeándome los hombros con el brazo para que entremos en el portal. Ya no siento ni el calor.

—Los chicos llegarán en breve.

—Me siento un poco culpable por lo de Alex y Loren. Al final cambiaron la boda con la intención de que Ada estuviese y resultó no ser posible.

—Guille —me advierte Mía—. Cambiaron la boda porque no fue el momento, pero no pasa nada, se casan dentro de dos días y será igual de bonita que si se hubiesen casado hace tres meses. Deja de pensar en eso —me pide.

—Todo va a salir bien —añade Jaydee, y no sé si lo dice por mí, por la boda o por ella.

Nos dejamos caer en el sofá mientras esperamos al resto del grupo. Hemos decidido que, en vez de celebrar una despedida de soltero de lo más habitual —alcohol, fiesta, poca ropa, chicas con menos ropa que nosotros, resaca y recordar lo justo para no avergonzarnos—, haremos algo que nos llene más, sentarnos en torno a una mesa y hablar sobre nuestra amistad. En otro momento, mi polla también sería un tema importante a tratar, en fin...

—Yo no entiendo mucho de planos —nos comenta Mía para romper el silencio del momento—, tampoco de líneas, pero la maqueta que he visto en casa de Jaydee es una pasada, y creo que será un edificio de esos que marcan un antes y un después en la ciudad.

Como Ada en mi vida, marcando un antes y un después...

—Estoy orgulloso de lo que hemos conseguido.

Tras mi regreso, creo que intenté acallar toda la tristeza que me embriagaba trabajando sin parar, sumido en este proyecto y con vistas a que no quedase ni un solo resquicio en él para que lo catalogasen como imperfecto. Todo cuidado, todo trabajado y estudiado.

—Gracias. Sé que soy un gran arquitecto, Jaydee intenta llegar a mi nivel, pero le cuesta, el pobre no sabe que solo hay un hombre importante en esta sociedad que hemos formado y soy yo.

—Ya... —protesta el aludido.

—Tienes el ego por las nubes.

—Mi polla sigue estando por encima de mi ego —bromeo. Las cosas tienen que volver a la normalidad y eso es lo que intento, ser el Guille de siempre—. Tardan mucho, ¿no crees? —le comento a Mía.

Ella se limita a encogerse de hombros mientras mira a Oreó, que percibe su mirada fija en él y se aproxima hasta ella en busca de unas caricias de esas que tanto le gustan. Es un gato egocéntrico.

—Deberíamos ir a por cervezas, me da que somos muchos, y en tu

nevera no hay provisiones suficientes.

Hago un estudio exhaustivo del tiempo que he dedicado esta semana a ir a la compra y me doy cuenta de que ha sido nulo, Jaydee tiene razón.

—¿Has estado espiando mis movimientos?

—No, he mirado tu nevera al llegar.

—Anda, levanta ese culo y vete con mi chico a comprar —me pide Mia.

—Tú lo que quieres es verme mover el culito prieto que tengo.

—Obviamente, no tengo ningún otro culo que ver —dice, sonriendo y enseñándome el dedo grosero con poca delicadeza—. En realidad, lo que quiero es que mueras asfixiado bajo el calor de Nueva York.

—Eres mala —le digo mientras la señalo.

—De las malas, la peor —me confiesa, riendo y usando la misma frase que utilizó Helena en su día.

Total, que soy un pedacito de pan y acabamos yendo al supermercado más cercano, y no solo a por cervezas, por poco pillamos comida hasta el siguiente verano.

—¿Acaso piensas hibernar en mi casa?

—Claro, y no solo eso, pienso abrazarme a ti todas las noches y darte besitos antes de dormir.

Regresamos y Mia sigue allí, sin novedades y sin la llegada del resto del grupo.

—Creo que empiezo a odiar la impuntualidad —les explico.

—Oye, Guille, he visto que hay un cuadro en la habitación...

La observo, entre estupefacto por haber revuelto mis cosas y enfadado por entrar a la habitación de Ada.

—Es nuestro cuadro —le explico—. Estábamos acabándolo antes de que todo pasase —finalizo.

De nuevo, el silencio nos envuelve y ahora no me apetece nada bromear, ni siquiera hacer algún comentario de esos que se hacen por cortesía.

Me encamino hasta la habitación que ocupaba Ada y abro la puerta con sumo cuidado. Siento toda esa energía que compartimos entre estas cuatro paredes. Cómo la besé por primera vez y ya desde ese momento sabía que iba a estar perdido pero, aun así, evité volver a hacerlo. Cómo caí por segunda vez, haciendo caso omiso a todas las alarmas que saltaban, nuestras caricias mientras ella hacía un intento porque yo, un tío que de arte solo sabe el chiste, pintase algo y que fuese sencillo y el orgullo que sentí al conseguirlo lo

eclipsara todo.

Las luces siguen estando ahí, porque eso forma parte de la esencia de Ada y quiero que sigan conmigo, aunque ella lleve tiempo sin habitar este espacio. Cada vez que entro, incluso las noches que duermo en su cama, sigo sintiendo que todo esto que ella hizo sigue siendo mágico.

Oigo ruido fuera, en el salón y soy perfectamente consciente de que ha llegado el resto del grupo, pero, a pesar de todo, necesito tiempo, como cada vez que entro aquí, que me cuesta abandonar este espacio. Aunque nunca, nada, fue tan difícil como dejarla a ella.

—Toc, toc —me dice Helena al abrir la puerta.

—Puedes entrar —le digo.

Ella me hace caso y se sitúa a mi lado con un tierno gesto en la cara.

—Guille...

—Dime...

—He traído la alegría a casa —me dice.

—Si lo dices por Simon, dudo que ese cascarrabias sea la alegría de la huerta, como mucho la alegría del inframundo.

—Oye, no te pases, es mi chico...

Y cada vez que oigo esa frase, antes con Mia y ahora con Helena, me siento un poco más jodido.

Helena se encamina hasta la bola de nieve que está en esa estantería y la sujeta entre sus manos. Me observa antes de agitarla con fuerza y ver cómo los brillos que contienen cambian de color, según la luz que les dé.

—Toma —me dice, tendiéndome la bola.

La sujeto entre las manos mientras ella se marcha con el resto del grupo.

Me tumbo en la cama mientras cierro los ojos y pongo mis ideas en claro.

—¡Joder! ¡Cuánto te echo de menos!

Me cubro los ojos con los antebrazos mientras sigo escuchando el alboroto y unos pequeños pasos que se acercan. No me avergüenza que me vean triste o abatido, han sido meses muy jodidos en los que no pude volver a España, pero tuve todas las noticias que necesitaba para poder respirar con normalidad o, por lo menos, intentarlo. Pero, a pesar de todo, sigo siendo de esos a los que les gusta lamentarse en privado, aunque no siempre haya podido hacerlo de esa forma.

Me mantengo en silencio, a la espera de que me pidan que vaya al salón

y vuelva el Guille que aguanta el tipo.

—Pintalíneas, ¿le has pedido tu deseo a la bola?

—¿Ada?

Es ella. Es ella, joder, ella...

Aparto el brazo de la cara y la observo como si estuviese frente a un holograma o estuviese sumido en una realidad paralela. O un sueño, un puto sueño.

—Guille...

Me levanto y dejo caer la bola sobre la cama, porque sí, a la bola le tengo cariño, pero no tanto como el que le tengo a la mujer que ahora está frente a mí.

—Ada... —susurro sujetando sus mejillas entre las manos. Parece tan pequeña entre ellas—. ¿Cómo...?

—Me han dejado volar. No podré estar mucho tiempo, pero tenía que estar aquí y, antes de que digas nada, la boda me importa, porque soy dama de honor, pero lo que me llama desde el mismo día en que saliste de aquella habitación donde aún estaba aislada, lo que me dio fuerzas, era volver y abrazarte...

—Ada... Te quiero, te quiero tanto que, joder, te quiero tanto que duele.

—Yo también te quiero, pintalíneas y te he echado de menos.

—No más que yo, seguro —respondo—. ¿Puedo?

—Puedes —me dice sonriendo.

No espero a que responda, no le permito que siga hablando, porque lo único que pienso es en besarla, en comérmela a besos y en recuperar todo el tiempo que hemos estado separados.

—¡Joder! Me parece un puto sueño.

—Te he traído algo —me dice sonriendo. De nuevo ese maldito brillo que lo ocupa todo, que me cautivó desde el primer momento, que me hizo levitar, que me volvió loco, de nuevo está ahí y es para mí, solo para mí.

Miro la pared a la que se dirige y oteo un pequeño cuadro cubierto por una sábana blanca.

—¿Qué es? —le pregunto, mientras me lo tiende para que lo sujete.

—Mi sueño —responde sonriendo.

Lo sujeto con sumo cuidado y comienzo a deshacer el nudo, el del regalo y el que tengo en el estómago.

Un lienzo pintado con tonos de colores aparece frente a mí y en él estoy

yo. Yo.

—Soy yo.

—Una vez hubo una chica que soñó con vivir, con sentir, soñó con enamorarse, con saber lo que era mirar a alguien y saber que jamás sería feliz sin esa persona con la que cruzó su mirada, y apareciste tú. Me enseñaste que los sueños se cumplen y ahora..., ahora no quiero dejar de soñar, Guille, porque tienes mucho que enseñarme y yo mucho que aprender. Porque te quiero y quiero seguir soñando con un futuro. Contigo, conmigo, con nuestras risas, con nuestras bromas, nuestras conversaciones, con esa forma que tienes de hablarme, de hacerme sentir viva.

—Ada... Vas a soñar, porque no voy a dejar que despiertes.

Dicen que la vida es de color de rosa, aunque nos empeñemos en teñirla de grises, negros y otros colores oscuros. Dicen que, una vez se siente, no hay vuelta atrás. Dicen que el amor llega así, de esa manera, que uno no se da ni cuenta. Dicen que soy un chulo arrogante y que me podían las faldas. Se cuenta que tenía tres reglas de oro y que, una vez, llegó una chica para demostrarme que la vida sin reglas es más pura. Dicen que esa chica, sigue con ese cabrón con suerte de cuyo nombre no puedo acordarme. De lo que sí me acuerdo es de que ese tipo la quiere de una manera que no se puede explicar, y también dicen que hasta las torres más altas caen. Y eso es una verdad como no existe otra en el mundo.

Y dicen que ese par, al final, decidió poner a prueba el destino quedándose el uno junto al otro, porque juntos eran más, mucho más.

Soy un hada del bosque

Seis meses después...

Dicen que la edad es lo que te hace madurar y que, en la vida, los golpes, son los que enseñan y te muestran el camino, aunque yo soy de las que cree que la vida te pone piedras para que las sorteas y te hagas mejor, más fuerte, algo así como una versión mejorada de ti.

Una chica de diecisiete años cree que lo que le toca, es comerse el mundo y en mi caso sí que fue así. Tuve que comerme el mundo y luchar por vivir y por sentir, porque quise que la mejor versión de mí me enorgulleciese y un día, fuese capaz de echar la vista atrás y saber que había conseguido ganar una batalla tan importante como lo es esta.

Cuando por fin salí de allí, de ese hospital, entendiendo que había sufrido una transformación tan grande, que era una versión mejorada de la Ada que había entrado en él meses atrás, no me planteaba nada que no fuese sacarles el jugo a todos y cada uno de los momentos y situaciones que se diesen a partir de ese momento; estudiar lo que quería, sentir al máximo todas las emociones que aparecieran en mi camino, soñar, vivir, disfrutar, reír, y amar... Porque el amor es un sentimiento que deseaba sentir sí o sí.

Quería enamorarme, eso lo tenía muy claro, pero quería hacerlo de verdad, no forzarlo porque fuese imprescindible sentir ese cosquilleo del que todo el mundo hablaba, pero yo no había tenido la oportunidad de sentir, no. Lo mío iba más allá, quería sentirlo, pero de verdad, que me faltase la respiración, que las mariposas en mi estómago me hicieran volar y que me hiciera sentir tan especial que fuese de color de rosa.

Obviamente, sabía que, si era para mí, llegaría, porque al final, todo llega, lo bueno y lo malo y de eso yo sabía bastante. Me entregué al cien por cien en cada relación en la que me embarcaba, intentaba que saliese bien, pero tenía claro que nada de lo que compartía con esos chicos que conocía una noche o que mis amigas se empeñaban en que conociera, marcaban un antes y un después, tampoco había mariposas, era sencillo y pronto tuve claro que no era lo que quería. Conformarme nunca había sido lo mío y no iba a ponerlo en práctica ahora.

Me centré en mí, en pintar —en volver a pintar—, en mi familia, en los paseos que me hacían sonreír, en el frío que me hacía temblar y eso, eso también era un sentimiento, porque, al fin y al cabo, era una muestra más de

que seguía en este mundo.

Y así, sin más, llegó la oportunidad de irme a Nueva York, a aprender y a conocer esa ciudad de la que todos hablaban y de la que yo quería hablar también. Rascacielos, arte, personas de distintas culturas, ruido, vida... Todo en una misma ciudad y yo, no me lo podía perder.

Un petate con pocas cosas me bastaban, porque lo más importante lo llevaba encima y eran mis ganas, mis pulmones y mis manos.

Las pruebas que me hice antes de irme, no me iban a emborronar lo que quería sentir allí, porque estaba convencida que ese año, sería mi año, pasase lo que pasase, Nueva York me cambiaría y puede que, con suerte, yo cambiase Nueva York.

Y sí, sí que me cambió, porque acudí a una entrevista para compartir piso y lo vi, pero no lo vi como ves a cualquiera que pasa delante, no, vi eso que tanto soñaba en mi habitación, mientras pintaba con cientos de colores y mi imaginación volaba, lo vi, lo vi a él y todo cobró sentido.

No es un chico cualquiera, es uno de esos que se bromean constantemente y que a todo pretenden restarle importancia, pero no es eso, Guille no era eso, era amor, amistad, entrega, pasión, fuerza, garra, lealtad y valentía y era perfecto, para mí lo era.

Nunca jamás pretendí negar lo evidente, lo tuve claro, porque cuando llega, lo sabes y él también lo supo, pero el miedo es un sentimiento poderoso, casi tan poderoso como lo es el amor, y salir de la zona de confort es complicado para alguien que no sabe exactamente lo que necesita.

Hice mal, porque comenzamos a movernos en esa fina línea entre la amistad y el amor, pero la cosa se transformó y yo necesitaba vivir sin que la loza me pesase, porque la vida era más bonita sin el temor al acecho. Tenía claro que algún día sería el momento y se lo contaría, pero confiaba en que el destino me dejase disfrutar de ese momento, que ahora era nuestro y no tener que hablar del tema.

Pero no, no fue así y no fui yo la que le contó mi historia. Los acontecimientos hicieron que todo se apresurase y que me fuese dejándolo allí. Una parte de mí se quedó con él y una parte de él se fue conmigo.

Y todo empezó de nuevo; el hospital, las visitas de los médicos y las enfermeras, el cansancio, el sueño, la soledad y el miedo. Y también llegó la esperanza, la lucha, la valentía, la necesidad de volver a ver el sol, la luna y las estrellas, de volver a verlo a él y de que me besara como él solo sabía hacerlo, porque cuando Guille colocaba sus labios sobre los míos, el mundo,

sencillamente, dejaba de moverse y el centro del universo éramos nosotros.

Recuerdo ese momento en el que llegó a mi habitación y mi corazón volvió a latir con fuerza, con más fuerza. Y supe que el amor era eso, era lo que Guille había hecho conmigo, porque él sí que había conseguido hacerme volar.

—Oye, Ada del Bosque...

—Dime, pintalíneas...

—¿Sigues creyendo que soy un chulo arrogante?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Este no es el momento —le reprendo.

—No importa el momento, solo responde —me pide sin apartar su mirada de la mía. Observo a los presentes, que nos miran llenos de curiosidad, porque no es normal que, en una boda, uno de los novios haga esa clase de preguntas. —Solo quiero saber si sigues pensando que soy un chulo arrogante.

Mi futura suegra se lleva las manos a la cara, abochornada. Helena está a su lado, riendo, porque sabe que Guille es mucho Guille.

—No, no lo pienso.

—¿Y qué piensas de mí ahora? Puedes hablar de lo que quieras —me reta a sabiendas de que me pondré colorada porque sé a qué se refiere.

—Pienso que eres un pintalíneas chulo y arrogante y que siempre, siempre, te voy a querer.

Él sonríe complacido, por mi forma de llamarlo pintalíneas y, porque hasta hoy, en el día de nuestra boda, en esta pequeña iglesia de Asturias, rodeados de familia y amigos, se ha salido con la suya.

—Ada del Bosque, a partir de hoy, seré solo tu chulo arrogante —me dice antes de besarme.

El párroco carraspea y nos escruta con la mirada.

—Los besos para el final —nos explica sonriendo él también.

—Prosiga, padre —le responde Guille.

Tras acabar la ceremonia, nos encaminamos al lugar donde vamos a celebrar el convite.

Cuando volví a Nueva York, tras recuperarme, no pude quedarme demasiado tiempo, tenía que volver porque necesitaba estar cerca del hospital. Fue cuestión de tiempo que Guille viniese de nuevo a buscarme. Me entregó una caja con unas All Star y me dijo: «Quiero que te pongas esto». Os podéis imaginar mi cara de pasmo porque no entendía nada, hasta que se puso de rodillas frente a mí, sacó un pequeño anillo del bolsillo y me pidió que me casara con él.

Y acepté, ese anillo sigue en mi mano izquierda y las All Star llenas de corazones están en mis pies, nada de tacones, nada de vestidos típicos, porque él y yo, somos de todo menos típicos. Los pequeños detalles son los que marcan la diferencia, ya os lo he dicho.

—Mi esposa tiene que bailar conmigo —me dice sacándome del grupo al que estoy saludando.

—¿No te asusta llamarme así?

—No, al contrario...

—Guille, Guille, qué bien se te ha dado... —le digo repitiendo mis palabras, esas que utilicé hace meses en un apartamento de West Side.

—¿El qué? —me responde siguiéndome el juego.

—Ir de gato y acabar siendo ratón —finalizo.

—Ven aquí y baila conmigo, corres el riesgo de que te pise.

—Con esto es imposible que pase nada —le respondo mostrándole mis All Star.

—El día que las vi supe que te casarías conmigo, que había llegado el momento.

—El hombre que no quería casarse...

—Ni enamorarse —añade.

—Dicen que lo que el destino te tiene preparado, siempre, siempre, te alcanza.

—¿Qué nos tendrá preparado el destino, Ada del Bosque? —me pregunta mientras bailamos como si nadie más existiera, solo nosotros, en este inmenso jardín.

—No te puedo decir, lo que sí puedo garantizarte es que tenemos mucho tiempo para descubrirlo, porque juntos, seremos invencibles.

—Ada... —murmura de nuevo.

—Dime, Guillermo...

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Vamos a estar juntos siempre...

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el amor no muere, Ada del Bosque.

Y dice la leyenda que no, que el amor de verdad nunca muere, porque el amor es ciego y la locura lo protegerá siempre...

Nota de la autora

El día que decidí darle vida a Guille, fue el mismo día en el que nació su personaje. Siempre tuve claro que contaría su historia y que sería el primer libro que escribiría como chico. Pensar como un hombre no es fácil o eso pensé en su momento. Tuve una conversación con Roberto —mi pareja— en la que le dije, paseando por Playa de Las Américas, que no sabía cómo darle vida a un personaje masculino en un libro completo —no es lo mismo un capítulo que un libro— y él sencillamente me respondió que los hombres también piensan, sienten y se enamoran —esto último lo pienso yo, no me lo dijo él—. Hay hombres de todas clases como mismo pasa con las mujeres, así que, mi idea era la de mantener a Guille como es él, pero que se le conociera. Quise un Guille canalla, socarrón, picante y que hablase de su polla constantemente, pero también quería que Guille fuese tierno, cariñoso, empático, amable, amigo, pareja, hijo... Y este fue el resultado. No sé si lo habré conseguido o necesito mejorar, ahora bien, he disfrutado con él y con ella, porque ella es muy especial.

Ya que estamos contando la historia, quiero explicar que no quería que se enamorase de alguien a quien ya conocemos, por eso creé a Ada. El título es desde el principio el que es y la portada también, creo que ella me eligió a mí y no al revés y en base a ella, creé una historia de amor, positividad y superación.

Esta nota la estoy escribiendo en febrero y desde ya, siento vértigo, como Guille ante el amor, pero de forma distinta, porque no es una historia a la que os tengo acostumbrados, es una historia con cierto dramatismo por lo que en ella se cuenta.

Mi idea desde el principio, desde antes de terminar a Helena, fue esta, no hubo variaciones en nada y me mantuve firme hasta el final, y, a pesar de que quizá no es lo que se esperaba de Guille es lo que yo quise escribir. Pero decidí que no quería quedarme en la parte mala o negativa de la enfermedad, ni mucho menos, quería que se viese otro punto de vista, quedarnos con que hay muchas personas que sufren esta enfermedad y que no se dejan hundir, porque esas, señoras y señores, son los verdaderos héroes sin capa de este mundo y deben teñir la vida de rosa. Tampoco quise centrar el libro en la enfermedad, sino en el amor, en hacer caer a Guille y creo que Ada es la chica ideal para él, la que es capaz de romper los esquemas, porque ella rompía

hasta los míos cuando me sentaba a escribir.

No me voy a poner triste ni melodramática, pero el cáncer está ahí, nosotros lo hemos vivido en primera persona y no tuvo final feliz. Tuvimos una pérdida y duele, sé que duele porque lo veo en sus ojos. Pero conozco a alguien que vivió algo similar y está ahí, tiene dos maravillosos hijos y me ayudó a plasmar toda la parte triste de esta historia y no solo eso, sino a darle sentido a la felicidad posterior, porque se sufre pero luego, cuando tocas la vida con los dedos y sabes que eso quedó atrás, vuelves a vivir, pero de otra forma, porque los golpes enseñan.

Así que sí, hay gente que sale adelante y que lo cuenta y yo tuve la suerte de que me lo contasen para poder crear a Ada.

Si no has captado el mensaje, aún estoy a tiempo de dártelo: «Vive como si no hubiese un mañana, porque, a veces, el mañana es tan efímero que solo nos queda el hoy. Vive, joder, vive, que tiempo de morir tenemos».

Agradecimientos

Cada vez que llego a esta parte del libro siento que es la parte que más me cuesta escribir y cuando pongo punto y final, pienso que, al final, no ha sido para tanto.

Primero que nada, quiero agradecer al #TEAMGUILLE porque, aún sin saber que lo estaba escribiendo, me sacaban una sonrisa con cada post en el que lo mencionaban o con cada foto en la que me etiquetaban para pedirme su libro. Era maravilloso sentir que era un personaje tan deseado y que había despertado esas ganas en el libro de Los cabrones también se enamoran.

Ahora comienza lo bueno...

Raquel Antúnez, canariona de nacimiento, pero chicharrera de corazón, porque las almas gemelas pertenecen al mismo lugar, supongo que el nuestro va más allá de lo tangible. Hace un momento me decías, tras leer este último epílogo, que no podías haber encontrado a alguien mejor para compartir este camino y yo, no puedo estar más de acuerdo para ello. La de veces que hablamos, que te mando audios de diez minutos contándote cosas estúpidas sobre los coches, el tiempo, lo que haré el fin de semana, la compra que debo hacer en Mercadona o lo que he escrito, tú también me has hecho mejor de lo que era, como Ada a Guille. Todo en esta vida tiene un porqué y el porqué de habernos encontrado es sencillo, teníamos que completarnos, ni más, ni menos. Eres grande y me alegra volar contigo. Te quiero.

Mi familia, Roberto, gracias por tu apoyo incondicional y por permitirme todos esos ratos libres para enfrascarme en otras vidas que no son la nuestra, gracias por cuidarnos y por hacerme sentir en casa. Pablo, mi niño chiquito, algún día te recordaré cómo me dices que me quieres como madre, trabajadora y escritora, hoy puede que no sepas lo que significa, pero algún día te explicaré que escribir, me da vida, la misma que me diste tú cuando llegaste para darle sentido a todo y saber que nunca jamás, volvería a estar sola.

Desi, sabes que en esa cena empezó todo y gracias a tus palabras estoy hoy donde estoy, con seis libros escritos y publicados y con ganas de continuar. Me diste ese impulso que necesitaba y volé gracias a ti. Te quiero infinito.

Patri, ¿qué sería de mí sin ti? La vida no sería tan divertida sin tu crueldad y sin tus chistes malos con los que me parto de risa. Das abrazos de

los que reinician, espero que siempre, siempre, tengas la capacidad de reiniciarme, porque cuando me pierda, acudiré a ti.

A Sayo, no solo por tu apoyo incondicional, sino porque siempre tienes una palabra bonita que dedicarme y con este libro, creo que me has dedicado miles. Me alegra haberte hecho llorar, porque eso significa que te ha llegado adentro y que lo he conseguido.

Ruth Cruz, me hiciste reír con tus comentarios, fuiste la primera en leerlo y en amenazarme si algo malo le sucedía a Ada, me alegra que las lágrimas que soltaste valiesen la pena y que haya valido la pena. Gracias por todo.

Ruth Clapes, te necesitaba y dijiste sí, sin pensarlo, gracias por revisar esa parte técnica con las que tantas dudas tuve, gracias por leerlo y ser sincera, gracias por disfrutarlo.

A las Romanticánarias, porque a pesar de todo, somos una pequeña familia.

Eve Romu, no puedo no dedicarte un trozo de este libro, a ti y a tu Raúl, porque tuviste suerte de encontrarlo y el destino ha querido que sea para siempre. Gracias por todo eso que tú y yo sabemos.

Davi, obviamente tengo que mencionarte, porque formas parte de mi vida, gracias por el esfuerzo que hacer por leerme aunque duermas menos de seis horas a día y tengas que despertarte cada poco porque la peque no te deja dormir. Lo estás haciendo genial y eres una madraza de los pies a la cabeza.

A mi familia política, Mati, Ana, Pep... me alegra saber que, si me caigo, estaréis ahí para levantarme. Sois especiales.

A esas autoras que he ido encontrando en el camino y que se han convertido en algo más que compañeras...

Y, por último, a ti, que me has dado la oportunidad, por primera vez o por sexta, por tercera o por segunda, da igual, pero hoy estoy entre tus manos y eso, eso no tiene precio. Espero haberte hecho soñar despierto y ya sabes lo que digo siempre, ama intensamente, por el amor, siempre, siempre, vale la pena.

[1] Wo Hop: restaurante muy popular del China Town neoyorquino.